

Rubén Darío

Antología Chilena

SELECCION, ESTUDIO PRELIMINAR Y NOTAS DE
EUGENIO ORREGO VICUÑA

RUBEN DARIO Y CHILE

INTRODUCCIÓN A SU ANTOLOGÍA CHILENA

I

Uno de los temas de mayor interés que se presenta a la consideración del estudioso, cuando analiza la obra de Darío, es el de la influencia que pudo ejercer sobre el genio del inmenso poeta su estada en Chile; tema que envuelve importancia grande, pues sabido es que el abono espiritual de un medio—en todo lo que esto sugiere y significa—determina en forma y extensión considerables el desarrollo de un intelectual, particularmente si de un artista se trata.

El asunto ha sido enfocado de modo algo indirecto por la mayoría de los escritores que se han preocupado de Darío, especialmente los chilenos y de modo más especial aún, sus contemporáneos, aquellos que convivieron con él, en grata amistad y camaradería, los años de Chile. Don Luis Orrego Luco escribió varios artículos que vieron la luz cuando el poeta acababa de ausentarse, algunos ensayos y una conferencia, sin contar los capítulos que le consagra en sus *Memo-*

rias, todavía inéditas. Otros, como don Samuel Ossa Borne, vaciaron en letras de molde sus recuerdos personales, y ciertos investigadores modernos, a su turno, han tocado el punto con criterio divergente.

Para llegar a la raíz del asunto, es fuerza describir, siquiera sea en pocas palabras, el medio intelectual chileno de la segunda mitad del siglo XIX, tarea que ensayamos en *Don Andrés Bello* y en un panorama sobre *La Cultura Chilena*, que vió la luz en el «Album del IV Centenario» de Santiago. Era el de Chile un medio excepcional en Sudamérica, sin duda el más avanzado que en esta parte del nuevo mundo pudo formarse. A ello habían contribuído ciertos factores espirituales y materiales, y de modo considerable la Universidad de Chile. Don Andrés Bello, secundado por maestros y escritores de primer orden, abrió horizontes amplios, sembró ideas, creó posibilidades; y a la sombra de una oligarquía ilustrada y progresista fué saliendo al escenario una pléyade de notables personalidades, entre las cuales vale destacar a Vicuña Mackenna, escritor y estadista de obra montañosa, de labor señera, a Santa María y Balmaceda en el orden político; al propio Lastarria, que fué de los primeros discípulos de Bello; a los hermanos Amunátegui, a Barros Arana, al Dr. Orrego Luco, y a varios extranjeros eminentes que dieron a Chile no escasa parte de su saber y de su trabajo: Domeyko, Sarmiento, Gay, Pissis, entre otros. Esos hombres fueron creando una cultura, escribieron la historia del país, trazaron sus caminos, dieron a la nación un prestigio y una influencia americanas muy superiores a los de nuestra época. A lo cual debe añadirse el enriquecimiento minero e industrial experimentado a partir del cuarto decenio, que permitió viajar a muchos jóvenes de talento y elevó el nivel de la vida aristocrática en Santiago.

En síntesis, la labor de esos hombres ilustres, unida a la estabilidad gubernativa del régimen imperante, y a los progresos y enriquecimiento materiales, permitió un verdadero florecimiento intelectual. La educación pública hizo grandes progresos, la cultura se expandió, y así pudo constituirse un medio que por su altura y su riqueza interior—de élite en su esencia, vale reconocerlo—mereció el calificativo de excepcional. Ese medio alcanzó su apogeo entre los años de 1872 y 1890, es decir, entre el período de tiempo que precede a la

guerra del Pacífico y aquel que debía anteceder a la Revolución del 91.

En las postrimerías de ese período de auge máximo, cuando ya los grandes escritores de la centuria pasada iban cayendo al sepulcro, sin que en apariencia se viese menoscabada aun su obra, fué cuando Darío hizo su entrada en Chile.

La juventud de aquellos años anteriores a la guerra civil, era extraordinariamente culta; al menos, existía un grupo de muchachos brillantísimos que ocupaban una espectable posición social y daban lo que suele llamarse la tónica de la moda. Había fundado sociedades literarias, se reunía en tertulias y salones que acogían con simpatía sus trabajos. Sus miembros colaboraban en revistas y periódicos de solvencia intelectual, dictaban conferencias a las que asistía la gente del «gran mundo», menos inculta que hoy; frecuentaba los talleres del escultor Plaza y de Pedro Lira, maestro de innumerables pintores que habrían de brillar más adelante. Al amparo de estímulos eficaces las artes y las letras florecían.

El tono intelectual de la vida aristocrática era en verdad elevado. En las casas principales se recibía la *Revue des deux mondes* y algunas otras publicaciones europeas; no eran escasos los suscriptores a diarios extranjeros, y algunos hombres ilustres estaban abonados, no a una, sino a varias revistas y diarios. Vicuña Mackenna, por ejemplo, leía y recortaba para sus archivos los principales periódicos de ambas Américas y no pocos del viejo mundo. No había ningún político de primera fila, bajo pena de hacer triste papel, que desconociera el movimiento literario francés o el español, siendo famoso el bien decir y mejor hablar de algunos presidentes de la República, como Santa María y Balmaceda.

Santiago, convertida en ciudad moderna por Vicuña, era una de las capitales más hermosas de América. En las calles del Centro, Ahumada, la antigua del Rey, la Plaza, Santo Domingo, abundaban las casonas de airoso mojinete con sabor colonial; y la Alameda de las Delicias extendía por varios kilómetros la línea suntuosa de sus palacios, que tan bien ha descrito el poeta en alguna bella página. En medio de las calles todavía coloniales que se empinaban hacia el barrio alto de entonces, el Cerro de Santa Lucía erguía la magia de sus árboles, de sus jardines, de sus mármoles. Las

santiaguinas, en las mañanas, enfundadas en sus mantos, paseaban junto a las tiendas de lujo. . .

«La bella va con el manto
con tal modo y gracia puesto,
que se diría por esto
es el colmo del encanto. . . »

Y en las tardes iban al Parque Cousiño o a la Quinta Normal en carruajes-espléndidos, tirados por briosos troncos de fina sangre. En las noches de ópera y de abono el Municipal era un jardín en que junto a las camisas blancas y a los negros fracs de los caballeros surgía el arrebató de luz y de gracia de las damas vestidas y enjoyadas de modo primoroso. A la hora del crepúsculo, mientras el sol incendiaba el anfiteatro soberbio de los Andes, todo nevado por invierno, corrían en la Alameda los equipajes lujosos de las grandes señoras, arrancando chispas al pavimento. Había lujo en exceso, muchos pobres, muchos olvidados y no pocos tristes, pero era desconocida esa sucia y penetrante miseria de tiempos posteriores. . .

En materia de espectáculos públicos, Santiago recibía la visita de artistas de primer orden, entre los cuales se contaban los mejores cantantes y los grandes trágicos de la época, (en honor de Sarah Bernhardt Darío escribió una breve composición). Se hacía música y no era corto el número de aficionados que llegaron a sobresalir. . .

Si a lo anterior se añade el clima delicioso de Chile, primaverales en la costa de la zona céntrica, muy templado en el Norte, grato y poco caluroso en el estío santiaguino, si bien algo frío por invierno, se tendrá un cuadro más completo de lo que era el Chile que Darío conoció, aquel Chile que llevó siempre incrustado en el corazón de su recuerdo y al que alguna vez llamó «patria»; ese Chile que sólo hemos conocido a través de los muertos que en nosotros viven y hablan. . .

Cuando Darío hizo su entrada; era la hora de brillante apogeo de color que precede al crepúsculo; la potente llamada de la lámpara que brilló largos años y estalla en luz antes de extinguirse. . .

II

El 24 de Junio de 1886 desembarcó en Valparaíso, después de una navegación no muy prolongada a bordo del barco alemán *Uarda*. Era un mozo de 19 años, alto, delgado, de bronceada tez y ojos magníficos, con mucho de indio sin duda y no poco del moro español (¿No fué todo él como una sorprendente combinación de razas y almas? Madrid y París, Santiago, Buenos Aires y Nueva York, acaso conjugados con las tierras de Oriente, que le hablaran con voces de antepasados más de una vez y a las cuales no visitó nunca, pero cuya riqueza de color y de luz asoma a menudo en sus versos).

Su conocimiento de Chile era anterior. Ya en Enero del mismo año, según él mismo cuenta, le tocó formar parte de una delegación que visitó al general salvadoreño don Juan J. Cañas, para manifestarle su condolencia con motivo de la muerte de Vicuña Mackenna, de quien fuera amigo íntimo. En esa oportunidad, le correspondió a Darío expresar los sentimientos de todos y lo hizo tal vez en palabras preñadas de emoción y de presentimiento. Días más tarde, el joven poeta escribió un artículo sobre el prócer chileno, uno de los más hermosos que le haya sido consagrado por pluma americana; artículo que vió la luz en *Imparcial* de Managua en el mes de Febrero, siendo reproducido en *El Mercurio* de Valparaíso el 7 de Abril.

Tuvo no escaso conocimiento el muchacho nicaragüense con el poeta-soldado que era Cañas, amistad como de joven aprendiz a maestro ya viejo en achaques de letras, bien que él tenía su alma en luz y el corazón en fuego. Debieron hablar mucho de Chile, por el que sentía profunda admiración el viejo general; y a través de esos recuerdos teñidos de saudade, pudo exaltarse el deseo del viaje. Cañas lo empujó a tierra chilena.

El bagaje intelectual del mozo no era muy rico en verdad. Adentro bullía la chispa genial, la matriz de un mundo de poesía; pero todo, ideas, imágenes, sentimientos, estaba en ebullición, como el Momotombo centro-americano. Era un ingenio en potencia, basto, sin pulir, ayuno de esa refinada cultura literaria que andando el tiempo, con sal ática y picardía parisiense, habría de dar tanta gracia y sabor a sus

escritos. ¿Qué sabía de letras? Muy poco, a estar al recuerdo de los amigos santiaguinos; algunos nombres, ciertas lecturas huguescas en regular traducción española y algo más de acá y acullá, casi nada en suma.

De Valparaíso se trasladó el joven a Santiago, premunido de cartas de recomendación del General Cañas, después de haber entrado en contacto con don Eduardo Poirier. Conocidas son las vicisitudes de su llegada, el chasco que tuvo con un ricacho duro como mercader vizcaíno y sus primeras andanzas en la metrópoli, que a él debió deslumbrarle en razón.

Entre tanto, colaboró con Poirier en una novela—*Emelina*—destinada a cierto concurso abierto por *La Unión* de Valparaíso (1); y entregó a su diario principal, *El Mercurio*, las primeras colaboraciones, a las que debían seguir sus artículos de *La Época*, en Santiago, mezclados con poemas, adaptaciones y ensayos que mostraron, desde el primer momento, la riqueza de su vena de artista. Fué en este diario, cuya redacción se encontraba en el centro de la ciudad, donde dió a luz, con lo más nutrido de su producción periodística, algunos de sus cuentos; y allí, en los salones cubiertos de periódicos y recortes extranjeros, conoció a los principales amigos que en Chile tuvo, pertenecientes a la clase alta los más, porque la muchachada aristocrática de antes solía tener más elevadas preocupaciones de las que se advierten en los mozos de nuestro tiempo. En *La Época*, una noche de improvisado concurso, según cuenta en sus recuerdos, compuso la conocida décima en homenaje a Campoamor.

Colaboró también en *La Libertad Electoral*, andando los meses, y en *El Heraldo* de Valparaíso, cuando el temor a cierta epidemia que azotaba a la capital, lo empujó en 1888 a las playas plácidas del puerto. Fué en las columnas de este periódico donde trazó aquellas deliciosas crónicas que titulaba *La Semana*, suerte de revista variadísima de hechos, hombres y paisajes, que recogiera no pocas estampas e impresiones de esos días.

Tocante a la producción puramente artística, y haciendo abstracción de *Emelina* (que viera la luz en 1887, en Valparaíso), se concretó en cuatro títulos, uno de los cuales es fecha y piedra fundamental en su obra: *Abrojos*, publicada el mismo año 87, en la Imprenta Cervantes de Santiago, con el apoyo

I I

El 24 de Junio de 1886 desembarcó en Valparaíso, después de una navegación no muy prolongada a bordo del barco alemán *Uarda*. Era un mozo de 19 años, alto, delgado, de bronceada tez y ojos magníficos, con mucho de indio sin duda y no poco del moro español (¿No fué todo él como una sorprendente combinación de razas y almas? Madrid y París, Santiago, Buenos Aires y Nueva York, acaso conjugados con las tierras de Oriente, que le hablaban con voces de antepasados más de una vez y a las cuales no visitó nunca, pero cuya riqueza de color y de luz asoma a menudo en sus versos).

Su conocimiento de Chile era anterior. Ya en Enero del mismo año, según él mismo cuenta, le tocó formar parte de una delegación que visitó al general salvadoreño don Juan J. Cañas, para manifestarle su condolencia con motivo de la muerte de Vicuña Mackenna, de quien fuera amigo íntimo. En esa oportunidad, le correspondió a Darío expresar los sentimientos de todos y lo hizo tal vez en palabras preñadas de emoción y de presentimiento. Días más tarde, el joven poeta escribió un artículo sobre el prócer chileno, uno de los más hermosos que le haya sido consagrado por pluma americana; artículo que vió la luz en *Imparcial* de Managua en el mes de Febrero, siendo reproducido en *El Mercurio* de Valparaíso el 7 de Abril.

Tuvo no escaso conocimiento el muchacho nicaragüense con el poeta-soldado que era Cañas, amistad como de joven aprendiz a maestro ya viejo en achaques de letras, bien que él tenía su alma en luz y el corazón en fuego. Debieron hablar mucho de Chile, por el que sentía profunda admiración el viejo general; y a través de esos recuerdos teñidos de saudade, pudo exaltarse el deseo del viaje. Cañas lo empujó a tierra chilena.

El bagaje intelectual del mozo no era muy rico en verdad. Adentro bullía la chispa genial, la matriz de un mundo de poesía; pero todo, ideas, imágenes, sentimientos, estaba en ebullición, como el Momotombo centro-americano. Era un ingenio en potencia, basto, sin pulir, ayuno de esa refinada cultura literaria que andando el tiempo, con sal ática y picardía parisiense, habría de dar tanta gracia y sabor a sus

escritos. ¿Qué sabía de letras? Muy poco, a estar al recuerdo de los amigos santiaguinos; algunos nombres, ciertas lecturas huguescas en regular traducción española y algo más de acá y acullá, casi nada en suma.

De Valparaíso se trasladó el joven a Santiago, premunido de cartas de recomendación del General Cañas, después de haber entrado en contacto con don Eduardo Poirier. Conocidas son las vicisitudes de su llegada, el chasco que tuvo con un ricacho duro como mercader vizcaíno y sus primeras andanzas en la metrópoli, que a él debió deslumbrarle en razón.

Entre tanto, colaboró con Poirier en una novela—*Emelina*—destinada a cierto concurso abierto por *La Unión* de Valparaíso (1); y entregó a su diario principal, *El Mercurio*, las primeras colaboraciones, a las que debían seguir sus artículos de *La Época*, en Santiago, mezclados con poemas, adaptaciones y ensayos que mostraron, desde el primer momento, la riqueza de su vena de artista. Fué en este diario, cuya redacción se encontraba en el centro de la ciudad, donde dió a luz, con lo más nutrido de su producción periodística, algunos de sus cuentos; y allí, en los salones cubiertos de periódicos y recortes extranjeros, conoció a los principales amigos que en Chile tuvo, pertenecientes a la clase alta los más, porque la muchachada aristocrática de antes solía tener más elevadas preocupaciones de las que se advierten en los mozos de nuestro tiempo. En *La Época*, una noche de improvisado concurso, según cuenta en sus recuerdos, compuso la conocida décima en homenaje a Campoamor.

Colaboró también en *La Libertad Electoral*, andando los meses, y en *El Heraldo* de Valparaíso, cuando el temor a cierta epidemia que azotaba a la capital, lo empujó en 1888 a las playas plácidas del puerto. Fué en las columnas de este periódico donde trazó aquellas deliciosas crónicas que titulaba *La Semana*, suerte de revista variadísima de hechos, hombres y paisajes, que recogiera no pocas estampas e impresiones de esos días.

Tocante a la producción puramente artística, y haciendo abstracción de *Emelina* (que viera la luz en 1887, en Valparaíso), se concretó en cuatro títulos, uno de los cuales es fecha y piedra fundamental en su obra: *Abrojos*, publicada el mismo año 87, en la Imprenta Cervantes de Santiago, con el apoyo

decidido de Pedro Balmaceda (2); *Rimas*, que lo fué casi al mismo tiempo, en el volumen que con el título de *Certamen Varela*, recogió las obras literarias premiadas en dicha justa (3); el *Canto Epico a las glorias de Chile*, poema magnífico en que se narra el Combate de Iquique con riqueza de imágenes y tonos que son como un anticipo del esplendor de *La marcha triunfal* (obtuvo primer premio y se incluyó en el volumen ya indicado), y, finalmente, *Azul...*, cuya edición príncipe apareció en Valparaíso, en la Imprenta y Litografía Excelsior, en 1888, marcando una fecha señera en la historia de las letras americanas.

Azul... fué el bautismo de su genio y una de sus obras máximas, pues en ella se reunieron algunas de las más típicas prosas que salieron de su pluma y, desde luego, los cuentos poemáticos mejores, aquellos que ni aun en horas de madurez fulgurante logró superar. Mucho se ha escrito sobre este libro, que tuvo la rara suerte de encontrar en América y en España a dos padrinos tan ilustres como don Eduardo de la Barra y don Juan Valera, y no poco, sin duda, ha de escribirse en lo futuro. Basté aquí, sin insistir innecesariamente en su extraordinaria valía, decir que todo su material fué publicado en Chile, en diarios y periódicos, entre los meses de Diciembre de 1886 y Junio de 1888. (4)

Es curioso observar—dicho sea a modo de paréntesis—la superioridad que bajo muchos puntos de vista, en el orden poético, se nota en el *Canto a las glorias de Chile* sobre los poemas en verso de *Azul...* y sobre su obra poética anterior. Nada hay en Chile, de orden patriótico y en verso, como no sea la letra de la Canción Nacional juzgada desde un ángulo histórico y afectivo, que pueda compararse a este poema soberbio en que vuela tan anchamente el genio de Darío, encontrando cumbres. Acaso debió inspirarlo la contemplación de los Andes, con esa misma visión serenadora y alta que presidió la madurez de don Andrés Bello. Parécenos que el *Canto Epico* es mal conocido entre nosotros y nunca se le ha dado su verdadera importancia.

Darío tornó en el verano de 1888 a Valparaíso, donde desempeñó por algún tiempo cierto puesto en la Aduana que le había conseguido su amigo Balmaceda. Mas la estada no debía ser larga—*El Heraldo* recogió su colaboración de

entonces, según queda dicho—y entrado el invierno instalóse de nuevo en Santiago.

Al año siguiente, en pleno verano, el poeta emprendía el viaje de retorno a sus tierras, a bordo del *Cachapoal*, que zarpó del puerto el 9 de Febrero de 1889.

Un mozo de genio en potencia había llegado a Chile tres años antes. De Chile salía, armado de todas sus armas, el renovador de la lírica castellana.

En Chile se había realizado el proceso de maduración y orientación del genio de Rubén Darío.

Vamos a asistir a ese proceso, enfocándolo desde el ángulo de su más alto centro de influencia y de trabajo: la tertulia de Pedro Balmaceda Toro.

III

Por la influencia que tuvo en la vida del mayor poeta americano y por la calidad de sus componentes, algunos de los cuales adquirieron más tarde nombre ilustre, la tertulia de Balmaceda puede ser estimada como la más importante, de carácter juvenil, que haya tenido Santiago en todo el curso de su historia literaria.

Pedro, hijo mayor del Presidente de la República don José Manuel Balmaceda, a la sazón en el apogeo de su carrera política, pues ocupaba el sillón de O'Higgins con elevado espíritu y dignidad, tenía su departamento privado en el segundo piso del palacio de la Moneda, justamente en el ángulo que hace la plaza de gobierno con la calle de Morandé. Era un salón amplio, de alta bóveda, descrito de modo minucioso por Orrego Luco en alguno de sus artículos sobre Darío. Estaba puesto con exquisito buen gusto: muebles de caoba, estatuillas de mármol, porcelanas de China, viejos mantones de sedas rutilantes, paisajes de Pedro Lira, Alberto Orrego y Alfredo Valenzuela; en algún rincón un piano de arrimo cubierto de pequeñas figuras de bronce...

Darío, en el hermoso libro que consagrara a la memoria de su amigo—*A. de Gilbert*—, lo ha descrito a su turno, no sin alguna variante: «Un pequeño y bonito cuarto de joven y de artista por mi fé!, pero que no satisfacía a su dueño...» «Paréceme ver aun, a la entrada, un viejo pastel, retrato de una de las abuelas de Pedro, dama hermosísima en sus tiempos, con su

cabellera recogida, su tez rosada y un perfil de duquesa. Más allá, acuarelas y sepias, regalos de amigos pintores. Fija tengo en la mente una reproducción de un asunto que inmortalizó Dore: allá en el fondo de la noche, la silueta negra de un castillo; la barca que lleva un mudo y triste remador; y en la barca tendido el cuerpo de la mujer pálida. Cerca de este pequeño cuadro, un retrato de Pedro, pintado en una valva, en traje de los tiempos de Buckingham, de Pedro cuando niño, con su suave aire infantil y su hermoso rostro sobre la gorguera de encajes ondulados. En panoplias, los retratos de la familia, de amigos, y entre éstos, llamando la vista, el de don Carlos de Borbón, vestido de huaso chileno, retrato que le obsequió el príncipe cuando Pedro fué a pagarle la visita que aquél hizo al señor D. José Manuel Balmaceda, a su paso por Santiago. En todas partes libros, muchos libros, libros clásicos y las últimas novedades de la producción universal, en especial la francesa. Sobre una mesa diarios, las pilas azules y rojizas de la *Nouvelle Revue* y la *Revue de deux mondes*. Un ibis de bronce, con su color acardenillado y viejo estiraba su cuello inmóvil, hierática mente. Era una figura pompeyana auténtica, como un César romano que le acompañaba, de labor vigorosa y admirable.

«Cortaban el espacio de la habitación, pequeños biombo chinos bordados de grullas de oro y de azules campos de arroz, espigas y eflorescencias de seda.

«Había una puerta que daba a las salas de la familia, y otra opuesta que llevaba a una pequeña alcoba.

«Junto a esta última, no lejos del piano, se veía colgado un cuadrito de madera y en el centro un pedazo de seda con los colores de la bandera francesa, opacos y descoloridos por el tiempo. En letras viejas se leía en él *Liberté, Egalité, Fraternité*. Era un pasaporte del tiempo del terror. Sobre una repisa, entre varios bibelots, sobresalía una quimera de porcelana antiquísima, de un tono dorado, con las fauces abiertas».

Las horas en que Pedro Balmaceda recibía a sus amigos íntimos eran variadas. En el día solía estar a la hora del té, y entonces pasaba toda la tarde con los que llegaran a verle. Pero la reunión oficial y consagrada era por la noche, después de comida, ocurriendo de cuando en vez la visita del propio Presidente, acompañado de alguna dama que deseaba alternar con el grupo juvenil. Don José Manuel, alto, esbelto, enfun-

dato siempre en su larga levita oscura, el cabello echado atrás y el aspecto majestuoso, solía entretenerse con los muchachos, y en honor de los visitantes se recitaba, se cantaba, se bebía una copa de champagne. . .

¿Quiénes concurrían a la tertulia en su época de auge, años de 1887 a 89? Aparte del dueño de casa, Rubén Darío, Luis Orrego Luco, Alberto Blest Bascañán, Daniel Riquelme, Alfredo Irarrázabal, Jorge Huneeus Gana; Alfredo Valenzuela Puelma y Ernesto Molina, que representaban dignamente las artes pictóricas. Solían ir don Manuel Rodríguez Mendoza y algunos otros escritores de nombradía.

Sobre el jefe de aquella tertulia histórica mucho podría escribirse, y a la verdad, en las letras chilenas hay muy pocas figuras que estén tocadas por un hálito más romántico, que tengan sello de mayor selección espiritual. Era un escritor admirable, un artista sutil y exquisito, un crítico refinado que comprendió a Shakespeare como ninguno de su tiempo. Toda su obra, terminada con su vida breve en la línea de los veinte años, cabe en un tomo, que no alcanzó a captar sino una parte, la menos viva, de su espíritu. Con el correr de las aguas del tiempo, le olvidaron y ese olvido sin justificación sólo puede comprenderse por la animosidad social que en la mayoría de los escritores actuales—con la honrosa excepción de los genuinamente revolucionarios—se advierte hacia los artistas de extracción aristocrática. Fué la misma persecución de que se hizo objeto más tarde a Benjamín Vicuña Subercaseaux, a quien se culpaba, como de un crimen, el ser hijo de Vicuña Mackenna, exigiéndose de su juventud lo que el padre genial había producido a lo largo de una vida. No puede sorprendernos, pues, el silencio hecho en torno a Balmaceda. . .

En lo físico era de rostro hermoso y alargado, cabello rubio, frente alta, ojos puros y azulés que parecían bucear en la sombra, boca fina y ademanos de supremas aristocracias; era un tanto jibado, defecto sin el cual hubiera sido de estatura elevada, y la voz debió conservar hasta el fin el timbre fresco y cristalino de su extremada juventud.

«Amaba la hermosura del buen tiempo viejo,—ha escrito Darío—las diosas blancas de mármol, los héroes épicos, los brazos desnudos sobre la flotante vestimenta, los Apolos rubios y las castas Dianas. No sabía la lengua griega, pero se aficionaba a ella, y habría dado algunas felices horas de su vida,

por leer la vasta Iliada en los antiguos exámetros homéricos. Gustaba de todas las pompas, de aquella trinidad de cosas de que gustaba Gautier. Su idea, joven y gallarda como una princesa, marchaba a paso real bajo un baldaquín bordado de oro, y en la huella de su sandalia florecían rosas».

«El era—añade Rubén—el desposado del ensueño, como un dux con su Adriático, y desde su soberbio bucentauro ideal, arrojaba en arras, a las sagradas ondas, su propio corazón».

Alberto Blest Bascañán, hijo del ilustre novelista Blest Gana, a la sazón ministro de Chile en Francia—era la época en que sólo intelectuales de elevada jerarquía, historiadores, poetas, artistas, representaban a la República en el exterior—mostraba las calidades de un hombre de temperamento refinado. Poseía no escasa cultura, que era perfecta desde el punto de vista mundano, pues se había educado en Eton y tenido los mejores maestros de París y de Londres. Era de mediana estatura, delgado, de rostro macerado por la enfermedad que en plena juventud había de llevarlo a la tumba; sus ojos, pequeños y chispeantes, hacían juego con los delgados labios en cuyas comisuras parecía florecer la ironía. Tuvo un destino triste. Después de largos años de residencia en París, casi toda la extensión de su breve vida, su padre le envió a Chile. «Me dieron educación de príncipe, solía decir él con alguna amargura, y me enviaron después a las salitreras, en el último rincón del mundo». No pudo, sin embargo, acostumbrarse y desertando las faenas mineras, tan en contradicción con su carácter, se trasladó a Santiago. La capital no tardó en brindarle su mejor acogida y él acabó subyugando los más cerrados medios, en los cuales pudo brillar por derecho y por conquista. Tocaba el piano con alguna perfección, cantaba con voz agradable, escribía con elegancia, su charla era chispeante, su fantasía deliciosa, su humor vivo, la ironía pronta, como para ocultar la bondad de un corazón siempre abierto. Era un romántico que nadaba en aguas propicias pues el tono de aquella muchachada magnífica era similar. Amaba a París, y París vivía en él. Era un parisiense desterrado en Santiago, que había dejado la mitad de sí mismo en las orillas del Sena, pero la otra mitad había adquirido carta de ciudadanía en el seno de la aristocracia dominante.

¿Qué influencia ejerció la amistad de Ito Blest—Ito le llamaban los íntimos en la tertulia de la Moneda—en el alma de Darío? Difícil fuera precisarlo, pero no cabe duda, después de analizado el medio y los actores, que debió ser grande. Blest fué de aquellos que brillan en una sociedad, que la iluminan con sus atractivos personales, pero acaban desapareciendo sin dejar otra huella aparente que la de una hermosa puesta de sol que duró el espacio de un minuto. No escribió libro ninguno y apenas si algunas crónicas mundanas, llenas de chispa. No quedó memoria suya en la historia literaria, pero no por ello dejó de realizar una tarea, eficaz en sus efectos, aun cuando nunca trascendió del círculo íntimo. Fué él quien sembró en el terreno virgen de Darío las semillas de su parisiánismo, que habrían de dar tan maravillosa cosecha, contribuyendo a posibilitar que en el cerebro del poeta genial se realizase la asombrosa combinación de lo clásico español con lo moderno francés, sintetizada en principios literarios y métricos que revolucionaron la poética castellana.

Pero, en general, la influencia tuvo carácter colectivo y se ejerció a través de un medio y por el conducto de todos los componentes de la tertulia, que eran como el sustratum de la inteligencia chilena finisecular. Y fué tanto más irresistible, cuanto, en forma de moda, trascendió a los círculos literarios y periodísticos (en el siglo XIX los periodistas eran literatos). En la tertulia se traducía en mil formas, en la charla, en los giros del pensamiento, en la expresión musical, en el comentario crítico y hasta en la nota mundana. Pedro Balmaceda, Ito Blest y Luis Orrego recibían directamente las últimas novedades literarias de París, antes de que llegase ningún ejemplar a librería y así las novelas y los versos se discutían en la Moneda casi al mismo tiempo que en los salones parisienses. Lo que dijera la crítica francesa se controvertía allí, a su vez, y el proceso de germinación continuaba desarrollándose al calor del grupo más selecto que podía hallarse en aquellos años en un país como Chile, de cuyo elevado nivel cultural ya hablamos suficientemente. Con estos datos y teniendo en cuenta la edad de Darío—años de 1886 a 89, 19, 20 y 21 de su vida—puede comprenderse mejor el laboratorio intelectual en que se gestó la revolución del glorioso maestro.

Pasemos en revista somera a los otros integrantes del grupo de Balmaceda.

Narciso Tondreau era un poeta de rica calidad, con notables condiciones de músico, pues tocaba el piano en forma casi perfecta; fino, agudo, inclinado a la nota sentimental, no había producido aun el futuro volumen de versos—*Asonantes*—todavía inédito, para el cual Darío escribió más tarde un ensayo crítico bellísimo. La vida le llevó por otros caminos, apartándolo de la senda vocacional, para lo cual encontró un derivativo en las tareas de la enseñanza, que llenaron su noble jornada de hombre. Es de los escasos sobrevivientes del tiempo de Rubén.

Don Carlos Luis Hübner y don Alfredo Irarrázabal Zañartu, tenían el cetro de lo humorístico. Eran conversadores insuperables y amenísimos. Hübner, contador de cuentos alegres, dejó dos volúmenes de *Charlas* e Irarrázabal otros dos de versos, alguno con prólogo de Darío; la diplomacia y la política cautivaron en sus redes al poeta humorista y su cuerda, tan poco cultivada en Chile—a pesar de la clásica chispa de nuestro roto y de su aguda malicia,—se enmoheció prematuramente, perdiendo nuestras letras a un notable valor literario.

Daniel Riquelme, el criollo Inocencio Conchalí, que vaciaría su cáustico ingenio y su don de retratar costumbres, a la manera de Larra o del chileno Vallejo, en una serie de cuentos enjundiosos, solía ir a la tertulia. Para retratar a Riquelme, bastaría recordar una de sus últimas anécdotas. A la postre de los días y cuando ya la muerte le hacía señas desde la otra orilla, fué a instalarse en Europa y, muy enfermo, se pasaba en su hotel de París a caza de pasajeros chilenos. Supo cierta vez de dos que acababan de llegar y les invitó a su departamento, dándose con ellos un atracón de comentarios sobre la patria lejana. A tiempo de separarse, díjoles con su lejana sonrisa: «Vean ustedes como yo, que viví toda mi vida en chileno, he venido a morirme en francés...»

A don Manuel Rodríguez Mendoza se le veía en la Moreda sólo de tarde en cuando. Hermano de otro insigne escritor, don Emilio, el de *Como si fuera ayer*, era hombre de vasta cultura humanística, crítico agudo y de notable gusto. Fué de los primeros en adivinar el genio de Darío y por Balmaceda tuvo un aprecio intelectual rayano en la admiración, según se colige del prólogo que puso a las obras del malogrado

artista. Casi toda la producción literaria de Rodríguez quedó en revistas y diarios, aguardando la mano seleccionadora que quiera salvar para nuestras letras algunas muestras de su talento.

Don Jorge Huneeus Gana, en plena juventud, era también habitual. Se adivinaba en él al futuro escritor y diplomático que dejaría elegante recuerdo de sí en libros, artículos y notas de cancillería.

Solían concurrir dos pintores de prestigio: Ernesto Molina, de romántica historia, y Alfredo Valenzuela Puelma, uno de los mejores paisajistas chilenos.

No podría poner término a esta lista, sin mencionar a mi padre, de quien tengo noticias y recuerdos importantísimos acerca de Darío y sus amigos. Era de los íntimos, de los infaltables, y componía con el dueño de casa, con Rubén y con Ito Blest una suerte de sociedad de cuatro mosqueteros, que solían querellarse en algún breve duelo a florete de lengua pero compartían con hermandad el contenido de su alforja de sueños (4 a).

¿De qué se hablaba en la tertulia? De todo y de todos. Arte política, literatura, vida social. Era un kaleidoscópico desfile de hombres, obras y sucesos, en que jamás faltaba la nota de humor. Pedro Balmaceda daba lectura, traduciéndola en castellano, a la obra francesa recién llegada; Ito Blest situaba al autor en el medio y en la hora, relacionándolo con las escuelas dominantes; Darío y Orrego daban suelta a su fantasía crítica. Se decían versos, se cantaban canciones de moda—nadie como Ito sabía modular los aires bulevarderos de Paulus,—se hacía música. Narciso Tondreau, en el piano, traducía con exquisita sensibilidad las emociones de Chopin y de Beethoven, o las de Wagner y otros maestros que daban triunfalmente la vuelta del mundo.

En ese hablar de todo, en ese arder de sueños y de palabras, en ese loco reír con la fresca voz de los veinte años, en esas emociones musicales, en ese derroche de alegrías y en las veladas tristezas del amor, está la raíz de la formación artística de Rubén.

Sin insistir demasiado en la influencia de cada uno, puede pensarse en el papel que a cada uno cupo, sin saberlo. Pedro Balmaceda, el más íntimo, fué su principal mentor literario y su delicada intuición de artista, servida por una cultura y un buen

gusto que sorprenden en un adolescente, debió abrir en él cauces y ventanas insospechadas. Ito Blest necesariamente fué sembrando su parisianismo, creando esa suerte de atmósfera gala en que se desenvolvería parte de la obra del poeta. Luis Orrego era la imaginación llena de aliento vital, el buen gusto nato en la descripción, el donaire y la galantería hechos ritmo. En Riquelme, en Irrarrázabal, en Hübner, estaba el humor, estaba la gracia picaresca, el decir saleroso e intencionado. Rodríguez Mendoza era la ponderación crítica, el sentido justo de medidas y valores. En Valenzuela Puelma y Molina estaba lo pictórico, la fiesta del color. En Tondreau la emoción musical. . . Y junto a ellos, aun cuando no formaban parte de la tertulia, había artistas tan potentes como Nicanor Plaza, el estatuario, cuyo taller frecuentaron Balmaceda y Darío. . .

Para apreciar mejor la influencia formadora del medio chileno en que se desenvolvió Rubén, basta echar una ojeada a la obra anterior a su viaje, a la cumplida en Chile con alguna posterioridad a su llegada—el tiempo necesario para que comenzase a dar fruto— y a la que más tarde laboró.

De su examen se desprende que el elemento castellano-francés (casticismo y perfecto dominio del español por una parte, y giros y ritmos de origen francés, por otra, sabiamente combinados en un lenguaje poético que daba frescura y mayor riqueza al lenguaje literario hispano-americano) se encuentra en la prosa de *Azul*. . . , en cuyas páginas alcanza su más alta expresión artística.

Se desprende, igualmente, que el parisianismo de Darío tiene sus primeras manifestaciones en la obra chilena.

Hay, por otro lado, una distancia enorme, en calidad y en sensibilidad, entre la obra chilena y los ensayos juveniles anteriores a su viaje. En estos últimos—como en los primeros trabajos de Chile—se advierten frecuentes chispazos de su talento y hasta hay composiciones enteras en verso y prosa que están bien pensadas y escritas, pero en casi ninguno se manifiesta todavía lo típicamente dariano.

El examen de *Azul*. . . , confrontado en la edición crítica de los profesores Saavedra y Mapes, permite observar que las principales prosas poéticas y los mejores cuentos fueron escritos y dados a la estampa entre los años de 1887 y 1888, con excepción de *La muerte de la Emperatriz de la China*, que

figura desde la segunda edición y es, indudablemente, de la cosecha chilena (influencia notoria de Pedro Balmaceda), si bien sólo se imprimió en un periódico santiaguino en 1890. (5)

El hecho de que tanto los cuentos como los versos de *Azul*... son de cosecha chilena y aparecieron con el tiempo necesario, tiene extraordinaria importancia (6).

Puede notarse que las composiciones en verso—con excepción del *Canto Epico a las glorias de Chile*, escrito en los meses de Junio o Julio de 1887—son notablemente inferiores a los cuentos. En realidad los grandes poemas de Darío son posteriores a su partida de Chile, porque al proceso de elaboración de su lenguaje poético, realizado en Chile, hubo de seguir otro de decantamiento, que sólo se terminó en Argentina, años más tarde. Pero en lo tocante a la prosa, cabe decir que llegó a su culminación en los tiempos de Chile y señaladamente en *Azul*... Nada superior hizo después, con haber escrito páginas de belleza notable, ni logró siquiera igualar lo hecho en su primera obra maestra. ¿Qué prosas, posteriores, pueden parangonarse con *La canción del oro*, *El velo de la Reina Mab*, *El Rey Burgués* o *La muerte de la Emperatriz de la China*?

I V

Darío y Pedro Balmaceda estuvieron unidos por una amistad del alba, tejida en afinidades del intelecto y del espíritu, en toda esa sutil red del afecto, de la comprensión cabal que crea lazos capaces de sobrevivir a la muerte. De ella quedó surco tan hondo en el alma de Rubén, que su recuerdo subsistió a lo largo de la vida, triunfador del tiempo, dulce como suele ser la memoria de los días mozos—de los años de decisión—en la época de la madurez. Acaso en el trance final, en Leon de Nicaragua, entre las figuras que rodearon su lecho, ninguna pudo presentársele con aire más acogedor, con más ancha sonrisa; los claros ojos azules del muchacho chileno debieron darle entonces la mirada última, la mirada fraterna; aquella que esperamos en el límite, cuando nuestros pies se deslizan ya en la barca de Carón.

Una amistad sin sombra, sin antagonismos, sin crepúsculo...

Se conocieron una tarde en la redacción de *La Epoca*, presentados por don Manuel Rodríguez Mendoza. Y fué como un chispazo. Se miraron a los ojos y sonrieron, sabiendo que serían amigos para siempre.

Se pusieron a conversar como con hambre de cambiar ideas, pero de pronto sonó la campana del cuartel de Bomberos, en la Plaza de Armas, llamando a incendio. Rubén quiso despedirse, pues tenía que ir al lugar del suceso para escribir un suelto de crónica en la noche. «Yo lo acompañaré», expresó Balmaceda, y ambos salieron a la calle cogidos del brazo.

Ese día, Pedro dijo a Rubén: «Escribiremos un libro hirviente, titulado *Champaña*. . .»

No lo escribieron nunca. ¿Para qué, si habían de vivirlo?

Comenzó la intimidad de ambos, traducida en una frecuentación mutua que se prolongó durante la mayor parte de la estada del poeta en Santiago. Charlas en *La Epoca*, visitas a la oficina que Orrego Luco ocupaba en el Archivo de Interior, veladas en el teatro, comidas donde «Gage», largas horas de tertulia en la Moneda, paseos al Cerro de Santa Lucía. . . Acaso estaban ambos aquella vez en que el poeta, junto a la tumba de Vicuña Mackenna, trazó unos versos para el monumento del Arzobispo Vicuña, que a la vera del Sepulcro se alza. . . (7)

«Dió el arte vida al bloque ¡oh ministro sagrado!
¡Que dé ánima a la piedra el soplo de Jesús
y que descienda sobre la gran ciudad brillante
de la mano de mármol la bendición de luz!»

Anota Darío, en el libro que a Pedro consagró (8): «Hablaba él con lenguaje claro y sus ideas estaban tan de acuerdo con las que yo alimentaba (9), que desde aquel instante una cadena íntima y radiosa unió nuestros espíritus. En mi memoria veo aun sus gestos convincentes que eran como un apoyo a sus razones. Dijérase que en veces con un movimiento vivaz y penetrante de malicia, subrayaba su frase, pronunciada con aquella voz suya vibrante pero opaca, como si estuviese la vocalización suavizada por una tela de raso».

Pedro había adoptado un nombre literario, el de A. de Gilbert, que una noche se seleccionó en *La Epoca*, entre otros

varios, a indicación de Rodríguez Mendoza; ese nombre se basaba en el satírico francés del siglo XVIII.

A. de Gilbert apadrinó a Darío en su primer libro y fué en cierto modo editor de *Abrojos*, la obra de iniciación chilena. Un hermoso prólogo suyo fué, también, el espaldarazo que consagró el genio del poeta.

En ese prólogo, escrito con ardoroso afecto, Balmaceda examina a fondo la obra de su amigo, en unas pocas páginas en que parece expresarse el jugo de su sentido crítico, constructor y benévolo como aquel que alguna vez hemos admirado en don Andrés Bello y en Vicuña.

Escribe: «Por la mañana el sirviente me presentó un libro desconocido.

»Recién impreso, húmedo, con las hojas unidas, exhalaba un cierto olor a novedad. Con una linda carátula, con una multitud de pequeñas letras, que al esfoliar las páginas, bailaban locamente, dejando entrever algunas hermosas frases e ideas, aquello parecía el poema de la vida de un hombre, elegantemente encuadernado, en brillante edición.

»Ese es el poeta. Un libro escrito en puntos suspensivos. La mitad de su vida, es llanto. La otra mitad, canta sus lágrimas.»

«Tiene muchas raras cualidades,—añade—peculiaridades de estilo, giros nuevos, energía en la frase. Es una manera de decir original, propia, que revela el temperamento del autor hasta en los detalles más insignificantes. Los detalles de la frase, ante todo, son encantadores:

»Es un escultor de ideas talladas en marfil, con las delicadezas y encantos de los antiguos vasos florentinos.»

«Es una poesía nueva entre nosotros. . . »

Hay otras agudas observaciones en el estudio de Balmaceda. «¡Qué bien sabe decir las cosas!», afirma. «En cuanto a los tipos de mujeres vagamente diseñados en el transcurso de la obra, tienen caracteres de creación propia. Cada mujer es una orgía de palabras espirituales o de frases amargas. Darío sólo conoce los extremos. Sus tipos ideales responden a sus amores desgraciados. Entre la bruma de la poesía, se divisan cabezas rubias que han paseado por las calles entre la admiración espontánea de la multitud, y la pasión, siempre oculta, del poeta.

»Podría aplicársele el dicho de Saint Beuve: «Es delicado como una mujer; se diría que alguna vez lo ha sido.»

Advierte en *Abrojos* algunas brusquedades de estilo que «acusan claramente ciertas dudas, ciertos combates porque atraviesan las almas jóvenes». Pero aun eso le atrae, pues la juventud «es incontenible, y a veces en ella, valen más sus defectos que sus buenas cualidades».

«Darío, apunta en otra parte, por temperamento, por escuela, tiene el vino triste. Sus poesías son concebidas en otoño con todos esos rasgos grises de la melancolía. . . » «¡Qué riqueza de amorés, de palabras! ¡Qué modo tan oriental de vestir las tristezas!»

«Al cerrar el libro, se produce en el alma una impresión curiosa. Parece que abandonásemos el taller de un artista. . . »

Darío se sintió interpretado. «Pedro vió en ellos—cuenta en su libro (10), refiriéndose a los *Abrojos*, que nacían de las *Humoradas* de Campoamor y de las *Saetas* de Leopoldo Cano—la expresión sincera y profunda de una desolación íntima y verdadera, de una amargura experimentada; me hizo el bien de no confundir mis versos de mi alma, con tantos arranques quejumbrosos. . . »

En *Abrojos*, y posteriormente en las *Rimas*, se percibe un estado de alma. El poeta, atormentado con su pobreza, recogiendo en su sensibilidad de hombre que camina con el corazón en carne viva, la amargura dejada por todas esas pequeñeces que enturbian el camino de los seres de elección, sintetiza sus desencantos en *A. de Gilbert*: «Si lo que creemos puro lo encontramos manchado, si la mano que juzgamos amistosa nos hiere o nos enloda; si los enamorados de la luz, de lo santo, de lo ideal, nos encontramos frente a la cloaca; si las miserias sociales nos producen el terror de la vergüenza; si el hermano calumnia al hermano, si el hijo insulta al padre, si la madre vende a la hija, si la garra triunfa sobre el ala, si las estrellas tiemblan arriba por el infierno de abajo. . . truenos de Dios ahí estáis para purificarlo todo, para despertar a los aletargados, para anunciar los rayos de la justicia. . . » «Hoy, por más que los desengaños han destruído muchas de mis ilusiones, adorador de Dios, hermano de los hombres, amante de las mujeres, pongo mi alma bajo mi esperanza. Al son de la gloriosa música del harpa, me quedo con David.»

En los años de Santiago, los dos amigos se veían casi a diario. Ora en *La Epoca*, o en el teatro, y más a menudo en la tertulia de la Moneda. Cuando era invierno y la noche se presentaba lóbrega, tenía Pedro la delicadeza de hacerlo acompañar hasta su casa por un viejo criado de confianza.

La comunión espiritual era constante. Soñaban juntos. «Irámos a París, seríamos amigos de Armand Silvestre, de Daudet, de Catulle Mendès; le preguntaríamos a éste por qué se deja sobre la frente un mechón de su rubia cabellera; oiríamos a Renan en la Sorbona y trataríamos de ser asiduos contertulios de madame Adam; y escribiríamos sobre libros franceses! eso sí. Haríamos un libro entre los dos, y trabajaríamos porque llevase ilustraciones de Emile Bayard, o del ex-chileno Santiago Arcos... Y bien, ¿qué título llevaría el libro? Ante todo el estilo. No es cierto, hombre? Iríamos luego a Italia y a España. Y luego, ¿por qué nó? un viaje al bello Oriente, a la China, al Japón, a la India, a ver las raras pagodas, los templos llenos de dragones y las pintorescas casitas de papel, como aquella en que vivió Pierre Loti; y, vestidos de seda, más allá, pasaríamos por bosques de desconocidas vegetaciones, sobre un gran elefante...»

Visitaban con alguna frecuencia a Nicanor Plaza en su taller. El hosco maestro de la estatuaria americana los acogía con simpatía cordial, casi como a camaradas jóvenes que fueran a sorprender el secreto admirable de su arte. «Pedro admiraba al trabajador plástico,—apunta Rubén—se fijaba en sus gestos, sus posturas, en el juego de zarpas de león de aquellos dedos creadores. Se extasiaba en ver aparecer la forma preconcebida, la redondez, la angulosidad, y se complacía especialmente en los golpes osados, en los toques rápidos que cuando son obra de las impacencias del genio, del paso del «dios», producen las maravillas...»

Una inquietud constante atormentaba a Balmaceda, siempre en busca de la perfección, con el deseo turbador de hallar la verdad en el arte, en todas las manifestaciones del arte, deseo que acaso por igual perseguía a Darío. Un día, arrojando un libro que tenía en las manos y leían en voz alta, Pedro le dijo: «No! no es eso lo que yo deseo. Basta de novelitas de Mendès, de frases coloreadas, de hojarasca de color de rosa! El fondo, la base, Rubén, eso es lo que hay que ver ahora. Leeremos a Taine ante todo. Nada de naturalismo.

Aquí tengo a Buckle. A Maculay es preciso visitarle con más frecuencia. Caro el francés y Valera el español servirán de mucho. Déjate de pájaros azules.»

Esas inquietudes críticas quedan expresadas en un hermoso ensayo de Balmaceda sobre *La novela social contemporánea*, presentado a un certamen de la Universidad de Chile. Era un intuitivo tan extraordinario, que estando en el colegio, niño todavía y sin conocer a Shakespeare, tuvo la idea de escribir «un gran drama de príncipes, reyes y traidores, cuya escena pasaba en Dinamarca».

«Su inspiración primordial—cuenta Rubén—soltaba al aire bandadas de pájaros alegres y de libélulas irisadas. Hay frases tuyas que son búcaros de violetas, jarros de lilas nuevas. Poseía cristalizaciones lapidarias que hacían temblar al sol; y en una comparación, burilaba un camafeo. A las veces, un centauro joven iba al campo florido a coronarse de rosas, bajo el follaje de los laureles».

El libro de Darío nos permite adentrarnos más aun en el alma de Balmaceda y sentir las vibraciones de sensibilidades tan afines, los dolores que iban del uno al otro en busca de simpatía o de piedad, los secretos de un alma de adolescente que en el corazón de otro adolescente encontraban refugio.

Veamos algunos fragmentos de cartas de Pedro a Rubén:

«Tú, en verdad, te inspiras con el invierno. Yo, sufro reumatismos, dolores al corazón—y no amo a mujer alguna!...»

«No es lo mismo soñar, que escribir lo que uno sueña».

«No comprendo de otro modo la borrachera. Después de una página de *Mademoiselle de Maupin*, el ajenjo; el ajenjo con Alfredo de Musset, con *Rolla* y *Namouna*. Sabes que con esta filosofía llego a una conclusión: de que hay ciertos libros que no se pueden leer sin vino embriagador. Para Poe, el aguardiente. Para Musset, el ajenjo. Para Becquer, el jerez de la Frontera. Para Heine... no encuentro un vino apropiado... (será el néctar de los dioses). Y para tí yo desearía uno de esos vinos tristes, melancólicos, que ruedan lentamente por los bordes del cristal de Bohemia... poemas rojos, saturados de sangre hirviente y del perfume de las viñas.

«Yo no bebo vino, y sin embargo mis artículos...»

«¡Uf! qué impresión tan triste, tan ridícula, dejan las mujeres cuando pierden el traje de la ilusión».

En carta de Lota—la nota verde le permitía sentir la «melodía amplia y sonora de los grandes pinos y de los copudos alerces, el cabeceo majestuoso de las araucarias y el remolino pardo-oscuro de los robles»; abarcando así toda la belleza de aquel parque incomparable, que yo no ví jamás superado en mis peregrinaciones por el mundo—sintetizaba su emoción con estas palabras: «Por aquí se entra al cielo».

El humor, turnándose con la melancolía, le hacían exclamar en carta estival de Viña: «Tengo conmigo a Heine, Saint Victor, Tolstoy, Goncourt y otros más. Mira que corte! Ni Luis XV...» Añadiéndose esta nota de un grafismo perfecto para quienes conocen la región: «los cerros encorvados, en posturas lascivas, ostentaban todas las sinuosidades de músculos de gigantes».

En otra carta de Lota hay una descripción dramática, en que se advierte la cuchilla frente al hilo débil de que pendía su vida. Estando en una fiesta, creyó morir. «Sentía morir, escribe a su amigo, lejos de mi casa, de mi familia; y lo que más me martirizaba era morir de frac y corbata blanca». Le llevaron al lecho, le descifieron, le abanicaron, le dejaron solo «con las flacas voluptuosidades de mis huesos...»

Darío y Balmaceda sentían el torcedor de un dolor común, de eso que alguna vez he llamado yo el dolor de ser grande. Pero ese dolor, malestar indefinible, se traduce en mil formas que van de la voluptuosidad a la angustia; de la rebeldía ante todas las certidumbres de lo real, hasta la forzada resignación frente a los designios de la vida dura y del tiempo que no admite frenos. Es el dolor de saber que nadie comprenderá la obra del artista y que toda ella, hecha con pluma empapada en sangre del alma, fué escrita sobre el agua. Esa tristeza de ser y de saber y de no poder alcanzar meta ninguna, esa angustia de las horas vacuas, de las ternuras perdidas y secretas, del corazón en trance de pasión y el rostro cubierto por una máscara de carne...

«El también sufría, anota Rubén, mi pobre y amado amigo. Su alma sidéral y luminosa flotaba en su dolor profundo como una estrella en la sombra. Como águila mal enjaulada, ha roto a golpes de pico y ala su cárcel estrecha, y ha tendido el vuelo para Dios!»

Uno y otro debieron sentir la amarillenta mordedura de la envidia, a la que oponían toda su sed de superación y ese

amor de la gloria que floreció en el pensamiento romántico del siglo XIX. «Si la envidia tiene cien pies para arrastrarse, como la escolopendra, escribe Darío, la gloria tendrá cien manos como Briareo el gigante, para tejerle coronas. Al caer este trabajador de la luz, adolescente como un efebo y ya glorioso, se ha oído en la región de las cumbres ideales, un redoblar de tímpanos, un resonar de cobres, un agitar de palmas».

También sentía Darío, más allá de las envidias y las zarpas, temblar sus propias alas. Y se aferraba a sus sueños y a su esperanza, consciente del triunfo, después de *Azul*... y de las cartas consagratorias de Valera y de la Barra. Hay una frase en su libro que recoge muchos de sus estados de alma de las primeras etapas, desde los días de la niñez triste hasta el despertar en Centro América cuando terminaron los años decisivos de Chile: «Llevado por el viento como un pájaro; sin afecciones, sin familia, sin hogar; teniendo desde casi niño sobre mis hombros el peso de mi vida; fatigado desde temprano por verdaderas tristezas; guardo en lo profundo de mi ser bondad, mucho cariño, mucho amor. No seáis injustos. Yo tengo por únicos sostenes mis esperanzas, mis sueños de gloria. Esto me libra de ser escéptico, de ser ingrato, del vahído siniestro del abismo del mal. Yo creo en Dios. Y así voy en el mundo, por un camino de peregrinación, viendo siempre mi miraje, en busca de mi ciudad sagrada, donde está la princesa triste, en su torre de marfil...»

Iba hacia una ciudad a la que no se llega, en busca de una torre que no se escala nunca, soñando en la princesa cuyos brazos no se cierran jamás sobre el corazón de los artistas...

¡Qué amistad tan fresca y envidiable la que unió a esos dos muchachos de alma estelar!

«No estreché su mano al partir, apunta Darío. Pero ¿qué importa, si tenemos que vernos en lo infinito?»

La noticia de la desencarnación de Pedro le llegó al Salvador, abriendo para el poeta la llave de las nostalgias incurables. «Qué gran artista nos ha arrebatado la muerte!», anota con lágrimas en las carillas del más emocionado y tal vez del más humano de sus libros. «Pedro vivió la vida de la luz y se apagó como una estrella.»

Una inmensa sed de eternidad, una tremante esperanza de infinito, de más allá, vibraron en su pluma: «Y en tanto

que podemos encontrarnos, oh amada alma fraternal! tú para quien ahora todo es traslucido y visible, mira en estas páginas, húmedas de llanto, palabras de mi corazón que se ha llenado de duelo con tu partida. Creo en la eterna vida del espíritu, donde bajo la luminosa majestad divina, la visión y el ensueño son reales, y donde los brillantes naufragos de la tierra, en la inmortal alegría, ven florecer la inmensa claridad sagrada, sobre el amor de las estrellas, más allá de la jornada del gran Sol!»

V

Mucho se ha discutido acerca de la chilenidad de Rubén Darío, esto es de las simpatías de carácter profundo que pudieron ligarlo al país de su formación intelectual. Hay quien supone que debió conservar mal recuerdo de algunos sujetos que conoció en Santiago y no supieron tratarlo, careciendo, como carecían, de la percepción necesaria para darse cuenta de quien era él. Se ha hecho incapié en sus pobreza, en la sordidez de ciertos personajes que pagaron mal y hasta miserablemente su colaboración. El mismo, en alguna oportunidad, en su *Autobiografía*, verbigracia, ha hecho alguna alusión velada . . .

Examinemos el punto.

Santiago le brindó hospitalidad y la primera casa del país — el palacio de la Moneda — le abrió anchamente sus puertas, como un segundo hogar. El Presidente Balmaceda le daba mano de amigo y su hijo Pedro fué un hermano, el más íntimo y afectuoso que tuviera en su vida. Sus contactos con la aristocracia fueron frecuentes y en ella se le miró con cortesía y respeto; a ella pertenecían casi todos sus amigos, la mayoría de sus compañeros de tertulia, de bohemia y de letras. Es cierto que las condiciones económicas en que vivió distaron de ser holgadas y fueron harto mal remuneradas sus colaboraciones, pero eso ocurría en general, entonces como hoy y hoy más que entonces, con los artistas, defecto de un régimen social que se ha visto agravado, si cabe, bajo los gobiernos izquierdizantes de nuestra época.

Que Darío tuvo gran apego a Chile, que quiso y admiró como pocos a la tierra de O'Higgins y de Vicuña Mackenna,

no cabe duda ninguna. El mismo, en su *Canto Epico*, la llama patria, y no en segundo término, sino en primerísimo.

«¡Oh Patria! ¡Oh Chile! pues que altiva ostentas
tras de luchas sangrientas
tus victorias de paz por todas partes ...»

En otra:

«Nosotros los chilenos,
cual los viejos helenos,
dimos guirnaldas y canciones...»

Y se reitera en la última estrofa del Canto:

«¡Oh Patria! ¡Oh Chile!... Así acabó, magnífico,
solemne, hermoso, de grandeza homérica,
sobre las anchas olas del Pacífico
el combate más vasto que vió América!» (11)

En *A. de Gilbert* se transparentan, con visión de distancia, pues fué escrito en El Salvador, sus sentimientos chilenos. Hay en toda la obra una atmósfera de emoción cálida, de simpatía honda, que dice muy bien y de modo incontrovertible, cuan adentro del corazón tenía a Chile.

Es posible que más tarde, en otras ciudades de su tránsito y en días efervescentes de rivalidad, que parecen alejados por siempre en el tiempo para honra americana, se le hablase mal de Chile y se tocasen fibras de susceptibilidad que antes no parecieron heridas. Empero, el testimonio que conozco de todos los chilenos que le trataron en Europa, hasta su muerte, es coincidente. En España, mi padre reanudó con él la íntima amistad de los tiempos de Santiago, y le he oído que siempre el poeta recordó a Chile con honda simpatía, recuerdo que tocaba en lo emocionado en horas de exaltación. Augusto D'Halmar, que le frecuentó en París, por espacio de años, le oyó expresiones que no difieren en el fondo, si bien andaban tamizadas por el correr de las aguas de la vida, que no en balde pasan.

Alusiones a Chile hay en muchas de sus correspondencias. En un capítulo de *España Contemporánea*, dedicado a los

novelistas de Sudamérica, leí una mención muy cordial y honrosa para Benjamín Vicuña Subercaseaux (12); de su padre se podrían encontrar no escasas (12a). En el libro *Cabezas* figura un estudio acerca de don Crescente Errázuriz, que ya había aparecido en *Mundial*. Y así cabría reunir nutridas citas.

Pero hay una carta de Darío a don Luis Orrego Luco, escrita cuando pensó volver a Chile, en su último viaje a Buenos Aires, que es particularmente decidora. Se lee en esa carta, dirigida al más íntimo de los amigos y compañeros de los días de juventud que en Chile le quedaban: «A través de tanto tiempo y de tanta distancia, hemos guardado un largo silencio. Mi afecto por Chile se ha conservado el mismo después de tan largos días, y han revivido siempre en mí aquellas pasadas horas.» «Nunca podré olvidar que allí pasé algunas de las más dulces horas de mi vida, y también de las arduas, pues en Chile aprendí a macizar mi carácter y a vivir de mi inteligencia.» (13).

Agotado el tema de sus sentimientos chilenos, quedaría por averiguar si se dió cuenta exacta de la influencia que tuvo Chile en su formación.

Alusiones, afirmativas en cierto modo, pueden espigarse en parte de su obra, pero no dan idea clara de lo que sobre el particular pensó realmente.

Es posible que la percibiera mejor en los primeros años de Madrid, cuando todavía estaban frescos los recuerdos de Chile; de ahí la simpatía que manifestaba a sus amigos chilenos cuando podía. Probablemente, a medida que el tiempo debilitaba los recuerdos, debió sobreestimar lo que hubo de espontáneo en la germinación de su genio literario y de personal en los primeros éxitos de su triunfal carrera.

Creo que Darío nunca se dió cuenta cabal de la influencia que en él tuvo Chile. Y es lógico pensar que así fuera, porque rara vez los grandes hombres se detienen a examinar con escrupuloso sentido crítico su propia vida, a estudiar en sus raíces hondas el proceso de su propia formación. Es prueba de esto último su *Autobiografía*, que más que examen filosófico y detenido de su existencia, es una obra amena, liviana, de recuerdos escritos sin mucha reflexión—con errores de tiempo y lugar que él mismo confiesa como posibles—pero con sen-

tido periodístico, como que lo fueron para *Caras y Caretas*, revista bonarense donde apareciera por primera vez. Por otra parte, conocida la honradez espiritual del poeta, de haberse dado cuenta exacta de aquella influencia, no habría dejado de apuntarla con su generosidad habitual.

En todo caso, la crítica literaria, pesando con severidad datos y hechos, puede analizar más a fondo el problema. De seguro que un estudio realizado con perspicacia y sólido conocimiento de la historia literaria hispano-americana, no ha de llegar a conclusiones muy diversas de las nuestras.

Se reconozca o no la importancia básica que atribuimos a las influencias chilenas en la formación intelectual de Darío y en el curso mismo de su vida, todos en América estaremos de acuerdo para valorar al autor de *Azul...* como uno de los mayores artistas que ha producido el continente.

Muchos, también, concordarán con nosotros en proclamarlo el más alto poeta de la lengua y de la raza.

Quiénes comprendan esto, sabrán que el genio, la belleza y el arte están más allá de las fronteras que dividen a los hombres, más allá de las definiciones corrientes del bien y del mal, y acaso más allá del concepto que ordinariamente suele tenerse de la muerte y del tiempo.

Noticia acerca de esta antología chilena de Rubén Darío

Hemos reunido lo mejor de la producción en prosa y verso del insigne maestro, publicada en Chile, procediendo con cuidado de elegir, y no sólo en el terreno puramente literario, lo más representativo.

En la parte de versos, se incluye in extenso el *Canto Epico a las glórias de Chile*, cuya importancia destacamos en la Introducción escrita para esta Antología. De los *Abrojos* se ha tomado buena parte y las mejores *Rimas*. En el libro básico de Darío—*Azul*...—se escogieron *Primavera*, *Estival*, *Autumnal*, *Invernal* y *Anagké*, fuera de *Caupolicán*, que sólo figura a partir de la segunda edición. Otros poemas han sido tomados del volumen de *Obras Desconocidas* que dió a la estampa el señor Silva Castro en 1934.

Tocante a prosa, sin duda de mayor importancia, porque fué en este género donde Darío alcanzó altas cumbres dentro de su obra de Chile, hemos sido menos parcós. De *Azul*... se incluyen los cuentos principales: *El Rey Burgués*, *El Fardo*, *El velo de la Reina Mab*, *La canción del oro*, *El pájaro azul* y *La muerte de la Emperatriz de la China*. Se añaden, también, fragmentos de *Album porteño* y *Album Santiagués*. Del libro de *Obras Desconocidas*, recogimos algunas fantasías y dos de sus crónicas sobre *La Semana*, escogidas por parecernos que aunaban mejor los valores periodísticos de Rubén.

Naturalmente hemos dado sitio al breve ensayo sobre Vicuña Mackenna, escrito e impreso por primera vez en *Mañana*, y reproducido en *El Mercurio* de Valparaíso en Abril

de 1888. Fué el primer trabajo de Darío publicado en Chile.

Para que la Antología tuviese carácter completo, fué preciso buscar en la obra del maestro algunos trabajos referentes a Chile y dados a luz en el extranjero.

De la obra posterior a su estada en Chile, se ha seleccionado casi íntegramente de *A. de Gilbert*; tres artículos a modo de correspondencias, que bajo el nombre de *Ecos de Chile* insertó Alberto Ghirardo en *Crónica Política* (Volumen VI de sus *Obras Completas*, ordenadas y prologadas por aquel eminente escritor argentino, que fuera uno de sus amigos íntimos en Buenos Aires, en París y en Madrid); ciertos fragmentos de *Autobiografía*, tomados de la edición Ghirardo y alguna otra página. (14) Al final, en Apéndice, se añaden dos cartas del poeta dirigidas a chilenos ilustres y la breve epístola en que analiza la importancia exacta de su novela *Emelina* y el papel que en ella le cupo, como colaborador de don Eduardo Poirier. En la imposibilidad de seleccionar ningún capítulo que pueda auténticamente atribuírsele, nos limitamos a dicho trozo, que fué insertado en el prólogo de la edición príncipe.

Es todo. Aspectos importantes de la vida y obra de Rubén Darío—bien o mal captados—se hallan en esta Antología, elaborada con el pensamiento puesto en su gloriosa memoria.

E. O. V.

P O E M A S

CANTO EPICO A LAS GLORIAS DE CHILE

AL EXCMO. SR. D. J. M. BALMACEDA

Señor: Si algo puede valer este canto a las glorias heroicas de Chile, mi segunda patria, acéptelo usted como un homenaje al hombre ilustre, y como un recuerdo al padre de uno de mis mejores amigos. (15)

R. D.

¡Oh Patria! ¡Oh Chile! pues que altiva ostentas
tras de luchas sangrientas
tus victorias de paz por todas partes;
puesto que tus baluartes
brillan inmaculados;
puesto que tras los choques de la guerra
tus bravías legiones de soldados
en fecundas tareas productoras
hieren la negra tierra
con sus corvos arados;
pues que tus naves de cortantes próras
llevan tu nombre a puertos dilatados;
puesto que bajo el cielo azul, inmenso,

te brindan como espléndido tesoro
las fábricas su incienso,
el mar sus aguas y los montes su oro;
puesto que los cañones
descansan, y los bravos adalides;
puesto que escrita está en los corazones
la vasta historia de tus vastas lides;
puesto que tu bandera
flamea al sol, y el mundo americano
ve cuál cubre la erguida cordillera
y el profundo oceano;
da ¡oh Patria! luz y aliento
para cantar tus glorias inmortales;
que ha llegado el momento
en que suenen al viento
los clarines sonoros y triunfales.

Los viejos griegos, cuando audaz volvía,
líricamente erguido sobre el carro
de oro del triunfo, el vencedor bizarro,
en heroica alegría,
al eco de las arpas victoriosas,
ponían en su casco la guirnalda
de laurel y la palma de esmeralda
al caballo de guerra
que iba pisando rosas
regadas por la tierra.
Si sucumbía en el feroz combate,
en los labios del vate
estaba la epopeya, y en el sacro
empuje del cincel, el simulacro.
Nosotros, los chilenos,
cual los viejos helenos,
dimos nuestras guirnaldas y canciones
a aquellos indomables batallones
que tornaron serenos
de luchar y vencer como leones,
y de salvar la patria como buenos.
Saludamos a Condell, cuando vino

bello como un dios joven y triunfante,
 ciñéndole el destino
 en la frente radiante
los lauros del guerrero y del marino.

*

¡Oh, y los rudos y bravos granaderos,
 con sus velocidades
 y sus arrojados fieros;
mitad centauros y mitad guerreros!
Fueron sus escuadrones tempestades
en medio de los campos forasteros,
con vuelo de huracán... ¡Y qué hora aquella,
 cuando en montes peruanos
dejó la media luna de su huella
el casco de los potros araucanos!
¡Y qué hora la sagrada de aquel día
en que, de las montañas y desiertos,
 la gran caballería
 volvió, y firmes y altivos
 los que llegaron vivos
nos trajeron memorias de los muertos!
¿Qué voz chilena no bendice ufana
las banderas del Buin? ¿Quién no renombra
a Ramírez, que asombra
 en su muerte espartana?
Y todos, los infantes,
 los leales caballeros,
 los audaces marinos,
 los que murieron antes
que rendirse, los bravos artilleros,
 pechos adamantinos,
 que, cual Riquelme el fuerte,
a las fijas miradas de la historia,
 penetran en la muerte
saludando con salvas a la gloria.
 ¡Y Prat!... He aquí la cumbre;
 he aquí la sacra lumbre
inmortal, la epopeya en el abismo,
 el valor soberano.
Leyenda de heroísmo

sobre el hondo oceano,
 Prat resplandece, inspira.
 Implacable y soberbio, tuvo el soplo
 sagrado. A él entonces
 los trémulos bordones de la lira,
 y el himno que el escoplo
 arranca de los mármoles y bronces.

*

Arturo era el marino,
 Arturo era el guerrero
 humilde, que el destino
 tornara digno de la voz de Homero.
 No era el hercúleo y fuerte
 adalid de alta talla
 y músculos de acero;
 antes noble garzón a quien la muerte
 en medio del fragor de la batalla
 convirtiera en coloso.
 La gloriosa bandera
 con su estrella de luces soberanas
 flota sobre el penol; el borrascoso
 ponto cruza ligera,
 y el tricolor de Chile va orgulloso
 en la barca de Arturo, mar afuera.

*

¡Oh, la vieja corbeta
 con sus velas al sol! Ave rendida
 que sobre la onda inquieta
 bajo la luz vibrante y encendida
 las alas desplegaba al mar bravío.
 Brotaba de ella un soplo de victoria,
 soplo vasto del viejo poderío
 y de la antigua gloria;
 pues del viento al arrullo
 y al ronco son del trueno,

aun sostenía en alto el santo orgullo
 del pabellón chileno.
 Cuando en Iquique Prat halla la muerte
 el héroe se convierte
 en semidiós; el cielo constelado
 de la chilena gloria, se ilumina
 con luz de sol; el astro tiene su orto
 y surge inmaculado.
 Cuando cayó la encina
 la floresta tembló. Pero cayendo
 el árbol, con estruendo,
 al mundo americano dejó absorto.
 ¡He aquí, pues, la suprema
 inspiración, el tema
 altísimo, la gloria
 más grande y pura en la chilena historia!

*

¡Oh, las antiguas arpas de los troncos
 de las inmensas selvas primitivas,
 cuerdas sonantes y bordones ronc
 para músicas altas y expresivas!
 ¡Oh, el relámpago vivo y subitáneo
 que del hondo infinito se desprende,
 que el corazón enciende
 y que ilumina el cráneo!
 ¡Oh, los heroicos ritmos! ¡Oh, la nota
 y el estremecimiento de la lira!
 ¡Oh, el aliento de Dios que sólo flota
 sobre aquel escogido a quien inspira!
 ¡Oh, la expresión de las hercúleas razas
 y las himnicas pompas
 que con ruido de yelmos y corazas
 al son brotaron de las áureas trompas!
 Bajo el blanco fulgor del firmamento
 hoy resuenan al viento
 los clarines sonoros y triunfales.
 ¡Patria, canta mi acento
 la mayor de tus glorias inmortales! (16)

I

Iquique despertaba. Era la hora
de los primeros ecos de la tierra
y los primeros himnos de la aurora.
Dos navíos de guerra
que llevan arbolada
la bandera de Chile, al rumoreo
del nuevo día, listos en la rada
están para el bloqueo.
Chile se alza, e inicia
así las grandes luchas en que noble
llevará como enseña la justicia.
Contra enemigo doble
envía sus ardientes escuadrones
a los campos guerreros;
y desplegando al viento sus pendones,
aprestan sus cañones
y se lanzan al mar sus marineros.
Esas dos naves que al nacer el día,
de Iquique, en la bahía,
dora el reflejo pálido
de un sol de rayos tenues y dudosos,
son aquella *Esmeralda*,
vieja como un inválido
de los tiempos gloriosos,
y *Covadonga*, débil y pequeña,
más liviana y zahareña.
Esas dos naves solas
rigen dos capitanes
hechos a oír bajo sus pies las olas
y sobre sus cabezas huracanes.
¡Prat! ¡Condell! ¡Qué guerreros
para cantos de *Ilíadas*
y estrofas de futuros romanceros!
Mas ¿por qué con mirada escrutadora
y contemplando el horizonte, alerta
están sobre cubierta
los marinos? Al brillo de la aurora
vense llegar, terribles,
dos naves del Perú. *Huáscar*, primero,

el fuerte monitor, e *Independencia*;
 ambos irresistibles;
 con la enorme potencia
 de su espolón de acero;
 ambos colosos más que paladines,
 ambos de férreos, ponderosos cascos,
 raudos como delfines,
 duros como peñascos.

*

En tanto que los buques que ostentaban
 la bandera chilena
 sus armas aprestaban,
 el *Huáscar* llega altivo. No resuena
 aún la voz de sus cañones ruda.
 Grau, del veloz navío
 capitán, deja muda
 la tempestad del bronce. Poner miedo
 en los débiles piensa. ¡Miedo a aquellos
 ciclópeos paladines,
 transfigurados, bellos
 al clamoroso son de sus clarines!
 Por fin el *Huáscar* lanza
 su primer cañonazo
 a la vieja corbeta,
 mientras Prat, que ilumina
 con patriótico fuego y esperanza
 a Condell, alma audaz, mente de atleta,
 sobre la ola marina,
 «Seguid mis aguas» a decirle alcanza
 con el eco inmortal de su bocina.

*

Antes de comenzar la gran pelea,
 Arturo habló a los suyos. De tal guisa
 su faz era la faz de un dios homérico.
 Su voz creció sonora y gigantea.
 Sus cabellos tocados por la brisa
 hacían de su espléndida cabeza

una cabeza heroica de inspirado.
 Las cornetas marinas han sonado,
 Arturo a hablar empieza:
 «¡Muchachos! Desigual es la contienda,
 mas nuestro pabellón nunca se ha arriado
 delante el enemigo.
 Yo la esperanza abrigo
 de que hoy no sea la ocasión de hacerlo.
 Mientras yo viva, os juro, esa bandera
 flameará en su lugar, y si yo muero,
 sabrán mis oficiales
 cumplir con su deber». Brotó a raudales
 en los pechos ardor. ¿Qué labio calla
 si se desborda como inmenso río
 el entusiasmo? El corazón estalla
 en la gente chilena.
 ¡Viva Chile! gritó llena de brío,
 al ruidoso chocar de la metralla
 que en los aires resuena...
 Había comenzado la batalla.

*

Delante el enemigo
 los chilenos se miran en sus puestos.
Covadonga al abrigo
 del pueblo que atalaya
 la lucha desigual desde la playa;
Esmeralda en la liza. Así dispuestos
 estaban los audaces.
 A sus mil repetidas explosiones,
 ya la vieja *Esmeralda* pierde, agota
 su vigor; salta, brota
 el agua a borbotones
 por su caldera rota.
 Lenta va. Puede aún de la ribera,
 al lado de occidente,
 cerca llegar. Se siente
 resonar por doquiera
 sordo rugir de tempestad; se escucha
 el cañoneo de la inmensa lucha.

Es que empieza, magnífico,
bello, terrible, de grandeza homérica,
el combate más vasto que vió América
sobre las anchas olas del Pacífico.

*

Mientras que la *Esmeralda* respondía
con sus escasas fuerzas al ataque,
la débil *Covadonga* recibía

un grueso proyectil. A las rompientes
acercóse después, de la cercana
isla, que la veloz *Independencia*
venía con violencia,

ostentando sus fuegos imponentes,
pujante y soberana.

Y la *Esmeralda* entonces,
que apercibida estaba,
resistiendo del *Huáscar* a los bronces,
de su puesto estratégico lanzaba
certeros cañonazos;

mas, iban a caer a los agujeros
las granadas deshechas en pedazos
del navío al chocar en los blindajes.
El poderoso monitor, que yerra
los bruscos tiros que al chileno lanza,
con sus fuegos alcanza
a los suyos en tierra.

Y los de tierra, entonces, en su saña
a la *Esmeralda* viendo aún más fiera,
con seguros cañones de campaña
la atacaron también de la ribera.

Y la humeante corbeta resistía,
y en su cubierta, que era
incendio, se luchaba y se moría
al pie de la bandera.

Oculto el enemigo
ataca en tierra. La *Esmeralda* luego
avanza al norte, por quedar del fuego
de la costa al abrigo.

Un proyectil que vino
 del *Huáscar* disparado,
 alcanzóla rugiendo, en el camino,
 y con fragor le destrozó el costado.
 Retumbando el cañón a cada instante
 y entre lluvias de fuego y de metralla,
 al esplendor del cielo, áureo y brillante,
 seguía la batalla.

II

¡Y Prat! Vérselo pudo en el terrible
 trance, siempre impasible,
 la espada a la cintura, la marina
 gorra cuyos galones
 chispean a la luz, puesta de lado,
 y la ronca bocina
 en la diestra, inspirado
 al áspero tronar de los cañones.
 Había algo de olímpico en la altiva
 frente de aquel soldado.
 ¿Sopló un viento sagrado
 sobre aquella cabeza pensativa?
 ¿Bajó acaso de la alta
 región, de la infinita,
 cumbre, la luz que exalta,
 el soplo que los montes decapita,
 el rayo que de hogueras divinales,
 con fulgores intensos
 va a encender los espíritus inmensos
 de los heroicos hombres inmortales?

*

¡Sí! . . . Pasó sobre Arturo
 un ala apocalíptica y enorme.
 Y tuvo la visión de lo futuro.
 Vió, como entre una luz increada, informe,
 el misterioso porvenir: la Historia

dando a su patria el lauro de victoria,
y señalando, en su imborrable juicio,
para él, el sacrificio,
para Chile, la gloria.
Vió a Latorre vengándole; el primero,
con el *Huáscar* en guerra,
y llevando a las playas de su tierra
encadenado al leviatán de acero.
En San Francisco vió fuerzas hermanas
de los triunfos solemnes en las horas,
y dando al aire sus marciales dianas
las vibrantes cornetas vencedoras.
Vió en Pisagua los patrios pabellones,
sublimes al rugir de los cañones.
Y vió a Vergara y su legión de sables
en sus caballos de orgullosa estampa,
vencer con sus troleles formidables
en las sierras abruptas de Jaspampa.
Vió surgir al invicto Baquedano;
y aquel grupo de impávidos mineros
que, asaltando la cumbre inaccesible
en los Angeles, fueron, al peruano,
como invasión de cóndores ligeros,
de vuelo colosal e irresistible.
Vióle luego en el Alto de la Alianza
contra doble enemigo combatiendo,
dominante, al estruendo
del horrible clamor de la matanza.
Y a sus osadas huestes
en Arica elevar, sobre las rocas
de las cumbres ágrestes
del Morro, sus enseñas;
tomar del enemigo los cañones
y amordazar sus bocas
aventando en pedazos sus cureñas,
al son de las patrióticas canciones.
Vió de Lurín la hazaña;
del gran Pachacamac, junto a la ruina,
la bandera chilena, que domina,
flotar sobre las tiendas de campaña.
Y vió Morro Solar, San Juan, Chorrillos;

la sangre, el hierro, el fuego.
 ¡Y apareció Patricio Lynch! Y luego
 llegó la santa hora
 en que, en nombre de Chile bendecido,
 recibiera la mano vencedora
 la espada del vencido.
 Y vió allá en Miraflores
 a los chilenos, siempre vencedores.
 Luego, ¿qué contempló?... Su pecho late
 en vivas conmociones;
 en la oscura humareda del combate
 halla el aire que ensancha sus pulmones.
 ¡Oh transfiguración! Mírase fuerte
 al borde del profundo precipicio;
 su patria será grande con su muerte,
 y él se apronta al sublime sacrificio.
 ¡Vió que en triunfal desfile
 entraba a Lima, la opulenta y bella,
 el poderoso ejército de Chile;
 la Victoria en las palmas de su carro
 al llegar a los duros campamentos;
 y al fin, izada por la vez tercera
 sobre el regio palacio de Pizarro,
 a las caricias de los cuatro vientos,
 como un himno inmortal, nuestra bandera!...
 Y la visión cesó.

III

Grau ha advertido
 que el viejo barco a balas de cañones
 no puede ser vencido.
 Retrocedió. Las ígneas explosiones
 cesaron. Pone ahora
 a la *Esmeralda* la ferrada prora.
 El agudo espolón en el empuje
 de la rauda carrera
 se ha hundido en el navío, y se abre y cruje
 el casco de madera.
 El tosco acero penetró en lo interno
 de la vieja corueta desgarrada,

como toro feroz que clava el cuerno
y el vientre rompe de la res cansada.

Entonces ¡oh grandeza!
asido a la baranda, en la toldilla
inclinada, está Prat. ¡Ved! Algo brilla
ciñendo como un nimbo su cabeza.

Relampagueante brota
de sus ojos un algo de sublime:
llama que se comprime
y ardiendo salta de su cárcel rota.

Veía al *Huáscar* férreo, poderoso,
con su espolón clavado
en el débil costado
de su barco glorioso;

y así, resplandeciente de coraje,
lanzado por empuje sobrehumano,
lento de augusto brillo,
gritando «¡Al abordaje!»
cayó sobre el castillo
del monitor peruano.

Fué salto de león que se acorrala,
con la ira y el rugido dentro el seno;
vuelo de cóndor que despliega el ala
y va a la nube que fulmina el trueno.

La voz del héroe se apagó en el crudo
resonar de la humeante batería.

Mas no está solo. Pudo
Aldea, el bravo Aldea,
acompañar a Prat, en aquel día,
en su hazaña grandiosa y gigantea.

Era el vivaz sargento
espíritu y aliento,
músculo y corazón; el soberano
compuesto que, al calor de nuestros solés,

aduna a sangre y nervios españoles
la médula de león del araucano.

Era el roto bravío,
pecho de caballero,
que pelea con brío
y sucumbe altanero.

Prat está sobre el *Huáscar*. La cubierta
del férreo monitor mira desierta,

y así avanza, atrevido,
la frente tempestuosa y admirable;
y blandiendo la espada, el brazo erguido,
como héroe apercebido
para lucha sangrienta y formidable.

Pero ¿con quién luchar? Nadie aquel reto
aceptó mano a mano y frente a frente,
ante el cielo y el mar. Y de repente
las balas de un blindado parapeto
arrancaron la vida del valiente.

De la luz meridiana a los fulgores,
al águila altanera

fusilaron así los cazadores,
trémulos de pavor en su trinchera.

Aldea, que a aquel grito
de ¡abordaje! saltó, firme y seguro,
siguiendo siempre al capitán Arturo,
se hundió también con él en lo infinito (17).

*

Muerto Prat, es Uribe quien el mando
del navío recibe,

mientras se sigue sin cesar luchando.

El arrogante Uribe

llamó a sus oficiales a consejo,

¡Todos piensan como él! Piensan que el viejo
barco, en la hora postrera,

al poderoso vencedor confunda,

y ostentando en el tope su bandera
que se incendie o que se hunda.

Aun no habían tornado

a sus puéstos los fieles campeones,

cuando el *Huáscar*, lanzado
 al fogoso vigor de sus pulmones,
 dió a la *Esmeralda* una segunda herida
 con el recio espólón. A la embestida,
 sintiendo hervir su sangre de chileno,
 de Prat con el ejemplo sobrehumano,
 saltó el audáz Serrano,
 y murió como bueno
 al abordar el monitor peruano.
 Y quedó junto a Prat, todo sangriento,
 cadáver de faz trágica y ceñuda,
 como protesta muda
 bajo el azul del hondo firmamento.

*

¡La *Esmeralda* se hundía!
 Exhausta ya de fuerza y de soldados,
 sólo de cuando en cuando respondía
 del *Huáscar* a los tiros redoblados.
 ¡Qué cuadro! Por doquiera
 sangre, muerte y horror. ¡No hay quien vacile!
 Todos persisten con audacia fiera
 bajo el sagrado pabellón de Chile.
 ¡Ah, ved a Crispín Reyes, el impávido:
 al bronce del corneta que ha caído,
 presta su aliento, y ávido,
 épicamente belló,
 de venganza, pujante, enfurecido,
 toca a plenos pulmones a degüello!
 A aquel marino de alma extraordinaria
 en profundos ardores encendida,
 una bala contraria
 le arrancó la corneta con la vida.
 La *Esmeralda* se hundía,
 deshecha y humeante,
 y el monitor triunfante
 cañoneaba al cadáver todavía.
 Entonces fué cuando Riquelme, brazo
 heroico, alma de luz, la muerte viendo,

hizo repercutir el ronco estruendo
del postrer cañonazo.
El horizonte límpido y sereno
puebla el eco sonoro, que retumba
como un último trueno
en el profundo seno
de un monte colosal que se derrumba.

*

El *Huáscar* se lanzó por vez tercera.
Y al golpe del acero áspero y frío
se sintió traquear la nave entera.
¡Por fin, se hundió el navío
que a Chile glorias sin iguales diera!
Primero el casco, fúnebre y sombrío,
y después, siempre al tope, la bandera.

*

En la región de las inmensas almas
debe haberse sentido en esas horas
como un ruido de palmas
y un despertar de auroras.
¡Oh, Patria! ¡Oh, Chile! . . . Así acabó, magnífico,
solemne, hermoso, de grandeza homérica,
sobre las anchas olas del Pacífico
el combate más vasto que vió América!

ABROJOS

PROLOGO

*A Manuel Rodríguez Mendoza
(De la redacción de «La Epoca»).*

I

Sí, yo he escrito estos *Abrojos* (18)
tras hartas penas y agravios,
ya con la risa en los labios,
ya con el llanto en los ojos.

Tu noble y leal corazón,
tu cariño, me alentaba
cuando entre los dos mediaba
la mesa de redacción.

Yo, haciendo versos, Manuel,
descocado, antimetódico,
en el margen de un periódico,
o en un trozo de papel;

tú, aplaudiendo o censurando,
censurando y aplaudiendo
como crítico tremendo,
o como crítico blando,

Entonces, ambos a dos,
de mil ambiciones llenos,
con dos corazones buenos
y honrados, gracias a Dios,

hicimos dulces memorias,
trajimos gratos recuerdos,
y no nos hallamos lerdos
en ese asunto de glorias.

Y pensamos en ganarlas
paso a paso y poco a poco. . .
Y ya huyendo el tiempo loco
de nuestras amigas charlas,

nos confiamos los enojos,
las amarguras, los duelos,
los desengaños y anhelos. . .
y nacieron mis *Abrojos*.

Obra, sin luz ni donaire,
que al compañero constante
le dedica un fabricante
de castillos en el aire.

Obra sin luz, es verdad,
pues rebosa amarga pena;
y para toda alma buena
la pena es oscuridad.

Sin donaire, porque el chiste
no me buscó, ni yo a él;
ya tú bien sabes, Manuel,
que yo tengo el vino triste.

I I

Juntos hemos visto el mal
y en el mundano bullicio,
cómo para cada vicio
se eleva un arco triunfal,

Vimos perlas en el lodo,
burla y baldón a destajo,
el delito por debajo
y la hipocresía en todo.

Bondad y hombría de bien,
como en el mar las espumas,
y palomas con las plumas
recortadas a cercén.

Mucho tigre carnicero,
bien enguantadas las uñas,
y muchísimas garduñas
con máscaras de cordero.

La poesía con anemia,
con tisis el ideal,
bajo la capa el puñal
y en la boca la blasfemia.

La envidia, que desenrosca
su cuerpo y muerde con maña;
y en la tela de la araña
a cada paso la mosca. . .

¿Eres artista? Te afeo.
¿Vales algo? Te critico.
Te aborrezco si eres rico,
y sí pobre te apedreo.

Y de la honra haciendo el robo
e hiriendo cuanto se ve,
sale cierto lo de que
el hombre del hombre es lobo.

III

No predico, no interrogo.
De un sermón ¡qué se diría!
Esto no es una homilía,
sino amargo desahogo,

Si hay versos de amores, son
las flores de un amor muerto
que brindo al cadáver yerto
de mi primera pasión.

Si entre esos íntimos versos
hay versos envenenados,
lean los hombres honrados
que son para los perversos.

Y tú, mi buen compañero;
toma el libro; que, en verdad
de poeta y caballero,
con mis *Abrojos* no hiero
las manos de la amistad (19).

ABROJOS

II

¿Cómo decía usted, amigo mío?
¿Que el amor es un río? No es extraño.
Es ciertamente un río
que uniéndose al confluente del desvío,
va a perderse en el mar del desengaño.

VI

Puso el poeta en sus versos
todas las perlas del mar,
todo el oro de las minas,
todo el marfil oriental;
los diamantes de Golconda,
los tesoros de Bagdad,
los joyeles y preseas
de los cofres de un Nabab.
Pero como no tenía
por hacer versos ni un pan,
al acabar de escribirlos
murió de necesidad.

VIII

Vivió el pobre en la miseria,
 nadie le oyó en su desgracia;
 cuando fué a pedir limosna
 lo arrojaron de una casa.

Después que murió mendigo,
 le elevaron una estatua. . .
 ¡Vivan los muertos, que no han
 estómago ni quijadas!

XVI

Cuando cantó la culebra,
 cuando trino el gavián,
 cuando gimieron las flores,
 y una estrella lanzó un ¡ay!;
 cuando el diamante echó chispas
 y brotó sangre el coral,
 y fueron dos esterlinas
 los ojos de Satanás,
 entonces la pobre niña
 perdió su virginidad (20).

XVII

Cuando la vió pasar el pobre mozo
 y oyó que le dijeron:—¡Es tu amada! . . .
 lanzó una carcajada.
 pidió una copa y se bajó el embozo.
 —¡Que improvise el poeta!
 Y habló luego
 del amor, del placer, de su destino. . .

Y al aplaudirle la embriagada tropa,
 se le rodó una lágrima de fuego,
 que fué a caer al vaso cristalino.

Después, tomó su copa
 ¡y se bebió la lágrima y el vino! . . . (21)

XXII

Me dijo un amigo ayer:
—«Aquel que pueda llegar
a cierta hora en que a tentar
sale a veces Lucifer,
hallará en toda mujer
la mujer de Putifar.»

El asunto está en saber
cuándo el reloj va a sonar.
Ahora ¡vamos a ver!
¿siempre te vas a casar?»

XXIII

De lo que en tu vida entera
nunca debes hacer caso:
la fisga de un envidioso,
el insulto de un borracho,
el bofetón de un cualquiera
y la patada de un asno.

XXV

¿Dar posada al peregrino?
A uno dí posada ayer;
y hoy, prosiguió su camino
llevándose a mi mujer.

XXVIII

¡Qué cosa tan singular!
¡Ese joven literato
aun se sabe persignar!

XXX

Mira, no me digas más:
¡que otra palabra como esa
tal vez me puede matar! (22)

XXXVII

¿Quién es candil de la calle
y oscuridad de su casa?
—Quien halla en aquélla flores
y en ésta abrojos y lágrimas.

XXXVIII

Lodo vil que se hace nube,
es preferible, por todo,
a nube que se hace lodo;
ésta cae y aquél sube. (23).

XLI

Vamos por partes:
comenzará muy puro,
pero, al fin. . . ¡carne!

XLII

Tan alegre, tan graciosa,
tan apacible, tan bella. . .
¡Y yo que la quise tanto!
¡Dios mío, si se muriera!
Envuelta en oscuros paños
la pondrían bajo tierra;
tendría los ojos tristes,
húmeda la cabellera.
Y yo, besando su boca,
allá, en la tumba, con ella,
sería el único esposo
de aquella pálida muerta (24).

XLV

¡Su padre los echa! Yo, ha poco, le he visto,
soberbio, iracundo, lanzarles de allí.
No importa, hijos míos; diré como Cristo:
«¡Dejad a los niños que vengan a mí!»

XLVII

Soy un sabio, soy ateo;
no creo en diablo ni en Dios...
(... pero, si me estoy muriendo,
que traigan el confesor).

XLVIII

Besando con furia loca
la boca de un niño ajeno,
miro yo a la virgen cándida
y no sé lo que comprendo.
¿Qué es ese brillo en los ojos?
¿Qué es en el rostro ese incendio?
¿Qué es ese temblar de labios?
¿Qué es ese crujir de nervios?
Para ser a un niño... ¡a un niño!...
esos besos... ¡esos besos!...

LI

Se ha casado el buen Antonio,
y es feliz con su mujer,
pues no hay otra más hermosa,
ni más dulce, ni más fiel,
ni más llena de cariño,
ni más falta de doblez,
ni más suave de carácter,
ni más fácil de caer...

LII

Erase un cura, tan pobre,
que daba grima mirar
sus zapatos descosidos
y su viejo balandrán.
Erase un cuasi mendigo
que solía regalar

a los más pobres que él
con la mitad de su pan.
Un cura tan divertido
para hacer la caridad,
que si daba el desayuno
se acostaba sin cenar.
Erase un pobre curita
llamado el Padre Julián,
a quien vían como a un perro
los grandes de la ciudad,
pues era tan inocente
y era tan humilde el tal,
que en la casa de los grandes
daba risa su humildad.
Un día amaneció muerto,
siendo causa de su mal
no se sabe si mucha hambre
o alguna otra enfermedad.
Entonces un gran entierro
se ofreció al Padre Julián,
donde sólo en cera y pábilo
se quemara un dineral.
Y se vieron coches fúnebres
y hubo un lujo singular,
a los ecos de las marchas
de la música marcial.
Y cuentan que los tímboles
y oboes, al resonar,
hacían burla del muerto
pobre de solemnidad. . .
Y que el muerto se reía
pensando en su balandrán,
con una de aquellas risas
que dan ganas de llorar.

LV

Joven, acérquese acá:
¿Estima usted su pellejo?
Pues, escúcheme un consejo,
que me lo agradecerá:

Arroje esa timidez
al cajón de ropa sucia,
y por un poco de argucia
dé usted toda su honradez.

Salude a cualquier pelmazo
de valer, y al saludar,
acostúmbrese a doblar
con frecuencia el espinazo.

Diga usted sin ton ni son,
y mil veces, si es preciso,
al feo, que es un Narciso,
{y al zopenco, un Salomón;

que el que tenga el juicio leso
o sea mal encarado,
téngalo usted de contado
que no se enoja por eso.

Al torpe déjele hablar,
sus torpezas disimule,
y adule, adule y adule
sin cansarse de adular.

Como algo no le acomode,
chitón y tragar saliva,
y en el pantano en que viva
arrástrese, aunque se enlode.

Y con que befe al que baje,
y con que al que suba inciense,
el día en que menos piense
será usted un personaje. (25).

L X

[En las horas amargas que he sufrido
en una soledad que es un destierro,
con profunda tristeza he comprendido
el cariño de Byron a su perro.

L X I

[Un día estaba de broma
en su palacio el buen Dios.

La tierra ante El daba vueltas,
redonda como un melón.
Fijó su vista en la tierra
y allí miró a un buen señor
que tenía muchos fondos
y que se llamaba Job;
sujeto de buenas prendas
que vivía como un lord,
daba dinero a interés
y jugaba al rocambor.
Tenía mujer e hijos
y, dada su posición,
amigos muy cariñosos,
tres de ellos de lo mejor.
¡Vaya que vivía alegre
como alegre pascua Job!
El Padre Eterno de un golpe
su alegría le quitó,
y le puso en todo el cuerpo
una enfermedad atroz,
y de todas las riquezas
quedaron duelo y dolor.
El era hombre pacienzudo
y dijo: «¡Vaya por Dios!
con mi familia y amigos
quedo satisfecho yo».
Entonces llegó su esposa
y le pegó un cóscorrón
y, en vez de darle consuelos,
insultos le prodigó.
Los tres amigos mejores
se acercaron donde Job,
le echaron tierra en los ojos
y le dijeron: «¡Bribón!»
Un criado le atizó un palo,
una criada le arañó:
y el diablo, muerto de risa,
sentía un gozo feroz.
—«¡Basta! dijo el Padre Eterno.
Vuelve a ser feliz, mi Job».

Y Job volvió a ser feliz
 como uno y uno son dos.
 Y se compró trajes nuevos,
 y tornó a ser anfitrión,
 y dió un baile famosísimo
 en el que el ponche sobró.
 Día, Cassia y Cornustibia,
 las tres hijas del señor,
 lucieron joyas muy ricas
 y vestidos *comme il faut*.
 Los tres amigos bailaban
 en las cuadrillas de honor
 y la dueña de la casa
 dirigía el cotillón.
 Y así pasaron las cosas
 en paz y en gracia de Dios.

L X I I

Cuando tus negras fauces,
 ¡oh tumba!
 me libren de mis penas
 profundas;
 cuando del hondo río
 las turbias
 aguas lleven mi barca
 oscura;
 cuando, pupilas ciegas,
 voz muda,
 sienta yo la infinita
 angustia;
 cuando una mano amiga
 descubra
 mi faz, que cuatro cirios
 alumbran;
 cuando ningunos duelos
 ya sufra
 y mis nervios se calmen,
 y esté mi lengua muda,
 ¡entonces! voy a ser un buen muchacho
 y va a llorar mi muerte la fortuna.

R I M A S

I

- (27) En el libro lujoso se advierten
las rimas triunfales:
bizantinos mosaicos, pulidos
y raros esmaltes,
fino estuche de artísticas joyas,
ideas brillantes;
los vocablos unidos a modo
de ricos collares;
las ideas formando en el ritmo
sus bellos engarces,
y los versos como hilos de oro
do irisadas tiemblan
perlas orientales.
¡Y mirad! En las mil filigranas
hallaréis alfileres punzantes;
y, en la pedrería,
trémulas facetas
de color de sangre.

VI

Hay un verde laurel. En sus ramas
un enjambre de pájaros duerme
en mudo reposo,
sin que el beso del sol los despierte.
Hay un verde laurel. En sus ramas
que el terral melancólico mueve,

se advierte una lira,
sin que nadie esa lira descuelgue.

¡Quién pudiera, al influjo sagrado
de un soplo celeste,
despertar en el árbol florido
las rimas que duermen!

¡Y flotando en la luz el espíritu,
mientras arde en la sangre la fiebre,
como «un himno gigante y extraño»
arrancar a la lira de Bécquer!

VII

Llegué a la pobre cabaña
en días de primavera.
La niña triste cantaba,
la abuela hilaba en la rueca.
—¡Buena anciana, buena anciana,
bien haya la niña bella,
a quien desde hoy amar juro
con mis ansias de poeta!—
La abuela miró a la niña.
La niña sonrió a la abuela.
Fuera, volaban gorriones
sobre las rosas abiertas.

Llegué a la pobre cabaña
cuando el gris otoño empieza.
Oí un ruido de sollozos
y sola estaba la abuela.
—¡Buena anciana, buena anciana!—
Me mira y no me contesta.
Yo sentí frío en el alma
cuando ví sus manos trémulas,
su arrugada y blanca cofia,
sus fúnebres tocas negras.
Fuera, las brisas errantes
llevaban las hojas secas.

VIII

Yo quisiera cincelarte
una rima
delicada y primorosa
como una áurea margarita,
o cubierta de irisada
pedrería,
o como un joyel de Oriente,
o una copa florentina.

Yo quisiera poder darte
una rima
como el collar de Zobeida,
el de perlas ormuzinas,
que huelen como las rosas
y que brillan
como el rocío en los pétalos
de la flor recién nacida.

Yo quisiera poder darte
una rima
que llevara la amargura
de las hondas penas mías
entre el oro del engarce
de las frases cristalinas.

Yo quisiera poder darte
una rima
que no produjera en ti
la indiferencia o la risa,
sino que la contemplaras
en su pálida alegría,
y que, después de leerla. . . .
te quedaras pensativa. (28)

XII

¿Que no hay alma? ¡Insensatos!
Yo la he visto: es de luz. . .
(Se asoma a tus pupilas
cuando me miras tú).

¿Que no hay cielo? ¡Mentira!
¿Queréis verle? Aquí está.
(Muestra, niña gentil,
ese rostro sin par,
y que de oro lo bañe
el sol primaveral).

¿Que no hay Dios? ¡Qué blasfemia!
Yo he contemplado a Dios. ...
(En aquel casto y puro
primer beso de amor,
cuando de nuestras almas
las nupcias consagró).

¿Que no hay infierno? Sí, hay...
(Cállate, corazón,
que esto bien, por desgracia,
lo sabemos tú y yo).

A Z U L . . .

ANAGKE

(29)

Y dijo la paloma:

—Yo soy feliz. Bajo el inmenso cielo,
en el árbol en flor, junto a la poma
llena de miel, junto al retoño suave
y húmedo por las gotas de rocío,
tengo mi hogar. Y vuelo,
con mis anhelos de ave,
del amado árbol mío
hasta el bosque lejano,
cuando, al himno jocundo
del despertar de Oriente,
sale el alba desnuda, y muestra al mundo
el pudor de la luz sobre su frente.

Mi ala es blanca y sedosa;
la luz la dora y baña
y céfiro la peina.

Son mis pies como pétalos de rosa.

Yo soy la dulce reina
que arrulla a su palomo en la montaña.
En el fondo del bosque pintoresco
está el alerce en que formé mi nido;
y tengo allí, bajo el follaje fresco,
un polluelo sin par, recién nacido.

Soy la promesa alada,
el juramento vivo;

soy quien lleva el recuerdo de la amada
para el enamorado pensativo;

yo soy la mensajera
de los tristes y ardientes soñadores,
que va a revolotear diciendo amores
junto a una perfumada cabellera.

Soy el lirio del viento.

Bajo el azul del hondo firmamento
muestro de mi tesoro bello y rico

las preseas y galas;
el arrullo en el pico,
la caricia en las alas.

Yo despierto a los pájaros parleros
y entonan sus melódicos cantares;
me poso en los floridos limoneros
y derramo una lluvia de azahares.

Yo soy toda inocente, toda pura.

Yo me esponjo en las ansias del deseo,
y me estremezco en la íntima ternura
de un roce, de un rumor, de un aleteo.

¡Oh, inmenso azul! Yo te amo. Porque a Flora
das la lluvia y el sol siempre encendido;
porque, siendo el palacio de la aurora,
también eres el techo de mi nido.

¡Oh, inmenso azul! Yo adoro
tus célaes risueños,

y esa niebla sutil de polvo de oro
donde van los perfumes y los sueños.

Amo los velos tenues, vagarosos,
de las flotantes brumas,

donde tiendo a los aires cariñosos
el sedenio abanico de mis plumas.

¡Soy feliz! porque es mía la floresta,
donde el misterio de los nidos se halla;

porque el alba es mi fiesta

y el amor mi ejercicio y mi batalla.

¡Feliz, porque de dulces ansias llena
calentar mis polluelos es mi orgullo;

porque en las selvas vírgenes resuena
la música celeste de mi arrullo;

porque no hay una rosa que no me ame,

ni pájaro gentil que no me escuche,
ni garrido cantor que no me llame! . . .

—¿Sí?—dijo entonces un gavilán infame,
y con furor se la metió en el buche.

Entonces el buen Dios, allá en su trono,
(mientras Satán, por distraer su encono,
aplaudía a aquel pájaro zahareño)
se puso a meditar. Arrugó el ceño,
y pensó, al recordar sus vastos planes,
y recorrer sus puntos y sus comas,
que cuando creó palomas
no debía haber creado gavilanes. (30)

Valparaíso, 1887

(Azul. . .

«La Epoca», Santiago, Febrero 11 de 1887).

EL AÑO LIRICO

PRIMAVERAL

Mes de rosas. Van mis rimas
en ronda a la vasta selva,
a recoger miel y aromas
en las flores entreabiertas.
Amada, ven. El gran bosque
es nuestro templo; allí ondea
y flotó un santo perfume
de amor. El pájaro vuela
de un árbol a otro y saluda
tu frente rosada y bella
como a un alba; y las encinas
robustas, altas, soberbias,
cuando tú pasas agitan
sus hojas verdes y trémulas,

y enarcan sus ramas como
para que pase una reina.
¡Oh, amada mía! Es el dulce
tiempo de la primavera.

*

Miren tus ojos los míos;
da al viento la cabellera,
y que bañe el sol ese oro
de luz salvaje y espléndida.
Dame que aprieten mis manos
las tuyas de rosa y seda,
y ríe, y muestren tus labios
su púrpura húmeda y fresca.
Yo voy a decirte rimas,
tú vas a escuchar risueña;
si acaso algún risueño
viniese a posarse cerca,
y a contar alguna historia
de ninfas, rosas o estrellas,
tú no oirás notas ni trinos,
sino, enamorada y regia,
escucharás mis canciones
fija en mis labios que tiemblan.
¡Oh, amada mía! Es el dulce
tiempo de la primavera.

*

Allá hay una clara fuente
que brota de una caverna,
donde se bañan desnudas
las blancas ninfas que juegan.
Ríen al son de la espuma,
hienden la linfa serena,
entre polvo cristalino
esponjan sus cabelleras,
y saben himnos de amores
en hermosa lengua griega,
que en glorioso tiempo antiguo
Pan inventó en las florestas.

Amada, pondré en mis rimas
la palabra más soberbia
de las frases, de los versos,
de los himnos de esa lengua;
y te diré esa palabra
empapada en miel hiblea . . .
¡oh, amada mía! en el dulce
tiempo de la primavera.

*

Van en sus grupos vibrantes
revolando las abejas
como un áureo torbellino
que la blanca luz alegra;
y sobre el agua sonora
pasan radiantes, ligeras,
con sus alas cristalinas
las irisadas libélulas.
Oye: canta la cigarra
porque ama al sol, que en la selva
su polvo de oro tamiza
entre las hojas espesas.
Su aliento nos da en un sopro
fecundo la madre tierra,
con el alma de los cálices
y el aroma de las yerbas.

*

¿Ves aquel nido? Hay un ave.
Son dos: el macho y la hembra.
Ella tiene el buche blanco,
él tiene las plumas negras.
En la garganta el gorjeo,
las alas blandas y trémulas;
y los picos que se chocan
como labios que se besan.
El nido es cántico. El ave
incuba el trino, ¡oh poetas!
De la lira universal
el ave pulsa una cuerda.

Bendito el calor sagrado
que hizo reventar las yemas,
¡oh, amada mía!, en el dulce
tiempo de la primavera!

*

Mi dulce musa Delicia
me trajo un ánfora griega
cincelada en alabastro,
de vino de Naxos llena;
y una hermosa copa de oro,
la bási henchida de perlas,
para que bebiese el vino
que es propicio a los poetas.
En el ánfora está Diana,
real, orgullosa y esbelta,
con su desnudez divina
y en su actitud cinegética.
Y en la copa luminosa
está Venus Citerea
tendida cerca de Adonis
que sus caricias desdeña.
No quiero el vino de Naxos
ni el ánfora de ansas bellas,
ni la copa donde Cipria
al gallardo Adonis ruega.
Quiero beber el amor
sólo en tu boca bermeja,
¡oh, amada mía!, en el dulce
tiempo de la primavera! (31)

(Azul...

«*La Epoca*», Santiago, Septiembre 25 de 1887).

ESTIVAL

I

La tigre de Bengala,
con su lustrosa piel manchada a trechos,

está alegre y gentil, está de gala.
Salta de los repechós
de un ribazo al tupido
carrizal de un bambú; luego a la roca
que se yergue a la entrada de su gruta.
Allí lanza un rugido,
se agita como loca
y eriza de placer su piel hirsuta.

*

La fiera virgen ama.
Es el mes del ardor. Parece el suelo
rescoldo; y en el cielo
el sol, inmensa llama.
Por el ramaje oscuro
salta huyendo el canguro.
El boa se infla, duerme, se calienta
a la tórrida lumbre;
el pájaro se sienta
a reposar sobre la verde cumbre.

*

Siéntense vahos de horno;
y la selva indiana
en alas del bochorno,
lanza, bajo el sereno
cielo, un soplo de sí. La tigre ufana
respira a pulmón lleno,
y al verse hermosa, altiva, soberana,
le late el corazón, se le hincha el seno.

*

Contempla su gran zarpa, en ella la uña
de marfil; luego toca
el filo de una roca,
y prueba y lo rasguña.
Mírase luego el flanco
que azota con el rabo puntiagudo

de color negro y blanco,
y móvil y felpudo;
luego el vientre. En seguida
abre las anchas fauces, altanera
como reina que exige vasallaje;
después husmea, busca, va. La fiera
exhala algo a manera
de un suspiro salvaje.
Un rugido callado
escuchó. Con presteza
volvió la vista de uno y otro lado.
Y chispeó su ojo verde y dilatado
cuando miró de un tigre la cabeza
surgir sobre la cima de un collado.
El tigre se acercaba.

Era muy bello.
Gigantesca la talla, el pelo fino,
apretado el ijar, robusto el cuello,
era un don Juan felino
en el bosque. Anda a trancos
callados; ve a la tigre inquieta, sola,
y le muestra los blancos
dientes, y luego arbola
con donaire la cola.
Al caminar se vía
su cuerpo ondear, con garbo y bizarría.
Se miraban los músculos hinchados
debajo de la piel. Y se diría
ser aquella alimaña
un rudo gladiador de la montaña.
Los pelos erizados
del labio relamía. Cuando andaba,
con su peso chafaba
la yerba verde y muelle;
y el ruido de su aliento semejaba
el resollar de un fuelle.
El es, él es el rey. Cetro de oro
no, sino la ancha garra

que se hinca recia en el testuz del toro
 y las carnes desgarras.
 La negra águila enorme, de pupilas
 de fuego y corvo pico relumbrante,
 tiené a Aquilón; las hondas y tranquilas
 aguas el gran caimán; el elefante
 la cañada y la estepa;
 la víbora los juncos por do trepa;
 y su caliente nido
 del árbol suspendido,
 el ave dulce y tierna
 que ama la primer luz.

El, la caverna.

*

No envidia al león la crin, ni al potro rudo
 el casco, ni al membrudo
 hipopótamo el lomo corpulento,
 quien bajo los ramajes del copudo
 baobab, ruge al viento.

*

Así va el orgulloso, llega, halaga;
 corresponde la tigre que le espera,
 y con caricias las caricias paga
 en su salvaje ardor, la carnicera.

*

Después, el misterioso
 tacto, las impulsivas
 fuerzas que arrastran con poder pasmoso;
 y ¡oh gran Pan! el idilio monstruoso
 bajo las vastas selvas primitivas.
 No el de las musas de las blandas horas,
 suaves, expresivas,
 en las rientes auroras
 y las azules noches pensativas;

sino el que todo enciende, anima, exalta;
polen, savia, calor, nervio, corteza,
y en torrentes de vida brota y salta
del seno de la gran Naturaleza.

II

El príncipe de Gales va de caza
por bosques y por cerros,
con su gran servidumbre y con sus perros
de la más fina raza.

*

Acallando el tropel de los vasallos,
deteniendo traíllas y caballos,
con la mirada inquieta,
contempla a los dos tigres, de la gruta
a la entrada. Requiere la escopeta,
y avanza, y no se inmuta.

*

Las fieras se acarician. No han oído
tropel de cazadores.
A esos terribles seres,
embriagados de amores,
con cadenas de flores
se les hubiera uncido
a la nevada concha de Citeres
o al carro de Cupido.

*

El príncipe atrevido
adelanta, se acerca, ya se para;
ya apunta y cierra un ojo; ya dispara;
ya del arma el estruendo
por el espeso bosque ha resonado.
El tigre sale huyendo

y la hembra queda, el vientre desgarrado.
 ¡Oh, va a morir!... pero antes, débil, yerta,
 chorreando sangre por la herida abierta,
 con ojo dolorido
 miró a aquel cazador; lanzó un gemido
 como un ¡ay! de mujer... y cayó muerta.

III

Aquel macho que huyó, bravo y zahareño
 a los rayos ardientes
 del sol, en su cubil después dormía.
 Entonces tuvo un sueño;
 que enterraba las garras y los dientes
 en vientres sonrosados
 y pechos de mujer; y que engullía
 por postres delicados
 de comidas y cenas,
 —como tigre goloso entre golosos,—
 unas cuantas docenas
 de niños tiernos, rubios y sabrosos. (32)

(Azul...

«La Epoca», Santiago, Marzo 15 de 1887).

AUTUMNAL

Eros, Vita, Lumen.

En las pálidas tardes
 yerran nubes tranquilas
 en el azul; en las ardientes manos
 se posan las cabezas pensativas.
 ¡Ah los suspiros! ¡Ah los dulces sueños!
 ¡Ah las tristezas íntimas!
 ¡Ah el polvo de oro que en el aire flota,
 tras cuyas ondas trémulas se miran
 los ojos tiernos y húmedos,
 las bocas inundadas de sonrisas,

las crespas cabelleras
y los dedos de rosa que acarician!

*

En las pálidas tardes
me cuenta una hada amiga
las historias secretas
llenas de poesía:
lo que cantan los pájaros,
lo que llevan las brisas,
lo que vaga en las nieblas,
lo que sueñan las niñas,

*

Una vez sentí el ansia
de una sed infinita.
Dije al hada amorosa:
—Quiero en el alma mía
tener la inspiración honda, profunda,
inmensa; luz, calor, aroma, vida.
Ella me dijo:—¡Ven! con el acento
con que hablaría un arpa. En él había
un divino idioma de esperanza.
¡Oh sed del ideal!

*

Sobre la cima
de un monte, a media noche,
me mostró las estrellas encendidas.
Era un jardín de oro
con pétalos de llama que titilan.
Exclamé:—¡Más!...

*

La aurora
vino después. La aurora sonreía,
con la luz en la frente,
como la joven tímida

que abre la reja, y la sorprenden luego
 ciertas curiosas, mágicas pupilas.
 Y dije:—¡Más!... Sonriendo
 la celeste hada amiga
 prorrumpió:—¡Y bien! ¡Las flores!

*

Y las flores
 estaban frescas, lindas,
 empapadas de olor: la rosa virgen,
 la blanca margarita,
 la azucena gentil y las volúbiles
 que cuelgan de la rama estremecida.
 Y dije:—¡Más!...

*

El viento
 arrastraba rumores, ecos, risas,
 murmullos misteriosos, aleteos,
 músicas nunca oídas.
 El hada entonces me llevó hasta el velo
 que nos cubre las ansias infinitas,
 la inspiración profunda,
 y el alma de las liras.
 Y lo rasgó. Y allí todo era aurora.
 En el fondo se vía
 un bello rostro de mujer.

*

¡Oh, nunca,
 Piérides, diréis las sacras dichas
 que en el alma sintiera!
 Con su vaga sonrisa:
 —¡Más?...—dijo el hada. Y yo tenía-entonces
 clavadas las pupilas
 en el azul, y en mis ardientes manos
 se posó mi cabeza pensativa...

(Azul...

«La Epoca», Santiago, Abril 14 de 1887).

INVERNAL

Noche. Este viento vagabundo lleva
 las alas entumidas
 y heladas. El gran Andes
 yergue al inmenso azul su blanca cima.
 La nieve cae en copos,
 sus rosas transparentes cristaliza;
 en la ciudad, los delicados hombros
 y gargantas se abrigan;
 ruedan y van los coches,
 sueñan alegres pianos; el gas brilla;
 y, si no hay un fogón que le caliente,
 el que es pobre tiritita.

*

Yo estoy con mis radiantes ilusiones
 y mis nostalgias íntimas,
 junto a la chimenea
 bien harta de tizones que crepitan.
 Y me pongo a pensar: ¡Oh, si estuviese
 ella, la de mis ansias infinitas,
 la de mis sueños locos,
 y mis azules noches pensativas!
 ¿Cómo? Mirad:

De la apacible estancia
 en la extensión tranquila
 vertería la lámpara reflejos
 de luces opalinas.
 Dentro, el amor que abrasa;
 fuera, la noche fría,
 el golpe de la lluvia en los cristales,
 y el vendedor que grita
 su monótona y triste melopea
 a las glaciales brisas.
 Dentro, la ronda de mis mil delirios,
 las canciones de notas cristalinas,
 unas manos que toquen mis cabellos,
 un aliento que roce mis mejillas,

un perfume de amor, mil conmociones,
mil ardientes caricias;
ella y yo: los dos juntos, los dos solos;
la amada y el amado, ¡oh Poesía!
los besos de sus labios,
la música triunfante de mis rimas
y en la negra y cercana chimenea
el tuero brillador que estalla en chispas.

*

¡Oh! ¡bien haya el brasero
lleno de pedrería!
Topacios y carbunclos,
rubíes y amatistas
en la ancha copa etrusca
repleta de ceniza.
Los lechos abrigados,
las almohadas mullidas,
las pieles de Astrakán, los besos cálidos
que dan las bocas húmedas y tibias.
¡Oh, viejo invierno, salve!
puesto que traes con las nieves frías
el amor embriagante
y el vino del placer en tu mochila.

*

Sí, estaría a mi lado,
dándome sus sonrisas,
ella, la que hace falta a mis estrofas,
esa que mi cerebro se imagina;
la que, si estoy en sueños,
se acerca y me visita;
ella que, hermosa, tiene
una carne ideal, grandes pupilas,
algo del mármol, blanca luz de estrella;
nerviosa, sensitiva,
muestra el cuello gentil y delicado
de las Hebes antiguas;
bellos gestos de diosa,
tersos brazos de ninfa,

lustrosa cabellera
en la nuca encrespada y recogida,
y ojeras que denuncian
ansias profundas y pasiones vivas.
¡Ah, por verla encarnada,
por gozar sus caricias,
por sentir en mis labios
los besos de su amor diera la vida!

Entre tanto, hace frío.

Yo contemplo las llamas que se agitan,
cantando alegres con sus lenguas de oro,
móviles, caprichosas e intranquilas,
en la negra y cercana chimenea
do el tuero brillador estalla en chispas.

*

Luego pienso en el coro
de las alegres liras.

En la copa labrada el vino negro:
la copa hirviente cuyos bordes brillan
con iris temblorosos y cambiantes
como un collar de prismas;
el vino negro que la sangre enciende
y pone el corazón con alegría,
y hace escribir a los poetas locos
sonetos áureos y flamantes silvas.

El Invierno es beodo.

Cuando soplan sus brisas,
brotan las viejas cubas
la sangre de las viñas.

Sí, yo pintara su cabeza cana
con corona de pámpanos guarnida.

El Invierno es galeoto,
porque en las noches frías

Paolo besa a Francesca
en la boca encendida,

mientras su sangre como fuego corre
y el corazón ardiendo le palpita.

¡Oh, crudo Invierno, salve!
puesto que traes con las nieves frías

el amor embriagante
y el vino del placer en tu mochila.

*

Ardor adolescente,
miradas y caricias:
¡cómo estaría trémula en mis brazos
la dulce amada mía,
dándome con sus ojos luz sagrada,
con su aroma de flor, savia divina!
En la alcoba la lámpara
derramando sus luces opalinas;
oyéndose tan sólo
suspiros, ecos, risas;
el ruido de los besos;
la música triunfante de mis rimas
y en la negra y cercana chimenea
el tuero brillador que estalla en chispas.
Dentro, el amor que abrasa;
fuera, la noche fría. (33)

(Azul...)

«*La Época*», Santiago, Junio 3 de 1887).

A UN POETA

Nada más triste que un titán que llora,
hombre-montaña encadenado a un lirio,
que gime, fuerte, que pujante, implora:
víctima propia en su fatal martirio.

Hércules loco que a los pies de Onfalia
la clava deja y el luchar rehusa,
héroe que calza femenil sandalia,
vate que olvida la vibrante musa.

¡Quién desquijara los robustos leones,
hilando, esclavo, con la débil rueca;

sin labor, sin empuje, sin acciones:
puños de fierro y áspera muñeca!

No es tal poeta para hollar alfombras
por donde triunfan femeniles danzas:
que vibre rayos para herir las sombras,
que escriba versos que parezcan lanzas.

Relampagueando la soberbia estrofa,
su surco deje de esplendente lumbre,
y el pantano de escándalo y de mofa
que no lo vea el águila en su cumbre.

Bravo soldado con su casco de oro,
lance el dardo que quema y que desgarras,
que embista rudo como embiste el toro,
que clave firme, como el león, la garra.

Cante valiente y al cantar trabaje;
que ofrezca robles si se juzga monte;
que su idea en el mal rompa y desgaje
como en la selva virgen el bisonte.

Que lo que diga la inspirada boca
suene en el pueblo con palabra extraña;
ruido de oleaje al azotar la roca,
voz de caverna y soplo de montaña.

Deje Sansón de Dálila el regazo:
Dálila engaña y corta los cabellos.
No pierda el fuerte el rayo de su brazo
por ser esclavo de unos ojos bellos.

(Azul...)

CAUPOLICAN

A Enrique Hernández Miyares.

Es algo formidable que vió la vieja raza:
robusto tronco de árbol al hombro de un campeón

salvaje y aguerrido, cuya fornida maza
blandiera el brazo de Hércules, o el brazo de Sansón.

Por casco sus cabellos, su pecho por coraza,
pudiera tal guerrero, de Arauco en la región,
láncero de los bosques, Nemrod que todo caza,
desjarretar un toro, o estrangular un león.

Anduvo, anduvo, anduvo. Le vió la luz del día,
le vió la tarde pálida, le vió la noche fría,
y siempre el tronco de árbol a cuestras del titán.

«¡El Toqui, el Toqui!» clama la conmovida casta.
Anduvo, anduvo, anduvo. La Aurora dijo: «Basta»,
e irguióse la alta frente del gran Caupolicán.

Noviembre de 1888.

(Azul...)

«*La Época*», Santiago, Noviembre 11 de 1888).

OTROS POEMAS

EL MANTO DE LA CHILENA

La bella va con el manto
con tal modo y gracia puesto,
que se diría por esto
es el colmo del encanto.
(Santiaguina, por supuesto).

Vela el cuerpo la hermosura
y va enseñando la cara;
tal parece una escultura
hecha en mármol de Carrara
y con negra vestidura.

Con esa faz placentera,
esa negrura enamora;
pues le parece a cualquiera
que la noche apareciera
con la cara de la aurora.

¡Qué par de ojos! Son luceros,
¡Qué luceros! Fuegos puros.
Con razón hay, caballeros,
compañías de bomberos
y pólizas de seguros.

Y ahora entiendo el por qué
cierto joven que llegó,

cuyos gustos yo me sé,
siente algo de qué sé yo
por causa de no sé qué.

Y siempre que mira un manto
se fija en la faz un tanto,
llena de dulces antojos;
que en la faz están los ojos,
y en los ojos el encanto.

De una garbosa doncella
con un rostro encantador,
se afirmará al conocella,
que sin el manto es muy bella,
pero con manto, mejor.

Tiene ello mucho de santo;
mas despertá cierto anhelo
cuyo velo no levanto;
si no fuera ese recelo,
andarían en el cielo
los querubines con manto.

Faz linda. . . forma hechicera;
esa negrura enamora
pues le parece a cualquiera
que la noche apareciera
con la cara de la aurora.

(«*La Época*». Santiago, Agosto 9 de 1886).

LA PLEGARIA

De hinojos ¡oh Dios mío!
alzo mi ruego ante el altar sagrado.
Perdón por mi desvío;
perdón por mi pecado,
perdón por las heridas que te he dado.

Derrama en mis potencias
la lumbre de tu fe y de tu esperanza;
quiero tus excelencias
gozar, la venturanza
y el bienestar que quien te adora alcanza.

Tú que todo lo truecas,
tú que el iris pusiste en la negrura,
y los tronos derruecas,
y castigas la impura
maldad que el hombre sigue en su locura,

dame, señor, que tenga
la llama de la fe en el pecho mío:
y dame que me venga
tu bienhechor rocío,
que es effluvio de amor, ¡Dios justo y pío!

Señor, gracia por tanto
que te he ofendido; acudo a tu eficacia,
mira que riego llanto,
mira que pido gracia
en mi tribulación y en mi desgracia.

Yo cerré mis orejas
a la palabra del amor divino;
y veo que te quejas,
me llamas de continuo,
y me quieres llevar por buen camino.

Oh, cuán cegado he sido,
apacible cordero sacrosanto:
mas ahora te pido,
del cielo luz y encanto,
gracia, gracia, señor tres veces santo.

Miré la azul esfera
y miré de zafiro la techumbre,
y viendo la pradera
hallé tu dulcedumbre,
y en todas partes ví tu eterna lumbre.

Señor ¡bendito seas!
Bendito porque esparces tu dulzura;
bendito porque creas,
porque el bien es hechura
de tu mano, que enciende la luz pura.

Oye el coro liviano
de pájaros parleros que te cantan;
oye el mar oceano,
sus olas que brillantan
los soles, cuantos himnos te levantan.

Oye el maravilloso
enjambre que del bosque va de vuelo,
y da su armonioso
clamor, cuando en su anhelo
de cantar y cantar se sube al cielo.

Encendiste la aurora
con sólo tu mirar: con tu respiro
creaste el cielo, que dora
el sol que en raudos giro
camina por un campo de zafiro.

Congojado si treme
la tierra, y hay dolor, plañe el humano,
y tu cólera teme,
y advierte que es un vano
y deleznable ser ¡rey soberano!

En medio de este mundo
he visto de los males los excesos:
medité en lo profundo,
ví tus altos procesos
y se heló la medula de mis huesos.

Ví que las sociedades
están llenas de fango y de inmundicia;
y hallé muchas maldades,
y ví tanta malicia
que temblé meditando en tu justicia.

Y sollocé de vero,
y me ví en mi dolor contaminado
de tanto desafuero
y de tanto pecado;
y me puse a gemir desconsolado.

Busqué mi fe perdida
y me hallé en una noche muy oscura,
con la almá dolorida,
buscando tu luz pura,
en medio de aficción y de papura.

Curé sí en la concordia
lograba revolver por el camino
de tu misericordia,
el sendero divino
de tu fe y de tu amor, Dios uno y trino.

Y cual rayo de aurora
que dora el cielo al despuntar el día,
santa y fecundadora,
¡oh fruto de María!
Volvió la fe a lumbrar el alma mía.

Y por la fe te miro
lleno de alta virtud y omnipotencia;
y por la fe te admiro,
y en tu divina esencia
hallo todo principio y excelencia.

Señor, ora te ruego
me concedas la gracia que te pido:
que mantengas el fuego
de la fe en mi sentido,
ya que me devolviste lo perdido.

(«*La Epoca*», Santiago, Agosto 31 de 1886).

EN EL SUR

A Mary F. Robinson.

Como parda golondrina
pequeñuela, partí al valle
de los dulces ruiseñores
y de Apolo a los boscajes.

Rocas agrias y blanquizas
han quedado tras de mí,
olas cóncavas y verdes
que se rompen al morir,
los fríos vientos del Norte,
el nublado cielo gris,
la heredad en la cañada...
¡Y heme solitario aquí:
que mi hogar está muy lejos
y no me puede seguir!...

¡Oh trinos del ruiseñor
tan dulces como la miel!
¡Oh ramajés de laurel!
¡Oh limoneros en flor!

A todos os miro yo
cerca, muy cerca de mí:
a todos os miro aquí,
pero ¡ay, a mi dicha no!...

¡Qué hacer! En la pintoresca
campiña, por mi fortuna
agobiado, arrancaré una
clavellina roja y fresca.

O entre el céfiro liviano
oiré el cantar repetido
del abadejo montano
que huelga haciendo su nido
en glorietas de avellano.

• («*La Epoca*», Santiago, Septiembre 18 de 1886).

S A R A H

(Sarah Bernhardt).

Bajo el gran palio de lumbre
del arte, una encantadora
a quien admira y adora,
y aplaude la muchedumbre;
una voz de tono blando,
un cuerpo de sensitiva;
algo como un arpa viva
que da el sonido temblando;
y luego una sombra; y luego
un alma y un corazón,
y una inmensa inspiración
que baja en lenguas de fuego;
amor hondo y subitáneo,
odio profundo y deshecho,
las tempestades del pecho
con las tormentas del cráneo;
la pasión terrible y fiera
que por el rostro se asoma;
un arrullo de paloma
y un rugido de pantera;
la pálida faz de muerta
por donde el lloro resbala,
y el suspiro que se exala
por una boca entreabierta;
algo humano, algo divino,
algo rudo, algo sereno;
con una palabra el trueno,
con otra palabra el trino;
¡eso es Sarah! Y gloria a ella,
que con su ingenio fecundo,
brilla a los ojos del mundo
con resplandores de estrella. (34)

(«La Época», Santiago, Octubre 17 de 1886).

CAMPOAMOR

Este del cabello cano
 como la piel del armiño,
 juntó su candor de niño
 a su experiencia de anciano.
 Cuando se tiene en la mano
 un libro de tal varón,
 abeja es cada expresión
 que volando del papel
 deja en los labios la miel
 y pica en el corazón. (35)

EL ARTE

A Nicanor Plaza, estatuario.

Corred, gallardos versos acorazados de oro,
 chocad las armaduras en el tropel sonoro,
 lucid cascos de plata en brillante escuadrón,
 id en caballos blancos libres de espuela y freno,
 que hinchando las narices sacudan a sol pleno
 la rica pedrería de su caparazón.

¡Id! y llevad aqueste tributo de mi parte
 a quien guardando en su alma la santa luz del arte
 lleva en su mente un mundo de inspiración y afán;
 tendedle vuestros mantos púrpúreos y soberbios
 a quien con sus escoplos dió sangre y vida y nervio
 y el bronce de sus carnes al gran Caupolican. (36)

(«*La Época*», Santiago, Diciembre 6 de 1887).

LASTARRIA

LUMEN, GLORIA

El vasto y misterioso y huracanado viento
 que sopla del abismo del hondo firmamento

con ala formidable, con ímpetu violento,
como lanzado al mundo por el poder de Dios,

ha roto una columna que el pensamiento humano
tenía en este suelo del mundo americano,
donde a los cuatro vientos gigante y soberano
enviaba el alto genio del porvenir su voz.

Mas no cantos de duelo debéis alzar, poetas.
Vibrantes y triunfales los coros de trompetas
saludan al que cae cubierto de laurel.

La gloria es del Maestro: su luz vierte fulgores.
¡Preséntense las armas, soldados pensadores,
que pasa el carro negro con el cadáver de él!

(«*El Herald*». Valparaíso, Junio 16 de 1888).

LA LIRA DE SIETE CUERDAS

A ELISA

*Un príncipe ha dicho antes
sus palabras más sinceras;
justo es que pulse un poeta
su lira de siete cuerdas.*

1.ª

¿Cantar a la dama? Bien
está, por belleza y fama,
y es muy justo que a la dama
galanterías se den.
¿Cantar a la niña? Es cosa
que más mi lira prefiere.
Soy un loco que se muere
por los botones de rosa.

Tú, ni dama ni niña eres,
porque estás en el divino
crepúsculo matutino
en que nacen las mujeres.
Luz y gloria son tus galas,
ángel eres, y en Dios sueñas:
tú debes tener las señas
donde tuviste las alas.

2.ª

Has de saber, Elisa,
que este mundo y el cielo valen nada,
ante el mundo que forma tu mirada
y ante el cielo que crea tu sonrisa.

3.ª

(Meloípea)

Yo me voy a mi tierra, lejos, muy lejos,
donde hay bosques de encinas y robles viejos
y lagos muy azules, y rudos montes,
atalayas que atisban los horizontes,
y de arrebol
coronan su cabeza,
cuando la diana empieza
que anuncia el sol!
Es la floresta indiaña, con sus rúmorez,
sus pájaros y fieras, nidos y flores;
con el himno salvaje que el viento toca
en su harpa, que es el pino sobre la roca.
Luego, el azul,
los frescos platanales,
los verdes cafetales
y el abedul.
Y, cuando ya esté allí
en medio de las selvas, me acordaré de tí.

4.ª

Cantar a una paloma es dulce, es suave.
 ¿No es cierto Anacreón, y tú, Virgilio,
 que lleva la tierna ave
 himno en el ala y en el buche idilio?

5.ª

¡Ve que dicha, corazón,
 tiene de la madre el beso,
 del hermano la caricia
 y de su padre el consejo!
 ¡Y nota, bardo, qué oro
 para cincelar el verso!

6.ª

La cuerda del madrigal
 quise pulsar en la lira;
 mas no pulso cuerda tal,
 que siempre dice mentira
 la cuerda del madrigal.
 Con fibras del corazón
 quiero dejar, al partir,
 en este álbum mi canción,
 y la canción vas a oír
 con fibras del corazón:

7.ª

¡Oh niña, niña gentil,
 que siempre estés de amor llena!
 ¡Oh dulce y blanca azucena,
 que siempre estés en Abril! (36 a)

Santiago, Enero de 1888.

(«*Anales de la Universidad de Chile*». Santiago, primero
 y segundo trimestres de 1938.

HIMNO DE LOS BOMBEROS

*¡Suena alarma, valiente bombero!
Va la bomba una hoguera a vencer.
Ponte el casco y camina ligero
donde vibra el clarín del deber.
—Vamos, vamos, con paso ligero,
donde vibra el clarín del deber.
¡Marchad!
¡Volad!
¡Fuerza, ardor y voluntad!*

I

Oro y sangre semeja la llama
que voraz en el aire se eleva;
sopla el viento que aviva y renueva
del incendio el poder destructor.
Al hogar amenaza la ruina
y con eco de angustia infinito
sobre el ruido fatal se oye un grito
que demanda ¡socorro y favor!

II

Voluntarios, ¡corred hacha en mano!
Brilla el fuego furioso y devasta.
La humareda y el humo que aplasta
venceréis con constancia y valor.
Héroes bellos, rodeados de chispas
y de llamas terribles, vibrantes:
os saludan las bombas humeantes
con su fuerte y soberbio clamor.

III

¡Gloria a aquel que sucumba en la lucha!
Valeroso, sublime, esforzado;
gloria a aquel que al deber consagrado
salva vidas, riquezas, hogar.

Bronces hay que sus cuerpos encarnen,
y el recuerdo del fiel compañero
en el alma viril del bombero
nunca, nunca se puede borrar. (36 b)

(«*La Época*». Santiago, Julio 6 de 1888).

YA DIONISIO ...

¡Ya Dionisio en su pollino
no visita templos fálicos,
al son de sistros metálicos
y entre los cantos del vino!

¡Ya los crótalos sonantes
no se entrechocan al viento
ni hay el impudor violento
y agosto de las bacantes!

¡Ya no hay Anacreón que ciña
en su frente silanesca
la corona alegre y fresca
de pámpanos de la viña!

¡Ya no es la ninfa Alegría
quien trisca bajo las parras
donde cantan las cigarras
y racimos dora el día!

Hoy, Dionisio, es la Tristeza,
el Dolor amargo y sumo
quienes apuran tu zumo
para alumbrar la cabeza.

Es el que es propio testigo
de su pesar o su afrenta,
es la prostituta hambrienta
y es el pálido mendigo.

De tu viña que ama el sol,
innúmeros desdichados
descienden desesperados
a un cocito de alcohol,

en cuyo fondo de lodo
se echa el que infeliz existe
y quien, por no morir triste,
prefiere morir beodo.

¡Tu carquesio está vacío!
¡Hoy si tu copa se llena
es porque alguien se envenena
por su dolor o su hastío!

Y en vez de la bacanal
y las voces de tus ritos
se escuchan los roncocos gritos
del que rueda al lodazal.

Resucita, pues, ¡oh, Baco!,
tu brillante comitiva,
la alegría primitiva
y el carquesio dionisiaco;

que, así, los que del destino
no gozamos la bonanza
cobraremos esperanza
bebiendo tu viejo vino;

y, sin sentir esta cruz
y estas horas negras, frías,
nos creeremos en los días
del Olimpo y de la luz.

¡Evohé! porción humana
que pensáis al padecer,
¡bebed el licor de ayer
a la gloria de mañana!

(«Lilas y Campánulas», Santiago, 1897),

BALADA SOBRE LA SENCILLEZ DE LAS ROSAS PERFECTAS

A la Señorita Carmen de S. Concha

Esta visión de sonrosado encanto,
 floral ternura de mil gracias llena,
 ¿la he visto yo cubierta con el manto
 que Dios conoce en la mujer chilena?
 ¿En miniatura de historia agarena?
 ¿En medioeval poema iluminado?
 ¿Bajo el azul, en una flor del prado?
 ¿O en una infanta de cortes fastuosas?
 Yo no lo sé; pero en ella he encontrado
 la sencillez de las perfectas rosas.

Celebrad prestigiosas Scherezadas,
 llenas de hechizos miliunanochescos.
 Dad vuestros versos a huríes y hadas
 o a reinas de otros tiempos pintorescos.
 Noble visión hay en tiempos y frescos
 para loor de mil divinas cosas
 que se han vivido o se han imaginado;
 más nada que a esto sea comparado:
 la sencillez de las perfectas rosas.

Puede la orquídea hecha sueño o delirio,
 ser flor fatal que casi piensa y anda;
 puede encantar con su blancor el lirio
 y con su broche el tulipán de Holanda.
 Ritmo latino, flor de Italia escanda,
 copla española el clavel encarnado,
 y que en David la Amada y el Amado
 sean un sueño a vírgenes y esposas:
 todo ello encierra haber aquí cantado
 la sencillez de las perfectas rosas.

ENVÍO

Carmen, el tiempo vuela apresurado;
 mas se oiría algún pájaro encantado,

como en hagiografías deleitosas
donde hay un monje lírico extasiado,
cuando en tu rostro se halla contemplado
la sencillez de las perfectas rosas. (36 c)

«Elegancias». *Paris, Enero de 1912*).

SONETO A D'HALMAR

Como Píndaro tiende hacia el viento que sopla,
La vela de su nave, que es una carabela
De Cortés, por audaz, y de Constantinopla,
De París, y de la India. Su palabra que vuela

Sutilmente, recuerda la cálida copla
De España. Su ascendencia un gran misterio vela.
¡Quién sabe cuál caballo dominó su manopla!
¡Quién sabe los encantos que su sonrisa anhela!

Encaneció muy joven, vivió su hora intensa
Ebrio de hallar su vida, por tan humana, inmensa,
Y adolescente supo de las iras del Mar.

Por eso cuando muera, dirá la Fama: ¡Nunca
Fue una vida tan bella, a pesar de ser trunca,
Como de este gran nómada, Don Augusto d'Halmar! (36 d)

PROSA

VICUÑA MACKENA

I

Hace algunos años el joven monarca don Alfonso XII se dirigió a un escritor americano rogándole le remitiera sus obras a la rústica, pues debían ser encuadernadas del mismo modo que todos los libros de su real biblioteca.

El escritor americano que recibió tal muestra de admiración del rey de España se llamaba Benjamín Vicuña Mackenna, ese famoso que hoy es llorado por todo Chile, por toda América.

¿Qué fué Vicuña Mackenna?—Enmiendo: ¿qué no fué Vicuña Mackenna?

Fué gran político, gran historiador, tribuno, viajero en prosa, crítico, literato, diarista incomparable, monstruo de la naturaleza.

Escribía en francés como un parisiense y peroraba en inglés como un norte americano.

Tan sabiamente analizaba los detritus y las plantas como los poemas y las oberturas. Su cabeza era una enciclopedia.

Viajó mucho; por donde pasaba recogía datos, adquiría conocimientos nuevos y acaparaba materiales para sus libros.

Como dice el poeta Cañas, (37) estos libros no caben en un catálogo.

Escritor más fecundo difícil es encontrarlo.

Escribió más que el Tostado. Tómese la frase el pie de la letra.

Estudió ciencias naturales en Cirencester, admiró los maravillosos cuadros del Louvre, comió en casa del químico Bossingault, fué tomado como prusiano en el sitio de París, arengó a 14,000 yankees, estudió los archivos del Escorial, y fué, sin exageración, el carácter más admirable y la inteligencia más clara de toda la América Latina.

Escribía un libro en menos tiempo que se puede emplear en leerlo. ¿No es esto milagro?

Un día estaba agonizando en Santiago el Almirante Blanco Encalada, Vicuña Mackenna discurría por las calles en busca de novedades. Pasó por la casa del Almirante y vió extraña agitación en ella; entró, inquirió y supo esta noticia: el Almirante ha muerto. Eran las seis de la tarde. Se dirigió a la redacción del *Ferrocárril* y allí se encerró. Al día siguiente, a las seis de la mañana, circulaba el *Ferrocarril*, gran diario, impreso en lecturita, sin avisos y con una necrología de Blanco Encalada que llenaba las cuatro planchas.

Al fin de la última plana se leía la firma de Benjamín Vicuña Mackenna.

II

Su famoso libro sobre la guerra franco-prusiana es una maravilla

El escritor se hallaba por aquel entonces en París: pero ¿de qué manera logró hacerse de la muchedumbre de datos que son de admirar en la preciosa obra?

Allí se conoce a Francia y a Alemania; se ven cruzar por la vista panorámica que nos presenta el narrador los regimientos franceses con sus vistosos uniformes y las tropas prusianas, severas, movidas como por máquinas y con el guerrero casco que cubre la cabeza de los soldados del imperio de hierro.

Conocemos al emperador Napoleón y al emperador Wilhelm, que se pone a la escucha de las tentadoras maquinaciones del demonio de Bismarck. Sabemos cómo se organizan los ejércitos, cómo se visten, cómo ganan su pré, cómo van a la campaña y cómo mueren en la pelea. ¿Más?

Vicuña Mackenna, a manera de taquígrafo historiador, nos refiere las frases textuales del buen viejo Guillermo, cuando, estando en su tienda de campaña, a la sazón bebiendo cer-

veza en un casco de botella y en la mano sabroso tasajo, vió salir de su departamento a ese otro viejo malicioso y gigante, el primer militar del mundo hoy en día, von Moltke, quien señalando la pizarra en que trazaba sus planes y resolvía sus problemas, gritaba casi hecho un loco: «¡Le he vencido! ¡le he vencido!» A quien había vencido el germano, era al mariscal del imperio francés, señor de Mac-Mahon, que iba a caer en el lazo que la astucia prusiana le tendía.

III

Escribir acerca de minas, allá para el que conozca los secretos de esas inmensas grutas del trabajo, maravillosas fuentes de riquezas que producen los codiciados metales.

Pues Vicuña Mackenna escribió *El libro de la plata*. *El libro de la plata* es una recopilación de notas y de variados conocimientos de minería que dudamos haya habido quien pudiera publicar producción de igual mérito.

California, Potosí, el cerro de Pasco, todos esos históricos depósitos de ricas vetas son conocidos por el minero literato como la Iliada, los Anales y el Romancero.

De agricultura. . . ¿Conocéis sus libros titulados *La agricultura en Europa* y *La exposición de agricultura en Chile*?

IV

¡Oh cerebro prodigioso donde las ideas no hacían distinción de conocimientos para prodigarse siempre fecundas, siempre amenas y regeneradoras!

Así narraba con exquisito gusto y sabroso estilo sus viajes y aventuras el grande hombre, como trataba arduos problemas sociales de alta trascendencia política.

Los diarios ingleses se disputaban sus artículos sobre economía, las revistas de todos lugares sus profundos estudios científicos y literarios, y los periódicos de Chile (de los cuales redactó tres a un mismo tiempo en más de una ocasión, publicando además un libro semanal), los periódicos de Chile, díganlo el *Mercurio* y el *Ferrocarril*, y la multitud de diarios que se imprimen en la noble patria de O'Higgins y de Bilbao.

V

En 1855, estando en Milán el personaje que nos ocupa, el rico librero Branca le presentó a César Cantú, quien más tarde fué su admirador apasionado. Antes, en 1853, después de haber asistido al entierro del astrónomo Arago, oyó las conferencias de Saint Marc Girardin (hermano de Emilio), quien por ese tiempo enseñaba sus doctrinas en el mismo lugar en que siglos antes meditara en las suyas Abelardo. En 1872 trató a médicos famosos: James, Cretin, Martin Lozère, el médico de Luxeil en los Vosgos, y entre todos a Lippert, quien, sea dicho entre párrafo y párrafo, manifestó a Vicuña Mackenna esta extraña opinión: Mi paisano Bismarck (Lipper era alemán), es el político más grande del mundo únicamente, señor mío, porque tiene en la cabeza gran porción de fósforo, y el fósforo es la dicha o la desgracia, la grandeza o la pequeñez del hombre. He dicho.

Y a fé que quizá no andaba muy errado el facultativo interlocutor del gran chileno.

Conoció éste en París a Valentina de Lamartine, sobrina del poeta. La conoció pobre, muy pobre, y la vió derramar lágrimas al enseñarle el lecho de muerte del autor de *Graziella*, única cosa que no se llevaron los acreedores. . .

Fué a España y husmeó los más ocultos recintos de bibliotecas y archivos; bebió vino en Málaga y oyó misa en Madrid; habló con Hartzembusch y con Gallángos, y sintió latir su corazón de americano cuando el erudito bibliotecario de la real de Madrid, don Cayetano Rossell, le dijo estas palabras: «Cuando yo leo a Bello, me chupo los dedos».

En fin, estuvo en Roma, y se le rodaron las lágrimas cuando Su Santidad el Papa Pío IX, le bendijo a su tierna hija bajo la techumbre del gigantesco Vaticano, y rodeado de cardenales vestidos de púrpura.

Y de todos esos viajes fueron efecto las innumerables narraciones que publicó en libros y periódicos.

Su fama se acrecentaba cada día más. Las academias de todos lugares le honraban con diplomas y homenajes, y su nombre es el más conocido de todos los americanos;

VI

¡Y ha muerto Vicuña Mackenna! ¡Y todo Chile siente la desaparición de tan grande hombre! Sabio, derramó a torrentes sus principios, y la generación que se levanta aprendió de sus labios preceptos y enseñanzas.

Patriota, sirvió a la noble nación en donde tuviera cuna como el mejor de sus hijos.

Escritor, deja para deleite y utilidad tanto y tanto libro como produjo. Justo es, pues, que su patria llore su muerte; que la América toda lamente su partida; que no es Chile, no es la América la que ha perdido aquel fecundo cerebro; es la juventud, es el progreso, es la humanidad trabajadora que va para adelante! . . . (38)

Managua, Febrero de 1886.

(«*Imparcial*», Managua, Febrero de 1886.

«*El Mercurio*», Valparaíso, Abril 7 de 1886).

Cuentos y fantasías

EL REY BURGUES

CUENTO ALEGRE

¡Amigo! el cielo está opaco, el aire frío, el día triste. Un cuento alegre. . . así como para distraer las brumosas y grises melancolías, helo aquí (39).

*

Había en una ciudad inmensa y brillante un rey muy poderoso, que tenía trajes caprichosos y ricos, esclavas desnudas, blancas y negras, caballos de largas crines, armas flaman-tísimas, galgos rápidos y monteros con cuernos de bronce, que llenaban el viento con sus fanfarrias. ¿Era un rey poeta? No, amigo mío: era el Rey Burgués.

*

Era muy aficionado a las artes el soberano, y favorecía con gran largueza a sus músicos, a sus hacedores de ditirambos, pintores, escultores, boticarios, barberos y maestros de es-grima.

Cuando iba a la floresta, junto al corzo o jabalí herido y sangriento, hacía improvisar a sus profesores de retórica canciones alusivas; los criados llenaban las copas del vino de oro que hierve, y las mujeres batían palmas con movimientos rítmicos y gallardos. Era un rey sol, en su Babilonia llena de músicas, de carcajadas y de ruido de festín. Cuando se

hastiaba de la ciudad bullente, iba de caza atronando el bosque con sus tropes; y hacía salir de sus nidos a las aves asustadas, y el vocerío repercutía en lo más escondido de las cavernas. Los perros de patas elásticas iban rompiendo la maleza en la carrera, y los cazadores, inclinados sobre el pescuezo de los caballos, hacían ondear los mantos purpúreos y llevaban las caras encendidas y las cabelleras al viento.

*

El rey tenía un palacio soberbio donde había acumulado riquezas y objetos de arte maravillosos. Llegaba a él por entre grupos de lilas y extensos estanques, siendo saludado por los cisnes de cuellos blancos, antes que por los lacayos estirados. Buen gusto. Subía por una escalera llena de columnas de alabastro y de esmeralda (40), que tenía a los lados leones de mármol como los de los tronos salomónicos. Refinamiento. A más de los cisnes, tenía una vasta pajarera, como amante de la armonía, del arrullo, del trino; y cerca de ella iba a ensanchar su espíritu, leyendo novelas de M. Ohnet, o bellos libros sobre cuestiones gramaticales, o críticas hermosillescas. Eso sí: defensor acérrimo de la corrección académica en letras, y del modo lamido en artes; alma sublime amante de la lija y de la ortografía.

*

¡Japonerías! ¡Chinerías! por lujo y nada más. Bien podía darse el placer de un salón digno del gusto de un Goncourt y de los millones de un Crespo: quimeras de bronce con las fauces abiertas y las colas enroscadas, en grupos fantásticos y maravillosos; lacas de Kioto con incrustaciones de hojas y ramas de una flora monstruosa, y animales de una fauna desconocida; mariposas de raros abanicos junto a las paredes; peces y gallos de colores; máscaras de gestos infernales y con ojos como si fuesen vivos; artesanías de hojas antiquísimas y empuñaduras con dragones devorando flores de loto; y en conchas de huevo, túnicas de seda amarilla, como tejidas con hilo de araña, sembradas de garzas rojas y de verdes matas de arroz; y tibores, porcelanas de muchos siglos, de aquellas en que hay guerreros tártaros con una piel que les cubre hasta

los riñones, y que llevan arcos estirados y manojos de flechas.

Por lo demás, había el salón griego, lleno de mármoles: diosas, musas, ninfas y sátiros; el salón de los tiempos galantes, con cuadros del gran Watteau y de Chardin; dos, tres cuatro, ¡cuántos salones!

Y Mecenas se paseaba por todos, con la cara inundada de cierta majestad, el vientre feliz y la corona en la cabeza, como un rey de naípe.

*

Un día le llevaron una rara especie de hombre ante su trono, donde se hallaba rodeado de cortesanos, de retóricos y de maestros de equitación y de baile.

—¿Qué es eso?—preguntó.

—Señor, es un poeta.

El rey tenía cisnes en el estanque, canarios, gorriones: senzontes en la pajarera; un poeta era algo nuevo y extraño.

—Dejadle aquí.

Y el poeta:

—Señor, no he comido.

Y el rey:

—Habla y comerás.

Comenzó:

*

—Señor, ha tiempo que yo canto el verbo del porvenir. He tendido mis alas al huracán, he nacido en el tiempo de la aurora: busco la raza escogida que debe esperar, con el himno en la boca y la lira en la mano, la salida del gran sol. He abandonado la inspiración de la ciudad malsana, la alcoba llena de perfumes, la musa de carne que llena el alma de pequeñez y el rostro de polvos de arroz. He roto el arpa adúlona de las cuerdas débiles, contra las copas de Bohemia y las jarras donde espumea el vino que embriaga sin dar fortaleza; he arrojado el manto que me hacía parecer histrión, o mujer, y he vestido de modo salvaje y espléndido: mi harapo es de púrpura. He ido a la selva donde he quedado vigoroso y ahito de leche fecunda y licor de nueva vida; y en la ribera del mar áspero, sacudiendo la cabeza bajo la fuerte

y negra tempestad, como un ángel soberbio, o como un semidiós olímpico, he ensayado el yambo dando al olvido el madrigal.

He acariciado a la gran naturaleza, y he buscado, al calor del ideal, el verso que está en el astro en el fondo del cielo, y el que está en la perla en lo profundo del Océano. ¡He querido ser pujante! Porque viene el tiempo de las grandes revoluciones, con un Mesías todo luz, toda agitación y potencia, y es preciso recibir su espíritu con el poema que sea arco triunfal, de estrofas de acero, de estrofas de oro, de estrofas de amor.

¡Señor, el arte no está en los fríos envoltorios de mármol, ni en los cuadros lamidos, ni en el excelente señor Ohnet! ¡Señor! el arte no viste pantalones, ni habla en burgués, ni pone los puntos en todas las íes. El es augusto, tiene mantos de oro, o de llamas, o anda desnudo, y amasa la greda con fiebre, y pinta con luz, y es opulento y da golpes de ala como las águilas, o zarpazos como los leones. Señor, entre un Apolo y un ganso, preferid el Apolo, aunque el uno sea de tierra cocida y el otro de marfil.

¡Oh, la poesía!

¡Y bien! Los ritmos se prostituyen, se cantan los lunares de las mujeres y se fabrican jarabes poéticos. Además, señor, el zapatero critica mis endecasílabos, y el señor profesor de farmacia pone puntos y comas a mi inspiración (41). Señor, ¡y vos lo autorizáis todo esto!... El ideal, el ideal..

El rey interrumpió:

—Ya habéis oído. ¿Qué hacer?

Y un filósofo al uso:

—Si lo permitís, señor, puede ganarse la comida con una caja de música; podemos colocarle en el jardín, cerca de los cisnes, para cuando os paseéis.

—Sí—dijo el rey; y dirigiéndose al poeta:—Daréis vueltas a un manubrio. Cerraréis la boca. Haréis sonar una caja de música que toca valsés, cuadrillas y galopas, como no preferáis moriros de hambre. Pieza de música por pedazo de pan. Nada de jerigonzas, ni de ideales. Id.

Y desde aquel día pudo verse a la orilla del estanque de los cisnes, al poeta hambriento que daba vueltas al manubrio: tiririrín, tiririrín... ¡avergonzado a las miradas del gran sol! ¿Pasaba el rey por las cercanías? ¡Tiririrín, tiririrín!..

¿Había que llenar el estómago? ¡Tiririrín! Todo entre las burlas de los pájaros libres que llegaban a beber rocío en las lilas floridas; entre el zumbido de las abejas que le picaban el rostro y le llenaban los ojos de lágrimas. . . ¡lágrimas amargas que rodaban por sus mejillas y que caían a la tierra negra!

Y llegó el invierno, y el pobre sintió frío en el cuerpo y en el alma. Y su cerebro estaba como petrificado, y los grandes himnos estaban en el olvido, y el poeta de la montaña coronada de águilas, no era sino un pobre diablo que daba vueltas al manubrio: ¡tiririrín!

Y cuando cayó la nieve se olvidaron de él el rey y sus vasallos; a los pájaros se les abrigó, y a él se le dejó al aire glacial que le mordía las carnes y le azotaba el rostro.

Y una noche en que caía de lo alto la lluvia blanca de plumillas cristalizadas, en el palacio había festín, y la luz de las arañas reía alegre sobre los mármoles, sobre el oro y sobre las túnicas de los mandarines de las viejas porcelanas. Y se aplaudían hasta la locura los brindis del señor profesor de retórica, cuajados de dátiles, de anapestos y de pirriquios, mientras en las copas cristalinas hervía el champaña con su burbujeo luminoso y fugaz. ¡Noche de invierno, noche de fiesta! Y el infeliz, cubierto de nieve, cerca del estanque, daba vueltas al manubrio para calentarse, tembloroso y atrevido, insultado por el cierzo, bajo la blancura implacable y helada, en la noche sombría, haciendo resonar entre los árboles sin hojas la música loca de las galopas y cuadrillas; y se quedó muerto, pensando en que nacería el sol del día venidero, y con él el ideal. . . , y en que el arte no vestiría pantalones sino manto de llamas o de oro. . . Hasta que al día siguiente lo hallaron el rey y sus cortesanos, al pobre diablo de poeta, como gorrión que mató el hielo, con una sonrisa amarga en los labios, y todavía con la mano en el manubrio.

*

¡Oh, mi amigo! el cielo está opaco, el aire frío, el día triste. Flotan brumosas y grises melancolías. . .

Pero ¡cuánto calienta el alma una frase, un apretón de manos a tiempo! Hasta la vista.

(Azul. . .

«La Epoca», Santiago, Noviembre 4 de 1887).

EL FARDO

A Luis Orrego Luco

Has murmurado, Luis, de la prosa de la aduana y has hecho mal. ¡Si vieras cuántas cosas se miran, además de las aés en triángulo y de los enigmas de las pólizas!

Yo pensaba, como tú, al frente de tan claras arideces, y, mira lo que he encontrado ayer, al salir del galpón de avalúos, a los dos días de mi empleo. (42).

Allá lejos, en la línea, como trazada con un lápiz azul, que sépara las aguas y los cielos, se iba hundiendo el sol, con sus polvos de oro y sus tórbellinos de chispas purpuradas, como un gran disco de hierro candente. Ya el muellé fiscal iba quedando en quietud; los guardas pasaban de un punto a otro, las gorras metidas hasta las cejas, dando aquí y allá sus vistazos. Inmóvil el enorme brazo de los pescantes, los jornaleros se encaminaban a las casas. El agua murmuraba debajo del muelle, y el húmedo viento salado, que sopla de mar afuera a la hora en que la noche sube, mantenía las lanchas cercanas en un continuo cabeceo.

*

Todos los lancheros se habían ido ya; solamente el viejo tío Lucas, que por la mañana se estropeará un pie al subir una barrica a un carretón, y que, aunque cojín cojeando, había trabajado todo el día, estaba sentado en una piedra y con la pipa en la boca, veía triste el mar.

—¡Eh, tío Lucas! ¿se descansa?

—Sí, pues, patroncito.

Y empezó la charla, esa charla agradable y suelta que me place entablar con los bravos hombres toscos que viven la vida del trabajo fortificante, la que da la buena salud y la fuerza del músculo, y se nutre con el grano del poroto y la sangre hirviente de la viña.

Yo veía con cariño a aquel rudo viejo, y le oía con interés sus relaciones, así, todas cortadas, todas como de hombre

basto, pero de pecho ingenuo. ¡Ah, conque fué militar! ¡Conque de mozo fué soldado de Bulnes! ¡Conque todavía tuvo resistencia para ir con su rifle hasta Miraflores! Y es casado, y tuvo un hijo, y...

Y aquí el tío Lucas:

—¡Sí, patrón, hace dos años que se me murió!

Aquellos ojos, chicos y relumbrantes bajo las cejas grises y peludas, se humedecieron entonces.

—¿Que cómo se murió? En el oficio, por darnos de comer a todos: a mi mujer, a los chiquitos y a mí, patrón, que entonces me hallaba enfermo.

Y todo me lo refirió; al comenzar aquella noche, mientras las olas se cubrían de brumas y la ciudad encendía sus luces; él, en la piedra que le servía de asiento, después de apagar su negra pipa y de colocársela en la oreja, y de estirar y cruzar sus piernas flacas y musculosas, cubiertas por los sucios pantalones arremangados hasta el tobillo.

*

El muchacho era muy honrado y muy de trabajo. Se quiso ponerlo a la escuela desde grandecito; pero ¡los miserables no deben aprender a leer cuando se llora de hambre en el cuartucho!

El tío Lucas era casado, tenía muchos hijos.

Su mujer llevaba la maldición del vientre de las pobres: la fecundidad. Había, pues, mucha boca abierta que pedía pan, mucho chico sucio que se revolcaba en la basura, mucho cuerpo magro que temblaba de frío; era preciso ir a llevar qué comer, a buscar harapos, y para eso, quedar sin alientos y trabajar como un buey.

Cuando el hijo creció, ayudó al padre. Un vecino, el herrero, quiso enseñarle su industria; pero como entonces era tan débil, casi una armazón de huesos, y en el fuelle tenía que echar el bofe, se puso enfermo y volvió al conventillo. ¡Ah, estuvo muy enfermo! Pero no murió. ¡No murió! Y eso que vivían en uno de esos hacinamientos humanos, entre cuatro paredes destartaladas, viejas, feas, en la callejuela inmunda de las mujeres perdidas, hedionda a todas horas, alumbrada de noche por escasos faroles, y donde resuenan en perpetua llamada a las zambras de echaorvería, las arpas y

los acordeones, y el ruido de los marineros que llegaban al burdel, desesperados con la castidad de las largas travesías, a emborracharse como cubas y a gritar y patear como condenados. ¡Sí! entre la podredumbre, al estrépito de las fiestas tunantescas, el chico vivió, y pronto estuvo sano y en pie.

Luego llegaron sus quince años.

*

El tío Lucas había logrado, tras mil privaciones, comprar una canoa. Se hizo pescador.

Al venir el alba, iba con su mocetón al agua, llevando los enseres de la pesca. El uno remaba, el otro ponía en los anzuelos la carnada. Volvían a la costa con buena esperanza de vender lo hallado, entre la brisa fría, y las opacidades de la neblina, cantando en baja voz alguna «triste», y enhiesto el remo triunfante que chorreaba espuma.

Si había buena venta, otra salida por la tarde.

Una de invierno había temporal. Padre e hijo, en la pequeña embarcación, sufrían en el mar la locura de la ola y del viento. Difícil era llegar a tierra. Pesca y todo se fué al agua, y se pensó en librar el pellejo. Luchaban como desesperados por ganar la playa. Cerca de ella estaban; pero una racha maldita les empujó contra una roca, y la canoa se hizo astillas. Ellos salieron sólo magullados, ¡gracias a Dios! como decía el tío Lucas al narrarlo. Después, ya son ambos lancheros.

*

¡Sí! lancheros; sobre las grandes embarcaciones chatas y negras; colgándose de la cadena que rechina pendiente como una sierpe de hierro del macizo pescante que semeja una horca; remando de pie y a compás; yendo con la lancha del muelle al vapor y del vapor al muelle; gritando: ¡hiiooep! cuando se empujan los pesados bultos para engancharlos en la uña potente que los levanta balanceándolos como un péndulo, ¡sí! lancheros; el viejo y el muchacho, el padre y el hijo; ambos a horcajadas sobre un cajón, ambos forcejando, ambos ganando su jornal, para ellos y para sus queridas sanguijuelas del conventillo,

Ibanse todos los días al trabajo, vestidos de viejo, fajadas las cinturas con sendas bandas coloradas, y haciendo sonar a una sus zapatos gróseros y pesados que se quitaban al comenzar la tarea, tirándolos en un rincón de la lancha.

Empezaba el trajín, el cargar y descargar. El padre era cuidadoso:—¡Muchacho, que te rompes la cabeza! ¡Que te coge la mano el chicote! ¡Que vas a perder una canilla!— Y enseñaba, adiestraba, dirigía al hijo, con su modo, con sus bruscas palabras de obrero viejo y de padre encariñado.

*

Hasta que un día el tío Lucas no pudo moverse de la cama, porque el reumatismo le hinchaba las coyunturas y le taladraba los huesos.

¡Oh! Y había que comprar medicinas y alimentos; eso sí.
—Hijo, al trabajo, a buscar plata; hoy es sábado.

Y se fué el hijo, solo, casi corriendo, sin desayunarse, a la faena diaria.

Era un bello día de luz clara, de sol de oro. En el muelle rodaban los carros sobre sus rieles, crujían las poleas, chocaban las cadenas. Era la gran confusión del trabajo que da vértigo: el son del hierro, traqueteos por doquiera, y el viento pasando por el bosque de árboles y jarcias de los navíos en grupo.

Debajo de uno de los pescantes del muelle estaba el hijo del tío Lucas con otros lancheros, descargando a toda prisa. Había que vaciar la lancha repleta de fardos. De tiempo en tiempo bajaba la larga cadena que remata en un garfio, sonando como una matraca al correr con la roldana; los mozos amarraban los bultos con una cuerda doblada en dos, los enganchaban en el garfio, y entonces éstos subían a la manera de un pez en un anzuelo, o del plomo de una sonda, ya quietos, ya agitándose de un lado a otro, como un badajo, en el vacío.

La carga estaba amontonada. La ola movía pausadamente de cuando en cuando la embarcación colmada de fardos. Éstos formaban una a modo de pirámide en el centro. Había uno muy pesado, muy pesado. Era el más grande de todos. ancho, gordo y oloroso a brea. Venía en el fondo de la lancha. Un hombre de pie sobre él, era pequeña figura para el grueso zócalo.

Era algo como todos los prosaísmos de la importación envueltos en lona y fajados con correas de hierro. Sobre sus costados, en medio de líneas y de triángulos negros, había letras que miraban como ojos.—Letras en «diamante»—decía el tío Lucas. Sus cintas de hierro estaban apretadas con clavos cabezudos y ásperos; y en las entrañas tendría el monstruo, cuando menos, linones y percales.

*

Sólo él faltaba.

—¡Se va el bruto!—dijo uno de los lancheros.

—¡El barrigón!—agregó otro.

Y el hijo de tío Lucas, que estaba ansioso de acabar pronto, se alistaba para ir a cobrar y desayunarse, añudándose un pañuelo de cuadros al pescuezo.

Bajó la cadena danzando en el aire. Se amarró un gran lazo al fardo, se probó si estaba bien seguro, y se gritó: ¡Iza! mientras la cadena tiraba de la masa chirriando y levantándola en vilo.

Los lancheros, de pie, miraban subir el enorme peso, y se preparaban para ir a tierra, cuando se vió una cosa horrible. El fardo, el grueso fardo, se zafó del lazo, como de un collar holgado saca un perro la cabeza; y cayó sobre el hijo del tío Lucas, que entre el filo de la lancha y el gran bulto quedó con los riñones rotos, el espinazo desencajado y echando sangre negra por la boca.

Aquel día no hubo pan ni medicinas en casa del tío Lucas, sino el muchacho destrozado, al que se abrazaba llorando el reumático, entre la gritería de la mujer y de los chicos, cuando llevaban el cadáver al cementerio.

*

Me despedí del viejo lanchero, y a pasos elásticos dejé el muelle, tomando el camino de la casa, y haciendo filosofía con toda la cachaza de un poeta, en tanto que una brisa glacial, que venía de mar afuera, pellizcaba tenazmente las narices y las orejas.

(Azul...

«Revista de Artes y Letras». Santiago, Abril 15 de 1887).

EL VELO DE LA REINA MAB

La reina Mab, en su carro hecho de una sola perla, tirado por cuatro coleópteros de petos dorados y alas de pedrería, caminando sobre un rayo de sol, se coló por la ventana de una buhárda donde estaban cuatro hombres flacos, barbudos e impertinentes, lamentándose como unos desdichados.

Por aquel tiempo, las hadas habían repartido sus dones a los mortales. A unos habían dado las varitas misteriosas que llenan de oro las pesadas cajas del comercio; a otros unas espigas maravillosas que al desgranarlas colmaban las trojes de riqueza; a otros unos cristales que hacían ver en el riñón de la madre tierra oro y piedras preciosas; a quienes, caderas espesas y músculos de Goliat, y mazas enormes para machacar el hierro encendido; y a quienes, talones fuertes piernas ágiles para montar en las rápidas caballerías que se beben el viento y que tienden las crines en la carrera.

Los cuatro hombres se quejaban. Al uno le había tocado en suerte una cantera, al otro el iris, al otro el ritmo, al otro el cielo azul.

*

La reina Mab oyó sus palabras. Decía el primero:— ¡Y bien! ¡Heme aquí en la gran lucha de mis sueños de mármol! Yo he arrancado el bloque y tengo el cincel. Todos tenéis, unos el oro, otros la armonía, otros la luz; yo pienso en la blanca y divina Venus, que muestra su desnudez bajo el plafón color de cielo. Yo quiero dar a la masa la línea y la hermosura plástica; y que circule por las venas de la estatua una sangre incolora como la de los dioses. Yo tengo el espíritu de Grecia en el cerebro y amo los desnudos en que la ninfa huye y el fauno tiende los brazos. ¡Oh, Fidias! Tú eres para mí soberbio y augusto como un semidiós, en el recinto de la eterna belleza, rey ante un ejército de hermosuras que a tus ojos arrojan el magnífico *kitón* mostrando la esplendidez de la forma en sus cuerpos de rosa y de nieve.

Tú golpeas, hieres y domas el mármol, y suena el golpe armónico como un verso, y te adula la cigarra, amante del sol, oculta entre los pámpanos de la viña virgen. Para ti son

los Apolos rubios y luminosos, las Minervas severas y soberanas. Tú, como un mago, conviertes la roca en simulacro y el colmillo, del elefante en copa del festín. Y al ver tu grandeza siento el martirio de mi pequeñez. Porque pasaron los tiempos glóriosos. Porque tiemblo ante las miradas de hoy. Porque contemplo el ideal inmenso y las fuerzas exhaustas. Porque a medida que cincelo el bloque me ataraza el desaliento.

*

Y decía el otro:—Lo que es hoy romperé mis pinceles. ¿Para qué quiero el iris y esta gran paleta del campo florido, si a la postre mi cuadro no será admitido en el Salón? ¿Qué abordaré? He recorrido todas las escuelas, todas las inspiraciones artísticas. He pintado el torso de Diana y el rostro de la Madóna. He pedido a las campiñas sus colores, sus matices; he adulado a la luz como a una amada, y la he abrazado como a una querida. He sido adorador del desnudo, con sus magnificencias, con los tonos de sus carnaciones y con sus fugaces medias tintas. He trazado en mis lienzos los nimbos de los santos y las alas de los querubines. ¡Ah, pero siempre el terrible desencanto! ¡El porvenir! ¡Vender una Cleopatra en dos pesetas para poder almorzar!

¡Y yo, que podría en el estremecimiento de mi inspiración, trazar el gran cuadro que tengo aquí adentro!...

*

Y decía el otro:—Perdida mi alma en la gran ilusión de mis sinfonías, temo todas las decepciones. Yo escucho todas las armonías, desde la lira de Terpandro hasta las fantasías orquestales de Wagner. Mis ideales brillan en medio de mis audacias de inspirado. Yo tengo la percepción del filósofo que oyó la música de los astros. Todos los ruidos pueden aprisionarse, todos los ecos son susceptibles de combinaciones. Todo cabe en la línea de mis escalas cromáticas.

La luz vibrante es himno, y la melodía de la selva halla un eco en mi corazón. Desde el ruido de la tempestad hasta el canto del pájaro, todo se confunde y enlaza en la infinita cadencia. Entre tanto, no diviso sino la muchedumbre que befa y la celda del manicomio.

*

Y el último:—Todos bebemos del agua clara de la fuente de Jonia. Pero el ideal flota en el azul; y para que los espíritus gocen de su luz suprema, es preciso que asciendan. Yo tengo el verso que es de miel y el que es de oro, y el que es de hierro candente. Yo soy el ánfora del celeste perfume: tengo el amor. Paloma, estrella, nido, lirio, vosotros conocéis mi morada. Para los vuelos inconmensurables tengo alas de águila que parten a golpes mágicos el huracán. Y para hallar consonantes, los busco en dos bocas que se juntan; y estalla el beso, y escribo la estrofa, y entonces, si veis mi alma, conoceréis a mi musa. Amo las epopeyas, porque de ellas brota el soplo heroico que agita las banderas que ondean sobre las lanzas y los penachos que tiemblan sobre los cascos; los cantos líricos, porque hablan de las diosas y de los amores; y las églogas, porque son olorosas a verbena y a tomillo, y al santo aliento del buey coronado de rosas. Yo escribiría algo inmortal; mas me abruma un porvenir de miseria y de hambre.

*

Entonces la reina Mab, del fondo de su carro hecho de una sola perla, tomó un velo azul, casi impalpable, como formado de suspiros, o de miradas de ángeles rubios y pensativos. Y aquel velo era el velo de los sueños, de los dulces sueños que hacen ver la vida de color de rosa. Y con él envolvió a los cuatro hombres flacos, barbudos e impertinentes. Los cuales cesaron de estar tristes porque penetró en su pecho la esperanza, y en su cabeza el sol alegre, con el diablillo de la vanidad, que consuela en sus profundos decepciones a los pobres artistas.

Y desde entonces, en las buhardillas de los brillantes infelices, donde flota el sueño azul, se piensa en el porvenir como en la aurora, y se oyen risas que quitan la tristeza, y se bailan extrañas farándolas alrededor de un blanco Apolo, de un lindo paisaje, de un violín viejo, de un amarillento manuscrito. (43)

(Azul...

«La Epoca» Santiago, Octubre 2 de 1887).

LA CANCIÓN DEL ORO

Aquel día, un harapiento, por las trazas un mendigo, tal vez un peregrino, quizás un poeta, llegó, bajo la sombra de los altos álamos, a la gran calle de los palacios, donde hay desafíos de soberbia entre el ónix y el pórvido, el ágata y el mármol; en donde las altas columnas, los hermosos frisos, las cúpulas doradas, reciben la caricia pálida del sol moribundo. (44)

Había tras los vidrios de las ventanas, en los vastos edificios de la riqueza, rostros de mujeres gallardas y de niños encantadores. Tras las rejas se adivinaban extensos jardines, grandes verdores salpicados de rosas y ramas que se balanceaban acompasada y blandamente como bajo la ley de un ritmo. Y allá en los grandes salones debía de estar el tapiz purpurado y lleno de oro, la blanca estatua, el bronce chino, el tabor cubierto de campos azules y de arrozales tupidos, la gran cortina recogida como una falda, ornada de flores opulentas, donde el ocre oriental hace vibrar la luz en la seda que resplandece. Luego, las lunas venecianas, los palisandros y los cedros, los nácares y los ébanos, y el piano negro y abierto, que ríe mostrando sus teclas como una linda dentadura; y las arañas cristalinas, donde alzan las velas profusas la aristocracia de su blanca cera. ¡Oh, y más allá! Más allá el cuadro valioso dorado por el tiempo, el retrato que firma Durand o Bonnat, y las preciosas acuarelas en que el tono rosado parece que emerge de un cielo puro y envuelve en una onda dulce desde el lejano horizonte hasta la yerba trémula y humilde. Y más allá. . .

*

(Muere la tarde.

Llega a las puertas del palacio un carruaje flamante y charolado. Baja una pareja y entra con tal soberbia en la mansión que el mendigo piensa: Decididamente, el aguilucho y su hembra van al nido. El tronco, ruidoso y azogado, a un golpe de látigo arrastra el carruaje haciendo relampaguear las piedras. Noche.)

*

Entonces, en aquel cerebro de loco, que ocultaba un sombrero raído, brotó como el germen de una idea que pasó al pecho, y fué opresión y llegó a la boca hecho himno que le encendía la lengua y hacía entrechocar los dientes. Fué la visión de todos los mendigos, de todos los suicidas, de todos los borrachos, del harapo y de la llaga, de todos los que viven ¡Dios mío! en perpetua noche, tanteando la sombra, cayendo al abismo, por no tener un mendrugo para llenar el estómago Y después la turba feliz, el lecho blando, la trufa y el áureo vino que hierve, el raso y el moiré que con su roce ríen; el novio rubio y la novia morena cubierta de pedrería y blonda y el gran reloj que la suerte tiene para medir la vida de los felices opulentos, que en vez de granos de arena, deja caer escudos de oro.

*

Aquella especie de poeta sonrió; pero su faz tenía aire dantesco. Sacó de su bolsillo un pan moreno, comió, y dió al viento su himno. Nada más cruel que aquel canto tras el mordisco.

*

¡Cantemos el oro!

Cantemos el oro, rey del mundo, que lleva dicha y luz por donde va, como los fragmentos de un sol despedazado.

Cantemos el oro, que nace del vientre fecundo de la madre tierra; inmenso tesoro, leche rubia de esa ubre gigantesca.

Cantemos el oro, río caudaloso, fuente de la vida, que hace jóvenes y bellos a los que se bañan en sus corrientes maravillosas, y envejece a aquellos que no gozan de sus raudales.

Cantemos el oro, porque de él se hacen las tiaras de los pontífices, las coronas de los reyes y los cetros imperiales; y porque se derrama por los mantos como un fuego sólido, e inunda las capas de los arzobispos, y refulge en los altares y sostiene al Dios eterno en las custodias radiantes.

Cantemos el oro, porque podemos ser unos perdidos, y él nos pone mamparas para cubrir las locuras abyectas de la taberna y las vergüenzas de las alcobas adúlteras.

Cantemos el oro, porque al saltar del cuño lleva en su disco el perfil soberbio de los césares; y va a repletar las cajas

de sus vastos templos, los bancos, y mueve las máquinas, y da la vida, y hace engordar los tocinos privilegiados.

Cantemos el oro, porque él da los palacios y los carruajes, los vestidos a la moda, y los frescos senos de las mujeres garridas; y las genuflexiones de espinazos aduladores y las muecas de los labios eternamente sonrientes.

Cantemos el oro, padre del pan.

Cantemos el oro, porque es, en las orejas de las lindas damas, sostenedor del rocío del diamante, al extremo de tan sonrosado y bello caracol; porque en los pechos siente el latido de los corazones, y en las manos a veces es símbolo de amor y de santa promesa.

Cantemos el oro, porque tapa las bocas que nos insultan; detiene las manos que nos amenazan, y pone vendas a los pillos que nos sirven.

Cantemos el oro, porque su voz es música encantada; porque es heroico y luce en las corazas de los héroes homéricos, y en las sandalias de las diosas y en los coturnos trágicos y en las manzanas del Jardín de las Hespérides.

Cantemos el oro, porque de él son las cuerdas de las grandes liras, la cabellera de las más tiernas amadas, los granos de la espiga y el peplo que al levantarse viste la olímpica aurora.

Cantemos el oro, premio y gloria del trabajador y pasto del bandido.

Cantemos el oro, que cruza por el carnaval del mundo, disfrazado de papel, de plata, de cobre y hasta de plomo.

Cantemos el oro, amarillo como la muerte.

Cantemos el oro, calificado de vil por los hambrientos; hermano del carbón, oro negro que incuba el diamante; rey de la mina, donde el hombre lucha y la roca se desgarras; poderoso en el poniente, donde se tiñe en sangre; carne de ídolo; tela de que Fidiás hace el traje de Minerva.

Cantemos el oro, en el arnés del caballo, en el carro de guerra, en el puño de la espada, en el lauro que ciñe cabezas luminosas, en la copa del festín dionisiaco, en el alfiler que hierde el seno de la esclava, en el rayo del astro y en el champaña que burbujea como una disolución de topacios hirvientes.

Cantemos el oro, porque nos hace gentiles, educados y pulcros.

Cantemos el oro, porque es la piedra de toque de toda amistad.

Cantemos el oro, purificado por el fuego, como el hombre por el sufrimiento; mordido por la lima, como el hombre por la envidia; golpeado por el martillo, como el hombre por la necesidad; realzado por el estuche de seda, como el hombre por el palacio de mármol.

Cantemos el oro, esclavo, despreciado por Jerónimo, arrojado por Antonio, vilipendiado por Macario, humillado por Hilarión, maldecido por Pablo el Ermitaño, quien tenía por alcázar una cueva bronca y por amigos las estrellas de la noche, los pájaros del alba y las fieras hirsutas y salvajes del yermo.

Cantemos el oro, dios becerro, tuétano de roca misterioso y callado en su entraña, y bullicioso cuando brota a pleno sol y a toda vida, sonante como un coro de tímpanos; feto de astros, residuo de luz, encarnación de éter.

Cantemos el oro, hecho sol, enamorado de la noche, cuya camisa de crespón riega de estrellas brillantes, después del último beso, como con una gran muchedumbre de libras esterlinas.

¡Eh, miserables, beodos, pobres de solemnidad, prostitutas, mendigos, vagos, rateros, bandidos, pordioseros, peregrinos, y vosotros los desterrados, y vosotros los holgazanes, y sobre todo, vosotros, oh poetas!

¡Unámonos a los felices, a los poderosos, a los banqueros, a los semidioses de la tierra!

¡Cantemos el oro!

*

Y el eco se llevó aquel himno, mezcla de gemido, diti-rambo y carcajada; y como ya la noche oscura y fría había entrado, el eco resonaba en las tinieblas.

Pasó una vieja y pidió limosna.

Y aquella especie de harapiento, por las trazas un mendigo, tal vez un peregrino, quizás un poeta, le dió su último mendrugo de pan petrificado, y se marchó por la terrible sombra, rezongando entre dientes. (45)

(Azul...

«Revista de Artes y Letras». Santiago, Febrero 15 de 1888).

EL PAJARO AZUL

París es teatro divertido y terrible. Entre los concurrentes al Café Plombier, buenos y decididos muchachos—pintores, escultores, escritores, poetas—sí, ¡todos buscando el viejo laurel verde! ninguno más querido que aquel pobre Garcín, triste casi siempre, buen bebedor de ajeno, soñador que nunca se emborrachaba, y, como bohemio intachable, bravo improvisador. (46)

En el cuartucho destartado de nuestras alegres reuniones, guardaba el yeso de las paredes, entre los esbozos y rasgos de futuros Delacroix, versos, estrofas enteras escritas en la letra echada y gruesa de nuestro *pájaro azul*.

El pájaro azul era el pobre Garcín. ¿No sabéis por qué se llamaba así? Nosotros le bautizamos con ese nombre.

Ello no fué un simple capricho. Aquel excelente muchacho tenía el vino triste. Cuando le preguntábamos por qué, cuando todos reíamos como insensatos o como chicuelos, él arrugaba el ceño y miraba fijamente el cielo raso, nos respondía sonriendo con cierta amargura:

—Camaradas: habéis de saber que tengo un pájaro azul en el cerebro, por consiguiente. . .

*

Sucedía también que gustaba de ir a las campiñas nuevas, al entrar la primavera. El aire del bosque hacía bien a sus pulmones, según nos decía el poeta.

De sus excursiones solía traer ramos de violetas y gruesos cuadernillos de madrigales, escritos al ruido de las hojas y bajo el ancho cielo sin nubes. Las violetas eran para Niní, su vecina, una muchacha fresca y rosada, que tenía los ojos muy azules.

Los versos eran para nosotros. Nosotros los leíamos y los aplaudíamos. Todos teníamos una alabanza para Garcín. Era un ingenio que debía brillar. El tiempo vendría. ¡Oh, el pájaro azul volaría muy alto! ¡Bravo! ¡bien! ¡Eh, mozo, más ajeno!

*

Principios de Garcín:

De las flores, las lindas campánulas.

Entre las piedras preciosas, el zafiro.

De las inmensidades, el cielo y el amor; es decir, las pupilas de Niní.

Y repetía el poeta: Creo que siempre es preferible la neurosis a la estupidez.

*

A veces Garcín estaba más triste que de costumbre.

Andaba por los bulevares; veía pasar indiferente los lujosos carruajes, los elegantes, las hermosas mujeres. Frente al escaparate de un joyero sonreía; pero cuando pasaba cerca de un almacén de libros, se llegaba a las vidrieras, husmeaba y, al ver las lujosas ediciones, se declaraba decididamente envidioso, arrugaba la frente; para desahogarse, volvía el rostro hacia el cielo y suspiraba. Corría al café en busca de nosotros, conmovido, exaltado, pedía su vaso de ajeno, y nos decía:

—Sí, dentro de la jaula de mi cerebro está preso un pájaro azul que quiere su libertad...

*

Hubo algunos que llegaron a creer en un descalabro de razón.

Un alienista a quien se le dió noticia de lo que pasaba, calificó el caso como una monomanía especial. Sus estudios patológicos no dejaban lugar a duda.

Decididamente el desgraciado Garcín estaba loco.

Un día recibió de su padre, un viejo provinciano de Normandía, comerciante en trapos, una carta que decía lo siguiente, poco más o menos:

«Sé tus locuras en París. Mientras permanezcas de ese modo, no tendrás de mí un solo *sou*. Ven a llevar los libros de mi almacén, y cuando hayas quemado, gandul, tus manuscritos de tonterías, tendrás mi dinero».

Esta carta se leyó en el Café Plombier.

—¿Y te irás?

—¿No te irás?

—¿Aceptas?

—¿Desdeñas?

¡Bravo Garcín! Rompió la carta, y soltando el trapo a la vena, improvisó unas cuantas estrofas, que acababan si mal no recuerdo:

¡Sí, seré siempre un gandul,
lo cual aplaudo y celebro,
mientras sea mi cerebro
jaula del pájaro azul!

*

Desde entonces Garcín cambió de carácter, se volvió charlador, se dió un baño de alegría, compró levita nueva y comenzó un poema en tercetos, titulado, pues es claro: *El pájaro azul*.

Cada noche se leía en nuestra tertulia algo nuevo de la obra. Aquello era excelente, sublime, disparatado.

Allí había un cielo muy hermoso, una campiña muy fresca, países brotados como por la magia del pincel de Corot, rostros de niños asomados entre flores, los ojos de Niní húmedos y grandes; y por añadidura, el buen Dios que envía volando, volando, sobre todo aquello, un pájaro azul que sin saber cómo ni cuándo, anida dentro del cerebro del poeta, en donde queda aprisionado. Cuando el pájaro quiere volar y abre las alas y se da contra las paredes del cráneo, se alzan los ojos al cielo, se arruga la frente y se bebe ajenjo con poca agua, fumando además por remate, un cigarrillo de papel.

He ahí el poema.

*

Una noche llegó Garcín riendo mucho y, sin embargo, muy triste.

La bella vecina había sido conducida al cementerio.

—¡Una noticia! ¡una noticia! (47). Canto último de mi poema. Niní ha muerto. Viene la primavera y Niní se va. Ahorro de violetas para la campiña. Ahora falta el epílogo del poema. Los editores no se dignan siquiera leer mis versos. Vosotros muy pronto tendréis que dispersaros. Ley del tiempo. El

epílogo debe de titularse así: *De cómo el pájaro azul alza el vuelo al cielo azul.*

*

¡Plena primavera! ¡Los árboles florecidos, las nubes rosadas en el alba y pálidas por la tarde; el aire suave que mueve las hojas y hace aletear las cintas de los sombreros de paja con especial ruido! Garcín no ha ido al campo.

Hele ahí, viene con traje nuevo, a nuestro amado Café Plombier, pálido, con una sonrisa triste.

—¡Amigos míos, un abrazo! Abrazadme todos, así, fuerte; decidme adiós, con todo el corazón, con toda el alma... El pájaro azul vuela...

Y el pobre Garcín lloró, nos estrechó, nos apretó las manos con todas sus fuerzas y se fué.

Todos dijimos:—Garcín, el hijo pródigo, busca a su padre, el viejo normando. ¡Musas, adiós; Adiós, Gracias! ¡Nuestro poeta se decide a medir trapos! ¡Eh! ¡Una copa por Garcín!

Pálidos, asustados, entristecidos, al día siguiente todos los parroquianos del Café Plombier, que metíamos tanta bulla en aquel cuartucho destartado, nos hallábamos en la habitación de Garcín. El estaba en su lecho, sobre las sábanas ensangrentadas, con el cráneo roto de un balazo. Sobre la almohada había fragmentos de masa cerebral... ¡Horrible!

Cuando, repuestos de la impresión, pudimos llorar ante el cadáver de nuestro amigo, encontramos que tenía consigo el famoso poema. En la última página había escritas estas palabras:

Hoy, en plena primavera, dejo abierta la puerta de la jaula al pobre pájaro azul.

*

¡Ay, Garcín!, cuántos llevan en el cerebro tu misma enfermedad!

(Azul...)

«La Epoca». Santiago, Diciembre 7 de 1886).

LA MUERTE DE LA EMPERATRIZ DE LA CHINA

Délicada y fina como una joya humana, vivía aquella muchachita de carne rosada, en la pequeña casa que tenía un saloncito con los tapices de color azul desfalleciente. Era su estuche.

¿Quién era el dueño de aquel delicioso pájaro alegre, de ojos negros y boca roja? ¿Para quién cantaba su canción divina, cuando la señorita Primavera mostraba en el triunfo del sol su bello rostro riente, y abría las flores del campo, y alborotaba la nidada? Suzette se llamaba la avécita que había puesto en jaula de seda, peluches y encajes, un soñador artista cazador, que la había cazado una mañana de Mayo en que había mucha luz en el aire y muchas rosas abiertas.

Recaredo—¡capricho paternal! ¡El no tenía la culpa de llamarse Recaredo!—se había casado hacía año y medio.—¿Me amas?—Tè amo.—¿Y tú?—Con toda el alma.

*

¡Hermoso el día dorado, después de lo del cura! Habían ido luego al campo nuevo; a gozar libres del gozo del amor. Murmuraban allá en sus ventanas de hojas verdes, las campanillas y las violetas silvestres que oían cerca del riachuelo, cuando pasaban los dos amantes, el brazo de él en la cintura de ella, el brazo de ella en la cintura de él, los rojos labios en flor dejando escapar los besos. Después, fué la vuelta a la gran ciudad, al nido lleno de perfumes de juventud y de calor dichoso.

¿Dije ya que Recaredo era escultor? Pues, si no lo he dicho, sabedlo.

*

Era escultor. En la pequeña casa tenía su taller, con profusión de mármoles, yesos, bronce y terracotas. A veces, los que pasaban oían a través de las rejas y persianas una voz que cantaba y un martilleo vibrante y metálico. Suzette, Recaredo; la boca que emergía el cántico, y el golpe del cincel.

Luego el incesante idilio nupcial. En puntillas, llegar donde él trabajaba, e, inundándole de cabellos la nuca, be-

sarle rápidamente. Quieto, quietecito, llegar donde ella duerme en su *chaise-longue*, los piecitos calzados y con medias negras, uno sobre otro, el libro abierto sobre el regazo, medio dormida; y allí el beso es en los labios, beso que sorbe el aliento y hace que se abran los ojos, inefablemente luminosos. Y a todo esto, las carcajadas del mirlo, un mirlo enjaulado que cuando Suzette toca de Chopin, se pone triste y no canta. ¡Las carcajadas del mirlo! No era poca cosa.—¿Me quieres?—¿No lo sabes?—¿Me amas?—¡Te adoro! Ya estaba el animalucho echando toda la risa del pico. Se le sacaba de la jaula, revolaba por el saloncito azulado, se detenía en la cabeza de un Apolo de yeso, o en la frámea de un viejo germano de bronce oscuro. Tiiiiirit. . . rrrrrtch fiii . . . ¡Vaya que a veces era malcriado e insolente en su algarabía! Pero era lindo sobre la mano de Suzette que le mimaba, le apretaba el pico entre sus dientes hasta hacerlo desesperar, y le decía a veces con una voz severa que temblaba de terneza:—Señor Mirlo, ¿es usted un picarón!

Cuando los dos amados estaban juntos, se arreglaban uno a otro el cabello.—Canta—decía él. Y ella cantaba, lentamente; y aunque no eran sino pobres muchachos enamorados, se veían hermosos, gloriosos y reales; él la miraba como a una Elsa y ella le miraba como a un Lohengrin. Porque el Amor, ¡oh jóvenes llenos de sangre y de sueños! pone un cristal azul ante los ojos, y da las infinitas alegrías.

¡Cómo se amaban! El la contemplaba sobre las estrellas de Dios; su amor recorría toda la escala de la pasión, y era ya contenido, ya tempestuoso en su querer, a veces casi místico. En ocasiones dijérase aquel artista un teósofo que veía en la amada mujer algo supremo y extrahumano, como la Ayesha de Rider Haggard; la aspiraba como una flor, le sonreía como a un astro, y se sentía soberbiamente vencedor al estrechar contra su pecho aquella adorable cabeza, que cuando estaba pensativa y quieta era comparable al perfil hierático de la medalla de una emperatriz bizantina.

*

Recaredo amaba su arte. Tenía la pasión de la forma; hacía brotar del mármol gallardas diosas desnudas de ojos blancos, serenos y sin pupilas; su taller estaba poblado de un pueblo de estatuas silenciosas, animales de metal, gárgolas

terroríficas, grifos de largas colas vegetales, creaciones góticas quizá inspiradas por el ocultismo. Y sobre todo, ¡la gran afición! japonerías y chinerías. Recaredo era en esto un original. No sé qué habría dado por hablar chino o japonés. Conocía los mejores álbumes; había leído buenos exotistas, adoraba a Loti y a Judith Gautier, y hacía sacrificios por adquirir trabajos legítimos, de Yokohama, de Nagasaki, de Kioto o de Nankín o Pekín: los cuchillos, las pipas, las máscaras feas y misteriosas como las caras de los sueños hipnóticos, los mandarinitos enanos con panzas de cucurbitáceos y ojos circunflejos, los monstruos de grandes bocas de batracios, abiertas y dentadas, y diminutos soldados de Tartaria, con faces foscas.

—¡Oh—le decía Suzette:—aborrezco tu casa de brujo, ese terrible taller, arca extraña que te roba a mis caricias!— El sonreía, dejaba su lugar de labor, su templo de raras chucherías y corría al pequeño salón azul, a ver y mimar su gracioso dije vivo, y oír cantar y reír al loco mirlo jovial.

Aquella mañana, cuando entró, vió que estaba su dulce Suzette, soñolienta y tendida, cerca de un tazón de rosas que sostenía un trípode. ¿Era la Bella del bosque durmiente? Medio dormida, el delicado cuerpo modelado bajo una bata blanca, la cabellera castaña apelonada sobre uno de los hombros, toda ella exhalando su suave olor femenino, era como una deliciosa figura de los amables cuentos que empiezan: «Este era un rey...»

La despertó:

—¡Suzette, mi bella!

Traía la cara alegre; le brillaban los ojos negros bajo su fez rojo de labor; llevaba una carta en la mano.

—Carta de Robert, Suzette. ¡El bribonazo está en la China! «Hong Kong, 18 de enero...»

Suzette, un tanto amodorrada, se había sentado y le había quitado el papel. ¡Conque aquel andariego había llegado tan lejos! «Hong Kong, 18 de enero.» Era gracioso. ¡Un excelente muchacho el tal Robert, con la manía de viajar! Llegaría al fin del mundo. ¡Robert, un grande amigo! Le veían como de la familia. Había partido hacia dos años para San Francisco de California. ¡Habríase visto loco igual! Comenzó a leer.

Hong Kong, 18 de enero de 1888.

Mi buen Recaredo:

Vine y vi. No he vencido aún.

En San Francisco supe vuestro matrimonio y me alegré. Dí un salto y caí en la China. He venido como agente de una casa californiana, importadora de sedas, lacas, marfiles y demás chinerías. Junto con esta carta debes recibir un regalo mío, que, dada tu afición por las cosas de este país amarillo, te llegará de perlas. Ponme a los pies de Suzette, y conserva el obsequio en memoria de tu

Robert.

Ni más, ni menos. Ambos soltaron la carcajada. El mirlo a su vez hizo estallar la jaula en una explosión de gritos musicales.

La caja había llegado, una caja de regular tamaño, llena de marchamos, de números y letras negras que decían y daban a entender que el contenido era muy frágil. Cuando la caja se abrió, apareció el misterio. Era un fino busto de porcelana, un admirable busto de mujer sonriente, pálido y encantador. En la base tenía tres inscripciones, una en caracteres chinescos, otra en inglés y otra en francés: *La emperatriz de la China*. ¡La emperatriz de la China! ¿Qué manos de artista asiático habían modelado aquellas formas atrayentes de misterio? Era una cabellera recogida y apretada, una faz enigmática, ojos bajos y extraños, de princesa celeste, sonrisa de esfinge, cuello erguido sobre los hombros columbinos, cubiertos por una onda de seda bordada de dragones, todo dando magia a la porcelana blanca, con tonos de cera, immaculada y cándida. ¡La emperatriz de la China! Suzette pasaba sus dedos de rosa sobre los ojos de aquella graciosa soberana, un tanto inclinados, con sus curvos epicantus bajo los puros y nobles arcos de las cejas. Estaba contenta. Y Recaredo sentía orgullo de poseer su porcelana. Le haría un gabinete especial, para que viviese y reinase sola, como en el Louvre, la Venus de Milo, triunfadora, cobijada imperialmente por el plafón de su recinto sagrado.

Así lo hizo. En un extremo del taller formó un gabinete minúsculo, con biombos cubiertos de arrozales y de grullas.

Predominaba la nota amarilla. Toda la gama: oro, fuego, ocre de oriente, hoja de otoño, hasta el pálido que agoniza fundido en la blancura. En el centro, sobre un pedestal dorado y negro, se alzaba sonriendo la exótica imperial. Alrededor de ella había colocado Recaredo todas sus japerías y curiosidades chinas. La cubría un gran quitasol nipón, pintado de camelias y de anchas rosas sangrientas. Era cosa de risa, cuando el artista soñador, después de dejar la pipa y los cinceles, llegaba frente a la emperatriz, con las manos cruzadas sobre el pecho, a hacer zalemas. Una, dos, diez, veinte veces la visitaba. Era una pasión. En un plato de laca yokohamesa le ponía flores frescas todos los días. Tenía, en momentos, verdaderos arrobos delante del busto asiático que le conmovía en su deleitable e inmóvil majestad. Estudiaba sus menores detalles, el caracol de la oreja, el arco del labio, la nariz pulida, el epicantus del párpado. ¡Un ídolo, la famosa emperatriz! Suzette le llamaba de lejos.— ¡Recaredo!— ¡Voy!— Y seguía en la contemplación de su obra de arte. Hasta que Suzette llegaba a llevárselo a rastras y a besos.

Un día, las flores del plato de laca desaparecieron como por encanto.

—¿Quién ha quitado las flores?—gritó el artista desde el taller.

—Yo—dijo una voz vibradora.

Era Suzette que entreabría una cortina, toda sonrosada y haciendo relampaguear sus ojos negros.

*

Allá en lo hondo de su cerebro, se decía el señor Recaredo, artista escultor:—¿Qué tendrá mi mujercita?—No comía casi. Aquellos buenos libros desflorados por su espátula de marfil, estaban en el pequeño estante negro, con sus hojas cerradas, sufriendo las nostalgia de las blandas manos de rosa y del tibio regazo perfumado. El señor Recaredo la veía triste.—¿Qué tendrá mi mujercita?—En la mesa no quería comer. Estaba seria ¡qué seria! Le miraba a veces con el rabo del ojo, y el marido veía aquellas pupilas oscuras, húmedas, como que querían llorar. Y ella, al responder, hablaba como los niños a quienes se ha negado un dulce.—¿Qué

tendrá mi mujercita?—¡Nada!—Aquel «nada» lo decía ella con voz de queja, y entre sílaba y sílaba había lágrimas.

¡Oh señor Recaredo! lo que tiene vuestra mujercita es que sois un hombre abominable. ¿No habéis notado que desde que esa buena de la emperatriz de la China ha llegado a vuestra casa, el saloncito azul se ha entristecido, y el mirlo no canta ni ríe con su risa perlada? Suzette despierta a Chopin, y lentamente hace brotar la melodía enferma y melancólica del negro piano sonoro. ¡Tiene celos, señor Recaredo! Tiene el mal de los celos, ahogador y quemante, como una serpiente encendida que aprieta el alma. ¡Celos! Quizá él lo comprendía, porque una tarde dijo a la muchachita de su corazón estas palabras, frente a frente, a través del humo de una taza de café:—Eres demasiado injusta. ¿Acaso no te amo con toda mi alma? ¿Acaso no sabes leer en mis ojos lo que hay dentro de mi corazón?

Suzette rompió a llorar. ¡Que la amaba! No, ya no la amaba. Habían huído las buenas y radiantes horas, y los besos que chasqueaban también eran idos, como pájaros en fuga. Ya no la quería. Y a ella, a la que en él veía su religión, su delicia, su ensueño, su rey, a ella, a su Suzette la había dejado por la otra.

¡La otra! Recaredo dió un salto. Estaba engañada. ¿Lo diría por la rubia Eulogia, a quien en un tiempo había dirigido madrigales?

Ella movió la cabeza:—No.

¿Por la ricachona Gabriela, de largos cabellos negros, blanca como un alabastro y cuyo busto había hecho? ¿O por aquella Luisa, la danzarina, que tenía una cintura de avispa, un seno de buena nodriza y unos ojos incendiarios? ¿O por la viudita Andrea, que al reír sacaba la punta de la lengua, roja y felina, entre sus dientes brillantes y amarfilados?

No, no era ninguna de éstas. Recaredo se quedó con gran asombro.—Mira, chiquilla, dime la verdad. ¿Quién es ella? Sabes cuánto te adoro. Mi Elsa, mi Julieta, alma, amor mío...

Temblaba tanta verdad de amor en aquellas palabras entrecortadas y trémulas que Suzette, con los ojos enrojecidos, secos ya de lágrimas, se levantó irguiendo su linda cabeza heráldica.

—¿Me amas?

—¡Bien lo sabes!

—Deja, pues, que me venga de mi rival. Ella o yo: escoge. Si es cierto que me adoras ¿querrás permitir que la aparte para siempre de tu camino, que quede yo sola, confiada en tu pasión?

—Sea, dijo Recaredo. Y viendo irse a suavecita celosa y terca, prosiguió sorbiendo el café, tan negro como la tinta.

No había tomado tres sorbos, cuando oyó un gran ruido de fracaso, en el recinto de su taller.

Fué. ¿Qué miraron sus ojos? El busto había desaparecido del pedestal de negro y oro, y entre minúsculos mandarines caídos y descolgados abanicos, se veían por el suelo pedazos de porcelana que crujían bajo los pequeños zapatos de Suzette, quien toda encendida y con el cabello suelto, aguardando los besos, decía entre carcajadas argentinas al maridito asustado:—¡Estoy vengada! ¡Ha muerto ya para ti la emperatriz de la China!

Y cuando comenzó la ardiente reconciliación de los labios, en el saloncito azul, todo lleno de regocijo, el mirlo, en su jaula, se moría de risa. (48)

(Azul...

«*La República*». Santiago, 1890).

LA NINFA

CUENTO PARISIENSE

En el castillo que últimamente acaba de adquirir Lesbia esta actriz caprichosa y endiablada que tanto ha dado que decir al mundo por sus extravagancias, nos hallábamos a la mesa hasta seis amigos. Presidía nuestra Aspasia, quien a la sazón se entretenía en chupar como niña golosa, un terrón de azúcar húmedo, blanco entre las yemas sonrosadas. Era la hora del chartreuse. Se veía en los cristales de la mesa como una disolución de piedras preciosas, y la luz de los candelabros se descomponía en las copas medio vacías, donde que-

daba algo de la púrpura del borgoña, del oro hirviente del champaña, de las líquidas esmeraldas de la menta.

Se hablaba con el entusiasmo de artistas de buena pasta tras una buena comida. Eramos todos artistas, quien más, quien menos; y aun había un sabio obeso que ostentaba en la altura de una pechera immaculada, el gran nudo de una corbata monstruosa.

Alguien dijo:—¡Ah, sí, Frémiet!—Y de Frémiet (49) se pasó a sus animales, a su cincel maestro, a dos perros de bronce que, cerca de nosotros, uno buscaba la pista de la pieza, y otro, como mirando al cazador, alzaba el pescuezo y arbolaba la delgadez de su cola tiesa y erecta. ¿Quién habló de Mirón? El sabio, que recitó en griego el epigrama de Anacreonte: «Pastor, lleva a pastar más lejos tu boyada, no sea que creyendo que respira la vaca de Mirón, la quieras llevar contigo.»

Lesbia acabó de chupar su azúcar, y con una carcajada argentina:

—¡Bah! Para mí los sátiros. Yo quisiera dar vida a mis bronce, y si esto fuese posible, mi amante sería uno de esos velludos semidioses. Os advierto que más que a los sátiros adoro a los centauros; y que me dejaría robar por uno de esos monstruos robustos, sólo por oír las quejas del engañado, que tocaría su flauta lleno de tristeza.

El sabio interrumpió:

—¡Bien! Los sátiros y los faunos, los hipocentauros y las sirenas, han existido, como las salamandras y el ave Fénix.

Todos reímos; pero entre el coro de carcajadas, se oía irresistible, encantadora, la de Lesbia, cuyo rostro encendido de mujer hermosa estaba como resplandeciente de placer

*

—Sí—continuó el sabio:—¿Con qué derecho negamos los modernos, hechos que afirman los antiguos? El perro gigantesco que vió Alejandro, alto como un hombre, es tan real, como la araña Kraken que vive en el fondo de los mares. San Antonio Abad, de edad de noventa años, fué en busca del viejo ermitaño Pablo, que vivía en una cueva. Lesbia, no te rías. Iba el santo por el yermo, apoyado en su báculo, sin saber dónde encontrar a quien buscaba. A mucho andar,

¿sabéis quién le dió las señas del camino que debía seguir? Un centauro, «medio hombre y medio caballo», dice un autor. (50) Hablaba como enojado; huyó tan velozmente que presto le perdió de vista el santo; así iba galopando el monstruo, cabellos al aire y vientre a tierra.

En ese mismo viaje, San Antonio vió un sátiro, «hombrecillo de extraña figura, estaba junto a un arroyuelo, tenía las narices corvas, frente áspera y arrugada, y la última parte de su contrahecho cuerpo remataba con pies de cabra».

—Ni más ni menos—dijo Lesbia—¡M. de Coctureau, futuro miembro del Instituto!

Siguió el sabio:

—Afirma San Jerónimo que en tiempo de Constantino Magno se condujo a Alejandría un sátiro vivo, siendo conservado su cuerpo cuando murió.

Además, vióle el emperador en Antioquía.

Lesbia había vuelto a llenar su copa de menta, y humedecía la lengua en el licor verde como lo haría un animal felino.

—Dice Alberto Magno que en su tiempo cogieron a dos sátiros en los montes de Sajonia. Enrico Zormano asegura que en tierras de Tartaria había hombres con sólo un pie, y sólo un brazo en el pecho. Vincencio vió en su época un monstruo que trajeron al rey de Francia; tenía cabeza de perro (Lesbia reía); los muslos, brazos y manos tan sin vello como los nuestros (Lesbia se agitaba como una chicuela a quien hiciesen cosquillas); comía carne cocida y bebía vino con todas ganas.

—¡Colombine!—gritó Lesbia. Y llegó Colombine, una falderilla que parecía un copo de algodón. Tomóla su ama, y entre las explosiones de risa de todos:

—¡Toma, el monstruo que tenía tu cara!

Y le dió un beso en la boca, mientras el animal se estremecía e inflaba las naricitas como lleno de voluptuosidad.

—Y Flegón Traliano—concluyó el sabio elegantemente—afirma la existencia de dos clases de hipocentauros: una de ellas come elefantes. Además...

—Basta de sabiduría—dijo Lesbia. Y acabó de beber la menta.

Yo estaba feliz. No había desplegado mis labios—¡Oh!—exclamé—¡para mí las ninfas! Yo desearía contemplar esas desnudeces de los bosques y de las fuentes, aunque, como

Acteón, fuese despedazado por los perros. ¡Pero las ninfas no existen!

Concluyó aquel concierto alegre con una gran fuga de risas, y de personas.

—¡Y qué!—me dijo Lesbia, quemándome con sus ojos de faunesa y con voz callada como para que sólo yo la oyera,— ¡las ninfas existen, tú las verás!

*

Era un día primaveral. Yo vagaba por el parque del castillo, con el aire de un soñador empedernido. Los gorriones chillaban sobre las lilas nuevas, y atacaban a los escarabajos que se defendían de los picotazos con sus corazas de esmeralda, con sus petos de oro y acero. En las rosas el carmín, el bermellón, la onda penetrante de perfumes dulces; más allá las violetas, en grandes grupos, con su color apacible y su olor a virgen. Después, los altos árboles, los ramajes tupidos llenos de mil abejas, las estatuas en la penumbra, los discóbolos de bronce, los gladiadores musculosos en sus soberbias posturas gímnicas, las glorietas perfumadas cubiertas de enredaderas, los pórticos, bellas imitaciones jónicas, cariátides todas blancas y lascivas, y vigorosos telamones del orden atlántico, con anchas espaldas y muslos gigantescos. Vagaba por el laberinto de tales encantos cuando oí un ruido, allá en lo oscuro de la arboleda, en el estanque donde hay cisnes blancos como cincelados en alabastro y otros que tienen la mitad del cuello del color del ébano, como una pierna alba con media negra.

Llegué más cerca. ¿Soñaba? ¡Oh Numa! Yo sentí lo que tú, cuando viste en su gruta por primera vez a Egeria.

Estaba en el centro del estanque, entre la inquietud de los cisnes espantados, una ninfa, una verdadera ninfa, que hundía su carne de rosa en el agua cristalina. La cadera a flor de espuma parecía a veces como dorada por la luz opaca que alcanzaba a llegar por las brechas de las hojas. ¡Ah! yo vi lirios, rosas, nieve, oro; vi un ideal con vida y forma y oí entre el burbujeo sonoro de la linfa herida, como una risa burlesca y armoniosa que me encendía la sangre.

De pronto huyó la visión, surgió la ninfa del estanque, semeiante a Citerea en su onda, y recogiendo sus cabellos,

que goteaban brillantes, corrió por los rosales, tras las lila y violetas, más allá de los tupidos arbolares, hasta perderse; ¡ay!, por un recodo; y quedé yo, poeta lírico, fauno burlado, viendo a las grandes aves alabastrinas como mofándose de mí, tendiéndome sus largos cuellos en cuyo extremo brillaba bruñida el ágata de sus picos.

*

Después, almorzábamos juntos aquellos amigos de la noche pasada; entre todos, triunfante, con su pechera y su gran corbata oscura, el sabio obeso, futuro miembro del Instituto.

Y de repente, mientras todos charlaban de la última obra de Frémiet en el Salón, exclamó Lesbia con su alegre voz parisiense:

—¡Té! como dice Tartarín: ¡el poeta ha visto ninfas!

La contemplaron todos asombrados y ella me miraba, me miraba como una gata, y se reía como una chicuela a quien se le hiciesen cosquillas.

(Azul...

«La Época». Santiago, Noviembre 25 de 1887).

EL RUBÍ

—¡Ah! ¡Conque es cierto! ¡Conque ese sabio parisiense ha logrado sacar del fondo de sus retortas, de sus matraces, la púrpura cristalina de que están incrustados los muros de mi palacio! Y al decir esto el pequeño gnomo iba y venía, de un lugar a otro, a cortos saltos, por la honda cueva que le servía de morada; y hacía temblar su larga barba y el cascabel de su gorro azul y puntiagudo.

En efecto, un amigo del centenario Chevreul—cuasi Althotas—el químico Frémy, acababa de descubrir la manera de hacer rubíes y zafiros.

Agitado, conmovido, el gnomo—que era sabidor y de genio hartó vivaz—seguía monologando.

—¡Ah, sabios de la edad media! ¡Ah, Alberto el Grande, Averroes, Raimundo Lulio! Vosotros no pudisteis ver brillar el gran sol de la piedra filosofal, y he aquí que sin estudiar las fórmulas aristotélicas, sin saber cábala y nigromancia, llega un hombre del siglo décimonono a formar a la luz del día lo que nosotros fabricamos en nuestros subterráneos. ¡Pues el conjuro! fusión por veinte días de una mezcla de sílice y de aluminato de plomo; coloración con bicromato de potasa o con óxido de cobalto. Palabras en verdad que parecen lengua diabólica.

Risa.

Luego se detuvo.

*

El cuerpo del delito estaba allí, en el centro de la gruta, sobre una gran roca de oro; un pequeño rubí, redondo, un tanto reluciente, como un grano de granada al sol.

El gnomo tocó un cuerno, el que llevaba a su cintura, y el eco resonó por las vastas concavidades. Al rato, un bullicio, un tropel, una algazara. Todos los gnomos habían llegado.

Era la cueva ancha, y había en ella una claridad extraña y blanca. Era la claridad de los carbunclos que en el techo de piedra centelleaban, incrustados, hundidos, apiñados, en focos múltiples; una dulce luz lo iluminaba todo.

A aquellos resplandores podía verse la maravillosa mansión en todo su esplendor. En los muros, sobre pedazos de plata y oro, entre venas de lapislázuli, formaban caprichosos dibujos, como los arabescos de una mezquita, gran muchedumbre de piedras preciosas. Los diamantes, blancos y limpios como gotas de agua, emergían los iris de sus cristalizaciones; cerca de calcedonias colgantes en estalactitas, las esmeraldas esparcían sus resplandores verdes; y los zafiros, en amontonamientos raros, en ramilletes que pendían del cuarzo, semejaban grandes flores azules y temblorosas.

Los topacios dorados, las amatistas, circundaban en franjas el recinto; y en el pavimento, cuajado de ópalos, sobre la pulida crisoprasa y el ágata, brotaba de trecho en trecho un hilo de gua, que caía con una dulzura musical; a gotas armónicas, como las de una flauta metálica soplada muy levemente.

¡Puck se había entrometido en el asunto, el pícaro Puck! (51) El había llevado el cuerpo del delito, el rubí falsificado, el que estaba ahí, sobre la roca de oro, como una profanación entre el centelleo de todo aquel encanto.

Cuando los gnomos estuvieron juntos, unos con sus martillos y cortas hachas en las manos, otros de gala, con caperuzas fiamantes y encarnadas, llenas de pedrería, todos curiosos, Puck dijo así:

—Me habéis pedido que os trajese una muestra de la nueva falsificación humana, y he satisfecho esos deseos.

Los gnomos, sentados a la turca, se tiraban de los bigotes; daban las gracias a Puck con una pausada inclinación de cabeza, y los más cercanos a él examinaban con gesto de asombro las lindas alas, semejantes a las de un hipsipilo.

Continuó:

—¡Oh, Tierra! ¡Oh, Mujer! Desde el tiempo en que veía a Titania no he sido sino un esclavo de la una, un adorador casi místico de la otra.

Y luego, como si hablase en el placer de un sueño:

—¡Esos rubíes! En la gran ciudad de París, volando invisible, los ví por todas partes. Brillaban en los collares de las cortesanas, en las condecoraciones exóticas de los rasta-cueros, en los anillos de los príncipes italianos y en los brazaletes de las primadonas.

Y con pícara sonrisa siempre:

—Yo me colé hasta cierto gabinete rosado muy en boga... Había una hermosa mujer dormida. Del cuello le arranqué un medallón y del medallón el rubí. Ahí lo tenéis:

Todos soltaron la carcajada. ¡Que cascabeleo!

—¡Eh, amigo Puck!

Y dieron su opinión después, acerca de aquella piedra falsa, obra de hombre, ¡o de sabio, que es peor!

—¡Vidrio!

—¡Maleficio!

—¡Ponzoña y cábala!

—¡Química!

—¡Pretender imitar un fragmento del iris!

—¡El tesoro rubicundo de lo hondo del globo!

—¡Hecho de rayos del poniente solidificados!

El gnomo más viejo, andando con sus piernas torcidas,

su gran barba nevada, su aspecto de patriarca, su cara llena de arrugas.

—¡Señores!—dijo—¡no sabéis lo que habláis!

Todos escucharon.

—Yo, yo que soy el más viejo de vosotros, puesto que apenas sirvo ya para martillar las facetas de los diamantes; yo, que he visto formarse estos hondos alcázares; que he cincelado los huesos de la tierra, que he amasado el oro, que he dado un día un puñetazo a un muro de piedra, y caí a un lago donde violé a una ninfa; yo, el viejo, os referiré de cómo se hizo el rubí.

Oíd.

*

Puck sonreía curioso. Todos los gnomos rodearon al anciano, cuyas canas palidecían a los resplandores de la pedrería y cuyas manos extendían su movable sombra en los muros, cubiertos de piedras preciosas, como un lienzo lleno de miel donde se arrojasen granos de arroz.

—Un día, nosotros, los escuadrones que tenemos a nuestro cargo las minas de diamantes, tuvimos una huelga que conmovió toda la tierra, y salimos en fuga por los cráteres de los volcanes.

El mundo estaba alegre, todo era vigor y juventud; y las rosas, y las hojas verdes y frescas, y los pájaros en cuyos buches entra el grano y brota el gorjeo, y el campo todo, saludaban al sol y a la primavera fragante.

Estaba el monte armónico y florido, lleno de trinos y de abejas; era una grande y santa nupcia la que celebraba la luz, y en el árbol la savia ardía profundamente, y en el animal todo era estremecimiento o balido o cántico, y en el gnomo había risa y placer.

Yo había salido por un cráter apagado. Ante mis ojos había un campo extenso. De un salto me puse sobre un gran árbol, una encina añeja. Luego bajé al tronco, y me hallé cerca de un arroyo, un río pequeño y claro donde las aguas charlaban diciéndose bromas cristalinas. Yo tenía sed. Quise beber ahí... Ahora, oíd mejor.

Brazos, espaldas, senos desnudos, azucenas, rosas, panecillos de marfil coronados de cerezas; ecos de risas áureas,

festivas; y allá, entre las espumas, entre las linfas rotas, bajo las verdes ramas...

—¿Ninfas?

—No, mujeres.

*

—Yo sabía cuál era mi gruta. Con dar un golpe en el suelo, abría la arena negra y llegaba a mi dominio. ¡Vosotros, pobrecillos, gnomos jóvenes, tenéis mucho que aprender!

Bajo los retoños de unos helechos nuevos me escurrí, sobre unas piedras deslavadas por la corriente espumosa y parlante; y a ella, a la hermosa, a la mujer, la así de la cintura, con este brazo antes tan musculoso; gritó, golpeé el suelo; descendimos. Arriba quedó el asombro, abajo el gnomo soberbio y vencedor.

Un día yo martillaba un trozo de diamante inmenso, que brillaba como un astro y que al golpe de mi maza se hacía pedazos.

El pavimento de mi taller se asemejaba a los restos de un sol hecho trizas. La mujer amada descansaba a un lado, rosa de carne entre maceteros de zafir, emperatriz del oro, en un lecho de cristal de roca, toda desnuda y espléndida como una diosa.

Pero en el fondo de mis dominios, mi reina, mi querida, mi bella, me engañaba. Cuando el hombre ama de veras su pasión lo penetra todo, y es capaz de traspasar la tierra.

Ella amaba a un hombre, y desde su prisión le enviaba sus suspiros. Estos pasaban los poros de la corteza terrestre y llegaban a él, y él, amándola también, besaba las rosas de cierto jardín; y ella, la enamorada, tenía—yo lo notaba—convulsiones súbitas en que estiraba sus labios rosados y frescos como pétalos de centifolia. ¿Cómo ambos así se sentían? Con ser quien soy, no lo sé.

*

Había acabado yo mi trabajo: un gran montón de diamantes hechos en un día; la tierra abría sus grietas de granito como labios con sed, esperando el brillante despedazamiento del rico cristal. Al fin de la faena, cansado, di un martillazo que rompió una roca y me dormí.

Desperté al rato al oír algo como un gemido.

De su lecho, de su mansión más luminosa y rica que las de todas las reinas de Oriente, había volado fugitiva, desesperada, la amada mía, la mujer robada. ¡Ay! y queriendo huir por el agujero abierto por mi maza de granito, desnuda y bella, destrozó su cuerpo blanco y suave como de azahar y mármol y rosa, en los filos de los diamantes rotos. Heridos sus costados, chorreaba la sangre; los quejidos eran conmovedores hasta las lágrimas. ¡Oh, dolor!

Yo desperté, la tomé en mis brazos, la dí mis besos más ardientes; mas la sangre corría inundando el recinto, y la gran masa diamantina se teñía de grana.

Me pareció que sentía, al darla un beso, un perfume salido de aquella boca encendida: el alma; el cuerpo quedó inerte.

Cuando el gran patriarca nuestro, el centenario semi-diós de las entrañas terrestres, pasó por allí, encontró aquella muchedumbre de diamantes rojos...

*

Pausa.

—¿Habéis comprendido?

Los gnomos muy graves se levantaron.

Examinaron más de cerca la piedra falsa, hechura del sabio.

—¡Mirad, no tiene facetas!

—Brilla pálidamente.

—¡Impostura!

—¡Es redonda como la coraza de un escarabajo!

Y en ronda, uno por aquí, otro por allá, fueron a arrancar de los muros pedazos de arabesco, rubíes grandes como una naranja, rojos y chispeantes como un diamante hecho sangre; y decían:—He aquí lo nuestro, ¡oh madre Tierra!

Aquello era una orgía de brillo y de color.

Y lanzaban al aire las gigantescas piedras luminosas y reían.

De pronto, con toda la dignidad de un gnomio:

—¡Y bien! el desprecio.

Se comprendieron todos. Tomaron el rubí falso, lo despedazaron y arrojaron los fragmentos—con desdén terrible—a un hoyo que abajo daba a una antiquísima selva carbonizada.

Después, sobre sus rubíes, sobre sus ópalos, entre aquellas paredes resplandecientes, empezaron a bailar asidos de las manos una farándola loca y sonora.

Y celebraban con risas, el verse grandes en la sombra.

*

Ya Puck volaba afuera, en el abejeo del alba recién nacida, camino de una pradera en flor. Y murmuraba—¡siempre con su sonrisa sonrosada!—Tierra... Mujer...

Porque tú ¡oh madre tierra! eres grande, fecunda, de seno inextinguible y sacro; y de tu vientre moreno brota la savia de los troncos robustos, y el oro y el agua diamantina, y la casta flor de lis. ¡Lo puro, lo fuerte, lo infalsificable! ¡Y tú, mujer, eres espíritu y carne, toda amor!

(Azul...

«*La Libertad Electoral*». Santiago, Junio 9 de 1888).

EL PALACIO DEL SOL

A vosotras, madres de las muchachas anémicas, va esta historia, la historia de Berta, la niña de los ojos color de aceituna, fresca como una rama de durazno en flor, luminosa como un alba, gentil como la princesa de un cuento azul. (52)

Ya veréis, sanas y respetables señoras, que hay algo mejor que el arsénico y el fierro para encender la púrpura de las lindas mejillas virginales; y que es preciso abrir la puerta de su jaula a vuestras avecitas encantadoras, sobre todo, cuando llega el tiempo de la primavera y hay ardor en las venas y en las savias, y mil átomos de sol abejean en los jardines, como un enjambre de oro sobre las rosas entreabiertas.

*

Cumplidos sus quince años, Berta empezó a entristecerse, en tanto que sus ojos llameantes se rodeaban de ojeras melancólicas.—Berta, te he comprado dos muñecas... —No las quiero, mamá... —He hecho traer los *Nocturnos*... —Me

duelen los dedos, mamá... —Entonces... —Estoy triste, mamá... —Pues que se llame al doctor.

Y llegaron las antiparras de aros de carey, los guantes negros, la calva ilustre y el cruzado levitón.

Ello era natural. El desarrollo, la edad... Síntomas claros, falta de apetito, algo como una opresión en el pecho, tristeza, punzadas a veces en las sienas, palpitación... Ya sabéis; dad a vuestra niña glóbulos de ácido arsenioso, luego duchas. El tratamiento...

Y empezó a curar su melancolía, con glóbulos y duchas, al comenzar la primavera, Berta, la niña de los ojos color de aceituna, que llegó a estar fresca como una rama de durazno en flor, luminosa como un alba, gentil como la princesa de un cuento azul.

*

A pesar de todo, las ojeras persistieron, la tristeza continuó, y Berta, pálida como un precioso marfil, llegó un día a las puertas de la muerte. Todos lloraban por ella en el palacio, y la sana y sentimental mamá hubo de pensar en las palmas blancas del ataúd de las doncellas. Hasta que una mañana la lánguida anémica bajó al jardín, sola, y siempre con su vaga atonía melancólica, a la hora en que el alba ríe. Suspirando erraba sin rumbo aquí, allá; y las flores estaban tristes de verla. Se apoyó en el zócalo de un fauno soberbio y bizarro, cincelado por Plaza, (53) que húmedos de rocío sus cabellos de mármol, bañaba en luz su torso espléndido y desnudo. Vió un lirio que erguía al azul la pureza de su cáliz blanco, y estiró la mano para cogerlo. No bien había... —Sí, un cuento de hadas, señoras mías, pero ya veréis sus aplicaciones en una querida realidad; —no bien había tocado el cáliz de la flor, cuando de él surgió de súbito una hada, en su carro áureo y diminuto, vestida de hilos brillantísimos e impalpables, con su aderezo de rocío, su diadema de perlas y su varita de plata.

¿Creéis que Berta se amedrentó? Nada de eso. Batió palmas alegre, se reanimó como por encanto, y dijo al hada: —¿Tú eres la que me quiere tanto en sueños?—Sube—respondió el hada. Y como si Berta se hubiese empequeñecido, de tal modo cupo en la concha del carro de oro, que hubiera estado holgada sobre el ala corva de un cisne a flor de agua.

Y las flores, el fauno orgulloso, la luz del día, vieron cómo en el carro del hada iba por el viento, plácida y sonriendo al sol, Berta, la niña de los ojos color de aceituna, fresca como un alba, gentil como la princesa de un cuento azul.

*

Cuando Berta, ya alto el divino cochero, subió a los salones por las gradas del jardín que imitaban esmeragdita, todos, la mamá, la prima, los criados, pusieron la boca en forma de O. Venía ella saltando como un pájaro, con el rostro lleno de vida y de púrpura, el seno, hermoso y henchido, recibiendo las caricias de una crencha castaña, libre y al desgaire, los brazos desnudos hasta el codo, medio mostrando la malla de sus casi imperceptibles venas azules, los labios entreabiertos por la sonrisa, como para emitir una canción.

Todos exclamaron:—¡Aleluya! ¡Gloria! ¡Hosanna al rey de los Esculapios! ¡Fama eterna a los glóbulos de ácido arsenioso y a las duchas triunfales! Y mientras Berta corrió a su retrete a vestir sus más ricos brocados, se enviaron presentes al viejo de las antiparras de aros de carey, de los guantes negros, de la calva ilustre y del cruzado levitón. Y ahora, oíd vosotras, madres de las muchachas anémicas, cómo hay algo mejor que el arsénico y el fierro para eso de encender la púrpura de las lindas mejillas virginales. Y sabréis cómo no, no fueron los glóbulos; no, no fueron las duchas; no, no fué el farmacéutico quien devolvió salud y vida a Berta, la niña de los ojos color de aceituna, alegre y fresca como una rama de durazno en flor, luminosa como un alba, gentil como la princesa de un cuento azul.

*

Así que Berta se vió en el carro del hada, la preguntó:—¿Y a dónde me llevas?—Al palacio del sol.—Y desde luego sintió la niña que sus manos se tornaban ardientes, y que su corazoncito le saltaba como henchido de sangre impetuosa. —Oye—siguió el hada:—Yo soy la buena hada de los sueños de las niñas adolescentes: yo soy la que cura a las cloróticas con sólo llevarlas en mi carro de oro al palacio del sol, adonde vas tú. Cuida de no beber tanto el néctar de la danza, y

de no desvanecerte en las primeras rápidas alegrías. Ya llegamos. Pronto volverás a tu morada. Un minuto en el palacio del sol deja en los cuerpos y en las almas años de fuego, niña mía.

En verdad, estaban en un lindo palacio encantado, donde parecía sentirse el sol en el ambiente. ¡Oh, qué luz, qué incendios! Sintió Berta que se le llenaban los pulmones de aire de campo y de mar, y las venas de fuego; sintió en el cerebro esparcimientos de armonía, y como que el alma se le ensanchaba, y como que se ponía más elástica y tersa su delicada carne de mujer. Luego vió sueños reales, y oyó músicas embriagantes. En vastas galerías deslumbradoras, llenas de claridades y de aromas, de sederías y de mármoles, vió un torbellino de parejas arrebatadas por las ondas invisibles y dominantes de un vals. Vió que otras tantas anémicas como ella, llegaban pálidas y entristecidas, respiraban aquel aire y luego se arrojaban en brazos de jóvenes vigorosos y esbeltos, cuyos bozos de oro y finos cabellos brillaban a la luz; y danzaban, y danzaban con ellos, en una ardiente estrechez, oyendo requiebros misteriosos que iban al alma, respirando de tanto en tanto como hálitos impregnados de vainilla, de haba de Tonka, de violeta, de canela, hasta que con fiebre, jadeantes, rendidas, como palomas fatigadas de un largo vuelo, caían sobre cojines de seda, los senos palpitantes, las gargantas sonrosadas, y así, soñando, soñando en cosas embriagadoras... ¡Y ella también! cayó al remolino, al maelstrom atrayente, y bailó, gritó, pasó, entre los espasmos de un placer agitado; y recordaba entonces que no debía de embriagarse tanto con el vino de la danza, aunque no cesaba de mirar al hermoso compañero, con sus grandes ojos de mirada primaveral. Y él la arrastraba por las vastas galerías, ciñendo su talle y hablándola al oído en la lengua amorosa y rítmica de los vocablos apacibles, de las frases irisadas y olorosas, de los períodos cristalinos y orientales.

Y entonces ella sintió que su cuerpo y su alma se llenaban de sol, de efluvios poderosos y de vida. ¡No, no esperéis más!

*

El hada la volvió al jardín de su palacio, al jardín donde cortaba flores envuelta en una oleada de perfumes que subía.

místicamente a las ramas trémulas para flotar como el alma errante de los cálices muertos.

*

¡Madres de las muchachas anémicas! os felicito por la victoria de los arseniatos e hipofosfitos del señor doctor. Pero en verdad os digo: es preciso, en provecho de las lindas mejillas virginales, abrir la puerta de su jaula a vuestras ave-citas encantadoras, sobre todo en el tiempo de la primavera, cuando hay ardor en las venas y en las savias, y mil átomos de sol abejean en los jardines como un enjambre de oro sobre las rosas entreabiertas. Para vuestras cloróticas, el sol en los cuerpos y en las almas. Sí, al palacio del sol, de donde vuelven las niñas como Berta, la de los ojos color de aceituna, frescas como una rama de durazno en flor, luminosas como un alba, gentiles como la princesa de un cuento azul.

(Azul...)

«*La Época*». Santiago, Mayo 15 de 1887).

EL SATIRO SORDO

CUENTO GRIEGO

Habitaba cerca del Olimpo un sátiro, y era el viejo rey de su selva. Los dioses le habían dicho: «Goza, el bosque es tuyo; sé un feliz bribón, persigue ninfas y suena tu flauta». El sátiro se divertía.

*

Un día que el padre Apolo estaba tañendo la divina lira, el sátiro salió de sus dominios y fué osado a subir al sacro monte y sorprender al dios crinado. Este le castigó tornándole sordo como una roca. En balde en las espesuras de la selva llena de pájaros se derramaban los trinos y emergían os arrullos. El sátiro no oía nada. Filomela llegaba a can-

tarle sobre su cabeza enmascarada y coronada de pámpanos, canciones que hacían detenerse los arroyos y enrojecerse las rosas pálidas. El permanecía impasible, o lanzaba sus carcajadas salvajes y saltaba lascivo y alegre cuando percibía por el ramaje lleno de brechas alguna cadera blanca y rotunda que acariciaba el sol con su luz rubia. Todos los animales le rodeaban como a un amo a quien se obedece.

A su vista, para distraerle, danzaban coros de bacantes encendidas en su fiebre loca, y acompañaban la armonía, cerca de él, faunos adolescentes, como hermosos efebos, que le acariciaban reverentemente con su sonrisa; y aunque no escuchaba ninguna voz, ni el ruido de los crótalos, gozaba de distintas maneras. Así pasaba la vida este rey barbudo que tenía patas de cabra.

*

Era sátiro caprichoso.

Tenía dos consejeros áulicos: una alondra y un asno. La primera perdió su prestigio cuando el sátiro se volvió sordo. Antes, si cansado de su lascivia soplaba su flauta dulcemente, la alondra le acompañaba.

Después, en su gran bosque, donde no oía ni la voz del olímpico trueno, el paciente animal de las largas orejas le servía para cabalgar, en tanto que la alondra, en los apogeos del alba, se le iba de las manos, cantando camino de los cielos.

La selva era enorme. De ella tocaba a la alondra la cumbre; al asno el pasto. La alondra era saludada por los primeros rayos de la aurora; bebía rocío en los retoños; despertaba al roble diciéndole: «Viejo roble, despiértate». Se deleitaba con un beso del sol: era amada por el lucero de la mañana. Y el hondo azul, tan grande, sabía que ella, tan chica, existía bajo su inmensidad. El asno (aunque entonces no había conversado con Kant) era experto en filosofía, según el decir común. El sátiro, que le veía ramonear en la pastura, moviendo las orejas con aire grave, tenía alta idea de tal pensador. En aquellos días el asno no tenía como hoy tan larga fama. Moviendo sus mandíbulas no se habría imaginado que escribiesen en su loa Daniel Heinsius en latín, Passerat Buffon y el gran Hugo en francés, Posada y Valderrama en español.

El, pacienzudo, si le picaban las moscas, las espantaba con el rabo, daba coces de cuando en cuando y lanzaba bajo la bóveda del bosque el acorde extraño de su garganta. Y era mimado allí. Al dormir su siesta sobre la tierra negra y amable, le daban su olor las yerbas y las flores. Y los grandes árboles inclinaban sus follajes para hacerle sombra.

Por aquellos días, Orfeo, poeta, espantado de la miseria de los hombres, pensó huir a los bosques, donde los troncos y las piedras le comprenderían y escucharían con éxtasis, y donde él pondría temblor de armonía y fuego de amor y de vida al sonar de su instrumento.

Cuando Orfeo tañía su lira había sonrisa en el rostro apolíneo. Deméter sentía gozo. Las palmeras derramaban su polen, las semillas reventaban, los leones movían blandamente su crin. Una vez voló un clavel de su tallo hecho mariposa roja, y una estrella descendió fascinada y se tornó flor de lis.

¿Qué selva mejor que la del sátiro, a quien él encantaría, donde sería tenido como un semi-dios; selva toda alegría y danza, belleza y lujuria; donde ninfas y bacantes eran siempre acariciadas y siempre vírgenes; donde había uvas y rosas y ruido de sistros y donde el rey caprípede bailaba delante de sus faunos, beodo y haciendo gestos como Sileno?

*

Fué con su corona de laurel, su lira, su frente de poeta orgulloso, erguida y radiante.

Llegó hasta donde estaba el sátiro velludo y montaraz, y para pedirle hospitalidad, cantó. Cantó del gran Jove, de Eros y de Afrodita, de los centauros gallardos y de las bacantes ardientes. Cantó la copa de Dionisio, y el tirso que hiere el aire alegre, y a Pan, Emperador de las montañas, Soberano de los bosques, dios-sátiro que también sabía cantar. Cantó de las intimidades del aire y de la tierra, gran madre. Así explicó la melodía de una arpa eolia, el susurro de una arboleda, el ruido ronco de un caracol y de las notas armónicas que brotan de una siringa. Cantó del verso, que baja del cielo y place a los dioses, del que acompaña el bárbitos en la oda y el tímpano en el peán. (54) Cantó los senos de nieve tibia y las copas de oro labrado, y el buche del pájaro y la gloria del sol.

Y desde el principio del cántico brilló la luz con más fulgores. Los enormes troncos se conmovieron, y hubo rosas que se deshojaron y lirios que se inclinaron lánguidamente como en un dulce desmayo. Porque Orfeo hacía gemir los leones y llorar los guijarros con la música de su lira rítmica. Las bacantes más furiosas habían callado y le oían como en un sueño. Una náyade virgen a quien nunca ni una sola mirada del sátiro había profanado, se acercó tímida al cantor y le dijo: «Yo te amo». Filomela había volado a posarse en la lira como la paloma anacreóntica. No había más eco que el de la voz de Orfeo. Naturaleza sentía el himno. Venus, que pasaba por las cercanías, preguntó de lejos con su divina voz: «¿Está aquí acaso Apolo?»

Y en toda aquella inmensidad de maravillosa armonía, el único que no oía nada era el sátiro sordo.

Cuando el poeta concluyó, dijo a éste:—¿Os place mi canto? Si es así, me quedaré con vos en la selva.

El sátiro dirigió una mirada a sus dos consejeros. Era preciso que ellos resolviesen lo que no podía comprender él. Aquella mirada pedía una opinión.

*

—Señor—dijo la alondra, esforzándose en producir la voz más fuerte de su buche,—quédese quien así ha cantado con nosotros. He aquí que su lira es bella y potente. Te ha ofrecido la grandeza y la luz rara que hoy has visto en tu selva. Te ha dado su armonía. Señor, yo sé de estas cosas. Cuando viene el alba desnuda y se despierta el mundo, yo me remonto a los profundos cielos y vierto desde la altura las perlas invisibles de mis trinos, y entre las claridades matutinas mi melodía inunda el aire, y es el regocijo del espacio. Pues yo te digo que Orfeo ha cantado bien, y es un elegido de los dioses. Su música embriagó el bosque entero. Las águilas se han acercado a revolver sobre nuestras cabezas, los arbustos floridos han agitado suavemente sus incensarios misteriosos, las abejas han dejado sus celdillas para venir a escuchar. En cuanto a mí ¡oh señor! si yo estuviese en lugar tuyo le daría mi guirnalda de pámpanos y mi tirso. Existen dos potencias: la real y la ideal. Lo que Hércules haría con sus muñecas, Orfeo lo hace con su inspiración. El dios robusto despeda-

zaría de un puñetazo al mismo Atos. Orfeo les amansaría con la eficacia de su voz triunfante, a Nemea su león y a Erimanto su jabalí. De los hombres unos han nacido para forjar los metales, otros para arrancar del suelo fértil las espigas del trigo, otros para combatir en las sangrientas guerras, y otros para enseñar, glorificar y cantar. Si soy tu copero y te doy vino, goza tu paladar; si te ofrezco un himno goza tu alma.

*

Mientras cantaba la alondra, Orfeo le acompañaba con su instrumento, y un vasto y dominante soplo lírico se escapaba del bosque verde y fragante. El sátiro sordo comenzaba a impacientarse. ¿Quién era aquel extraño visitante? ¿Por qué ante él había cesado la danza loca y voluptuosa? ¿Qué decían sus dos consejeros?

¡Ah, la alondra había cantado, pero el sátiro no oía! Por fin, dirigió su vista al asno.

¿Faltaba su opinión? Pues bien, ante la selva enorme y sonora, bajo el azul sagrado, el asno movió la cabeza de un lado a otro, grave, terco, silencioso, como el sabio que medita.

Entonces, con su pie hendido, hirió el sátiro el suelo, arrugó su frente con enojo, y sin darse cuenta de nada, exclamó, señalando a Orfeo la salida de la selva:

—¡No!...

Al vecino Olimpo llegó el eco, y resonó allá, donde los dioses estaban de broma, un coro de carcajadas formidables que después se llamaron homéricas.

Orfeo salió triste de la selva del sátiro sordo y casi dispuesto a ahorcarse del primer laurel que hallase en su camino.

No se ahorcó, pero se casó con Eurídice.

(Azul...)

«*La Libertad Electoral*». Santiago, Octubre de 1888).

BOUQUET

La linda Stela, en la frescura de sus quince abriles, pícara y risueña, huelga por el jardín acompañada de una caterva bulliciosa.

Se oyen entre las verduras y los follajes trisca y algazara. Querubines de tres, de cuatro, de cinco años, chillan, aturden y cortan ramos florecidos. Suena en el jardín como un tropel de mariposas o una alegre bandada de gorriones.

De pronto se dispersan. Cada chiquilla busca su regazo. Stela da a cada cual un dulce y una caricia; besa a su madre, y luego viene a mostrarme, toda encendida y agitada, el manojo de flores que ha cogido.

Sentada cerca de mí, tiene en las faldas una confusión de pétalos y de hojas. Allí hay un pedazo de iris hecho trizas. Es una muchedumbre de colores y una dulce mezcla de perfumes.

Aquella falda es una primavera.

Stela, flor viva, tiene en los labios una rosa diminuta. La púrpura de la rosa se avergüenza de la sangre de la boca.

Por fin me dijo:

—Y bien, amigo mío, usted me ha ofrecido acompañarme en mi revista de flores. Cumpla usted. Aquí hay muchas; son preciosas. ¿Qué me dice de esta azucena? ¡Vaya! ¡Sirva usted de algo!

*

Empezamos por esa reina, la rosa. ¡Viejo Aquiles Tacio! Bien dices que si Jove hubiera de elegir un soberano de las flores, ella sería la preferida, como hermosura de las plantas, honra del campo y ojo de Flora.

Hela aquí. Sus pétalos aterciopelados tienen la forma del ala de un amorcillo. En los banquetes de los antiguos griegos, esos pétalos se mezclaban en las ánforas con el vino. ¡Aquí Anacreonte, el dulce cantor de la vejez alegre! Ambar de los labios, la dice, gozo de las almas. Las gracias la prefieren, y se adornan con ella en el tiempo del amor. Venus y las musas la buscan por valiosa y por garrida. La rosa es como la luz

en las mesas. De rosa son hechos los brazos de las ninfas y los dedos de la aurora. A Venus la llaman los poetas rósea.

Luego, el origen de la reina de las flores.

Cuando Venus nació de las espumas, cuando Minerva salió del cerebro del padre de los dioses, Cibele hizo brotar el rosal primitivo.

Además, oh Stela, has de convencerte de que es ella la mejor urna del rocío, la mejor copa del pájaro y la rival más orgullosa de tus mejillas rosadas.

Esa que has apartado y que tanto te gusta, vino de Bengala, lugar de sueños, de perlas, de ojos ardientes y de tigres formidables. De allí fué traída a Europa por el muy noble lord Macartenny, un gran señor amigo de las flores, como tú y como yo.

*

Junto a la rosa has puesto a la hortensia, que se diría recortada de un trozo de seda, y cuyo color se asemeja al que tienes en las yemas de tus dedos de ninfa.

La hortensia lleva el nombre de la hija de aquella pobre emperatriz Josefina, por razón de que esta gran señora tuvo la primera flor de tal especie que hubo en Francia.

La hortensia es hoy europea por obra del mismo lord galante de la rosa de Bengala.

*

Ahí está el lirio, blanco, casi pálido: ¡graciosa flor de la pureza!

Los bienaventurados, ante el fuego divino que emerge el trono de Dios, están extáticos, con su corona de luceros y su rama de lirio.

Es la melancólica flor de las noches de luna. Dícese, Stela, que hay pájaros románticos que en las calladas arboledas cantan amores misteriosos de estrellas y de lirios!...

*

¡Está aquí la *no me olvides!*

Flór triste, amiga, que es cantada en las *lieder* alemanas. Es una vieja y enternecedora leyenda.

Ella y él, amada y amado, van por la orilla de un río, llenos de ilusiones y de dicha.

De pronto, ella ve una flor a la ribera, y la desea. El va, y al cortarla, resbala y se hunde en la corriente. Se siente morir, pero logra arrojar la flor a su querida, y exclama:

—¡No me olvidéis!

Ahí la *lied*.

Es el dulce *vergiss-mein-nicht* de los rubios alemanes.

*

Déjame colocar en seguida la azucena. De su cáliz parece que exala el aliento de Flora.

¡Flor santa y antigua! La Biblia está sembrada de azucenas. El Cantar de los Cantares tiene su aroma halagador.

Se me figura que ella era la reina del Paraíso. En la puerta del Edén debe de haberse respirado fragancia de azucenas.

Suiza tiene la tribera de sus lagos bordadas de tan preciadas flores. ¡Es la tierra donde más abundan!

*

Aquí la camelia, ¡oh Margarita!, blanca y bella y avara de perfume.

Está su cun allá en Oriente. En las tierras de China. Nació junta al *melati* perfumado. Sus pétalos son inodoros. Es la flor de aquella pobre María Duplessys, que murió de muerte, (55) y que se apellidó *La dama de las Camelias*.

A principios de este siglo un viejo religioso predicaba el Evangelio en Caina. Por santidad y ciencia, aquel sacerdote era querido y respetado. Pudo internarse en ocultas regiones desconocidas. Allí predicó su doctrina y ensanchó su ciencia. Allí descubrió la camelia, flor que ha perpetuado su nombre.

El religioso se llamaba el reverendo Padre Camelín.

*

¿También azahares?

Es la flor de la castidad. Es la corona de las vírgenes desposadas. Hay una bendición divina en la frente que luce esa guirnalda de las felices bodas.

La santa dicha del hogar recibe a sus favorecidos en el dintel de su templo con una sonrisa del cielo y un ramo de azahares.

*

Debes gustar de las lilas, Stela. Tienen algo de apacible, con su leve color morado y su agradable aroma, casi enervador.

Las lilas son de Persia, el lejano país de los cuentos de hadas.

Su nombre viene del persa *lilang*, que significa azulado.

Fué llevada la bella flor a Turquía, y allí se llamó *lilae*.

En tiempo del rey cristianísimo Luis décimo cuarto, Noite, su embajador, llevó a Francia la lila.

¡Es una dulce y simpática flor!

*

Veo que me miras entre celosa y extrañada, por haber echado en olvido a tu preferida.

Deja, deja de celos y de temores; que, en verdad te digo, niña hermosa, desdeñaría todas las rosas y azucenas del mundo por una sola violeta.

Pon a un lado, pues, todas las otras flores, y hablemos de esta amada poderosa.

Bajo su tupido manto de hojas, la besa el aire a escondidas. Ella tiembla, se oculta, y el aire y la mariposa, y el rayo de sol, se cuelan por ramajes y verdes y la acarician en secreto.

Al primer rumoreo de la aurora, al primer vagido del amanecer, la violeta púdica y sencilla da al viento que pasa su perfume de flor virgen, su contingente de vida en el despertamiento universal.

Hay una flor que la ama.

El pensamiento es el donoso enamorado de la violeta.

Si está lejos, la envía su aroma; si cerca, confunde sus ramas con las de ella.

Y luego, amiga mía, juntas van ¡flores del amor y del recuerdo! en el ojal de la levita, frescas y nuevas, acabadas

de cortar, o ya secas, entre las hojas satinadas del devocionario que abren blancas y finas manos y leen ojos azules como los de Minerva, o negros y ardientes, Stela, como esos con que me miras!...

(«La Época». Santiago, Diciembre 9 de 1888).

CARTA DEL PAIS AZUL.

PAISAJES DE UN CEREBRO

Amigo mío! Recibí tus recuerdos y estreché tu mano de lejos, y ví tu rostro alegre, tu mirada sedienta, tus narices voluptuosas que se hartan hoy de perfume de campo y de jardín, de hoja verde y salvaje que se estruja al paso, o de pomposa genciana en su macetero florido. ¡Salud!

*

Ayer vagué por el país azul. Canté a una niña; visité a un artista; oré, oré como un creyente en un templo, yo el escéptico; y yo, yo mismo, he visto a un ángel rosado que desde su altar lleno de oro, me saludaba con las alas. Por último, ¡una aventura! Vamos por partes.

*

Canté a una niña!

La niña era rubia, esto es, dulce. Tú sabes que la cabellera de mis hadas es áurea, que amo el amarillo brillante de las auroras, y que ojos azules y labios sonrosados tienen en mi lira dos cuerdas. Luego, su inocencia. Tenía una sonrisa castísima y bella, un encanto inmenso. Imagínate una vestal impúber, toda radiante de candidez, con sangre virginal que le convierte en rosas las mejillas.

Hablaba como quien arrulla, y su acento de niña, a veces melancólico y tristemente suave, tenía blandos y divinos ritornelos. Si se tornase flor, la buscaría entre los lirios; y entre éstos, elegiría el que tuviera dorados los pétalos o el cáliz azul.

Cuando la ví, hablaba con un ave, y como que el ave le comprendía; porque tendía el ala y abría el pico, cual si quisiera beber la voz armónica. Canté a esa niña.

*

Visité a un artista, a un gran artista que, como Myrón su Discóbolo, ha creado su Jugador de Chueca. Al penetrar en el taller de este escultor, parecíame vivir la vida antigua; y recibía como murmurada por labios de mármol, una salutación en la áurea lengua jónica que hablan las diosas de brazos desnudos y de pechos erectos.

En las paredes reían con su risa muda las máscaras, y se destacaban los relieves, los medallones con cabezas de serenos ojos sin pupilas, los frisos cincelados, imitaciones de Fidias, hasta con los descascaramientos que son como el roce de los siglos, las metopas donde blanden los centauros musculosos sus lanzas; y los esponjados y curvos acantos, en pulidos chapiteles de columnas corintias. Luego, por todas partes estatuas: el desnudo olímpico de la Venus de Milo y el desnudo sensual de la de Médicis, carnoso y decadente; figuras escultóricas brotadas al soplo de las grandes inspiraciones, unas soberbias, acabadas, líricamente erguidas como en una apoteosis, otras modeladas en la greda húmeda, o cubiertas de paños mojadós, o ya en el bloque desbastado, en su forma primera, tosca y enigmática; o en el eterno bronce de carne morena, como hechas para la inmortalidad y animadas por una llama de gloria. El escultor estaba allí, entre todo aquello, augusto, creador, con el orgullo de su traje lleno de yeso y de sus dedos que amasaban el barro. Al estrechar su mano, estaba yo tan orgulloso como si me tocase un semidiós.

El escultor es un poeta que hace un poema de una roca. Su verso chorrea en el horno, lava encendida, o surge immaculado en el bloque de venas azulejas, que se arranca de la mina.

De una cantera evoca y crea cien dioses. Y con su cincel destroza las angulosidades de la piedra bronca y forma el seno de Afrodita o el torso del padre Apolo. Al salir del taller, parecíome que abandonaba un templo.

*

Noche. Vagando al azar, dí conmigo en una iglesia. Entré con desparpajo; mas, desde el quicio ya tenía el sombrero en la mano; y la memoria de los sentidos me llenaba, y todo yo estaba conmovido. Aun resonaban los formidables y sublimes trémolos del órgano. La nave hervía. Había una gran muchedumbre de mantos negros; y en el grupo extendido de los hombres, rizos rubios de niños, cabezas blancas y calvas; y sobre aquella quietud del templo flotaba el humo aromado, que de entre las ascuas de los incensarios de oro emergía, como una batista sutil y desplegada que arrugaba el aire; y un soplo de oración pasaba por los labios y conmovía las almas.

Apareció en el púlpito un fraile joven, que lucía lo azul de su cabeza rapada, en la rueda negra y crespa de su cerquillo. Pálido, con su semblante ascético, la capucha caída, las manos blancas juntas en el gran crucifijo de marfil que le colgaba por el pecho, la cabeza levantada, comenzó a decir su sermón como si cantara un himno. Era una máxima mística, un principio religioso sacado del santo Jerónimo: Si alguno viene a mí, y no olvida a sus padres, mujer e hijos y hermanos, y aún su propia vida, no puede ser mi discípulo; y el que se aborrece a sí mismo en este mundo, para una vida eterna se guarda.—Había en su palabra llanto y trueno; y sus manos al abrirse sobre la muchedumbre parecían desparramar relámpagos. Entonces, al ver al predicador, la ancha y relumbrosa nave, el altar florecido de luz, los cirios goteando sus estalactitas de cera; y al respirar el olor santo del templo, y al ver tanta gente arrodillada, doblé mis hinojos y pensé en mis primeros años: la abuela, con su cofia blanca y su rostro arrugado y su camándula de gordos misterios; la catedral de mi ciudad donde yo aprendía a creer; las naves resonantes, la custodia adamantina, y el ángel de la guarda, a quien yo sentía cerca de mí, con su calor divino, recitando las oraciones que me enseñaba mi madre. Y entonces oré. ¡Oré, como cuando niño juntaba las manos pequeñuelas!

Salí a respirar el aire dulce, a sentir su halago alegre, entre los álamos erguidos, bañados de plata por la luna llena que irradiaba en el firmamento, tal como una moneda argentina sobre una ancha pizarra azulada llena de clavos de oro. El asceta había desaparecido de mí: quedaba el pagano. Tú sabes que me place contemplar el firmamento para olvidarme de las podredumbres de aquí abajo. Con esto creo que no ofendo

a nadie. Además, los astros me suelen inspirar himnos, y lo hombres, yambos. Prefiero los primeros. Amo la belleza, gusto del desnudo; de las ninfas de los bosques, blancas y gallardas; de Venus en su concha y de Diana, la virgen cazadora de carne divina, que va entre su tropa de galgos, con el arco en comba, a la pista de un ciervo o de un jabalí. Si, soy pagano. Adorador de los viejos dioses, y ciudadano de los viejos tiempos. Yo me inclino ante Júpiter porque tiene el rayo y el águila; canto a Citerea porque está desnuda y protege el beso de dos bocas que se buscan; y amo a Pan porque, como yo, es aficionado a la música y a los sonoros ditirambos, junto a los riachuelos armoniosos, donde triscan las náyades, la cadera sobre la linfa, el busto al aire, todas sonrosadas al beso fecundo y ardiente del gran sol. En cuanto a las mujeres, las amo por sus ojos que ponen luz en el alma de los hombres; por sus líneas curvas, por sus fuertes aromas de violeta y por sus bocas que parecen rosas. Otros busquen las alcobas vedadas, los lechos prohibidos y adúlteros, los amores fáciles: yo me arrodillo ante la virgen que es un alba, o una paloma, como ante una azucena sagrada, paradisiaca. ¡Oh, el amor de las torcaces! En la aurora alegre se saludan con un arrullo que se asemeja al preludio de una lira. Están en dos ramas distintas, y Céfito lleva la música trémula de sus gargantas. Después, cuando el cenit llueve oro, se juntan las alas y los picos, y el nido es un tálamo bajo el cielo profundo y sublime, que envía a los alados amantes su tierna mirada azul.

Pues bien, en un banco de la Alameda me senté a respirar la brisa fresca, saturada de vida y de salud, cuando ví pasar una mujer pálida, como si fuera hecha de rayos de luna. Iba recatada con manto negro. La seguí. Me miró fija cuando estuve cerca, y ¡oh amigo mío! he visto realizado mi ideal, mi sueño, la mujer intangible, becqueriana, la que puede inspirar rimas con sólo sonreír, aquella que cuando dormimos se nos aparece vestida de blanco, y nos hace sentir una palpitación honda que estremece corazón y cerebro a un propio tiempo. Pasó, pasó huyente, rápida, misteriosa. No me queda de ella sino un recuerdo; mas no te miento si te digo que estuve en aquel instante enamorado; y que cuando bajó sobre mí el soplo de la media noche, me sentí con deseos de escribirte esta carta, del divino país azul por donde vago, carta que parece estar impregnada de aroma de ilusión; loca e ingenua, alegre y

triste, doliente y brumosa; y con sabor a ajeno, licor que, como tú sabes, tiene en su verde cristal el ópalo y el sueño. (56)

(«La Época». Santiago, Febrero 3 de 1888).

ARTE Y HIELO

A CARLOS T. ROBINET

Imagináosle en medio de su taller, al soberbio escultor, en aquella ciudad soberbia. Todo el mundo podía verle alto, flaco, anguloso, con su blusa amarilla a flores rojas, y su gorro ladeado; entre tantas blancas desnudeces, héroes de bronce hieráticos gestos y misteriosas sonrisas de mármol. Junto a una máscara barbuda un pie de ninfa o un seno de bacante, y frente a un medallón moderno, la barriga de un Baco, o los ojos sin pupila de una divinidad olímpica.

Imagináosle orgulloso, vanidoso, febril, pujante!!

Imagináosle esclavo de sus nervios, víctima de su carne ardiente y de su ansiar profundo, padre de una bella y gallarda generación inmóvil, que le rodeaba y le inspiraba, y pobre como una rata.

Imagináosle así!!

*

Villanieve era un lugar hermoso—inútil, inútil ¡no le busquéis en el mapa—!, donde las mujeres eran todas como diosas, erguidas, reales, avasallantes y también glaciales. Muy blancas, muy blancas, como cinceladas en témpanos, y con labios muy rojos que rara vez sonreían. Gustaban de las pedrerías y de los trajes opulentos; y cuando iban por la calle, al-ver sus ademanes cadentes, sus cabezas rectas y sus pompas, se diría el desfile de una procesión de emperatrices.

En Villanieve estaba el escultor, grande y digno de gloria; y estaba ahí, porque al hombre, como al hongo, no le pide Dios elección de patria. Y en Villanieve nadie sabía lo que era el taller del escultor, aunque muchos le veían!

Un día, el artista tuvo un momento de lucidez, y viendo que el pan le faltaba y que el taller estaba lleno de divinidades, envió a una de tantas a buscar pan a la calle.

Diana salió, y con ser casta diva, produjo un ¡oh! de espanto en la ciudad.

¡Qué! ¡Y era posible que el desnudo fuese un culto especial del arte!

¡Qué! Y esa curva saliente de un brazo, y esa redondez del hombro y ese vientre, ¿no son una profanación tremenda?

Y luego:

—¡Dentro! ¡dentro! ¡Al taller de donde ha salido!

Y Diana volvió al taller con las manos vacías.

El escultor se puso a meditar en su necesidad.

*

¡Buena idea! ¡buena idea!, pensó.

Y corrió a una plaza pública donde concurrían las más lindas mujeres y los hombres mejor peinados que conocen el último perfume de moda, y ciertos viejos gordos que parecen canónigos, y ciertos viejos flacos que cuando andan parece que bailan un minué. Todos con los zapatos puntiagudos y brillantes y un mirar de «qué se me da a mí», bastante inefable.

*

Llegóse al pedestal de una estatua y comenzó:

—Señores: yo soy fulano de tal, escultor orgulloso, pero muy pobre. Tengo Venus desnudas o vestidas.

Os advertiré que yo amo el desnudo. Mis Apolos no os desagradarán, porque tienen una crin crespada y luminosa de leones sublimes y en las manos una crispatura que parece que hace gemir el instrumento mágico y divino. Mis Dianas son castas, aunque os pese. Además, sus caderas son blandas colinas por donde desciende Amor, y su aire cinegético. Hay un Néstor de bronce y un Moisés tan augusto como el miguelangelino. Os haré Susanas bíblicas como Hebes mitológicas, y a Hércules con su mazo y a Sansón con su mandíbula de asno. Curva o recta, la línea viril o femenina se destacará de mis figuras, y habrá en las venas de mis dioses blancos, ícor, y en el metal moreno pondrá sangre mi cincel,

Para vosotras, mujeres queridas, haré sátiros y sirenas que serán la joya de vuestros tocadores.

Y para vosotros, hombres pomposos, tengo bustos de guerreros, torsos de discóbolos y amazonas desnudas que desjarretan panteras.

Tengo muchas cosas más; pero os advierto que también necesito vivir. He dicho.

*

Era el día siguiente.

—Deseo—decía una emperatriz de las más pulcras, en su salón regio, a uno de sus adoradores que le cubría las manos de besos—; deseo que vayáis a traerme algo de lo más digno de mí, al taller de ese escultor famoso.

Decíalo con una vocesita acariciante y prometedora y no había sino obedecer el mandato de la amada adorable. El caballero galante—que en esos momentos se enorgullecía de estrenar unos cuellos muy altos llegados por el último vapor—despidióse con una genuflexión y una frase inglesa. ¡Oh! ¡admirable, así, así! Y saliendo a la calle se dirigió al taller.

Cuando el artista vió aparecer en su morada el gran cuello y los zapatos puntiagudos y sintió el aire impregnado de oponax, dijo para su colete: «Es un hecho que he encontrado ya la protección de los admiradores del arte verdadero que son pudientes. Los palacios se llenarán de mis obras, mi generación de dioses y héroes va a sentir el aire libre a plena luz y un viento de gloria llevará mi nombre y tendré para el pan de todos los días con mi trabajo».

*

—Aquí hay de todo, exclamó: escoged!

El enamorado comenzó a pasar revista de toda aquella agrupación de maravillas artísticas, y desde el comienzo frunció el ceño con aire de descontentadizo, pero también de inteligente. No, no, esas ninfas necesitan una pampanilla; esas redondeces son una exageración; ese guerrero formidable que levanta su maza, ¿no tiene los pies anquilosados? ¡Los músculos brotan; no deben ser así; el gesto es horrible; a esa cabellera salvaje le falta pulimiento! Aquel Mercurio, Dios mío,

¿y su hoja de parra? ¿Para qué diablos labra usted esas indecencias?

Y el artista estupefacto miraba aquel homo sapiens de Linneo, que tenía un monocle en la cuenca del ojo derecho, y que lanzando una mirada de asombro burlesco, y tomando la puerta, le dijo con el aire de quien inventa la cuadratura del círculo:

—Pero hombre de Dios, ¿está usted en su juicio?

¡Desencanto!

Y el inteligente, para satisfacer a la caprichosa adorada, entró a un almacén de importaciones parisienses, donde compró un gran reloj de chimenea que tenía el mérito de representar un árbol con un nido de paloma, donde, a cada media hora, aleteaba ese animalito, hecho de madera, haciendo cuú, cuú!

*

Y era uno de esos días amargos que sólo conocen los artistas pobres, días en que falta el pan mientras se derrochan las ilusiones y las esperanzas! La última estaba para perder el escultor, y hubiera destruído a golpes del cincel que les había dado vida, todas sus creaciones espléndidas, cuando llamaron a su puerta. Entró con la cabeza alta y el aire dominador como uno de tantos reyes burgueses que viven podridos en sus millones.

El escultor se adelantó atentamente.

—Señor, le dijo, os conozco y os doy las gracias porque os dignáis honrar este taller. Estoy a vuestras órdenes. Ved aquí estatuas, medallas, metopas, cariátides, grifos y telamones. Mirad ese Laocoonte que espanta, y aquella Venus que avasalla. ¿Necesitáis acaso una Minerva para vuestra biblioteca? Aquí teneis a la Ateneá que admira. ¿Venís en busca de adorno para vuestros jardines? Contemplad ese sátiro con su descarada risa lasciva y sus pezuñas de cabra. ¿Os place esta gran taza donde he cincelado la metamorfosis acteónica? Ahí está la virgen diosa cazadora como si estuviese viva, inmaculada y blanca. La estatua del viejo Anacreonte está ante vuestros ojos. Toca una lira. ¿Gustáis de ese fauno sonriente que se muestra lleno de gallardía? ¿Qué deseais? Podéis mandar y quedaréis satisfecho...

—Caballero—respondió el visitante como si no hubiese oído media palabra—, tengo muy buenos troncos árabes, ingleses y normandos. Mis cuadras son excelentes. Ahí hay bestias de todas las razas conocidas, y el edificio es de muchísimo costo. Os he oído recomendar como hábil en la estatuaria, y vengo a encargáros para la portada una buena cabeza de caballo. Hasta la vista.

*

¡Ira, espanto!... pero un Sileno calmó al artista hablándole con sus labios de mármol desde su pedestal.

—¡Eh, maestro! No te arredres: hazle su busto. . . (57).

(«*La Libertad Electoral*», Santiago, Setiembre 20 de 1888).

EL HUMO DE LA PIPA

Acabamos de comer.

Lejos del salón donde sonaban cuchicheos fugaces, palabras cristalinas—había damas—, yo estaba en el gabinete de mi amigo Franklin, hombre joven que piensa mucho, y tiene los ojos soñadores y las palabras amables.

El champaña dorado había puesto alegría en la lengua y luz en la cabeza. Reclinado en un sillón, pensaba en cosas léjanas y dulces que uno desea tocar. Era un desvanecimiento auroral, y yo era feliz, con mis ojos entrecerrados.

De pronto, colgada de la pared ví una de esas pipas delgadas, que gustan a ciertos aficionados, suficientemente larga para sentarle bien a una cabeza de turco, y suficientemente corta para satisfacer a un estudiante alemán.

Cargóla mi amigo, la acerqué a mis labios.

¡En aquellos momentos me sentía un bajá!

*

Arrojé al aire fresco la primera bocada de humo.

¡Oh! ¡mi Oriente deseado, por quien sufro la nostalgia de lo desconocido!

Pasó él a mi vista, entre aquella opacidad nebulosa que flotaba delante de mí como un velo sutil que envolviese un espíritu. Era una mujer muy blanca que sonreía con labios venusinos y sangrientos como una rosa roja. Eran unos tapices negros y amarillos, y una esclava etíope que repicaba una pandereta, y una esclava circasiana que danzaba descalza, levantando los brazos con indolencia. Y érase un gran viejo hermoso como un Abraham, con un traje rosa, opulento y crujidor y un turbante blanco, y una barba espesa más blanca todavía, que le descendía hasta cerca de la cintura.

El viejo pasó, el baile se concluyó.

Solos la mujer de labios sangrientos y yo, ella me cantaba en su lengua arábiga, unas como melopeas desfallecientes, y tejía cordones de seda. ¡Oh! nos amábamos, con inmenso fuego, en tanto que un león de crines de oro, echado cerca, miraba pensativo la lluvia del sol que caía en un patio enlizado de mármol donde había rosales y manzanos.

Y deshizo el viento la primera bocanada de humo, desapareciendo en tal instante un negro gigantesco que me traía, cálida y olorosa, una taza de café.

*

Arrojé la segunda bocanada.

Frió. El Rhin, bajo un cielo opaco. Venían ecos de la selva, y con el ruido del agua formaban para mis oídos extrañas y misteriosas melodías que concluían casi al empezar, fragmentos de Strauss locos, fugas wagnerianas, o tristes acordes del divino Chopin. Allá arriba apareció la luna, pálida y amortiguada. Se besaron en el aire dos suspiros del pino y de la palmera. Yo sentía mucho amor y andaba en busca de una ilusión que se me había perdido. De lo negro del bosque vinieron a mí unos enanos que tenían caperuzas encarnadas, y en las cinturas, pendientes unos cuernos de marfil.

—Tú que andas en busca de una ilusión—me dijeron—¿quiéres verla por un momento?

Y los seguí a una gruta de donde emergía una luz alba y un olor de violeta. Y allí ví mi ilusión. Era melancólica y rubia. Su larga cabellera, como un manto de reina,

Delgada y vestida de blanca, y esbelta y luminosa: la deseada, tenía de la visión y del ensueño. Sonreía, y su sonrisa hacía pensar en puros y paradisiacos besos.

Tras ella, la mujer adorable, creí percibir dos alas como las de los arcángeles bíblicos.

La hablé y brotaron de mi lengua versos desconocidos y encantadores que salían solos y enamorados del alma.

Ella se adelantaba tendiéndome sus brazos.

—¡Oh! le dije—, por fin te he encontrado, y ya nunca me dejarás!

Nuestros labios se iban a confundir; pero la bocanada se extinguió, perdiéndose ante mi vista la figura ideal y el tropel de enanos que soplaban sus cuernos en la fuga.

*

La tercera bocanada, plomiza y con amontonamiento de cúmulus, vino a quedar casi fija frente a mis ojos.

Era un lago lleno de islas bajo el cielo tropical. Sobre el agua azul había garzas blancas, y de las islas verdes se levantaba el fuego del sol como una tumultuosa y embriagante confusión de perfumes salvajes.

En una barca nueva iba yo bogando camino de una de las islas, y una mujer morena, cerca, muy cerca de mí. Y en sus ojos todas las promesas, y en sus labios todos los ardores, y en su boca todas las mieles. Su aroma como de azucena viva; y ella cantaba como una niña alocada, al son del remo que iba partiendo las ojas y chorreando espumas que plateaba el día. Arribamos a la isla, y los pájaros al vernos se pusieron a gritar en coro: «¡Qué felicidad! ¡Qué felicidad!» Pasamos cerca de un arroyo y también exclamó con su voz argentina: «¡Qué felicidad!» Yo coronaba de flores rústicas a la mujer morena, y con el ardor de las caricias las flores se marchitaban presto, diciendo también ellas: «¡Qué felicidad!» Y todo se disolvió con la tercera bocanada, como en un telón de silforama.

*

En la cuarta ví un gran laurel, todo reverdecido y frondoso, y en el laurel un arpa que sonaba sola. Sus notas pusieron estremecimiento en mi ser, porque con su voz armónica decía el arpa: «¡Gloria, gloria!»

Sobre el arpa había un clarín de bronce que sonaba con el estruendo de la voz de todos los hombres al unísono, y debajo del arpa tenía nido una paloma blanca. Alrededor del árbol y cerca de su pie, había un zarzal lleno de espinas agudísimas, y en las espinas sangre de los que se habían acercado al gran laurel. Ví a muchos que delante de mí luchaban destrozándose, y cuando alguno tras tantas bregas y martirios lograba acercarse y gozar de aquella sagrada sombra, sonaba el clarín a los cuatro vientos.

Y a la gigantesca clarinada, llegaban a revolotar sobre la cumbre del laurel todas las águilas de los contornos.

Entonces quise llegar yo también. Lancéme a buscar el abrigo de aquellas ramas. Oía voces que me decían: «¡Ven!» mientras que iban quedando en las zarzas y abrojos mis carnes desgarradas. Desangrado, débil, abatido, pero siempre pensando en la esperanza, juntaba todos mis esfuerzos por desprenderme de aquellos horribles tormentos, cuando se deshizo la cuarta bocanada de humo.

Lancé la quinta. Era la primavera. Yo vagaba por una selva maravillosa, cuando de pronto ví que sobre el césped estaban bajo el ancho cielo azul todas las hadas reunidas en conciliábulo. Presidía la madrina Mab. ¡Qué de hermosuras! ¡Cuántas frentes coronadas por una estrella! ¡Y yo profanaba con mis miradas tan secreta y escondida reunión! Cuando me notaron, cada cual propuso un castigo. Una dijo: «Dejémosle ciego». Otra: «Tornémosle de piedra». «Qué se convierta en árbol». «Conduzcámosle al reino de los monos». «Sea azotado doscientos años en un subterráneo por un esclavo negro». «Sufra la suerte del Príncipe Camaralzamán». «Pongámosle prisionero en el fondo del mar...»

Yo esperaba la tremenda hora del fallo decisivo. ¿Qué suerte me tocaría? Casi todas las hadas habían dado su opinión. Faltaban tan solamente el hada Fatalidad y la reina Mab.

¡Oh, la terrible hada Fatalidad! Es la más cruel de todas, porque entre tantas bellezas, ella es arrugada, jibosa, bizca, coja, espantosa,

Se adelantó riendo con risa horrible. Todas las hadas le temen un poco. Es formidable.

—No—dijo—, nada de lo que habéis dicho vale la pena. Esos sufrimientos son pocos, porque con todos ellos puede llegar a ser amado. ¿No sabéis la historia de la princesa que se prendó locamente de un pájaro, y la del príncipe que adoró una estatua de mármol y hielo? Sea condenado, pues, a no ser amado nunca, y a caminar en carrera rápida el camino del amor, sin detenerse jamás.

El hada Fatalidad se impuso. Quedé condenado, y fuéronse todas agitando sus varitas argentinas. Mab se compadeció de mí.

—Para que sufras menos—me dijo—, toma este amuleto en que está grabada por un genio la gran palabra.

Leí: *Esperanza*.

Entonces comenzó a cumplirse la sentencia. Un látigo de oro me hostigaba, y una voz me decía:

—¡Anda!

Y sentía mucho amor, mucho amor, y no podía detenerme a calmar esa sed. Todo el bosque me hablaba.

—Yo soy amada—me decía una palmera estremeciendo sus hojas.

—Soy amada—me decía una tórtola en su nido.

—Soy amado—cantaba el ruiseñor.

—Soy amado—rugía el tigre.

Y todos los animales de la tierra y todos los peces del mar y todos los pájaros del aire repetían en coro a mis oídos:

—¡Soy amado!

Y la misma gran madre, la tierra fecunda y morena, me decía temblando bajo el beso del sol:

—¡Yo soy amada!

Corría, volaba, y siempre con la insaciable sed. Y sonaba hiriendo la áurea huasca y repetía:

—¡Anda!—la siniestra voz.

Y pasé por las ciudades. Y oía ruido de besos y suspiros. Todos, desde los ancianos a los niños, exclamaban:

—¡Soy amado!

Y las desposadas me mostraban desde lejos sus ramas de azahares.

Y yo gritaba:

—¡Tengo sed!

Y el mundo era sordo.
Tan sólo me reanimaba llevando a mis labios mi frío
amuleto.

Y seguí, seguí...
La quinta bocanada la había deshecho el viento.

*

Flotó la sexta.
Volví a sentir el látigo y la misma voz. ¡Anduve!

*

Lancé la séptima. Ví un hoyo negro cavado en la tierra,
y dentro un ataúd.

*

Una risa perlada y lejana de mujer me hizo abrir los ojos.
La pipa se había apagado. (58)

(«La Libertad Electoral», Santiago, Octubre 19 de 1888).

En Chile

ALBUM PORTEÑO

I

EN BUSCA DE CUADROS

Sin pinceles, sin paleta, sin papel, sin lápiz, Ricardo, poeta lírico incorregible, huyendo de las agitaciones y turbulencias, de las máquinas y de los fardos, del ruido monótono de los tranvías y el chocar de los caballos con su repiqueteo de caracoles sobre las piedras; del tropel de los comerciantes; del grito de los vendedores de diarios; del incesante bullicio e inacabable hervor de este puerto; en busca de impresiones y de cuadros, subió al Cerro Alegre, que, gallardo como una gran roca florecida, luce sus flancos verdes, sus montículos coronados de casas risueñas escalonadas en la altura, rodeadas de jardines, con ondeantes cortinas de enredaderas, jaulas de pájaros, jarras de flores, rejas vistosas y niños rubios de caras angélicas. (59)

Abajo estaban las techumbres del Valparaíso que hace transacciones, que anda a pie como una ráfaga, que puebla los almacenes e invade los bancos, que viste por la mañana como crema o plumizo, a cuadros, con sombrero de paño, y por la noche bulle en la calle del Cabo con lustroso sombrero de copa, abrigo al brazo y guantes amarillos, viendo a la luz que brota de las vidrieras los lindos rostros de las mujeres que pasan.

Más allá, el mar, acerado, brumoso, los barcos en grupo, el horizonte azul y lejano. Arriba, entre opacidades, el sol. Donde estaba el soñador empedernido, casi en lo más

alto del cerro, apenas si se sentían los estremecimientos de abajo. Erraba él a lo largo del Camino de Cintura, e iba pensando en idilios, con toda la augusta desfachatez de un poeta que fuera millonario.

Había allí aire fresco para sus pulmones, casas sobre cumbres, como nidos al viento, donde bien podía darse el gusto de colocar parejas enamoradas; y tenía además el inmenso espacio azul, del cual—él lo sabía perfectamente—los que hacen los salmos y los himnos pueden disponer como les venga en antojo.

De pronto escuchó: «¡Mary! ¡Mary!» Y él, que andaba a caza de impresiones y en busca de cuadros, volvió la vista.

II

ACUARELA

Había cerca un bello jardín, con más rosas que azaleas y más violetas que rosas. Un bello y pequeño jardín con jarrones, pero sin estatuas, con una pila blanca, pero sin surtidores, cerca de una casita como hecha para un cuento dulce y feliz.

En la pila un cisne chapuzaba revolviendo el agua, sacudiendo las alas de un blancor de nieve, enarcando el cuello en la forma del brazo de una lira o del ansa de una ánfora y moviendo el pico húmedo y con tal lustre como si fuese labrado en una ágata de color de rosa.

En la puerta de la casa, como extraída de una novela de Dickens, estaba una de esas viejas inglesas, únicas, solas, clásicas, con la cofia encintada, los anteojos sobre la nariz, el cuerpo encorvado, las mejillas arrugadas; mas, con color de manzana madura y salud rica. Sobre la saya oscura, el delantal.

Llamaba:

—¡Mary!

El poeta vió llegar una joven de un rincón del jardín, hermosa, triunfal, sonriente; y no quiso tener tiempo sino para meditar en que son adorables los cabellos dorados cuando flotan sobre las nuca marmóreas y en que hay rostros que valen bien por un alba.

Luego todo era delicioso. Aquellos quince años entre las rosas;—quince años, sí, los estaban pregonando unas pupilas serenas de niña, un seno apenas erguido, una frescura primaveral, y una falda hasta el tobillo, que dejaba ver el comienzo turbador de una media de color de carne;—aquellos rosales temblorosos que hacían ondular sus arcos verdes; aquellos durazneros con sus ramilletes alegres donde se detenían al paso las mariposas errantes llenas de polvo de oro, y las libélulas de alas cristalinas e irisadas; aquel cisne en la ancha taza, esponjando el alabastro de sus plumas, y zabulléndose entre espumajeos y burbujas, con voluptuosidad, en la transparencia del agua; la casita limpia, pintada, apacible, de donde emergía como una onda de felicidad; y en la puerta la anciana, un invierno, en medio de toda aquella vida, cerca de Mary, una virginidad en flor.

Ricardo, poeta lírico que andaba a caza de cuadros, estaba allí con la satisfacción de un goloso que paladea cosas exquisitas. (59 a)

Y la anciana y la joven:

—¿Qué traes?

—Flores.

Mostraba Mary su falda llena como de iris hechos trizas, que revolvía con una de sus manos gráciles de ninfa, mientras sonriendo su linda boca purpurada, sus ojos abiertos en redondo dejaban ver un color de laspislázuli y una humedad radiosa.

El poeta siguió adelante.

III

PAISAJE

A poco andar se detuvo.

El sol había roto el velo opaco de las nubes y bañaba de claridad áurea y perlada un recodo de camino. Allí unos cuantos sauces inclinaban sus cabelleras verdes hasta rozar el césped. En el fondo se divisaban altos barrancos y en ellos tierra negra, tierra roja, pedruscos brillantes como vidrios. Bajo los sauces agobiados ramoneaban sacudiendo sus testas filosóficas—¡oh, gran maestro Hugo!—unos asnos; y cerca de

ellos un buey gordo, con sus grandes ojos melancólicos y pensativos donde ruedan miradas y ternuras de éxtasis supremos y desconocidos, mascaba despaciosamente y con cierta pereza la pastura. Sobre todo flotaba un vaho cálido, y el grato olor campestre de las yerbas chafadas. Veíase en lo profundo un trozo de azul. Un huaso robusto, uno de esos fuertes campesinos, toscos héroes que detienen un toro, apareció de pronto en lo más alto de los barrancos. Tenía tras de sí el vasto cielo. Las piernas, todas músculos, las llevaba desnudas. En uno de sus brazos, traía una cuerda gruesa y arrollada. Sobre su cabeza, como un gorro de nutria, sus cabellos enmarañados, tupidos, salvajes.

Llegóse al buey en seguida y le echó el lazo a los cuernos. Cerca de él, un perro con la lengua fuera, acezando, movía el rabo y daba brincos.

IV

AGUAFUERTE

De una casa cercana salía un ruido metálico y acompasado.

En un recinto estrecho, entre paredes llenas de hollín, negras, muy negras, trabajaban unos hombres en la forja. Uno movía el fuelle que resoplaba, haciendo crepitar el carbón, lanzando torbellinos de chispas y llamas como lenguas pálidas, áureas, azulejas, resplandecientes. Al brillo del fuego en que se enrojecían largas barras de hierro, se miraban los rostros de los obreros con un reflejo trémulo. Tres yunques ensamblados en toscas armazones resistían el batir de los machos que aplastaban el metal candente, haciendo saltar una lluvia enrojecida. Los forjadores vestían camisas de lana de cuellos abiertos, y largos delantales de cuero. Alcanzábaseles a ver el pescuezo gordo y el principio del pecho velludo; y salían de las mangas holgadas los brazos gigantescos, donde, como en los de Amicó, (60) parecían los músculos redondas piedras de las que deslavan y pulen los torrentes. En aquella negrura de caverna, al resplandor de las llamaradas, tenían tallas de cíclopes. A un lado, una ventanilla dejaba pasar apenas un haz de rayos de sol. A la entrada de la forja, como en

un marco oscuro, una muchacha blanca comía uvas. Y sobre aquel fondo de hollín y de carbón, sus hombros delicados y tersos que estaban desnudos, hacían resaltar su bello color de lis, con un casi imperceptible tono dorado.

V

LA VIRGEN DE LA PALOMA

Anduvo, anduvo.

Volvía ya a su morada. Dirigiase al ascensor cuando oyó una risa infantil, armónica, y él, poeta incorregible, buscó los labios de donde brotaba aquella risa.

Bajo un cortinaje de madre selvas, entre plantas olorosas y maceteros floridos, estaba una mujer pálida, augusta, madre, con un niño tierno y risueño. Sosteníale en uno de sus brazos, el otro lo tenía en alto, y en la mano una paloma, una de esas palomas albísimas que arrullan a sus pichones de alas tornasoladas, inflando el buche como un seno de virgen y abriendo el pico de donde brota la dulce música de su caricia.

La madre mostraba al niño la paloma, y el niño en su afán de cogerla, abría los ojos, estiraba los bracitos, reía gozoso; y su rostro al sol tenía como un nimbo; y la madre con la tierna beatitud de sus miradas, con su esbeltez solemne y gentil, con la aurora en las pupilas y la bendición y el beso en los labios, era como una azucena sagrada, como una María llena de gracia, irradiando la luz de un candor inefable. El niño Jesús, real como un Dios infante, precioso como un querubín paradisíaco, quería asir aquella paloma blanca, bajo la cúpula inmensa del cielo azul.

Ricardo descendió, y tomó el camino de su casa. (61)

VI

LA CABEZA

Por la noche, sonando aún en sus oídos la música del Odeón y los parlamentos de Astol; de vuelta de las calles donde escuchara el ruido de los coches y la triste melopea

de los tortilleros, aquel soñador se encontraba en su mesa de trabajo, donde las cuartillas inmaculadas estaban esperando las silvas y los sonetos de costumbre, a las mujeres de los ojos ardientes.

¡Qué silvas! ¡Qué sonetos! La cabeza del poeta lírico era una orgía de colores y de sonidos. Resonaban en las concavidades de aquel cerebro martilleos de cíclope, himnos al son de tímpanos sonoros, fanfarrias bárbaras, risas cristalinas, gorjeos de pájaros, batir de alas y estallar de besos, todo como en ritmos locos y revueltos. Y los colores agrupados estaban como pétalos de capullos distintos confundidos en una bandeja, o como la endiablada mezcla de tintas que llena la paleta de un pintor...

(Azul...)

«Revista de Artes y Letras». Santiago, Agosto de 1887).

ALBUM SANTIAGUES

I

ACUARELA

Primavera. Ya las azucenas floridas y llenas de miel han abierto sus cálices pálidos bajo el oro del sol. Ya los gorriones tornasolados, esos amantes acariciadores, adulan a las rosas frescas, esas opulentas y purpuradas emperatrices; ya el jazmín, flor sencilla, tachona los tupidos ramajes como una blanca estrella sobre un cielo verde. Ya las damas elegantes visten sus trajes claros, dando al olvido las pieles y los abrigos invernales.

Y mientras el sol se pone, sonrosando las nieves con una claridad suave, junto a los árboles de la Alameda que lucen sus cumbres resplandecientes en un polvo de luz, su esbeltez solemne y sus hojas nuevas, bullé un enjambre humano, a ruido de música, de cuchiños vagos y de palabras fugaces.

He aquí el cuadro. En primer término está la negrura de los coches que esplende y quiebra los últimos reflejos so-

lares; los caballos orgullosos con el brillo de sus arneses, con sus cuellos estirados e inmóviles de brutos heráldicos; los cocheros taciturnos, en su quietud de indiferentes, luciendo sobre las largas libreas los botones metálicos flamantes; y en el fondo de los carruajes, reclinadas como odaliscas, erguidas como reinas, las mujeres rubias de los ojos soñadores, las que tienen cabelleras negras y rostros pálidos, las rosadas adolescentes que ríen con alegría de pájaro primaveral; bellezas lánguidas, hermosuras audaces, castos lirios albos y tentaciones ardientes.

En esa portezuela está un rostro apareciendo de modo que semeja el de un querubín; por aquélla ha salido una mano enguantada que se dijera de niño, y es de morena tal que llama los corazones; más allá se alcanza a ver un pie de cenicienta con un zapatito oscuro y media lila, y acullá, gentil con sus gestos de diosa, bella con su color de marfil amapolado, su cuello real y la corona de su cabellera, está la Venus de Milo, no manca, sino con dos brazos, gruesos como los muslos de un querubín de Murillo, y vestida a la última moda de París.

Más allá está el oleaje de los que van y vienen; parejas de enamorados, hermanos y hermanas, grupos de caballeros irreprochables; todo en la confusión de los rostros, de las miradas, de los colorines, de los vestidos, de las capotas; resaltando a veces en el fondo negro y aceitoso de los elegantes sombreros de copa, una cara blanca de mujer; un sombrero de paja adornado de colibríes, de cintas o de plumas, o el inflado globo rojo, de goma, que pendiente de un hilo lleva un niño risueño, de medias azules, zapatos charolados y holgado cuello a la marinera.

En el fondo, los palacios elevan al azul la soberbia de sus fachadas, en las que los álamos erguidos rayan columnas hojosas entre el abejeo trémulo y desfalleciente de la tarde fugitiva.

II

UN RETRATO DE WATTEAU

Estáis en los misterios de un tocador. Estáis viendo ese brazo de ninfa, esas manos diminutas que empolvan el haz de rizos de la cabellera espléndida. La araña de luces opacas

derrama la languidez de su girándula por todo el recinto. Y he aquí que al volverse ese rostro, soñamos en los buenos tiempos pasados. Una marquesa contemporánea de Madama de Maintenon, solitaria en su gabinete, da las últimas manos a su tocado.

Todo está correcto; los cabellos que tienen todo el Oriente en sus hebras, empolvados y crespos; el cuello del corpiño, ancho y en forma de corazón hasta dejar ver el principio del seno firme y pulido; las mangas abiertas que muestran blancuras incitantes; el talle ceñido que se balancea, y el rico faldellín de largos vuelos, y el pie pequeño en el zapato de tacones rojos.

Mirad las pupilas azules y húmedas, la boca de dibujo maravilloso, con una sonrisa enigmática de esfinge, quizá en recuerdo del amor galante, del madrigal recitado junto al tapiz de figuras pastoriles o mitológicas, o del beso a furto, tras la estatua de algún silvano, en la penumbra.

Vese la dama de pies a cabeza, entre dos grandes espejos; calcula el efecto de la mirada, del andar, de la sonrisa, del velo casi impalpable que agitará el viento de la danza en su nuca fragante y sonrosada. Y piensa, y suspira; y flota aquel suspiro en ese aire impregnado de aroma femenino que hay en un tocador de mujer.

Entretanto la contempla con sus ojos de mármol una Diana que se alza irresistible y desnuda sobre su plinto; y le ríe con audacia un sátiro de bronce que sostiene entre los pámpanos de su cabeza un candelabro; y en el ansa de un jarrón de Rouen lleno de agua perfumada, le tiende los brazos y los pechos una sirena con la cola corva y brillante de escamas argentinas, mientras en el plafón en forma de óvalo va por el fondo inmenso y azulado, sobre el lomo de un toro robusto y divino, la bella Europa, entre delfines áureos y tritones corpulentos, que sobre el vasto ruido de las ondas hacen vibrar el ronco estrépito de sus resonantes caracolas.

La hermosa está satisfecha; ya pone perlas en la garganta y calza las manos en seda; ya rápida se dirige a la puerta donde el carruaje espera y el tronco piñafa. Y hela ahí, vanidosa y gentil, a esa aristocrática santiaguesa que se dirige a un baile de fantasía, de manera que el gran Watteau le dedicaría sus pinceles.

III

NATURALEZA MUERTA

He visto ayer por una ventana un tiesto lleno de lilas y de rosas pálidas, sobre un trípode. Por fondo tenía uno de esos cortinajes amarillos y opulentos, que hacen pensar en los mantos de los príncipes orientales. Las lilas recién cortadas resaltaban con su lindo color apacible, junto a los pétalos esponjados de las rosas té.

Junto al tiesto, en una copa de laca ornada con ibis de oro incrustados, incitaban a la gula manzanas frescas, medio coloradas, con la pelusilla de la fruta nueva y la sabrosa carne hinchada que toca el deseo; peras doradas y apetitosas, que daban indicios de ser todas jugo y como esperando el cuchillo de plata que debía rebanar la pulpa almibarada; y un ramillete de uvas negras, hasta con el polvillo ceniciento de los racimos acabados de arrancar de la viña.

Acerqueme, vílo de cerca todo. Las lilas y las rosas eran de cera, las manzanas y las peras de mármol pintado y las uvas de cristal.

IV

AL CARBÓN

Vibraba el órgano con sus voces trémulas, vibraba acompañando la antifona, llenando la nave con su armonía gloriosa. Los cirios ardían goteando sus lágrimas de cera entre la nube de incienso que inundaba los ámbitos del templo con su aroma sagrado; y allá en el altar el sacerdote, todo resplandeciente de oro, alzaba la custodia cubierta de pedrería, bendiciendo a la muchedumbre arrodillada.

De pronto, volví la vista cerca de mí, al lado de un ángulo de sombra. Había una mujer que oraba. Vestida de negro, envuelta en un manto, su rostro se destacaba severo sublime, teniendo por fondo la vaga oscuridad de un confesionario. Era una bella faz de ángel, con la plegaria en los ojos y en los labios. Había en su frente una palidez de flor

de lis, y en la negrura de su manto resaltaban juntas, pequeñas, las manos blancas y adorables. Las luces se iban extinguiendo, y a cada momento aumentaba lo oscuro del fondo, y entonces por un ofuscamiento, me parecía ver aquella faz iluminarse con una luz blanca y misteriosa, como la que debe de haber en la región de los coros prosternados y de los querubines ardientes; luz alba, polvo de nieve, claridad celeste, onda santa que baña los ramos de lirio de los bienaventurados,

Y aquel pálido rostro de virgen, envuelta ella en el manto y en la noche, en aquel rincón de sombra, habría sido un tema admirable para un estudio al carbón.

V

PAISAJE

Hay allá, en las orillas de la laguna de la Quinta, un sauce melancólico que moja de continuo su cabellera verde en el agua que refleja el cielo y los ramajes, como si tuviese en su fondo un país encantado.

Al viejo sauce llegan aparejados los pájaros y los amantes. Allí es donde escuché una tarde—cuando del sol quedaba apenas en el cielo un tinte violeta que se esfumaba por ondas, y sobre el gran Andes nevado un decreciente color de rosa que era como una tímida caricia de la luz enamorada—un rumor de besos cerca del tronco agobiado y un aleteo en la cumbre.

Estaban los dos, la amada y el amado, en un banco rústico, bajo el toldo del sauce. Al frente, se extendía la laguna tranquila, con su puente enarcado y los árboles temblorosos de la ribera; y más allá se alzaba entre el verdor de las hojas la fachada del palacio de la Exposición, con sus cóndores de bronce en actitud de volar.

La dama era hermosa; él un gentil muchacho, que le acariciaba con los dedos y los labios los cabellos negros y las manos gráciles de ninfa.

Y sobre las dos almas ardientes y sobre los dos cuerpos juntos cuchicheaban en lengua rítmica y alada las dos aves. Y arriba el cielo con su inmensidad y con su fiesta de nubes, plumas de oro, alas de fuego, vellones de púrpura, fondos

azules flordelisados de ópalo, derramaba la magnificencia de su pompa, la soberbia de su grandeza augusta.

Bajo las aguas se agitaban, como en un remolino de sangre viva, los peces veloces de aletas doradas.

Al resplandor crepuscular, todo el paisaje se veía como envuelto en una polvareda de sol tamizado, y eran el alma del cuadro aquellos dos amantes: él moreno, gallardo, vigoroso, con una barba fina y sedosa, de esas que gustan de tocar, las mujeres; ella rubia—¡un verso de Goethe!—vestida con un traje gris lustroso, y en el pecho una rosa fresca, como su boca roja que pedía el beso.

VI

EL IDEAL

Y luego, una torre de marfil, una flor mística, una estrella a quien enamorar... Pasó, la vi como quien viera un alba, huyente, rápida, implacable.

Era una estatua antigua con un alma que se asomaba a los ojos, ojos angelicales, todos ternura, todos cielo azul todos enigma.

Sintió que la besaba con mis miradas y me castigó con la majestad de su belleza, y me vió como una reina y como una paloma. Pero pasó arrebatadora, triunfante, como una visión que deslumbra. Y yo, el pobre pintor de la Naturaleza y de Psiquis, hacedor de ritmos y de castillos aéreos, vi el vestido luminoso de la hada, la estrella de su diadema; y pensé en la promesa ansiada del amor hermoso. Mas de aquel rayo supremo y fatal, sólo quedó en el fondo de mi cerebro un rostro de mujer, un sueño azul.

(Azul...)

«*Revista de Artes y Letras*». Santiago, Octubre de 1887).

Páginas de Crítica

CATULO MENDEZ

PARNASIANOS Y DECADENTES

En las comidas de Víctor Hugo, aquellas en que el maestro se rodeaba de poetas como un pontífice de sacerdotes, o como un Sócrates de discípulos en clásicos ágapes, había siempre al lado de Lockroy, cerca de Coppée, buscando siempre oír bien la palabra del «dios», un poeta rubio, joven, gallardo, que a los postres solía hacer lindas fábulas en verso, en las que casi siempre llamaba al gran Hugo, águila o encina. Aquel poeta se llamaba Catulo Mendez. (62)

El apellido, como se vé, es portugués, y en verdad corren algunas gotas de sangre lusitana en las venas de ese rimador exquisito.

Es Mendez hombre vivaz, al par que soñador. Como contador es espléndido. ¿Quién no conoce algunos de sus cuentos?

El cuento francés, de antiguo abolengo, es hoy de alta jerarquía en las letras francesas. Y Mendez tiene ahí un tesoro.

No se parece a los últimos narradores de los tiempos nuevos, no tiene nada de Musset, de Balzac, de Daudet mismo, aunque con este se le noten algunas analogías de arte.

Es hoy un creador distinto. Tiene un sello suyo que delata la procedencia de cualquiera de sus obras; y es el sello brillador, magnífico de su estilo, de su escribir como con buril, como en oro, como en seda, como en luz. Es un parnasiano y un decadente: así le llaman. Los parnasianos vienen de

lejos; vense ya en «el paje de Víctor Hugo» y suegro de Catulo, Teófilo Gautier.

A propósito, he ahí un hombre dichoso, este Mendez, casado con una mujer inteligentísima, bella, que cuadra a su marido como la piedra preciosa al anillo, hija nada menos que del autor de *Spirita*.

«Madama Mendez vale más que su consorte», me decía una noche el espiritual Carlos Wiener, que los conoce bien.

Pero Madama Mendez no publica nada y poquísimos saben de lo que esa dama es capaz con el cerebro. Quizá su marido la estimuló más tarde. ¿No está floreciendo el *Figaro* con unos ramilletes en prosa de Madama Alfonso Daudet?

Bella es la hija de Gautier, y cuando soltera era la delicia del hogar de Hugo, a quien se la recomendó su padre al morir.

Algunos de mis lectores deben saber de una anécdota de Antonio Zambrano, el orador cubano, en casa del primer lírico del mundo.

Cuando aquel estimado amigo mío acababa de llegar a París, recién pasados sus trabajos en pro de la libertad de Cuba, tuvo la dicha de que Víctor Hugo le concediese una audiencia.

En el salón estaba, conmovido en aquella morada que tenía algo como una consagración, cuando el anciano llegó a él llevando de la mano a una niña muy blanca, muy bella, muy gentil.

Zambrana apuró el *sumus* de su más correcto francés y procuró ofrecer una galantería.

—Sí—dijo el gran viejo—: mi ahijada es una estatua de mármol habitada por una estrella.

Esa es la mujer de Catulo Mendez. Y según creo, no tuvo poca participación en las bodas el maestro, rimando dos hermosos alejandrinos.

*

Viéndolo bien, difícil sería establecer diferencia entre parnasianos y decadentes. Ambos aman el símbolo, ambos prodigan la metáfora, ambos emplean vaguedades o plasticidades desusadas y mal vistas por varios grupos literarios; pero que son más combatidos por los de la escuela chata y burguesa del señor Ohnet y compañeros, con muchísima jus-

ticia de su parte, la justicia de «los malos estómagos», como le decía Hugo a Mery a propósito de cierta crítica.

Mendez, como ya he dicho antes, es de los decadentes. Todo el que haya leído sus versos, en *Hesperus*, por ejemplo, le aplaudirá; pero quien haya visto algún cuento suyo, de esos que tan donosamente esmalta y enflora, habrá reconocido al admirable fraseador; un temperamento artístico exquisito, un poeta, en fin, delicadísimo y bizarro. Al escribir su prosa, casi rima. ¿Cuál es el procedimiento?

Creen y aseguran algunos que es extralimitar la poesía y la prosa, llevar el arte de la palabra al terreno de otras artes, de la pintura verbigracia, de la escultura, de la música. No. Es dar toda la soberanía que merece al pensamiento escrito, es hacer del don humano por excelencia un medio refinado de expresión, es utilizar todas las sonoridades de la lengua en exponer todas las claridades del espíritu que concibe.

Los hermanos Goncourt fueron de los primeros en caminar por esa hermosa vía. Julio Janín, a la sazón folletinista de *Los Debates*, les atacó sus primigenias tentativas. Hay que recordar aquellas advertencias cuando la publicación del originalísimo *En 18*. . . Entonces Janin llamaba «estilo en delirio» al estilo de Julio y Edmundo, y consideraba un absurdo, una locura, pretender pintar el color de un sonido, el perfume de un astro, algo como aprisionar el alma de las cosas.

A los de ahora, y sobre todo a Mendez, se les ataca por ese lado.

Mala fe o ceguera.

Hay, dicen, un exceso de arte, un abandono del fondo, del verbo, por la envoltura opulenta. Así se les llama decadentes, porque han dejado, según los contrarios, de rendir culto al pensamiento por la forma, por la cáscara.

Ah, y esos desbordamientos de oro, esas frases kaleidoscópicas, esas combinaciones de palabras armónicas, en períodos rítmicos, ese abarcar un pensamiento en engastes luminosos, todo eso es sencillamente admirable.

¡Sí!—gritan—, pero eso es ir para atrás, ir en decadencia ¿y el ideal?

Señores, desde en tiempos de Homero, genio casi fabuloso, el ideal artístico no es llamar el pan pan y al vino vino.

Se asombran de la descripción, del detalle irisado, de la «salsa lírica» que dijo Zola!

¡La descripción ! Para Homero era cosa de siempre; no en Minerva la diosa de ojo azul, ni en el de ligeros pies; en apios y otras verduras holgaba derramar la épica monotonía de sus hermosas pinturas. Hay que ser justos.

Un exceso de arte no puede sino ser un exceso de belleza. Se sabe lo que es el arte. Luego hay ojos tan miopes, hay juicios tan extraños, que pueden confundir en un rasgo, o en un amontonamiento de adornos, a un Benvenuto con Churriguera.

Con fuerza y gracia, ahí está el encanto, señores.

Y es don muy raro.

Juntar la grandeza o los esplendores de una idea en el cerco burilado de una buena combinación de letras; lograr no escribir como los papagayos hablan, sino hablar como las águilas callan; tener luz y color en un engarce; aprisionar el secreto de la música en la trampa de plata de la retórica, hacer rosas artificiales que huelen a primavera, he ahí el misterio. Y para eso, nada de burgueses literarios, ni de frases de cartón,

Se hacen irrupciones a todas las ciencias, a todas las artes. en busca de lo bello, del encaje, del polvo áureo.

La Academia ve la escuela, la agrupación, con malos ojos. No es temible, pero es enemiga a la callada. Aprueba que se esté a la husmia del vocablo en el léxico, mas impone su prosodia, su gramática toda, sus leyes de abuela, las preciosidades absolutas de sus pergaminos.

¡Oh, y qué!

Las palabritas escogidas no son el estilo, porque hasta está ya gastado lo de que el estilo es el hombre. Apréndase Ud. un diccionario de memoria, y será Ud. un tonto. Es aforismo.

Los que deseen argüir deben saber lo siguiente: No hay que afanarse por aparecer brillante sin tener brillo. A quien Dios se las da el buen San Pedro se las bendice. Y luego se puede ser un escritor muy plausible por otras vías conocidas.

No puede escribirse así, sin conocimiento de todo; un conocimiento suficiente, no es preciso llegar al fondo. Tampoco sería posible.

El jovencito principiante, el bachiller talentoso tendrá el buen juicio de evitarse molestias pretendiendo cosechas en terreno vedado. La ignorancia o la pretensión rompen, en

estos casos, el casco de oro y muestran el pelo de la dehesa; en tales ocasiones, crin espantable.

*

Un orífice pintor, un músico que esculpe, un paisajista fotógrafo y hasta químico y siempre poético y—aquí está la palabra—un poeta con el don de una universalidad pasmosa, he ahí a Catulo Mendez.

Aborrece a los gramáticos, a los filólogos de pacotilla, a los descuartizadores de las partes de la oración, por sus disciplinas, por sus anteojos, porque aturden con sus reglas y se sientan sobre sus diccionarios; y no obstante, es Mendez gramático consumado, puesto que no olvida nunca ser correcto y bello al escribir. Conoce más que lo que enseña el señor profesor; tiene el instinto de adivinar el valor hermoso de una consonante que martillea sonoramente a una vocal; y gusta de la raíz griega, de la base exótica, siempre que sea vibrante, expresiva, melodiosa. Sabe que hay vocablos maravillosamente propensos a la armonía musical. Las letras forman, por decir así, sus cristalizaciones en el lenguaje. Las *es* bien alternadas con *eres* y *enes*, enlazando ciertas vocales, la *q*, la *y* griega, son propicias a las palabras melódicas. Hay letras diamantinas que se usan con tiento, porque si no se quiebran formando hiatos, angulosidades, cacofonías y durezas.

*

En castellano hay pocos que sigan aquella escuela casi exclusivamente francesa.

Pocos se preocupan de la forma artística, del refinamiento; pocos dan—para producir la chispa—con el acero del estilo en esa piedra de la vieja lengua, enterrada en el tesoro escondido de los clásicos; pocos toman de Santa Teresa, la doctora, que retorció y laminaba y trenzaba la frase; de Cervantes, que la desenvolvía armoniosamente; de Quevedo, que la fundía y vaciaba en caprichoso molde, de raras combinaciones gramaticales. Y tenemos quizá más que ninguna otra lengua un mundo de sonoridad, de viveza, de coloración, de vigor, de amplitud, de dulzura; tenemos fuerza y gracia a maravilla.

Hay audaces, no obstante, en España y no faltan—gracias a Dios—en América:

¡He aquí a Riquelme, a Gilbert en Chile! (63)

Se necesita que el ingenio saque del joyero antiguo el buen metal y la rica pedrería, para fundir, montar y pulir a capricho, volando al porvenir, dando novedad a la producción, con un decir flamante, rápido, eléctrico; nunca usado, por cuanto nunca se han tenido a la mano como ahora todos los elementos de la naturaleza y todas las grandezas del espíritu.

No nos debilitemos, no empleemos ese procedimiento con polvos de arroz y con hojarasca de color de rosa, a la parisiense—hablo con los poquísimos aficionados—, pero empleemos lo bello en otras esferas, en nuestra literatura que empieza.

En otra ocasión diré algo de las obras de Catulo Mendes.

(«*La Libertad Electoral*». Santiago, Abril 7 de 1888).

LA DAMA DE LAS CAMELIAS

I

Recordamos haber visto una reproducción en yeso de un busto que llevaba la firma de Carpeaux. Aquel busto copiaba al hijo de Dumas, el del *Conde de Montecristo*. Su cabello indómito, su frente despejada con un sí es no es de protuberante, sus bigotes casi erizados, la expresión del rostro, todo parecía decir harto bien claro: de tal palo tal astilla. Es que también venía a la memoria, al contemplar aquel simulacro, tanta y tanta obra aplaudida del que ha podido demostrar prácticamente a los sostenedores del atavismo, que un padre de talento puede tener un hijo que herede su capacidad, a pesar de los fisiólogos que opinan lo contrario.

¡Cuán diferente el ingenio del hijo en este caso!

Heredó la savia del viejo tronco; pero al crecer por sí la rama robusta, retoñó y floreció con propia vida y galanura. ¿El padre tuvo mayor fuego y potencia imaginativa? Si ello es así, hay que recordar su idiosincracia, su sangre de mulato y aquellos granos de sal propia que sabía aplicar a sus guisos

y a sus obras, quien era tan excelente escritor como insigne cocinero. El egregio novelador, no dejó, con todo, mejor obra que su hijo. Este ha subido tanto, que al decir Dumas, hay que preguntar, por evitar confusiones: ¿El padre o el hijo?

Tuvo éste, además, por herencia, la laboriosidad incansable, el pulmón sano y vigoroso y el trabajar como un gañán.

Comenzó haciendo versos el muchacho; prometió ser poeta lírico en *Los Pecados de la Juventud*; y hétenos que de la noche a la mañana se nos improvisa un escritor transcendental, pluma de peso, desde la creación de su *Mademoiselle Aubray*, que no se puede conocer sin tenerle cariño y llorar muy sinceras lágrimas al escuchar sus parlamentos.

Pero fué, sobre todo, el corazón, el corazón fué el que le dió al bravo joven un romance todo sentimiento, en la amable *Dama de las Camelias*. Dice Julió Claretie, y dice muy bien, que Dumas escribió esa obra, así como si hubiera dejado correr sus lágrimas.

Nada de estudio, sí de desahogo.

II

Luego viene la debatida cuestión: ¿Margarita es un tipo real? Sí. Los que aseguran lo contrario, o no han visto la vida sino en las novelas o no comprenden la encarnación de ese humanismo tan bellamente compendiado.

No se dice que todas las damas alegres, que todas las damas mundanas sean capaces de ser unas Margaritas... La historia de esa dulce y simpática mujer caída, es excepcional. Y hartó bien dice el autor: «Si ella no saliera de la generalidad, no valdría la pena de escribirla».

La infeliz María Duplésis, que murió tísica y dejó lo único que le quedaba a su sobrina, con la condición de que no iría nunca a París, merecía que aquella alma joven, Dumas, se inspirase en ella, la amase, la redimiese e hiciese que el público todo sintiera la compasión y el cariño para la infeliz, salvada por el amor tras una existencia tempestuosa y mundanal. Dumas vió el entierro de la desgraciada y notó que apenas dos personas seguían al pobre féretro. ¿Qué mano compasiva echaría en la fosa común un puñado de tierra sobre el ataúd de la pálida muerta?

¡Ah!, buenas almas, vosotras dos que formáis el fúnebre cortejo... ¡qué versos los de Dumas en pago de tamaña caridad!

*Vous qui l'avez aimé et qui l'avez suivie;
qui n'etes pas de ceux qui, duc, marquis ou lord,
se faisant un orgueil d'entretenir sa vie,
n'ont pas compris l'honneur d'accompagner sa mort.*

I I I

Y después que por la faz del poeta rodó una lágrima, ya bajo la tierra el cuerpo de la cuitada Duplessis, de la pluma de su creador nació a la vida Margarita Gautier.

Era preciso que aquel mozo diese suelta a lo que llevaba en el pecho. Una pieza sentida, no pensada, era el triunfo que debía venir. Elló fué así. Todo el mundo comprendió que aquella nueva obra iba directamente al corazón, y por eso, su gran éxito.

La áspera verdad de Stendhal, vése en la novela que sirvió de base a *La Dama de las Camelias*, obra dramática. Diríase un telón que se descorre dejando ver ciertas oscuras interioridades. El autor del *Demi-Monde*, hay que advertirlo, no ha pretendido coronar de rosas las cabezas pálidas de las damas de alegre vivir.

No ha querido tampoco hacer descender la llama pura del ideal a las alcobas vedadas. Margarita es la flor que se desenreda de los breñales, se limpia, se purifica y se baña de luz. Esa luz es el amor de una alma virgen. ¡Qué importa que esa alma esté encerrada en una cárcel indigna! Dentro de ese cuerpo embotado hay una estrella.

Dumas es el peor enemigo de la carne.

Si halla un amor profundo y sincero, una pasión arrebatada y loca, helo allí con su corona de lirios, con sus versos honrados, con sus tendencias altas, a despecho de sus contradictores.

I V

Sarah Bernhardt, ya la conoce el público de Santiago, es una Margarita irrepachable. Es en *La Dama de las Ca-*

melias donde ella encuentra mucho campo para sus dotes admirables. En la *reprisse* de la obra en el Municipal, el público ha podido apreciar más el mérito de esa actriz, que siempre encuentra varias maneras de conmover al espectador con su talento excepcional.

Sobre todo, en las escenas postreras del último acto, en el grito que lanza al ver a Armando, en la muerte de Margarita, Sarah puso admiración en todo el público. Hay algo de sobrenatural en ese cambio de rostro, por decirlo así, al pasar de la vida a la muerte. La agonía es conmovedora: gemido, sollozo, convulsión y delirio. Y después aquel último abrazo que dió a Armando, aquella moribundez, aquel acabamiento; y después exhaló un postrer suspiro, y después quedó cadáver.

e cade come corpo morto cade.

Muchos esfuerzos hicieron los otros actores para poder aparecer ante Sarah dignos de sus papeles. Harto lo procuraron. De Garnier diremos que hizo un Armando plausible. Buena memoria quedará en Santiago de *La Dama de las Camelias* hecha por la compañía de Sarah Bernhardt. (63 a)

(«*La Epoca*». Santiago, Octubre 30 de 1886.
Páginas de Arte).

LA ESFINGE

(FEUILLET, DRAMATURGO)

I

Escenario: un gabinete misterioso; poca luz, persianas que dejan pasar apenas la claridad del día; el recinto, oloroso y decorado a modo de heráldico retrete; en una mesa, tintero de cuerno y pluma de ave. Mr. Octavio Feuillet, de frac y guante blanco, espera. Un ujier, ceremonioso, anuncia a la Musa. Esta entra, y, tras graves genuflexiones, dicta a su visitado largos párrafos. Mr. Feuillet trabaja.

Bien.

¿A qué exigirle hablar de amoríos vulgares y plebeyos? El no entiende de eso. El viaja con su musa, en silla de posta: le aturde el bullicio de los ferrocarriles; y le place visitar los señoriales castillos, en donde baila un minué con la señora condesa antes de partir a caza con el señor barón.

El sorprenderá el amor galante en el polvo de arroz de una cara rosada y fresca que se asoma por la portezuela de un coche blasonado. La burguesía le es desconocida, y no se digna poner ojos en quien no tenga grandes visos de persona linajuda.

Sus majestades imperiales, allá por los buenos años del segundo Imperio, departían con él muy amistosamente; sobre todo, la emperatriz no estaba contenta si en sus *petits lundis* no aparecía en sus salones el célebre Octavio.

Por su parte, él lleva en el ojal de su levita una flor de lis; escribe para que sus libros sean hojeados por finas manos aristocráticas, y gusta a las damas.

¡Oh! ¡Sobre todo, gusta a las damas!...

Por repulido, le han llamado melíndroso, y por melíndroso, desde joven, entró en la Academia Francesa.

Las clases altas, clases dirigentes—que dice Carlos Bigot—, son las que gozan de sus producciones.

Está bien. No puede llegar a manos de la delicada y pulcra dama del Faubourg Saint-Germain el libro de amor realista que está en el polo opuesto de la literatura de Feuillet, tersa como la cabritilla, tan lujosa y bruñida que merece estuche, como los aderezos, y que se extiende entre las cajas repletas del millonario y los acuartelados escudos que decoran los palacios del gran mundo.

II

Prosa rica la de Feuillet, que se desenvuelve como cinta de verso, tan pura, tan académica, tan elegante... ¡Cuánto lujo se advierte en sus novelas!... Pero del romance al drama, hay tal exceso de pulcritud y de limpieza, que raya en lo extremado.

Un capítulo de sus novelas vale mil veces más que una escena de sus dramas. Eso que a manera de bordado o ara-

besco finísimo luce en la página del volumen de cantos dorados, no se advierte en un escenario, donde el cómico no lleva en sí el encanto y atractivo de un personaje de la vida novelesca, bueno para visto tras los cristales de la imaginación. Pablo Grousac, bravo crítico, compara ésto con la pintura de la decoración, que, para producir efecto a los ojos del espectador, requiere las grandes pinceladas, los brochazos bien dados y fuertes; y Feuillet se enfurece como un basilisco contra la excelente mademoiselle Grousette. No obstante, Feuillet imitó buenamente, a su modo, a Alfredo de Musset, hasta el punto de que se le encajase el apodo de Musset de las familias; se propuso imitar a Alejandro Dumas, hijo, creando una especie de *pendant* a *La Dama de las Camelias* con *Dalila*.

Pero ¡qué!...

Dumas, con su franqueza, no podía ser parecido a Feuillet con su timidez. Dumas dice lo que quiere, claro, bien claro; y todos lo entienden, como que es para todos los oídos; Feuillet, contenido, nimio, hablando tan solamente un lenguaje para novicios o colegialas de monasterio... ¡Qué diferencia!

Con todo, los recursos dramáticos hallaron actores aparentes.

Dalila tuvo una mademoiselle Fargueil que no tenía pero...

Después, en la Comedia Francesa, la Sarah Bernhardt reemplazó a la Fargueil en *Dalila*; pero Sarah, con ser Sarah, apenas logró que la crítica fuera benévola para con ella.

De todas maneras, sin el talento de actores de fusta, Mr. Octave Feuillet no debe presentarse en las tablas, porque ha de padecer desencantos y tristezas. Confórmese con las ediciones repetidas de sus obras; con ser saboreado por las gentes *comm'il faut* al cortar las páginas satinadas de sus libros cuchillos de marfil, manejados por diminutas manos, enguantadas y olorosas.

Pero el novelista sí que tiene su trono.

Al poner sus manos en el teclado de la lengua es de escuchar ese ritmo, esa grata armonía que arranca como un insigne ejecutante, que bien ganado tiene un sillón en el recinto de los inmortales. Cada novela de Feuillet puede caer en manos de la más escrupulosa señorita; y es por su factura propia para estar colocada en los salones, entre el caprichoso tabor, el labrado florero y el *tremó* biselado; o al descuido aban-

donada, en horas de cansancio, sobre hirsutas felpas o terciopelos bien mullidos.

Estilista (con perdón de la Academia) lo es Feuillet, y allí finca uno de sus más elevados blasones literarios. No a la manera de Gautier deslumbrador, con regueros de pólvora y brasa, con esos períodos crepitantes como la leña verde que se arroja al hogar a consumirse; sí comedido, temeroso de dar un traspiés, atendiendo al efecto que puede causar en las mejillas cándidas, propicias a la erubescencia, y juntando las flores del altar con las que adornan los elegantes tocadores.

¡Peligrosa confusión!

Sobre todo, Feuillet ha encontrado el gran resorte: la mujer. Ha estudiado todas las delicadezas femeniles, todo lo que puede haber dentro de un seno de rosa y mármol que cubren levisimos encajes. Más aun: crea tipos de mujer que son efectivos, vivientes, pensantes; aunque en estos caminos del mundo nunca demos con ellos, por ser casi imposibles.

Su condesita, su Julia son hártto vivas e interesantes; Julia, especialmente, que no sólo en el libro fué dichosa con el público, sino que hubo una actriz de los recursos de la Favart, que supiera darle un colorido encantador en el teatro.

Pero es un hecho que Feuillet no sabe de blasones y ejecutorias.

No acierta a perfilar una silueta que no sea de personaje de *le monde*.

Es cuestión de temperamento.

Para sus mujeres tiene todos los grandes efectos; sus hombres llegan a veces a la ineptitud más completa. Bien apersonados, bien vestidos, estirados, olorosos y nada más. A veces figuras extrañas, y a veces caricaturas, aunque sin llegar a la extravagancia, por razón del procedimiento, van todos envueltos en el torbellino de lumbre que emerge de la primera actriz, que por lo general en su papel deja fuera de todo a los que la rodean. . . . Así la Fargueil, en *Dalila*; la Favart, en *Julia*, y la Bernhardt en *La Esfinge*. Excepción: *El Señor de Camors*, obra de un romanticismo refinado. Y aun en esta excepción vése al personaje en cuestión entré el amor de tres mujeres que le adoran de distinta manera y en las cuales gasta Feuillet mucho arte y cuidado, llegando a hacerlas tan atrayentes como al protagonista.

III

¿Se compara a Feuillet con los pintores? Pues he aquí que como Clays en sus marinas y Carolus Durand en sus desnudos, él es especialista en ciertas figuras femeninas invariables y con un parecido que no da lugar a duda.

Tiene en sus obras cierto tinte que algunos han calificado de peligroso. Apareciendo revestido de una religiosidad conmovedora, se introduce en secretos misteriosos, no muy llevaderos con una moderación estricta. Pudiera decirse: una cruz sacrosanta, como la de que nos habla Campoamor, sobre un seno desnudo, incitante. Como no es franco ni descocado, vela el peligro, y, en lo velado, va lo resbaladizo para la inocencia. Pero si se busca un escritor, un novelista más sujeto a la devoción, difícil es encontrarlo. En ello hay su intención, puesto que contrarresta el empuje dado por esa escuela de impiedad que ha intentado dar al traste con creencias y misticismos.

Las condesas, marquesas y demás personajes de Feuillet son barajados por él en sus distintas obras. Mas no por eso deja de percibirse que son los mismos con tal o cual disfraz o nombre. Supóngase una noble familia de *marionettes*, cuyos alambres penden de las manos de Feuillet. Cada vez que se presenten con el distinto nombre y traje, se les conocerá en el rostro su procedencia.

Peró ¡hay tal encanto y belleza en su manera de hablar, en el sello que les imprime la mano directora, que son dignas siempre de un cordial y entusiasta recibimiento!... ¡Julia, Sibila, la señora de Campvallón, la señora de Pers!... ¡Bienvenidas!

Es *La Esfinge* una de las obras en que el autor puso todas sus artes para crear un personaje como Blanca, que es brillante, rápida; con una tormenta en el corazón, comprimida y guardada por ella en medio de sus giros de mariposa, pero que estalla y trae consigo la catástrofe. ¡Cuán bien recuerda un crítico ya citado la *schöne sphins* de Enrique Heine! ¡El *liebe*! Sí, el *liebe* que se revuelve y precipita y lanza y produce tormentosos martirios; no el *minne* suave y apacible que gusta de encender las almas en las hogueras ideales.

Blanca es la esfinge; es el misterio. Esa bella criminal que lleva la muerte en un polvo venenoso encerrado en un anillo, es algo a modo de relámpago. Al contemplar a los esposos en una escena de delicias íntimas, ¡fuera el misterio! *La Esfinge* ha revelado el siniestro enigma.

Berta, la esposa afigida y enojada, no puede soportar tamaño escándalo, como los amores de su esposo y Blanca. Pero Blanca, que tiene en sí algo de infernal, muere como un ángel, pues la libra de toda mancha su suicidio... ¿Su suicidio? No, las lágrimas que derrama por ella la esposa que la mira prisionera de la muerte.

¿Qué hablar de los personajes secundarios de la obra, cuando ellos no pasan de complementos más o menos proporcionados a la importancia del desarrollo de la acción del drama?

El pianista extravagante, los Lajardie, todo lo que viene después del hilo principal del laberinto dramático, está bien delineado, pero nada más. En la representación de *La Esfinge*, que hemos aplaudido en el Teatro Santiago, hemos encontrado en Sarah la maestría de siempre, sobre todo en el acto segundo, donde verdaderamente puso un entusiasmo indescriptible en todo el público..

(«*La Epoca*». Santiago, Noviembre 3 de 1886.

Páginas de Arte.)

PROLOGO DE "EMELINA"

A EDUARDO POIRIER:

Usted lo quiere, mi querido amigo, y muy pronto nuestra pobre *Emelina* aparecerá en el escaparate de los libreros. Ya que esto ha de suceder, son precisas algunas explicaciones.

Es nuestra novela, obra que tiene todos los tropiezos de un primer libro. Ah, escrita para un certamen, en diez días, como la suerte ayudaba, sin preparación alguna, hay que confesar que ella pudo ser peor!

Tal como es, sin pretensiones, sencilla, franca, va al público «a buscar fortuna».

Hemos procurado el esmero de la forma y la bondad del fondo; sin seguir para lo primero lo que llama Janín *folies du style en délire*, ni para lo segundo el *Ramillele de divinas flores*.

Con justicia se nos pudiera señalar como satélites de Ouida y sus colegas de la *sisterhood*, ya que nos dió por las escenas espeluznantes. Pero vale más, mucho más esto, que si hubiésemos buscado para halagar ciertas imaginaciones y temperamentos, las frescuras de carne, el picor de cantárida y el color rojo de la moderna escuela afrodisiaca.

En cuanto a la gran debilidad de esta obra, es aquella misma que Goncourt señala, refiriéndose a su bellissimo e incomparable primigenio *En 18...* Nosotros no hemos tenido la visión *directa* de lo humano, sino recuerdos y reminiscencias de cosas vistas en los libros.

Sí, amigo mío, los personajes* de *Emelina* hablan a las veces, sin notarlo nosotros, el mismo lenguaje de las novelas que Ud. tan plausiblemente ha traducido para *El Mercurio*, y el de las que yo he leído, desde que a escondidas y en el colegio, me embebía con Stendhall y Jorge Sand. (63 b)

PREFACIO DE "GOTAS DE ABSINTIO"

El autor de este pequeño libro tiene veinte años fuertes y frescos: pertenece a una honorable familia; es un trabajador asiduo, como lo demuestra en sus tareas de *La Ley*; y si sigue las aguas sociales y mundanas de su hermano Manuel—aquel a quien dediqué mi libro *Abrojos*; ¡un libro también de veinte años!—debe vestir elegantemente y frecuentar el Municipal, la Alameda y el Parque Cousiño. (64)

Ahora, esto os lo advierto, lectores, porque él quiere que se le tenga por un bohemio, como lo demuestra el espíritu y la letra de todos estos cuentecitos, más bien poemas en prosa; que ha bautizado con el peligroso nombre de *Gotas de Absintio*.

Bohemia!... divino reino ya desaparecido desde hace largo tiempo. ¿Pero es que ha existido alguna vez? No hay duda, como Matachín y como las Islas de las Rosas. El cuento eterno empezará siempre así: «Este era un rey de Bohemia...». Mas, aquí abajo, en el mundo de las «gentes», la soñada Bohemia no ha existido jamás sino como causa de penas y duelos para muchos vibrantes y alegres espíritus que de repente han sentido el daño del veneno de sus sueños.

«Siete meses después de la muerte de Murger—acaba de escribir Fermín Maillard—el 1.º de Septiembre de 1861, un amigo escribía ya: «Jamás muerte alguna suscitará tantas asnadas y estupideces como la de ese hombre de *esprit*. Sobre su tumba misma...» Sí, eso había pronto comenzado; y después de treinta y cuatro años, ¡pensad si hay hoy acumulación!... Vivo Murger, no fueron pocas las afrentas... Todas esas tonterías vienen de ese diablo de palabra: *bohemia*, mal definida, mal comprendida, y ¡que cada uno interpreta a su manera! Alguien encuentra a Murger en Marlotte, *chez le père Sacot*, y pronto consigna el hecho en sus *memorias*: «*Murger semble rasséréné comme en une convalescence d'absinthe*». No habría hablado de otro modo de un alcoholista, es evidente. ¡Y bien! yo he conocido a Murger, le he visto con frecuencia, y no recuerdo si tomaba o no tomaba ajeno: pero lo he visto siempre muy sobrio, cuidadoso de su persona, y correcto de *tendue*, moral y físicamente».

He ahí lo que dice ese amigo íntimo del Homero de la bohemia parisiense. El público, y sobre todo la parte del público que por organización cerebral y repugnancia psíquica, tiene a todos los artistas, a los escritores, a los soñadores, a los poetas, un invencible horror—¡la familia Pipelet es inmensa!—saca enormísimo provecho de tal cual apariencia o fantasía; de allí el desgarramiento de pieles inocentes, que no tienen más pecado que amar el grande aire azul, las aguas cristalinas de los sueños y las amables caricias de las musas coronadas de rosas.

*

Conste, pues, que A. DE GÉRY no es un bohemio. La factura de sus cuentos está ejecutada de *chic*, como se dice en la jerga de los talleres artísticos. Y si le gusta el ajeno, debe

de tomarlo con mucha agua y mucha parsimonia, porque de lo contrario ni le tendría en su sección el Director de su diario, ni trabajaría adelantando siempre, como lo hace, ni llegaría a los puestos a que en su patria ha de llegar por su generoso y propicio talento. (65)

*

El cual demuestra en estas páginas, en que si se notan aún las dificultades de todo comienzo, se transparentan así mismo un amor puro y noble del arte, adoración a la inmortal belleza, vuelos hacia el misterio, vagas visiones de ensueño, y la fe y la esperanza, virtudes supremas del elegido.

Dos autores, confiesa A. DE GÉRY, que han sido sus guías e inspiradores; uno es Edgardo Poe. Por cierto que en algunos —en uno sobre todo— de estos poemas, nótase inmediatamente el *pastiche*. Mas, salva al autor la sinceridad, y el poner a cada paso algo de su espíritu y de su vida.

*

Este primer libro es un feliz augurio de otros superiores. Yo me atrevería a saludar en Emilio Rodríguez Mendoza a uno de los mejores escritores futuros de su país, es decir de nuestra América. *Tu Marcellus eris!*

Dice el grande Ernesto Hello, en uno de sus mejores libros: «*Celui qui peut dire à un travailleur inconnu: Mon enfant, tu es un homme de génie! celui-là mérite l'immortalité qu'il promet.*» Yo no diré tanto a mi joven amigo. Pero reconozco en él el principio de algo que se alza en un anhelo de luz y de belleza, sobre las abominaciones escritas y las logorreas incurables que la Mediocridad ambiente ha esparcido desde antaño sobre el alma criolla.

Se vencerá ¡oh jóvenes amigos, oh compañeros de América! Pero no os embarquéis en galeras de oro, al reino nuevo, sin preparar un buen bagaje y una buena coraza: no dejéis de llevar con vosotros a nuestra vieja nodriza la Gramática; y si veis más tarde, en el mar inmenso, una barca que flota, ya casi desvencijada y al irse a pique, que tenga por nombre *Azul*. . . , no echéis en olvido que un pobre antecesor vuestro trajo en ella las gallinas. . .

Buenos Aires, Agosto, 1895.

PROLOGO DE «EL MAR EN LA LEYENDA
Y EN EL ARTE»

Estas líneas van para Chile: por tanto mi saludo al noble y fuerte país en donde he vivido bellos años de juventud. Es, quizá, en la contemplación de su mar, en mis días de Valparaíso, y en momentos crepusculares, o llenos de luz, cuando he oído por la vez primera la voz que escuchara después en el verso del sibilino lírico:

Je suis hanté: Azur! azur! azur! azur!

Ya, por cierto, de niño, en mis lejanas tierras natales, en la infancia en flor, me había atraído y admirado el Monstruo. En Chile aprendí a amarle, porque allí fué donde habló a mis fragantes ilusiones, a mis soledades y a mis tristezas...

Un chileno me conduce hoy, como en un yacht elegante y bizarro, sobre «la hidra de verdes escamas», que dice el poeta. Y ha querido que, al navegar hacia Chile su barco, vaya, al lado de su insignia, mi bandera.

Es Alberto del Solar ese yachtman. (66) Sobre la onda literaria, le he visto tender sus velas gallardamente. En lo revuelto del océano, en alta mar no teme las tempestades, saluda a los grandes navíos, se aleja de la piratería, y no es desdeñoso con las pequeñas barcas pescadoras.

Le conocía de fama ha largo tiempo, desde cuando, mundano y diplomático, alternaba sus tareas de salones y canchaliñas, con el cultivo de su pensamiento, amoroso de estas cosas de las letras, que con sus humos y vapores de oro y de azul, nos consuelan de las prosas de la vida, haciéndonos dueños de prodigiosos castillos y palacios del aire, desde cuando, allá en París, unía su nombre al de su amigo ilustre Juan Montalvo, en un incidente que más tarde haríale escribir una de sus mejores novelas.

Y luego que el viento de la vida me trajo a esta grande y admirable patria Argentina, del conocido de los antiguos palacios aéreos fuí amigo en su palacio de piedra.

La literatura a la Brisson, un poco del hoy usado reporterismo hábil, me daría tema para pintaros a vuestro compa-

tríota, en su morada de la Plaza Libertad; pero el capitán da orden de zarpar, y si he bajado a tierra y penetrado en su principesca mansión familiar, ha sido para deciros que en el gabinete de labor, entre libros y lujos, osténtase un gran cuadro en que hay tres niños vestidos de marineros...

Sus tres divisas dicen: *Esmeralda*.

He aquí que esos niños—cuyas risas podríais oír alegrando el aristocrático hotel—con sus trajes que se destacan sobre la cubierta del barco que les sirve de escenario, entre jarcias y breas, simbolizan la pasión del Mar y de la Patria. Los pequeños marineros dicen de un país que tras la cordillera, blanca, de siglos, se extiende hacia el polo austral, país conocido de las tempestades y de los vientos, país de mar y de marinos, que tiene a guisa de adorno, sobre su pecho, un ramillete de islas; el país de los chilotes, camaradas de los alcatraces y amigos de las gaviotas. Y así, juntos están Patria y Mar: ¡*Esmeralda!*

Y ahora, a navegar. Y mientras vamos con buen viento, conversemos del dueño del yacht.

*

El cual, si ama las olas, ha sido antes hombre de tierra y de guerra. Conocéis sus libros.

Espíritu culto y flexible, ha probado su vuelo en géneros distintos. La memoria, la impresión, en sus recuerdos de guerra, de la terrible guerra del Pacífico; el libro de viajes en su trabajo sobre España; la reconstrucción histórica llena de fantasía, en su *Huincahual*; el ensayo en su *Dorrego*; los asuntos fisiológicos en sus estudios publicados en *La Nación*; la novela en *Rastaquouère* y *Contra la Marea*; la sátira ligera en su *riposta* al exquisito esteta asturiano Antonio de Valbuena.

Ha tiempo que he leído los libros de del Solar; mas, en mi memoria encuentro aún varias impresiones. Las *Páginas de un diario de campaña* recuerdo que están llenas de brava verdad y de energía. Alberto del Solar tiene el amor de la Patria—tan hondamente arraigado en vosotros—siempre inmovible y pronto a estremecerse. Aquí lo ha demostrado en más de una polémica ruidosa.

Su *Huincahual*, obra primigenia, ha dejado en mí un fijo recuerdo. Vosotros que sabéis bien de esa obra de vuestro Arauco, recordaréis aquellas escenas del rapto de María,

la hermosa paloma cristiana adorada del bárbaro, que llega a ser la soberana de la tribu, la reina de las montañas. Luego, los cuadros y representaciones de las fiestas indígenas, las supersticiones y prácticas misteriosas; la maternidad de la blanca, que llega casi a ser dominada por el vigor de aquella pasión robusta y primitiva; las pláticas sobre religión entre Huincahual y su adorada, en las cuales el araucano responde, como en tierra de chorotegas y nagrandanos el cacique Nicarao al misionero de España; y, por último, tras escenas curiosas y pintorescas, el terrible final, la trágica venganza de Nalcú.

De *Rastaquouère* y de *Contra la Marea*, os haré notar tan solamente, en este corto prólogo, pues viene al caso, sus marinas. Con una escena de a bordo comienza la primera; y los que hayáis viajado reconoceréis la exactitud de lo observado y lo justo del color. En la segunda hay ricas pinceladas y efluvios llenos de sal oceánica. Y leed estas palabras sobre uno de los personajes de la novela:

«Rodolfo amaba el mar con locura, habiendo tenido ocasión de contemplarlo de cerca muchas veces durante su vida. Lo amaba, además, por instinto, por herencia y tradición, como lo había amado su padre, como lo había amado su abuelo, el viejo marino mercante.»

«En sus trabajos literarios hubiera podido descubrirse esta circunstancia: la entonación más elevada y la nota más simpática hallábanse siempre allí donde el autor había debido abordar temas que admitiesen en su desarrollo la introducción de grandiosos ó risueños paisajes marítimos. Si alguna vez describía algo con pasión, con entusiasmo verdadero, era en los casos en que encontraba, como materiales para su cuadro, olas y marejadas, brisas y musgos marinos, algas e islotes salvajes.

«Había leído con pasión a Byron, siguiéndole, fervoroso, a través de tormentas y borrascas, con *Don Juan*, el *Corsario* y *Childe Harold*. Para él, el mar tenía también vida, tenía voz y voluntad, y lo admiraba cuando brama airado bajo el soplo del huracán que ruge, como cuando, manso, sereno, en las tardes de calma, mece apenas sobre sus ondas el barco de vela inerte.»

...Rodolfo, quiero decir, Alberto del Solar, nunca ha satisfecho su pasión marina, como en la monografía presente, que, en parte, fué leída en nuestro Ateneo de Buenos Aires.

Leedla y sentiréis llenarse vuestros pulmones de un aire impregnado de yodos y alquitranes; veréis pasar en rápido desfile, en la leyenda y en el arte, una sucesión de visiones marinas que os encantarán.

Yo, que amo con profundo amor ese gran corazón del mundo que no cesa de palpar, como el corazón del hombre, más de una vez al recorrer estas bellas páginas, he volado con mi espíritu a la orilla del Mar, soberano y sensitivo, venerable y trágico, y le he saludado como a un ser de misterio y maravilla, cuna de la Rosa olímpica, Venus, y dominio de la Rosa Mística, María, *Maris Stella*; le he saludado, ya con el sonoro grito clásico: *thalatta! thalatta!*, (67) como si, triunfante, vencedor de una hermosura, la estrechase aún entre mis brazos a la mirada de las olas, tal en el verso d'annunziano:

*fremendo preme su l'arena asciutta
ella i contorni de le membre pure.* (68)

o con invocación, con clamor católico, tal como una vez, allá lejos, ante la Virgen Negra de Normandía, patrona de marineros y pescadores, en un crepúsculo de la tarde en que yo vagaba en compañía de mis ensueños.

Buenos Aires, Septiembre, 1897.

FRAY CRESCENTE ERRAZURIZ

Esta cabeza religiosa está llena de cordura, de ciencia, de erudición y de sutileza. Es una de las más fuertes de Chile. Si estáis ante él, sus miradas agudas penetran hasta lo más hondo de vuestras intenciones. Si os enseña, tendréis que aprender mucho en saberes humanos y divinos. Si queréis ser su contrincante, tendréis que prepararos a la derrota. No solamente se ha ejercitado en disciplinas teológicas y de religión, conforme con su vocación y estado, sino que se ha nutrido de letras profanas, de acuerdo con San Buenaventura o San Gregorio Nacianceno, San Juan Damasceno u Orígenes. Podría, como Sedulio, ser llamado *vir scholasticissimus*. (69)

Cuenta ya largos años de vida, y ha dado a su patria

vigorosos productos de su entendimiento, y habiéndola servido en el siglo, continúa en el claustro dándole lustre y sana gloria.

Se dedicó a los estudios históricos, y ello me hace recordar el párrafo en que Cicerón habla de que «uno de los principales deberes de los Pontífices máximos de la antigua Roma, era el escribir lo que se llamaba «grandes anales», y ponerlos de manifiesto en su casa, para que todo el mundo tuviese la libertad de tomar lo que quisiera de aquel tesoro de la república.

La Memoria sobre *Seis años de la Historia de Chile*, dió al P. Errázuriz fama de concienzudo narrador y escritor gallardo. El señor Huneeus Gana dice de esta obra, en su libro sobre la producción intelectual de Chile, que es «por su extensión, y también por su prolijidad, uno de los libros de mayor erudición histórica que conocemos, sobre sucesos parciales y épocas determinadas. Abraza la narración fidedigna y comprobada, escrupulosa y completa, de los días más aciagos y sangrientos de toda la Era colonial (23 de Diciembre de 1598 a 9 de Abril de 1605), es decir, desde la muerte del lamentado gobernador don Martín García Oñez de Loyola, hasta la segunda llegada del gobernador don Alonso García Ramón». Y agrega con justificado entusiasmo el señor Huneeus: «Esta narración, que atraviesa el campo áspero y luctuoso de una de las epopeyas más sangrientas y heroicas de la Humanidad, que refiere minuciosamente las jornadas homéricas y casi increíbles de Curalaba y Cadeguala, y que narra con serenidad la espantable destrucción de Villarrica, y las sublimes heroicidades que allí desplegaron vencidos y vencedores; este libro, que resume, en fin, el período álgido y crítico de la guerra inmortal entre españoles y araucanos, y que parece más la obra de un valiente soldado escritor que la de un fraile literato, debe considerarse, en justicia, como la obra histórica de más empuje y de más vigorosa unidad que se ha escrito sobre período alguno de nuestra vida colonial». Tales palabras se justifican con el conocimiento de la labor fuerte, elegante y minuciosa de ese estudioso admirable, a quien la soledad y el retiro dará mayor concentración para sus actividades mentales. Ya sus *Orígenes de la Iglesia Chilena*, que le dan el puesto de un Baronio hispano-americano, afianzaron su autoridad y su prestigio. Fray Crescente será

más tarde un clásico, por su estilo lleno de pulcritud y elegancia, y porque todo en su obra es ordenado. El ha seguido bien la palabra de San Agustín: *Illud a me accipiatis volo. Si quis temere de sine ordine disciplinarum inrerum cognitionem audet irruere, pro studioso illum curiosum pro docto credulum, pro cauto incredulum fieri.*

En la historia del pensamiento en Chile siempre surge alguna figura sacerdotal. Desde el ocurrente P. López, (70) el P. Escudero, Fray Manuel Oteira, cada cual con sus méritos y sus defectos de época y de temperamento, el historiador P. Ovalle, el jesuíta P. Diego de Rosales, Fray Juan de Jesús María, el P. Suárez de Vidaurre, y los jesuítas Pastor, Olivares, Bel, Ceballos, Ferrufino, Caldera, Rivadeneira, Sobriño, el P. Miguel de Olivares, S.J. historiador, el famoso abate Molina, que escribió en italiano, el obispo Lizarraga, los frailes Oré, también obispos, como Fray R. Jacinto Jorquera y Fray C. de Villarroel, el P. P. de Torres, Fray Alonso Briceño, y otros cuantos notables, como el P. Lacunza, Fray Antonio Aguilar, el P. Parra y Fray J. Ramírez, citado por Huneeus, hasta el gran Fray Camilo Henríquez, Fray Melchor Martínez, hasta los Eyzaguirre, Vadivieso, Salas, Orrego, Casanova, Fernández Concha, Donoso, Jará el Crisóstomo, Taforó y otros más, la Iglesia chilena ha tenido activa y aquilatada representación en la intelectualidad del país. Y entre todos resalta con aspecto singular y señalado Fray Crescente Errázuriz, con sus ancestrales cualidades vascas y sus particularidades del carácter nacional, que hacen de él «un hombre», incrustado en un ministro del catolicismo.

Y Chile, su patria, le respeta y le admira.

(Cabezas)

Crónica Chilena

LA SEMANA

I

No es la gran lucha política con sus agitaciones sordas o estallantes, ni los meetings donde se lanzan palabras como si se enarbolasen banderolas; ni los cuchicheos que corren de labio en labio, ni los discursos fogosos y resueltos de los oradores populares, ni los llamados a combate de opinión por los partidos opuestos, ni las marejadas de hojas sueltas que se esparcen a puños por las calles, encendiendo entusiasmos, atizando pasiones, poniendo a la vista general llenas de mérito y brillantes de elogios las figuras de los personajes que se desea lleven voz del pueblo al recinto del Congreso; ni es el choque de los soldados chilenos con argentinos ahí por Llaima, en la cordillera, donde por bravear éstos y serlo lanzaron una descarga que dió muerte a uno de Chile, siendo causa de que estos rotos bravíos, leones en la cólera, se lanzasen a ellos y les destrozasen once hombres a filo de sable; ni festival pomposo, ni la despedida de los veraneantes a los primeros soplos invernales en esta semana, ocupan mi atención, ni mueven mi pluma; son dos fiestas fúnebres y solemnes, dos grandes manifestaciones de esas en que el sentimiento se exalta y el pensar sube a cosas augustas y vemos que el ser y el todo humano se vuelven a nuestros ojos resplandecientes con talla y apariencia de semidiós. (71)

Bien se sabe que estos bomberos de Chile son únicos; que son de historia hermosa y de ardor en los pechos y caba-

lleros de guante crema en los parques y jardines y audaces con la escalera al hombro o pitón en mano.

Por eso fué conmovedora hasta grado sumo, hasta las lágrimas, la fiesta que en Santiago se hizo en los últimos días, en salas bien ornadas de la Tercera Compañía, donde se colocaron en hora triunfante y bella los simulacros de dos héroes de las bombas chilenas, Johnson y Ramírez.

Causa de emoción fué aquello y algo propio de laureles verdes y odas píndaricas, y aplausos y frases lapidarias en labios de poetas y oradores.

Fueron a la fiesta comisiones de todas las compañías, orgullosas con sus uniformes de colores y sus cascos que quiebran la luz en el charol o el bronce, fueron como a cumplir un deber alto, a una ceremonia triunfal y rara, a ver como a dos compañeros muertos en la lucha de la llama, del ascua, del humo que ahoga y el muro que aplasta, se les ponía en lugar de inmortalidad; pues no es tanta y tan grande la vida que el arte ha dado a sus figuras como la que tienen en la memoria de todos los que admiran y veneran sus sublimes y espléndidos sacrificios.

Estaba la viuda de Johnson en la fiesta, con su semblante triste y sereno de viuda de héroe; muchas damas santiaguinas la acompañaban, y era de ver lo envidiable de la figura enlutada de la hermosa señora, melancólica en su gloriosa desolación, atrayéndose todos los ojos, siendo objeto de los halagüenos y callados cuchicheos que son una especie de incienso en ocasiones semejantes.

Cato estaba también. A Cato todos lo conocen, desde que debiendo quizá seguir en el viaje trágico a sus dos compañeros, Dios quiso salvarle. Cato libró de la muerte y entró al grandioso cariño de todos los que conocen el hecho de cómo estando cerca de la muerte, la muerte lo respetó.

Cato estaba conmovido. Se le veía en los ojos la humedad de las fuertes impresiones, y ese bombero casi lloró cuando con el sonoro estallido del cobre armónico, oyó que las cornetas tocaban diana al pronunciarse, al pasar lista, el nombre suyo saludado en explosiones de intensos clamores.

Bien se sabe que en tales ceremonias, al revistarse a todos, los muertos viven. Es una luminosa y ardiente resurrección del recuerdo, un llamamiento, un golpe que se da en las puertas de lo infinito, diciendo a los hermanos que se rememoran: «No habéis desaparecido para nosotros».

Así se llamó a Vicuña Mackenna, y Vicuña debe de haberlo oído en su tumba. (72). Y así se hizo con otros memorables difuntos, y sus nombres fueron pronunciados como palabras sacras y victoriosas.

Se descubrieron los retratos de los dos bomberos, y todo el mundo sintió entonces ahí la tempestad en los nervios y el grito en la boca y el aplauso en la palma de las manos.

En la hermosa fiesta eran en sus cuerpos las figuras principales, entre otras, Llona, Rojas, Izquierdo. Cumplían al ocupar sus puestos, cual si estuviesen llenos del deber de un sacerdocio.

Cuando a Cato se le puso la medalla en el pecho, habría sido difícil no sentir conmovida el alma por un eco unísono formidable.

Había en las palabras himnos y en los ojos ardentía, y se deseaban palmas para agitarlas como en los viejos tiempos, y todos se sentían cubiertos y vanidosos por la gloria ajena que era la propia. Cato recibía sus premios y estaba entonces trémulo cual si sufriera un peso enorme con tanto soberbio gozo.

La banda del Buin tocaba en los intermedios de tan hermosa fiesta. Había un ambiente feliz, magnífico, soberano. Brillaba una luz de apoteosis en el sol de entonces.

Un poeta envió unos versos en loor de los mártires, y fueron recitados con brillo.

¡Oh! y había razón en todo.

Eran dos mozos los muertos, dos mozos robustos y con porvenir lleno de aurora.

El uno padre, el otro enamorado. El uno con hijos, amor intenso, pedazos de alma, dicha todos; el otro viendo la ilusión junto a él, caballero joven que tenía en su cabeza un casco de oro, ese yelmo de la ilusión que baña de luz la esperanza y pone el cerebro soñador y el alma dulce.

Pero en aquel hombre había hierro. El carácter, la potencia de voluntad, el arrojo, son cualidades que resplandecen y arrastran.

Ambos lo dejaron todo, ambos se lanzaron en ese torbellino áureo y chispeante del incendio, de donde el bombero saca o la muerte o la gloria. Para ellos era un clarín de honor ese grito de la bomba humeante y convulsa; un clamor de

animación, un eco de empuje el sonar los clarines de los compañeros.

La pared que cae, el edificio bamboleante, la hoguera amenazadora no amedrentan el esforzado. Y todos los bomberos chilenos llevan esa divisa. Cada cual podría ser un héroe en situaciones semejantes.

Los griegos eran artistas en todo, y los romanos también en mucho. Es lo cierto que eran más poetas que nosotros. Encuentro triunfante que un rey pretenda aprisionar al Océano y darle azotes. Mas creo mejor lo nuestro, domar la hoguera, reinar en el fuego, apagar explosiones, aherrajar la chispa; que el hombre con un casco de cuero domine la lláma, más que un Rey, con una corona de oro, impere en la tromba.

Es bello el bombero en su tarea. Tiene elementos en contra y en favor, pero en todos grandeza y poesía. El fuego le da ante todo sus jardines llameantes, sus ardores luminosos, sus destrucciones que infunden asombro; el viento sopla para ellos enemigo, esparciendo con sus grandes alas invisibles los remolinos candentes, y el agua que ya se evapora, ya chirría en la brasa, ya cae en lluvia rápida, forma arrojada por las mangueras e iluminado el chorro por el fuego, plumeros irisados, rosas cristalinas, penachos de diamantes, en el aire fugaz y caprichoso que vuela sobre todo.

Así luchan esos trabajadores que son poetas sin quererlo.

Así se hacen heroicos y ganan las odas, las estatuas de mármol, las efigies hechas por buenos pintores y los inextinguibles ditirambos.

Así el bombero de Brooklin, histórico y poético, con el niño abrazado, tiene monumento en los Estados Unidos, como Tenderini y sus compañeros en Valparaíso.

A Cato, que vivió, se le dió medalla de oro, y grande y pulida y de aquellas que recuerdan nobles hechos. Para él debe valer tanto como un busto en vida.

Y para Cato deben llevarse la mano al casco los bomberos chilenos, porque es uno de aquellos que en los ejercicios son saludados por las vibraciones de los mejores clarines y por los redobles y dianas de los más sonantes tambores.

Así se ha recordado a los héroes.

De distinto género, pero siempre sentida, siempre grande, ha sido la fiesta fúnebre que los alemanes de Valparaíso han hecho en esta semana para conmemorar la muerte del gran Emperador Guillermo de Alemania.

No fué el local como en la fiesta de Santiago, cuartel de bomberos, sino un club gimnástico germánico; no se trataba de héroes del deber sino de un soberano cuyo nombre resplandece como la luz y pesa como el hierro.

En el Deutscher Turnverein, en el lugar donde la juventud alemana porteña educa el músculo y la voz y el alma, y se afianza en la comunidad y en el amor a su gloriosa patria; ahí, en ese gimnasio donde se recuerdan los buenos tiempos griegos, los tiempos de Alcibíades y de Pericles, y se da cultivo al cuerpo y se aumenta la vida y se aplaude al que tira una bola férrea a modo de discóbolo o salta en vuelo elástico, o se cuelga de una barra y hace en el aire fantaseos de vigor; ahí donde se hacen los hombres robustos, donde los adolescentes se inician en el arte de la fuerza y donde esos vagos teutónicos dan el ejemplo del amor a la potencia física, desdeñada por nuestra raza latina, tan soñadora cuanto canija y poco desenvuelta, en ese local en que todos los años la colonia alemana acostumbraba celebrar el natalicio del Emperador Guillermo, con música escogida y canto clásico, y alegría aristocrática y versos de uno de los mejores escritores del *Deutsche Nachrichten*, se han reunido con motivo de la muerte del famoso monarca, recién lamentado, nacionales y extranjeros; sobre todo alemanes, en concurrencia fúnebre y brillante, para dedicar un recuerdo al regio difunto y tejer a su memoria como una corona inmortal.

Verían los hijos del bello país de la Alemania cómo nuestras mejores representaciones llegaron en nombre del Gobierno chileno y del país mismo a formar parte de la escogida concurrencia. Ahí estaban el Contraalmirante Uribe y el Ministro de Relaciones Exteriores y dos Edecanes del Presidente de la República, con galones que chispeaban a la luz; ahí una gran muchedumbre de lo que hay de noble y distinguido en esta gran ciudad de comercio y de mar, ricos propietarios, cónsules y comerciantes.

Y también las damas. Había muchas, más alemanas que chilenas, y abundaban las niñas rubias, de azules ojos y bocas rosadas, prestas desde el principio para cantar coros místicos

en la ceremonia religiosa. Vestían las niñas de blanco, adornados los trajes con crespones, y abejaba por aquellos rostros infantiles como una placidez y dulzura angelicales.

Allá en el fondo del vasto salón, había como un arco de palmas, y bajo de él se erguía líricamente el busto del Kaiser.

Encima del busto y a los lados, los colores del pabellón germánico se veían enlutados, y la imperial cruz de hierro se figuraba en el cielo con matices bien dispuestos por manos artísticamente patrióticas.

Reinaba el tono oscuro. De negro riguroso vestían los concurrentes; el arrayán formaba arcadas góticas y fragmentos de templetos medioevales, y abajo, rodeando el imperial busto, las niñas estaban en línea, con sus trajes albos como una sarta de lirios.

Luego estallaron los himnos armónicos, las oraciones cantadas a modo de antífonas, y el sermón severo y conmovedor del pastor protestante Fiedler que recordaba al soberano muerto. Y al hablar con su voz serena y vibrante, entre coros de frescas niñas, se me antojaba un sacerdote antiguo, rodeado de canéforas.

(«El Heraldo». Valparaíso, Marzo 24 de 1888.)

II

¡Sport! ¡Sport! Un día húmedo, friolento, nebuloso, hubo ayer, día de carreras en el Hipódromo de Viña del Mar. Era un bello tiempo otoñal, propicio a los *sportsmen* que hubiesen deseado ir a la vecina ciudad.

Aquí todo estaba como en día de fiesta. Los bancos, cerrados; los miembros del comercio, la mayor parte allá. Y con todo, la fiesta hípica no estuvo como era de esperarse. La concurrencia fué harto escasa. ¡Vaya si sería pobre cuando no había todo el plácido concurso de hermosuras que en otras ocasiones ha enflorado aquel lugar! Y la mujer en casos tales es de necesidad; sí, de necesidad, para todos los que no van tan solamente a apostar unos cuantos duros confiados en los cascós de un caballo.

Y después, la mujer está ante todo.

Recuerdo a este propósito un cuadro de género, muy conocido. En primer término, una victoria, flamante y charolada, sobre la cual se yerguen todas garridas, todas parisienses, dos elegantes damas. Más allá la muchedumbre; por último, esfumados en tonos opacos, en el fondo, resaltan apenas las gorras de los jockeys y las cabezas de los potros, en un handicap vertiginoso.

Viña del Mar, ayer, a pesar de todo, tuvo animación.

Es un hecho que los amigos del sport son muchos entre nosotros. Hubo verdaderos partidos, apuestas considerables y triunfos alegres.

A propósito de carreras, del sport en general, es de aplaudirse y digno de llamar la atención el entusiasmo que se ha despertado por él.

Las carreras a caballo y a pie, los clubs gimnásticos, todo esto que da a entender que no se deja a la buena de Dios el cultivo del cuerpo y que no tienen ocupados los cerebros generalmente tan solo números, dudas o sueños, que es peor, va adquiriendo auge.

El montar bien a caballo es algo bello. Es cierto que se necesita gallarda apostura. No obstante, es un hecho que no está en el buen cuerpo y buena cara ser buen jinete.

Entre todos los animales, el que tiene mejores disposiciones para montar a caballo, después del hombre, es el mono.

El jockey escogido tiene algo de especial, en cuanto a la vista. Me refiero no sólo al jockey del Hipódromo sino también a esos maravillosos jinetes que hacen cosas casi inverosímiles en los circos.

Recuerdo haber gozado bellamente con los ejercicios atléticos del circo de Barnum, ese rey de los espectáculos que tiene trono en Londres y en Nueva York y que ha paséado su procesión de maravillas por las más grandes ciudades europeas y americanas.

Barnum, que como sabemos anda a caza de todos los prodigios, tiene en mucho los de la fuerza.

El ha exhibido al hombre que jugaba con balas de cañón como con naranjas; que rompía un guijarro como quien descascara una nuez, y a los que hacían de púgiles en fiestas que recordaban las romanas.

Luego ha formado bajo sus carpas gigantescas, facsímiles de las antiguas cabalgatas regias, de las históricas procesiones

de que hablan los viejos libros de escritores como Jenofonte, el de Efeso.

Barnum ha hecho dar vueltas en su circo neoyorkino a algo así como aquello que recuerda Ateneo, en Alejandría, donde dice que iban por la calle perros de la India e hircanos, hombres que llevaban árboles, fieras y aves, papagayos y faisanes en jaulas, bueyes indios, osos blancos, rinocerontes, leopardos y panteras. ¡Cosa común en Barnum Circus!

Procesiones gigantescas y llenas de todos los lujos orientales y legendarios; elefantes, leones, todas las fieras, todos los hombres de lo antiguo, y de entre éstos los más fuertes, renovados, eso da Barnum.

Da a ver el famoso empresario algo que bien puede ser un recuerdo de los viejos atletas, de los luchadores de la epopeya. Bien podía inspirarse ahí Alma Tadema, tomar del natural todas esas escenas en que huelga su pincel arcaico y correctísimo, cuando tras pintar la enseñanza del hijo de Clodoveo se ha dado a buscar temas, para gloria de la Real Academia de Londres, en las edades griegas, cuyas gentes, costumbres e ideas comprende a maravilla hasta hacerlas brotar de la tela que colora su admirable paleta, mina de iris.

Lo que se nota en todas partes, respecto a lo que se ha dicho sobre fuerza, es la preponderancia de otras naciones sobre las latinas. Por ejemplo, Alemania, Inglaterra sobre todo.

¡Qué cambio! La raza latina de antes, tan vigorosa, tan atlética, tan llena de pujanza, y la de hoy tan canija, tan debilitada, tan sin músculos, toda entregada a utopías, toda dolorosa, toda decadente.

Porqué —¡Dios santo! — vamos quedando con nuestro modo de ser amenazados por la raza férrea anglo-sajona, al menos en América, raza que ha hecho de sus puños martillos, que habla una lengua férrea también, ruda, erizada, rápida y casi eléctrica.

*

Es en esas naciones sajonas donde se ha dado vida al moderno gimnasio.

El gimnasio es hermoso. Está primero en él el brillar aristocrático, donde no tan sólo se hace rodar la bola de marfil

con golpe hábil, sino que se da a los brazos fuerza con el ejercicio, robustez y soltura; está el trapecio: ahí todo el cuerpo tiene obra; están las paralelas, y sirven de gran cosa, pues que colgados de las manos los ejercitantes, en empujes de gimnasta, en esfuerzos de atleta, se alivianan el pecho, dan movimiento vivo a las coyunturas. Las argollas: allí los brazos lo hacen todo, las manos están firmes en el hierro y el resto del cuerpo gira y se mueve.

La humanidad nueva que desea el poeta yanki Walt Whitman será dueña de la fuerza, robusta y fragante por el gimnasio. (73)

¡Será una verdadera generación!

*

En Grecia tenían sus coronas, sus triunfos, los reyes del músculo, los fuertes hombres de la lucha, los vencedores en espléndidos desafíos.

Luchaban, luchaban, y tras los esfuerzos tenían los diti-rambos, los coros poéticos, los amores fáciles, las alabanzas por todos lugares. Eran los discóbolos, los que se armaban el brazo con el cesto, o los que manejaban una cuadriga fogosa y humeante, llenos de fama como un filósofo, o como un escultor, o como un poeta. Con las mujeres se llevaban la palma esos nervudos.

Y luego, en el descanso, tenían besos, caricias, y apuraban para refresco del paladar y satisfacción de la garganta y gusto del pecho y gloria de la cabeza, vino parecido a aquel que en una gruta bronca y bella, áspera y poética, donde vivía Quirón y Dolo, centauros, obsequiaron a Alcides; envuelto en su piel rudamente aterciopelada de crines de león.

Ah, cómo era aquel Egón, por quien en su idilio cuarto pone entre tanta miel y lisonja, Teócrito, pedazos de mármol esculpido.

Egón que un día devoró ochenta tortas, era el azote de los atletas, y llevó en obsequio de Amarilis, blanca y cándida niña, un toro asido por la pezuña.

Y luego que el formidable hombre le traía de la selva arrastrando, el casco en el puño, todas las mujeres reían al mirarle.

*

El cultivo del cuerpo, gran cosa.

Oh, tiempos viejos, y qué distantes andamos de aquellos en que en Grecia, tierra poética, hablaban los dioses a los hombres porque eran dignos de ellos; tiempos en que el ser humano subía, y lo ideal se realizaba, y el himno era justo y a veces escaso, y el poeta tenía para sí la inspiración y el púgil la carne!

Entonces había corazas que para ellas el pecho del más grande de los hombres de este siglo sería el de un niño; vasos como el de Néstor que no lo alzarían tres hombres de ahora; escudos como el de aquel héroe iliádico, hechos con siete pieles de buey; luchadores homéricos que herían a las diosas vertiéndoles la «blanquecina sangre», según el exámetro sonoro; cuadrigas como relámpagos, conducidas por aurigas como semi-dioses.

¡Sí, aquellos tiempos pasados fueron mejores! Al menos no se padecían las neurosis de estas épocas, las enfermedades del espíritu como la duda y las del cuerpo como la tisis y el histerismo, tal como las conoce y estudia la medicina contemporánea.

Tuvo Grecia—y luego Roma, la reina del mundo—aquellos gimnasios únicos, históricos, ejemplares, material hoy de las ciencias, tema siempre de la poesía.

Eran grandes sus locales, tan grandes como para contener lo que hoy no cabría en el más espacioso teatro del mundo.

Gimnasios eran en que espíritu y carne tenían cabida.

Bien podía existir el disco junto al diálogo, el forzado luchador junto al sabio.

El retórico explicaba, daba su luz, esparcía su palabra, su enseñanza; el viejo amante de la sabiduría sembraba el grano espiritual, prodigaba lo que concebía; reunidos todos los sedientos de su palabra, la daba toda, y del recinto salían gozosos los que se abrevaban de aquéllos labios, fuente deleitable de saber profundo.

Y estos mismos eran de los que, bellos mancebos al modo de Alcibíades, tras la enseñanza del alma buscaban la salud y fortaleza corporales.

Tenían ahí mismo los discos, los encuentros gímnicos y bregas gallardas; algo como el pelotaris eúskaro de nuestros días, y luego el descanso.

Casi siempre el agua después, las abluciones, ciertas sumergidas en pilas de todos temples.

Refresco y limpieza después de las agitaciones.

Así se concurría a la palestra primero, después al baño.

¡La palestra! Nuestra gimnasia moderna no tiene nada que se acerque a los cinco ejercicios griegos, que inspiraron a muchos poetas y fortalecieron a muchos héroes.

Era el primero el salto, algo así como nuestros modernos saltos de trampolín; luego, la carrera, la carrera a pie, sueltamente, sin traba alguna, a no ser que fuese la ley de las piernas ágiles, ley épica, por la cual el gran Homero llamó por elogio y gala al garboso y valiente Aquiles, «el de voladores pies», porque Aquiles al andar volaba.

El disco venía luego, en el cual ejercicio eran tan gallardas las posturas que los escultores las inmortalizaron gloriosamente.

Así Mirón, merecedor de los epigramas de Anacreonte, dejó su discóbolo famoso para deleite de los amantes del arte primitivo y de la belleza franca y naciente, ya con forma en el mármol, en el marfil y oro antiguos, o en los más hermosos granitos y crisofasias.

Los flecheros venían después, admiradores de Diana, la virgen cazadora, y de Febo, cuyos dardos vuelan al comenzar la Ilíada, por causa de Cresias, el sacerdote.

Por último el choque de los pechos, el forcejear brazo con brazo, las rápidas zancadillas, los apretones en que crujían las junturas de los huesos, la lucha, en fin, enseñanza del soldado, gala del joven bizarro, que al lanzarse a ella en la palestra se ungía con aceite, era saludado por los untadores y salía luego al encuentro del contrario estirándose la piel y poniendo en juego las muñecas.

Sobre todo, recordemos a Esparta. ¡Esparta! Ahí Licurgo y todo lo bueno de su tiempo; ahí el valor legendario, refranescó, y ahí... ¿qué más, Arsenio Houssaye, que eres tan *espartano* como Paz, el argentino, como Gautier, como Lord Lytton Bulwer, como otros así? En Esparta, en fin, estuvo Elena, que era a quien yo quería llegar ya que me he engolfado en estas garrideces del cuerpo, de ejercicios de la carne en actividad, de todo lo que puede contribuir a la belleza en la mujer sin afeite y al valer y vigor en el hombre, todo en sí mismo.

Allá la mujer aprendía a ser madre no tan sólo en alma sino en cuerpo. Se ejercitaba en los gimnasios como los varones, y era aplaudida. Lograba mayor hermosura, disputaba

el premio, y ensanchaba el pulmón y la cadera. Hombres y mujeres iban a las palestras desnudos. Ahí toda mirada sensual era apagada y todo apetito aherrojado en tanto reinaba la fuerza natural, y esto no lo digo yo—¡que soy pagano!—, lo dice el Arzobispo inglés Potter, con serenidad y donosura. Quizá parecerá raro que las mujeres se mostrasen así en público; más se tenía toda la modestia del caso, y no había licencia. Era aquel modo de conducirse a propósito para no despertar pasiones ni deseos, y ellas iban deseando las propias recompensas para los mancebos.

Puede recordarse a Paris, que por boca de Ovidio habla a Elena en una epístola. Mas es preciso trasladarse a aquella edad, ir a aquellos tiempos en que el hermoso «humano» estaba divinizado casi, y en que los poetas juntaban en los himnos a los atletas y a los dioses.

Hay dioses atletas. ¿Y Hércules?

Hay dioses flecheros. ¿Y Apolo y Vesta?

Cástor y Pólux, luchadores, eran semidioses.

Y eso hasta en el modo de andar—*incensu patuit dea*.

Los gimnastas eran entre los griegos tan apreciados como altas personas y gente de valía.

Timonax, maestro en gimnasia, mereció que Anacreonte escribiese, para una herma o monumento que colocó en la puerta de su establecimiento, un epigrama.

Ahí lo leían los que pasaban, y por el verso del poeta sabían la gloria del gimnasta y rogaban a los dioses por él.

Bien hubiera a la sazón Olimpia, lugar de los juegos principales!

Los juegos olímpicos y los píticos produjeron los cantos más famosos.

Píndaro, que compuso bellos peanes, lindas estrofas, soberbias odas para coros de doncellas, para danzas líricas y hermosas, dió también sus elogios en versos áureos a los púgiles vencedores, a los cocheros triunfantes, y así celebró su hazañas a pleno entusiasmo.

Cantó a Asópico, niño de Orcomeno, y digo niño, pues cuando mereció por vencedor en el estadio los cantos de Píndaro era un sonrosado efebo el hijo de Cleodamo.

Celebró a Jenofonte, hijo de Tésalo de Corinto, quien en el pentatlo dió honra a su abuelo Pteodoro, y tuvo agilidad en la carrera, y mereció aplausos y vítores. Y a este Jenofonte

llama Píndaro—¡épico adjetivo!—«alígero» porque en el estadio logró victorias por su velocidad.

Fué ceñida su frente con apio en Nemea, donde se amaban las buenas cosechas y se temía al rugiente león.

Bien lo merecía Jenofonte, hijo de quien había sido aclamado en los ejercicios Elocios dedicados a la gran Minerva, y coronado en Atenas tres veces.

Cantó el lírico, además, a un buen ciudadano de Himera—por ser en tal ciudad vencedor—, cuyas piernas eran tan ágiles que vencían a muchos otros en la carrera larga, y cuya cabeza revolucionaria le hizo huir de Creta al país sículo.

Este fué Ergóteles, y fué famoso, y tuvo hasta estatua, en Himera, en el bosque de Júpiter.

¿A quién más? Ensalzó al hijo de Arquestrao que de joven tenía puños robustos y contundentes, y gozó cierta victoria ciñéndose lauros tempranos. También dió su alabanza poética a Efarmosto—cantado por Arquíloco—, gran hombre de lucha, fuerte y casi sin rival, y a Arcimedonte y Timóstenes, con su hermano Melesia, untador; y a todos lauro y a todos verso rítmico, sonante y lisonjero.

Pero más que a éstos, más que al púgil Diágoras de Rodas, a quien escribió estrofas que se grabaron áureas en el templo minervino, en lisonja de quien fué nieto de reyes; más que al siracusano Agesias que tuvo sagrado sacerdocio en honor de Júpiter, más que a Saumias, dos veces triunfador, con corceles y mulas, ceñido con la oliva de Pisana, más que a Terón, radiante de victoria en la fiesta teosenia, más que a otro alguno, celebró a un rey *sportman*, como se diría ahora, a un rey que gustaba de guiar corceles y correr en carros; que tenía por agradable que el viento le extendiese la cabellera y el manto; que le salpicase polvo olímpico alzado por el casco del bruto o por la rueda de la carroza; y que los poetas a quienes amaba y protegía de veras, le diesen sus odas y sus gracias magníficamente. Ese monarca era Gerón de Siracusa. Rey a quien Teócrito dedicó uno de sus mejores cánticos; rey a quien loó Píndaro por tantas razones, vive ahora, vivirá siempre. Vive, como todos los protectores del arte del talento, en las espigas de luz que les produjo el grano de oro que sembraron.

Así era en Grecia el cultivo del alma y el del cuerpo.

¡Y hoy!

La gimnasia moderna es especuladora; el sport no tiene, viéndolo bien, sino el mérito y atractivo de las apuestas. El jinete es una máquina.

En los circos el caballero azota a su cabalgadura y rompe aros de papel haciendo visajes o saludos extravagantes.

Todo está profanado. ¡Oh!, los caballos blancos en grupo, los carros tirados por bestias casi divinas, las buenas cosas viejas, las hermosuras clásicas!

Edmundo de Goncourt creó sus *Frères Zemganno* tras un estudio maravilloso y rarísimo. Es el estudio del gimnasio y el estudio del circo, al par que el estudio más psicológicamente triste que se puede imaginar.

Dos gimnastas, dos hermanos que hacen pruebas juntos, que se aman mucho y que saben su arte; que aprecian cada torsión, cada descoyuntamiento, cada curvatura, cada salto, cómo deben, mueren en su oficio. La obra es magnífica.

Amad de lejos, tened, si no amor, estimación, oh, todos los que me leáis, por esos pobres errantes que hacen piruetas y se lanzan de un trapecio a otro y se visten de rojo y morado y verde y amarillo, con lentejuelas.

Por lo que a mí toca, siempre he gustado de todas veras de estos gimnastas vagabundos que he visto en tantas partes ganándose la vida, exponiéndola al azar de un aplastamiento o de un choque o de una caída de grandes alturas. He encontrado en ellos algo artístico y fabuloso, algo que llama el aplauso y pone viveza en la imaginación.

Luego admiro el vencer las dificultades de la fuerza, es decir, el poder hacer valer por cuatro el músculo que vale por dos; el poder hinchar con sangre y nervio y casi piedra el biceps raquíptico o flaco; el crear la gallardía de la forma donde pudiera reinar la anquilosis o la deformidad; y el ser gamos en la carrera, renos en el salto, monos en la elasticidad y leones con las manos que se toman nervudas garras. Es para mí altamente poético el bíblico Sansón que puede desgarrar mandíbulas de leones, donde después van las abejas a hacer sus dulces mieles.

En el actual sistema de educación que se sigue entre nosotros es de aplaudirse que se procure el ensanche de la fuerza física al par que el de las facultades intelectuales. Un gimnasio es tan útil a un niño que puede darle hasta la vida. Para la educación de hombres y mujeres es incalculable el

bien que produce. Después del libro el aro de goma, o el trapecio, o el salto. Así morirá la anemia en las niñas, que empiezan a recoger las rosas de la pubertad, y no saldrán hombres raquíticos ni neuróticos de entre aquellos adolescentes que se robustezcan en los ejercicios.

La mujer lo necesita. Bien han pensado las damas rusas que establecieron carreras en trineos en aquella nieve de su país, (74) manejando ellas los caballos encollerados, vestidas de colores vistosos, avasalladoras en su audacia.

Hagan las nuestras algo parecido. Dénse al trabajo gimnástico las delicadas.

¡Lirios pálidos! Sois así muy bellos; más ¿no es cierto que preferiríais ser como rosas, llenas de sangre, fragantes en su púrpura opulenta? Sí, y para eso ser menos latinas, menos soñadoras, o tener el sueño en español y vivir la vida en inglés o en alemán. *Lawn tennis, turnverein, turf, sport!* ¿No es así?

(«*El Herald*». Valparaíso, Abril 7 de 1888).

ECOS DE CHILE

INFORMACION

Señor Redactor de *El Diario Nicaragüense*.
Granada.

I

El Palacio de la Moneda será pronto ocupado por el nuevo Presidente. El resultado de las elecciones, como por los cablegramas deben saber los nicaragüenses, fué la victoria completa del partido gubernista. Quién afirma que los que rigen la cosa pública acuden al soborno, a la maledicencia, hasta al crimen, para conseguir el logro de sus propósitos; quién, que la oposición es harto descontentadiza y mentirosa; quién le niega al señor Santa María hasta sus dotes intelectuales y su caballerosidad, como nada menos que don Zorobabel Rodríguez, y quién, por último, presagia la ruina completa del país, con la futura administración. (75)

Al extranjero le toca ver, oír y narrar.

Eso es lo que yo haré únicamente al dirigir a usted mi correspondencia.

II

Por hoy me circunscribiré a dar a conocer a los lectores de *El Diario* el personaje que ha de suceder al señor Santa María.

En todas las vidrieras y fotografías se mira hoy su retrato. Su fisonomía acusa inteligencia. Su vida es alta-

mente honrosa. Su tino en los negocios públicos se ha dado a conocer en diferentes épocas. Es, pues, un presidente futuro de quien hay que esperar mucho de bueno.

Quien lea la prensa opositora de Chile, fuera de Chile, admirará la libertad de que aquí se goza. Al señor Santa María y al señor Balmaceda les han dedicado páginas idénticas o semejantes a las de nuestro famoso republicano. Sin embargo, hay órganos de la oposición, como *La Unión*, redactado por Rodríguez, que hieren clara y llanamente, con la habilidad de un floretista insigne. ¡Ya lo creo que lo es don Zorobabel! Todos los periódicos opositores, como es natural, han atacado rudamente a Balmaceda.

III

El señor don José Manuel Balmaceda es un liberal rojo. De niño mamó el conservantismo. Víctor Hugo tuvo su seminario de nobles. El, también. El gran francés deificó a Voltaire. Balmaceda, en mil ochocientos cincuenta y tantos, publicó su primer folleto de la reforma. Ha sido enemigo acérrimo del ultramontanismo, y lo es, lo cual no impide que se codee, y trate arduos asuntos de Estado, con el sacerdote ilustradísimo y franco, don Francisco de Paula Taforó.

El partido liberal, que es el que ahora está en el poder, aunque menoscabado, pues muchos de sus importantes miembros se hayan ya unidos a la oposición, cuenta con un firme apóstol en don José Manuel.

IV

Balmaceda es periodista distinguido, orador parlamentario y político avisado.

Sus primeros discursos fueron oídos en el *Club de la Reforma*.

El ilustrado escritor señor Pedro P. Figueroa me ha suministrado estos datos.

Al hablar del cambio de ideas del señor Balmaceda, de su pasada deserción, si se quiere, de los reales aristócratas y teocráticos a los liberales, dice dicho señor: El no ha desertado de las filas de un bando que lo educara, sino que convencido de lo funesto de la enseñanza que había recibido, buscó

en el estudio de los grandes hombres y las nacionalidades célebres del mundo democrático, la verdadera fórmula del progreso político liberal. De ahí su republicanismo puro y abnegado.

V

Nuestra figura en cuestión es uno de los acaudalados capitalistas del país.

Hace poco tuve el gusto de conocer Viña del Mar, preciosa población de *chalets*, quintas y palacios de hadas; el Versalles chileno, como le llaman. Allí está la preciosa propiedad del señor Balmaceda, digna de un lord inglés o de un visir oriental. Hay que advertir que el dueño, muy honradamente, ha ganado sus pesos con trabajo y constancia.

VI

Un tiempo, sus padres, nobles señores chapados a la antigua, con altas ejecutorias y grandes preeminencias, y sobre todo, católicos puros, quisieron que llevara sotana, que se hiciese cura. Ahí tiene usted al joven discípulo y seguidor de aquel hombre relámpago que se llamó Francisco Bilbao, embebido en las obras de escritores como los de la Enciclopedia. ¿Vestir sobrepelliz y cargar sombrero de teja?... ¡Era imposible!

Demás está decir que don José Manuel Balmaceda desobedeció el paterno mandato, a pesar suyo.

VII

Demos un gran salto.

Helo ya ministro de Relaciones Exteriores.

Allí es, allí en el Gabinete, donde ha dado a conocer sus talentos y habilidades. Siempre es, claro, apóstol infatigable de sus ideas, como en la tribuna del Congreso, en la oficina de *El Diario* y hasta en su escritorio de comerciante.

Reforma y más reforma: he aquí su credo. Adelante, adelante y al vapor.

Como orador parlamentario le critican.

Dicen que es brillante, pero hinchado.

Yo no lo he oído nunca. Pero he leído algunos de sus discursos, y me parece algo injusta la censura. Lo que hay es que tienen ellos cierta elocuencia tropical, por decir así, que no gusta a los que quieren el grano puro, sin hojas.

En suma: es ampuloso, pero claro.

VIII

Se cree que cuando suba el señor Balmaceda se irá aún más adelante en asuntos de reforma.

«¿Aún más adelante?»—preguntará, asombrado, quien sepa hasta dónde se ha llegado aquí en esas materias.

Sí; aún más adelante.

Y sépase que aquí hay tolerancia de cultos, matrimonio civil, secularización de cementerios y otras lindezas más.

Pero ¿qué se espera entonces?

La separación completa de la Iglesia y del Estado. Lo que no han logrado naciones cultas en la misma Europa.

«Indudablemente—dirán ciertas gentes de mi tierra—, en Chile va a llover fuego.»

Sin embargo, en Chile es donde he visto frailes de todos colores y tamaños, procesiones como las nuestras, dinero del Papa, templos riquísimos, congregaciones y hermandades, etc., etc.

Item más, el clero de Chile tiene ganado mucho terreno, y hay sacerdotes ilustradísimos que redactan diarios como *El Estandarte Católico*, con otros tantos *ítems* más.

El pueblo chileno es religioso, muy religioso.

No obstante, los reformadores persiguen sus ideales, y uno de tantos ha sido la elevación al primer puesto de la República del señor Balmaceda, de quien se esperan grandes disposiciones.

El señor Santa María baja con rencores, con odios, hasta de muchos que antes se llamaban sus amigos.

Pero si él cree que ha cumplido con su deber, ¿qué le importan?

IX

En el Congreso se debate actualmente la cuestión monetaria.

La nación, que atraviesa por una crisis si se quiere universal, espera de los padres de la patria el remedio del malestar económico. Ya comunicaré a usted el resultado de las varias proposiciones que ha presentado el Gobierno al criterio de las Cámaras.

X

Se trata de reformar los artículos de la Constitución que se refieren a la elección de presidente en la República por el voto directo. El primer proyecto es el del famoso jurisconsulto don Jorge Huneeus; el segundo, del tan conocido entre nosotros don Clemente Fabres. Me daré el gusto de ocuparme detalladamente de los resultados en mi próxima correspondencia.

X I

Por motivos de salud, se halla hoy en Valparaíso el señor Presidente Santa María.

Ha llegado y está también en Valparaíso el célebre doctor Fort, autor de obras de medicina que se estudian aquí mismo y creo que en Nicaragua. Ocurrió un caso que demuestra lo bragados que son estos chilenos. En todos los exámenes presentóse el doctor para incorporarse. En el primero quedó mal; en el segundo, mal; como médico, mal; y como farmacéutico y como cirujano, ¡mal!...

¡El doctor Fort!...

Un corresponsal de *La Unión*, Juan de Santiago, pinta el caso divinamente.

Algunos creen que hay algo de injusticia.

Pero dado que entre los examinadores había hombres como el Dr. Valderrama, no puede creerse sino que el Dr. Fort escolló contra semejantes promontorios. ¡Qué tal! Por fin fué incorporado con un voto en contra.

X I I

A propósito de Valderrama, concluiré con palabras suyas. Hace poco se debatió en las Cámaras el proyecto de vacunación obligatoria. El señor Sanfuentes, senador por Valdivia, se oponía a dicho proyecto, porque consideraba dañosa la

transmisión del virus de brazo a brazo, por las enfermedades que se podían contraer. Valderrama habló muy lucidamente (como siempre), y concluyó con estas palabras, que dan a conocer al médico-senador: «El señor senador por Valdivia, rechazando tenazmente la vacuna humanizada, cree que estará libre de todo peligro con la inoculación del virus vacuno; pero su señoría no ha tenido presente que también los animales pueden contraer enfermedades. Y yo, puesto en el caso de un peligro de sífilis por vacuna humanizada y el de una tisis tomada de animal con tuberculosis, prefiero lo primero: con sífilis puedo vivir, y de ella puedo sanar; de la tisis, no.»

Valparaíso, 15 de Julio de 1886.

(*Crónica Política*)

BALMACEDA, EL PRESIDENTE SUICIDA

En la historia de nuestro Continente, una de las páginas más trágicas, más sangrientas y de mayor enseñanza para el porvenir, será la que se refiere al Presidente suicida, el chileno Balmaceda.

En otra ocasión escribí estas palabras respecto a este extraño personaje: «El Presidente Balmaceda, *at home*, sería un tema digno de un Conde Paul Vasilli. Habría mucho que decir de ese hombre superior, jefe de una grandiosa nación y de una noble y ejemplar familia. El señor Balmaceda, personaje de rara potencia intelectual, además de las dotes de gobernante que posee, es un literato y orador distinguido. Sobre todo en la tribuna, donde ha triunfado más en su vida pública. Su voz es vibradora y dominante; su figura llena de distinción; la cabeza erguida, adornada por una poblada melena, el cuerpo delgado e imponente, su trato irreprochable, de hombre de corte y de salón, que indica a la vez al diplomático de tacto y al caballero culto. Es el hombre moderno». (76)

Tal era el pobre y desgraciado jefe del caído Gobierno de Chile. Recuerdo la primera vez que le ví. Era en su mansión de Viña del Mar, en el precioso *chalet* donde pasaba las temporadas de verano. Presentado a él por su hijo el bri-

llante y malogrado *A. de Guilberti*, tuve la honra de sentarme a su mesa. Estaban allí su madre, una anciana y venerable dama; su esposa doña Emilia Toro, nieta del señor Toro Zambrano, conde de la Conquista; sus hijos y dos amigos íntimos, hoy el ilustrísimo señor Obispo Fontecella y el afamado general Cornelio Saavedra, pacificador de los indios araucanos. En la mesa era la voz del Presidente la que se oía sobre todas, en los mil giros de la conversación. Balmaceda poseía ese agradable chisporroteo de los buenos conversadores y cierta delicadeza de perfección y de juicio casi femenil. Al instante se advertía que de continuo está en tensión el cordaje de sus nervios.

Estaba organizado de tal manera, que sus enemigos, al principio de la terrible guerra, llegaron a señalarle como un caso de alienismo histórico, un ejemplar digno de Lombroso o de Maudsley. Acusábanle de extremadamente orgulloso. El tenía conocimiento de su propio valor. De allí que dejase ver ciertos relámpagos de vanidad. Sus detractores, en medio de la tormenta revolucionaria, hasta le colocaron entre los grandes bandidos, cometiendo con ello una amarga injusticia. Balmaceda, confiado o engañado, olvidó que estaba su gobierno entre dos fuerzas, si en todas partes incontrarrestables, en Chile terriblemente arrolladoras: arriba, el millonario; abajo, la masa, el roto. El millonario, es decir, la potencia principal en aquella sociedad aristocrática y opulenta; el roto, es decir, un elemento ciego, cruel, desbordado, esa indómita cruz de potros españoles en vientres de Arauco, según la frase de Vicuña Mackenna.

En 1852 escribió Santiago Arcos a Francisco Bilbao, respecto a la aristocracia chilena: «Los descendientes de los empleados que la corte de Madrid mandaba a sus colonias y los españoles que obtuvieron mercedes de la corona; los mayordomos enriquecidos hace dos o tres generaciones y algunos mineros afortunados, forman la aristocracia chilena: los ricos. La aristocracia chilena no forma cuerpo como la de Venecia, ni es cruel ni enérgica como las aristocracias de las Repúblicas italianas; no es laboriosa ni patriótica como la inglesa, es ignorante y apática y admite en su casa al que la adula y la sirve. Ha tenido sus épocas brillantes y algunos hombres de mérito: Argomedo, Camilo Henríquez, Rodríguez, los Carreras, O'Higgins, Vera, Freire, los Egaña, don Diego

Portales, Salas y el presidente Montt; son sujetos todos apreciables y que hubieran figurado dignamente en cualquier país en sus respectivas carreras». (77)

Ahora bien; esa aristocracia, en pasados tiempos, fué la que, unida con San Martín, hizo a Chile independiente.

Hoy, con mayor vigor y poderío, ha apoyado a un Congreso opuesto al Ejecutivo; ha halagado al bajo pueblo, ya inficionado con virus socialistas y de revuelta; al extremo de dar en la América del Sur el espectáculo de desastrosas huelgas, y ha vencido después de inundar al país de sangre.

Balmaceda, visionario, creía, quizá porque defendía la ley, que el triunfo sería suyo, sin advertir que sus soldados estaban con la vista fija en el bando opuesto, aguardando el instante de la traición. Entretanto, por cada puerta de los palacios de Santiago, salía a cada momento una maldición, un aliento de odio para el jefe de la Moneda. El delicado y nervioso presidente tiene necesidad de mostrarse terrible, y emplea el atroz expediente del terror. Las mujeres le insultan. Se arrojan a su morada bombas de dinamita. Parientes, amigos antiguos, jefes antes leales a su Gobierno, todo está en la oposición. A su lado no permanece sino uno que otro fiel, como Julio Bañados, joven y dotado de fogosos y peligrosos entusiasmos. En sus filas hay algunas buenas espadas. Están Alcérreca y Barboza. Estos generales, hasta el último instante, mandan, luchan; y, finalmente, al perderse toda esperanza, se hacen matar por las descargas de la revolución. Los ministros caídos, los principales balmacedistas, logran escaparse. Balmaceda se ve solo, no puede huir y se refugia en casa de un diplomático. Días enteros está encerrado, sin comunicar con nadie, sin hablar una palabra en su muda desgracia, solo con sus sufrimientos; pobre capitán náufrago, abandonado y aterrado por la tempestad. Luego ¿juzgaríase culpable, se acusaría ante su conciencia, formaría en su espíritu el terrible proceso? Es el caso que emprendió el viaje de la muerte. En Roma, Torcuato Ostorio Vastino, se suicida, al oír la tremenda palabra tribunicia. Balmaceda, ¿escucha únicamente la interior voz de su alma, o, como Veto, sabiendo que ha de ser víctima próxima, se anticipa a sus verdugos? El presidente gentilhomme, acaba como Nerón, el César neurótico. Y mientras se entierra su cadáver—y con él, ¡ay!, tal vez el de la democracia chilena—,

espera América toda el momento en que, por necesidad fatal aparezca, tras los conflictos que traerá el gobierno de muchos, tras los antagonismos y los celos, la espada en el solio, el militarismo, la tiranía, en el noble y bello país que fué modelo y gala de las naciones hispano-americanas.

(Crónica Política)

LA OBRA DEL POPULACHO

Malas noticias traen los diarios respecto a la República de Chile. Parece que por todas partes, hasta en los países mejor organizados y más cuerdos, se dejase sentir un viento de tempestad, un virus de desconcierto, una epidemia maldita. ¿No nos ha asombrado el cable hace poco dándonos la nueva de las recientes conmociones políticas de Suiza?

Lo de Chile causa una dolorosa impresión. Porque mientras ese pueblo se alistaba y trabajaba para las próximas elecciones; mientras se daba al mundo el espectáculo duro, pero fructífero, de un antagonismo viril y de grandes trascendencias, entre el Gobierno y el Congreso, ha brotado, allá en lo de abajo, en medio de la inconsciente y ruda muchedumbre, una onda de perversidad que ha impulsado al crimen y al pillaje.

Los principales centros comerciales de la República han presenciado las mayores iniquidades y desconciertos: Iquique, tan floreciente y rica por sus salitreras; Antofagasta y el primer puerto del Pacífico en la América del Sur, Valparaíso.

En esta última población los excesos han sobrepasado a toda ponderación. Ha sido una pequeña Commune. ¡Cuánto mal están haciendo los apóstoles de falsas doctrinas económicas! El ejemplo de las huelgas, que si tienen razón de ser en lugares donde el trabajador se convierte en paria, son absurdas en países como Chile, donde, si es cierto que la división de clases sociales está bien señalada, el obrero y el trabajador gozan de ventajas y de poderes que ya llenarían de orgullo a obreros y trabajadores de otras naciones.

Y hoy en Valparaíso ha habido que emplear las armas del Gobierno contra el pueblo. No se había vertido sangre chilena por soldados chilenos desde la famosa revolución de

Pedro León Gallo, aquel glorioso amigo del pueblo que hizo acuñar la plata de sus minas para darla a sus bravos seguidores. Chile, antes y después de la guerra del Pacífico, sólo ha pensado en engrandecerse por su industria y por su trabajo; en ser fuerte y señalada como la mejor de las naciones de la América Latina, por la seriedad de sus instituciones gubernativas; en estar siempre lista, con sus soldados potentes o con sus rotos y sus huasos, para defender la integridad nacional y sacar de las batallas siempre triunfante el pabellón de la estrella. Ha ensanchado y robustecido su Armada; sus marineros llevan sus buques a las más apartadas regiones; está en todo progreso; la *Abtao* junta su nombre a la gloria de *Peral* y *Limpsa*, y llama la atención de Europa; ha convertido sus inmensos e inagotables tesoros de cobre y de carbón en millones acuñados; ha cultivado sus viñas hasta hacerlas producir vinos que desafían los mejores Borgoñas; ha llenado su tierra de trigo para que hasta los más miserables coman pan; se ha vestido una malla de ferrocarriles; ha levantado soberbios edificios en las ciudades, y monumentos conmemorando a sus hijos ilustres; no sólo a sus ilustres hijos: Bello, extranjero, que le dió Códigos y luz, tiene estatua; Whealright, extranjero, que le llevó el primer rail, tiene estatua; Nelson, extranjero, que peleó por ella en sus barcos, tiene estatua; (78) ha creado fábricas donde se construyen desde las más sencillas herramientas hasta las más pujantes locomotoras; gran número de vastas carpinterías, carrocerías, panaderías, etc.; Valparaíso es una inmensa colmena que hace sus labores a la orilla del mar. El que estas líneas escribe no puede menos que guardar en su alma, con vanidosa gratitud, el recuerdo de los buenos y entusiastas trabajadores porteños. Una noche la Liga de Obreros de Valparaíso despedía al humilde poeta, al amigo periodista que les había aplaudido y alabado en el diario. Local hermoso, música alegre, gente afectuosa y honrada, mesa digna de Lúculo. Ha conseguido crear lo que es glorioso y harto difícil de crear, ¡ha creado un pueblo! Y no es ese pueblo, no, valiente y noble, quien incendia, roba, viola y asesina. ¿No recordáis el trueno de Víctor Hugo al comenzar la *Leyenda de los siglos*? Quién hace eso es el populacho. El ciego dragón de cien cabezas se encapricha un día; quiere mayor jornal; lo quiere en plata o en oro; ¿no es así? Pues al incendio, a la matanza o al saqueo; ¡muera

la propiedad! Eso acaba de suceder en Valparaíso. Hay en esta gran ciudad marítima mucho comercio, crecida industria grandes talleres, maestros.

En la fiesta de despedida a que he aludido, yo tuve la satisfacción y agradecimiento patriótico de ver en los trofeos de las paredes, junto a galante e inmerecida alusión, enlazada con la victoriosa bandera de Arturo Prat, nuestra azul y blanca bandera centroamericana.

Hablaron los obreros sin pompa, pero con franqueza y sinceridad, y cuando nombraban a la democracia, lo hacían con voz alta y llena de fuego. Dignos, orgullosos y satisfechos de su labor estaban esos hombres de los talleres. Y no pueden ser ellos, los sostenedores del partido democrático, los miembros de la copiosa y rica Liga Obrera, los que han impulsado a los canallas a cometer crímenes e infamias.

Eso es obra de locos corrompidos: llevar las turba a que despedacen las puertas de los almacenes, y roben primero, y lo den todo al fuego después; conducirles a las tabernas y bodegas para que se emborrachen y así redoblen sus inmoralidades. La muchedumbre va por la calle gritando, amenazante, beoda, brutal, feroz. Suenan golpes de hacha, gritos de ¡socorro!, detonaciones; quedan donde quieran sangre y cadáveres; un bandido entra a una casa, ve a una niña bella, se enciende en llamas malditas y corre sobre la inocencia; la niña huye, salta por un balcón a la calle y queda en el instante muerta. Esto y mil cuadros terribles más ha visto, hace tres meses; la pacífica y grandiosa ciudad de Valparaíso.

Concluiré con tus palabras, ¡oh divino y formidable pensador!: Puede la multitud arrojar llamas augustas; pero, sin soplar una ráfaga de viento, de improviso, verse descender de lo alto del honor virgen a lo más profundo de la cloaca, la muchedumbre, huérfana, grande y fatal; y esta Juana de Arco se convierte en Mesalina.

(Crónica Política)

A. de Gilbert

I

A. DE GILBERT

Ayer mañana al ver llegar al mozo que trae a la hacienda la correspondencia, he tenido un fatal presentimiento. El día gris y triste quizás, o misteriosas relaciones psíquicas, habían puesto en mi espíritu como una desolación vaga y extraña. Al abrir un paquete, encontré un telegrama que causó en mí dolor y estremecimiento. Mi amigo el viejo poeta Cañas, me comunicaba que allá en Chile había muerto un amado compañero de trabajo, un hombre joven y brillante que fué mi fraternal amigo, Pedro Balmaceda; en el mundo de las letras A. de Gilbert. (80)

Dejo por hoy mis cuadros, mis impresiones de campo, para consagrarme al recuerdo de aquella existencia auroral desvanecida en el misterio. Aquí lloraré solo con mis recuerdos, entre el aliento de la floresta tropical, frente al océano azul, sintiendo de cuando en cuando el rugido sordo y hondo del Izalco que disuelve su nubazón plomiza en el viento. Yo en mi retiro meditaré de duelo.

Para que comprendáis la intensidad de mi pena, preciso es que tengáis en cuenta una amistad profunda y razonada, un mutuo comercio de ideas, una comunicación ardiente y viva de emociones estéticas, un conocimiento recíproco de nuestras dos naturalezas, un aliento siempre mantenedor de nuestras esperanzas. Esas fraternidades que las santas cosas del alma forman, son altísimas e incomparables.

A Balmaceda le conocí recién llegado a Chile, y fué de los primeros corazones que me hicieron endulzar la ausencia de la patria nativa.

Yo trabajaba en *La Epoca*.

Al hojear un día los diarios de la tarde, encontré en *Los Debates* un artículo firmado con un seudónimo que no recuerdo, artículo cuyo estilo nada tenía de común con el de todos los otros escritores de entonces. Era sobre la muerte de un romancero popular, uno de esos poetas broncos e ingenuos que florecen como los árboles salvajes, al sol de Dios y al viento que les acaricia. (81) No pude saber por de pronto quien era el autor de aquellas líneas deliciosas en las que la frase sonreía y chispeaba, llena de la alegría franca del corazón joven.

Al poco tiempo, Manuel Rodríguez Mendoza llegó a la redacción con Pedro Balmaceda. Presentaciones. Charla. Hablando de asuntos de letras, le comuniqué mis impresiones respecto al artículo aquél.

—¡Soy yo! me dijo, con una expresión de vanidad infantil, esa que excluye el orgullo necio y es límpida como el agua de una fuente montañera.

El era en efecto, quien había escrito aquellas páginas admirablemente concebidas.

En esto, las campanas de los cuarteles de bombas sonaron anunciando un incendio. Por las calles, pasaban coches a escape, bomberos de a pie, poniéndose sus cinturones o sus cascos de bronce. Una de las casas regias de la calle del Ejército Libertador, la mejor de Santiago, era devorada por las llamas. Yo tenía a mi cargo la crónica del diario, y pedí excusas a mi nuevo amigo, por tener que ir al lugar del suceso. Iremos juntos! me dijo. Enlazados los brazos, bajamos las escaleras. (82)

El tenía en su conversación mariposeos y transiciones. Había en esto mucho de mujer. A intervalos, la risa vibraba su diapason:—«Por mi parte, hombre, yo opino que es suficiente gloria para los hermanos Goncourt, haber sido los introductores del japonismo en Francia, haber dado la nota del buen gusto en los muebles y adornos de salón con plausibles resurrecciones de cosas bellas, y haber presentido a Zolá y el desarrollo de la escuela. Qué crees tú? Pero por lo visto, tu no te, fijas. Qué...! Escribiremos un libro hirviente titulado Champaña...» Y nos reíamos.

La impresión que produjo en mí el primer cambio de ideas con Balmaceda, fué viva, y hondamente sentida. Hablaba él con lenguaje claro y sus ideas estaban tan de acuerdo con las que yo alimentaba, que desde aquel instante una cadena íntima y radiosa unió nuestros espíritus. En mi memoria veo aun sus gestos convincentes que eran como un apoyo a sus razones. Dijérase que en veces con un movimiento vivaz y penetrante de malicia, subrayaba su frase, pronunciada con aquella voz suya vibrante pero opaca, como si estuviese la vocalización suavizada por una tela de raso. (83)

Conversamos largamente camino del lugar del incendio y ya estábamos cerca, en medio de la aglomeración de las gentes, frente a las llamaradas que se extendían sobresaliendo por las techumbres encendidas; y la cuestión literaria era el objeto de nuestra plática. Apenas si sentíamos los estrujamientos, el hablar confuso de la muchedumbre acompasado por la cadenciosa palpitación de las bombas, el estallido de los cristales en el fuego, el golpe de las hachas, la voz de las vocinas y clarines.

Desde aquella noche fué mi amigo A. de Gilbert.

A. de Gilbert... hasta hace poco he sabido (84) que ha existido un poeta francés del mismo nombre. La historia del seudónimo de Pedro os hará ver cómo fué adoptado por un simple capricho. Este simple capricho ha hecho que Balmaceda sea más conocido por su seudónimo que por su verdadero nombre. Al reproducir sus cuentos ha habido diario que recomienda «esos joyeles de uno de los mejores narradores de la Francia». Un crítico de la Habana aseguró que A. de Gilbert era un estilista modelo, y lo recomendaba a los escritores de allá. Oh, mi querido A. de Gilbert!

Una noche en *La Epoca* se trataba de poner una firma cualquiera a una crítica del Salón si mal no recuerdo, o a un cuento. Pedro Balmaceda, el autor, no quería aparecer en las columnas del diario, con su nombre. En la sala de redacción, iluminada por la claridad dorada del gas, nos encontrábamos, el director, señor Mac Clure, Rodríguez Mendoza, segundo redactor del Diario, y yo, que escribía la crónica del mismo. Aquellas cuartillas llenas de ideas y frases encantadoras, con un estilo que era una novedad, nos hizo pensar mucho en el seudónimo deseado. Mac Clure y yo propu-

simos varios, que a la postre no fueron admitidos. Por fin Rodríguez Mendoza, con una gran voz:

—Firmemos *Gilbert!*

Gilbert, por qué? En ese momento no recordaba yo sino un solo Gilbert, el célebre satírico del siglo XVIII. Y aquellas páginas nada tenían de satírico. Deseaba para pseudónimo de Pedro un nombre sonoro, una combinación lírica de letras que algo dijese de quien poseía una tan opulenta imaginación y títulos tan soberbios en la aristocracia del estilo.

—Gilbert a secas? preguntamos, como la Sapho de Daudet a su futuro amante, al comenzar la novela de su amor.

—Con algún agregado. Por ejemplo, *A. de Gilbert*. Este —dijo— es un nombre de escritor francés. ¿Quién más francés que Pedro, en su modo de escribir, en su aire literario?

Por la mañana del siguiente día, apareció en *La Época* el artículo de *A. de Gilbert*. Aquella firma era un hermoso enigma.

II

HISTORIA DE MIS «ABROJOS»

En días de gran trabajo y no pocas tristezas, vivíamos Rodríguez Mendoza y yo en dos departamentos del edificio de *La Época*. El bregaba con su pluma de escritor brillante y fuerte, por las ideas políticas del diario, que era, como es, el principal de los órganos menttvaristas. Por el esca broso terreno de esas luchas apasionadas, empezaba a descender al valle de los desengaños. Yo pensaba en mi lejano país, en todas las dulces cosas de la tierra en que se nace, los amigos de la primera edad, las ilusiones en flor, el trópico vibrante y cálido, la cosecha de tristezas en plena primavera de la vida; hasta en las torpezas, cegueras o infamias que más de una vez llevan a los hombres al destierro voluntario.

Juntos, Manuel y yo, comunicá bamos nuestras penas y nos consolá bamos con la visión del sol alegre, de la grata esperanza; con la alentadora, serena e ingenua vanidad del que para no caer en la brega, se ase a su alma, y cuenta, en la noche, con el porvenir.

Entonces escribí mis *Abrojos*, de los cuales Pedro Balma ceda fué el entusiasta y bravo editor.

Pedro vió en ellos la expresión sincera y profunda de una desolación íntima y verdadera, de una amargura experimentada; me hizo el bien de no confundir mis versos de mi alma, con tantos arranques quejumbrosos, o blasfemias estúpidas que por ahí han florecido como yerbas malas, que pretenden en el jardín de las letras el mismo jarrón que los vergissmeinnicht y rosas espinosas de Heine, o los desfallecientes lirios y campanillas azules de Gustavo Adolfo Becquer.

Sí, mis *Abrojos*, «vividos», por decir así, eran desahogos. En cuanto al procedimiento técnico, nacieron de las *Humoradas* de Campoamor, y, sobre todo, de las *Saetas* de Leopoldo Cano.

En el prólogo de ellos, he dicho ya cómo nacieron. Los escribía sin plan, sin relación ninguna de unos con otros. Eran recuerdos, ideas que dejaba,

descocado, antimetódico,
en el margen de un periódico,
o en un trozo de papel.

Pedro los hizo imprimir en casa de Jover. Hasta entonces, nunca había aparecido en los escaparates y vidrieras edición chilena de versos más artística ni más lujosa que aquella.

El libro fué bien recibido, y el artículo de Pedro, mi querido éditor, el mejor de todos los que trataron del asunto, y uno de los más lindos cincelado por aquel orfebrero de la literatura, fascinador en su rara policromía de la palabra.

Si Pedro no hubiese publicado el libro, los *Abrojos* no habrían sido conocidos. Yo no quería que vieses la luz del público por más de una razón. El libro adolece de defectos, y aun entonces, no estaba yo satisfecho de él. Como primer libro, como tarjeta de entrada a la vida literaria de Santiago, no era muy a propósito. Ante todo, hay en él un escepticismo y una negra desolación, que si es cierto que eran verdaderos, eran obra del momento. Dudar de Dios, de la virtud, del bien, cuán aun se está en la aurora, no. Si lo que creemos puro lo encontramos manchado, si la mano que juzgamos amistosa nos hiere o nos enloda; si enamorados de la luz, de lo santo, de lo ideal, nos encontramos frente a la cloaca; si las miserias sociales nos producen el terror de la vergüenza; si el hermano calumnia al hermano, si el hijo insulta al padre,

si la madre vende a la hija, si la garra triunfa sobre el ala, si las estrellas tiemblan arriba por el infierno de abajo, . . . truenos de Dios! ahí estáis para purificarlo todo, para despertar a los aletargados, para anunciar los rayos de la justicia.

Pedro, en su delicadísimo artículo, en que el cariño guía la pluma, llama a los *Abrojos* «el libro de Job de la Adolescencia».

Hoy, por más que los desengaños han destruído muchas de mis ilusiones, adorador de Dios, hermano de los hombres, amante de las mujeres, pongo mi alma bajo mi esperanza.

Maintenant, je voit l'aube.

L'aube! c'est l'esperance!

Al son de la gloriosa música del harpa, me quedo con David.

I I I

PEDRO EN LA INTIMIDAD

Mis relaciones con Pedro aumentaban cada día más, hasta llegar a la intimidad. Nos visitábamos. Yo le iba a ver con frecuencia; a leer, a «hacer onces», en el día; a tomar el té en la noche.

Entrando por la puerta principal al Palacio de la Moneda, se subía una escalera, a la izquierda—al pie de la cual se paseaba un granadero, el arma al brazo—, se iba rectamente pasando frente a la puerta del despacho del Presidente de la República, se torcía a la derecha, y se encontraba entre varias, tras una crujía de piezas, a unos cinco pasos, una puerta con vidrios deslustrados. Era la del gabinete de Pedro; el que tenía antes de la última refacción de esa parte del palacio.

Un pequeño y bonito cuarto de joven y de artista, por mi fé!; pero que no satisfacía a su dueño. El era apasionado por los bibelots curiosos y finos, por las buenas y verdaderas japonerías, por los bronces, las miniaturas, los platos y medallones, todas esas cosas que dan a conocer en un recinto cuyo es el poseedor y cuál su gusto. Paréceme ver aun, a la entrada, un viejo pastel, retrato de una de las bisabuelas de Pedro, dama hermosísima en sus tiempos, con su cabellera

recogida, su tez rosada y un perfil de duquesa. Más allá, acuarelas y sepias, regalos de amigos pintores. Fija tengo en la mente una reproducción de un asunto que inmortalizó Doré: allá en el fondo de la noche, la silueta negra de un castillo; la barca que lleva un mudo y triste remador; y en la barca tendido el cuerpo de la mujer pálida. Cerca de este pequeño cuadro, un retrato de Pedro, pintado en una valva, en traje de los tiempos de Buckingham, de Pedro cuando niño, con suave aire infantil y su hermoso rostro sobre la gorguera de encajes ondulados. En panoplia, los retratos de la familia, de amigos, y entre éstos, llamando la vista, el de don Carlos de Borbón, vestido de huaso chileno; retrato que le obsequió el príncipe cuando Pedro fué a pagarle la visita que aquél hizo al Sr. D. José Manuel Balmaceda, a su paso por Santiago. En todas partes libros, muchos libros, libros clásicos y las últimas novedades de la producción universal, en especial la francesa. Sobre una mesa diarios, las pilas azules y rojizas de la *Nouvelle Revue* y la *Revue de Deux Mondes*. Un ibis de bronce, con su color acardenillado y viejo, estiraba su cuello inmóvil, hieráticamente. Era una figura pompeyana auténtica, como un César romano que le acompañaba, de labor vigorosa y admirable.

Cortaban el espacio de la habitación pequeños biombos chinos bordados de grullas de oro y de azules campos de arroz, espigas y eflorescencias de seda.

Había una puerta que daba a las salas de la familia, y otra opuesta que llevaba a una pequeña alcoba.

Junto a esta última, no lejos del piano, se veía colgado un cuadrito de madera y en el centro un pedazo de seda con los colores de la bandera francesa, opacos y descoloridos por el tiempo. En letras viejas se leía en él *Liberté, Egalité, Fraternité*. Era un pasaporte del tiempo del Terror. (85) Sobre una repisa, entre varios bibelots, sobresalía una quimera de porcelana antiquísima, de un tono dorado, con las fauces abiertas.

No olvidaré en toda mi vida—porque si de la memoria se me borrasen las tendría presentes en el corazón,—las noches que en ese habitáculo del cariño y del ingenio pasé, cuando el cólera en 1887 vertía en la gallarda Santiago sus venenosas urnas negras. El té humeaba fragante; en el plaqué argentado chispeaba el azúcar cristalina; la buena musa Juventud nos cubría con sus alas rosadas; la charla desbordante, hacía

tinambular campanillas de oro en el recinto; pasaba afuera el soplo de la noche fría; dentro estaba el confort, la atmósfera cálida y las ondas áureas con que nos inundaba la girándula del gas; y una ilusión viene y otra ilusión va; un recuerdo, un verso, un chisporroteo; a veces casi hasta la medianoche, hasta que un recado maternal llegaba: «Ya es hora de que te duermas». Entonces aplazábamos el tema comenzado, nos despedíamos; y más de una vez, a eso de la media noche, rechinaron los pesados cerrojos de las enormes puertas del Palacio de la Moneda dando paso a dos personas. El fiel y viejo sirviente de la casa iba a acompañarme, allá lejos, a donde yo vivía, a la calle de Nataniel!

Oh, cuántas veces en aquel cuarto, en aquellas heladas noches, él y yo, los dos soñadores, unidos por un afecto razonado y hondo, nos entregábamos al mundo de nuestros castillos aéreos! Iríamos a París, seríamos amigos de Armand Silvestre, de Daudet, de Catulle Mendés; le preguntaríamos a éste por qué se deja sobre la frente un mechón de su rubia cabellera; oiríamos a Renan en la Sorbona, y trataríamos de ser asiduos contertulios de madama Adam; y escribiríamos libros franceses! eso sí. Haríamos un libro entre los dos, y trabajaríamos porque llevase ilustraciones de Emile Bayard, o del ex-chileno Santiago Arcos. . . Y bien, ¿qué título llevaría el libro? Ante todo el estilo. No es cierto, hombre? Iríamos luego a Italia, y a España. Y luego, ¿por qué no un viaje al bello Oriente, a la China, al Japón, a la India, a ver las raras pagodas, los templos llenos de dragones y las pintorescas casitas de papel, como aquella en que vivió Pierre Loti; y, vestidos de seda, más allá, pasaríamos por bosques de desconocidas vegetaciones, sobre un gran elefante. . . Pedro de pronto lanzaba una gran carcajada: «Y haríamos ¿no es así? lo de Tartarín de Tarascon!»

Dios mío! y esto fué ayer no más, y él ha partido, y ocupa el negro hueco de una tumba, y yo estoy ahora llorando por él en un campo lejano de mi tierra de Centro América, con el alma dolorida y pensando en que él para mí fué como uno de esos seres desconocidos que nos sonríen, cariñosos y fugaces, en el país del sueño!

El también sufría, mi pobre y amado amigo. Su alma sideral y luminosa flotaba en su dolor profundo como una estrella en la sombra. Como águila mal enjaulada, ha roto

a golpes de pico y ala su cárcel estrecha, y ha tendido el vuelo para Dios!

I V

EL ARTISTA

Qué gran artista nos ha arrebatado la muerte!

El amaba las hermosuras del buen tiempo viejo, las diosas blancas de mármol, los héroes épicos, los brazos desnudos sobre la flotante vestimenta, los apolos rubios y las castas dianas. No sabía la lengua griega, pero se aficionaba a ella, y habría dado algunas felices horas de su vida, por leer la vasta *Iliada* en los antiguos exámetros homéricos. Gustaba de todas las pompas, de aquella trinidad de cosas de que gustaba Gautier. Su idea, joven y gallarda como una princesa, marchaba a paso real bajo un baldaquino bordado de oro, y en la huella de sus sandalias florecían rosas.

El era el desposado del ensueño, como un dux con su Adriático, y desde su soberbio bucentauro ideal, arrojaba en arras de las sagradas ondas, su propio corazón.

Todas las manifestaciones de la belleza conmovieron su espíritu; la pasión estética le subyugaba. Poesía, música, pintura, escultura, todo lo que toca al alma y al gusto, tenían en aquel cerebro una percepción especial que las penetraba y comprendía. Sin haber visitado un solo museo célebre de Europa, y sólo por el conocimiento de la obras de mérito que hay en Santiago, y por el estudio de los mejores críticos, él fué el más brillante de todos los de arte, en su país. Parece al leer sus pocos artículos de este género que ha dejado, como si no tuviesen para él secretos las pinacotecas. Conocía eso sí, y analizaba para llenar su tarea, todos los juicios de los escritores autorizados, comenzando con las primeras obras de crítica artística francesa, pasando por la *Gramática* de Carlos Blanc, por Gautier, por Musset y Saint Victor, hasta los contemporáneos, hasta ese actual y duro criterio que encarna Alberto Wolff. Así del Salón de Santiago, recuerdo estudios muy buenos, publicados en diversos diarios y revistas, entre ellos los de Vicente Grez y uno del anciano Lastarria; pero ningunos más llamativos, más pintorescos, más satisfactorios que los de A. de Gilbert.

En sus revistas teatrales era ménos feliz; es cierto que eran escritas al galope, a vuela pluma, a veces en la misma noche de una representación, para el diario del siguiente día. (86)

Era muy amigo del escultor Plaza, y aun creo que éste hizo su medallón. Plaza es ese vigoroso talento que ha producido el *Caupolicán* y el *Jugador de Chueca*, estatuas magistrales, honra del arte Americano. Plaza, a quien la suerte no ha favorecido, y está empeñado en no favorecer, pero que también tiene espíritu robusto y espaldas de telamón atlántico, para resistir, se captó el cariño y estimación de Pedro, quien hizo todo lo que pudo por ayudar en su labor de luchas y desgracias, al aplaudido estatuario. Pedro le visitaba en su taller. Sentía placer en ir a ver al artista que encontraba con su delantal y sus manos llenas de greda, su aire modesto; entre mármoles y yesos, terracotas y bronce, barro húmedo aún, cubiertos de paño; aquí una copia polvosa de la Victoria Apta, un friso, una máscara, desnudeces venusinas; no lejos montes de metal para las fundiciones, un andamio y algún mutilado perro de arcilla pintada, u otra de esas bestias al vivo que la industria pone al frente de las obras de arte, que los salones burgueses adquieren, y que a Plaza quizá habían mandado para que lo remendase... a él, por Dios, que hizo con sus manos los senos de su *Susana*, y repujó con su cincel audaz la carne de metal y los músculos hinchados de su gran Toqui araucano!

Pedro admiraba al trabajador plástico, se fijaba en sus gestos, sus posturas, en el juego de zarpas de león de aquellos dedos creadores. Se extasiaba en ver aparecer la forma preconcebida, la redondez, la angulosidad, y se complacía especialmente en los golpes osados, en los toques rápidos, que cuando son obra de las impacencias del genio, del paso del «dios», producen las maravillas y los efectos que causan admiración.

O ya le veía con los fierros en la mano; debastando los bloques, dando esos golpes que resuenan metálicos y armoniosos como los versos, y de la piedra bronca recién llegada de la cantera, haciendo brotar la esplendidez de las formas, toda una generación marmórea, de héroes, de dioses y de hombres. Entonces, soñaba ya Pedro en buscarse un buen trozo de mármol, y sin sujetarse, por supuesto, a estudios, a lecciones preparatorias, crear una cabeza bella de mujer, o la faz de un Abraham o de un Homero.

También quería ser pintor; comenzaba un trabajo cualquiera, y luego, impaciente, le dejaba. Pero buscaba a todos los pintores, les visitaba, se procuraba obras de buenas firmas, asistía desde lejos al Salón de París, y cuando llegaba el tiempo del de Santiago, él estaba en campaña. Aplaudía lo bueno; con lo mediocre, era implacable.

Pero, después del arte de la palabra, por su sensibilidad exquisita, lo que más influía en su ánimo, era la música.

Con pocas lecciones, ya intentaba tocar de Chopin. Chopin, su predilecto, el admirable mago de la nota, con sus frases temblorosas y emocionadas; Chopin: bajo el palio constelado de la noche serena, va con tranquilo vuelo un ángel perdido.

Tenía Pedro una amiga que era como él, adoradora del músico polaco. Una joven, casi una niña, tal vez un ángel, quizá el espíritu más artístico y delicado de toda la ciudad de los palacios. El la amaba fraternalmente como a una angelical alma, compañera de la suya. La visitaba todos los días; ella le tocaba de Chopin; y aquella dama de ojos llenos de luz y de enigmas, calmó con sus melodías, más de una amarga pena en el pecho de su amigo enfermo.

Un día, en el precioso *chalet* que la familia Balmaceda posee en Viña del Mar, Pedro me dijo: Necesito que me hagas un madrigal, cuatro versos, una flor que llevar a mi amiga. Ella se llamaba Rosa. Yo no la conocía. Descríbela, le dije. El me mostró una fotografía de ella y la animó con sus frases, como un dios con su aliento. Yo llené sus deseos escribiendo lo siguiente:

R O S A

Mujer, flor. La mejilla
sonrosada es gemela
del pétalo, do brilla
la gota de rocío que se cuele
entre los rayos de la luz. La boca
fresca, es el cáliz donde se halla preso
en tibio nido de perfume, el beso.
Alba! la luz adorá
esta rosa aromada y sensitiva.

Oh amor! Tu eres la aurora
que bañará de luz esta flor viva.

De esta manera en su estilo de escritor él era lleno de poesía, de forma, de color, de don melódico. Su inspiración primaveral soltaba al aire bandadas de pájaros alegres y de libélulas irisadas. Hay frases suyas que son búcaros de violetas, jarras de lilas nuevas. Poseía cristalizaciones lapidarias que hacían temblar al sol; y en una comparación, burilaba un camafeo. A las veces, un centauro joven iba al campo florido a coronarse de rosas, bajo el follaje de los laureles. Entonces veis en el período del cuento, una gallardía de expresión, un modo de decir las cosas gentilmente peregrino en nuestra lengua. El cuento, este género sutil y peligroso, era para él fácil, y lo abordaba magníficamente. Y he ahí, ese hombre joven, rico, hijo del Presidente de la República, que escribe cuentos admirables, que deshoja margaritas y hace ramos de blancas clemátides olorosas, en vez de darse de lleno al negocio, a las tareas bursátiles, ocupación principal de casi todos los de su clase, en aquel país lleno de riqueza, tan a propósito para el placer; héle ahí, pues, prefiriendo la conversación de un artista pobre, la tarea de exprimir su pensamiento en las cuartillas de papel, o la deliciosa fruición de desflorar las páginas de un libro nuevo, a andar brazo a brazo con los sportmen, a apostar dinero a las patas de un caballo, o a gozar con los placeres elegantes de un five o'clock tea!

V

U N A M O R

No se si tuvo mi brillante compañero una de esas pasiones dominadoras que consumen, no se que haya tenido santuario en su corazón ninguna mujer de carne y hueso. El murió a los 21 años. Aquella adolescencia parecía tender sus alas a lo desconocido y misterioso. Tuvo sí un amor, un amor verdadero, del cual yo fuí su confidente. (87)

En la Ville de París, en un gabinete en que se apartan las cosas escogidas, lejos de todos los vulgares objetos de bric-a-brac, había un adorable busto de tierra cocida que a la

vista semejaba un bronce. Era una Bianca Capello, tierna como si estuviese viva, con frente cándida que pedía el nimbo, y labios de donde estaba para emerger un beso apasionado, o un femenino arrullo columbino. Se destacaba la cabeza morena sobre el fondo de un cortinaje de brocatel ornado a franjas de plata y seda ocre oriental. Bianca era la amada de Pedro. Allí la íbamos a ver. El le hacía frases galantes. «Mi novia», me decía. Un día me recibió con estas palabras de gozo: «Por fin la tengo!» En efecto, Bianca adornaba ya, en puesto de honor, el salón principal de la familia. Me entristecería ver ahora la faz enigmática y apacible de la viuda de Pigmalion.

VI

A T H O M E

El Palacio de la Moneda es un edificio colonial de construcción solidísima y sencilla. Sus gruesos muros parecen haber sido levantados para durar siglos. Está situado en el centro de la población, no lejos de la Alameda. Frente a él se halla el cuartel de Granaderos, y entre ambos, se levanta la estatua del gran Diego Portales. Varias tardes de la semana, una de las bandas toca cerca de la morada presidencial. Entonces hay gran concurrencia en los alrededores. Por lo demás, todos los días, después de las horas de movimiento en las oficinas, es este uno de los lugares menos concurridos de la capital chilena.

Las habitaciones particulares del Presidente quedan a la izquierda del edificio. Así mismo el despacho del mismo, y el gran salón de recepciones. En todo hay un lujo magnífico y severo. El Presidente Balmaceda *at home*, sería un tema digno de un conde Paul Vasili. Habría mucho que decir de ese hombre superior, jefe de una grandiosa nación y de una noble y ejemplar familia. *A. de Gilbert* llevaba en la sangre el germen del talento. El señor Balmaceda, persona de rara potencia intelectual, además de las dotes de gobernante y de político que posee, es un literato y orador distinguido. Sobre todo en la tribuna es donde ha triunfado más en su vida pública. Su voz es vibradora y dominante; su figura llena de distinción; la cabeza erguida, adornada por

una poblada melena, el cuerpo delgado e imponente, su trato irreprochable de hombre de corte y de salón, que indica a la vez al diplomático de tacto y al caballero culto. Es el hombre moderno.

La señora Toro de Balmaceda es una ilustre dama, descendiente de los condes de la Conquista; lustre de su hogar, inteligencia bien cultivada y dechado de esposas. Perlas de la casa, tres niñas, Julia, Elisa y María. Y varones que perpetúen el apellido, dos todavía en edad tierna.

Pedro amaba mucho su familia. Débil y enfermo, ella le rodeaba de cuidados y procuraba a aquella ave intranquila un nido de oro.

Al amor del hogar se endulzaban sus angustias, y tenía horas de verdadera felicidad. Entre sus amigos, cuando no conversaba, cantaba en baja voz algún aire favorito. A veces se aparecía, vivaz y de hermosos ojos, el pequeño Manuel, uno de sus hermanos. Era el predilecto de Pedro. Este niño grande gozaba con la mirada y la ternura de aquella infancia. A través de los vidrios se veían pasar juntas como dos palomas, dos niñas dulces y pálidas, Julia y Elisa. Una ocasión, hallándose don Carlos en Santiago, me mostró Pedro el álbum de Elisa: ¡Y bien! Tú que tienes humos monárquicos, date el lujo de escribir tu firma después de la de un rey!

Don Carlos había dejado en el álbum un delicado pensamiento. Antes que el príncipe habían escrito sólo dos personas: el ilustre padre de la niña, que puso en la primera hoja del libro una página de su corazón, y el poeta Guillermo Matta, que había rimado un hermoso soneto. Con cierta justificada vanidad por penetrar en tan honrosa y noble compañía a aquel jardín dedicado a un ángel, yo dejé mi ofrenda. Escribí *La lira de siete cuerdas*, versos inéditos hasta ahora, de los cuales no recuerdo sino una estrofa: (88)

Has de saber Elisa
Que este mundo y el cielo valen nada,
Ante el mundo que forma tu sonrisa,
Y ante el cielo que crea tu mirada.

«Mucho quiero a mis hermanitos.» En boca de Pedro estas palabras me llenaban de envidia. A mí, que no he sa-

bido, ay, nunca, lo que son esas inefables delicias, bajo el techo paternal!

VII

SUS AMIGOS

Amigos de intimidad, tenía pocos, y de éstos, escogía a aquellos que más cuádraban a sus inclinaciones, que pensaban como él, que fuesen de la comunidad de los que buscan el viejo laurel verde! Jamás hablamos de religión, y por eso ignoro sus opiniones a este respecto. Pero el espiritualismo que manifiesta en todas sus obras, es de los más puros y halagadores. Además, uno de sus mejores amigos, era un ilustrísimo personaje, honra actual de la iglesia chilena, quien llevó el aliento de su santo ministerio en medio del fragor y del humo de las batallas en la sangrienta guerra del Pacífico.

Otra persona que frecuentaba la morada de Pedro era un distinguido militar, famoso por ser uno de los bravos pacificadores de los indios araucanos. Mi amigo se engreía narrando a este propósito muchas curiosas anécdotas y se preciaba de saber algo la lengua primitiva de los hijos de *Araucano domado*. Contábame de cómo los caciques están tendidos en sus rucas, como señores perezosos, en tanto que sus hembras trabajan; cómo aman su caballo rápido de cabos sólidos; cómo los que están ya subyugados, cuando algo tienen que pedir al jefe de la República, van a Santiago con sus trajes extraños; cómo no se quitan el sombrero delante de nada ni de nadie, como dice el profeta yankee Walt Whitman que hace él; cómo tratan de tú al Presidente; cómo en sus creencias tienen la de la dualidad divina, un Ormuz y un Arhimian, y cómo cuando supieron que Chile estaba en guerra, fueron a ofrecerse para defensa de la tierra patria, montados en sus caballerías, con sus lanzas salvajes y sus gestos foscos, quinientos mocetones.

Algunas veces visitábase un joven a quien él estimaba mucho, que había sido su amigo desde la infancia. Era el hijo mayor del conde Fabio Sanminatelli; ilustrado, serio, afable, se hacía apreciar desde el primer momento. Era Secretario de la Legación de Italia. Pedro se hacía lenguas en su alabanza. Los demás eran jóvenes de la prensa, artistas,

y rara vez, uno que otro *muscadin* de los salones, con quienes él; flexible en su ingenio, conversaba también de modas, bailes y caballos.

Eran de su confianza, Carlos Eguiluz, antiguo secretario de su padre, joven de buen criterio, carácter amable, muy versado en la literatura francesa, y que, en los escasos momentos que su ocupación le dejaba libre, iba a la conocida pieza de su amigo a tener descanso y charla. Manuel Rodríguez Mendoza, nuestro compañero en *La Epoca*, que dejaba oír en aquel recinto sus ocurrencias, sus juicios implacables, sus hipérbolos, sus risas burlescas, y sus frases gráficas como una caricatura de Caran d'Ache. El poeta Tondreau, que llegaba poco; y tocaba el piano o leía versos; Luis Orrego Luco, uno de los *jeunes* de más talento y mejor estilo; un joven pintor, cuyo nombre no recuerdo y que a la hora en que escribo debe estar en Europa perfeccionándose en su arte; Alfredo Irrarrázabal, poeta satírico y mozo de espíritu alegre, que habla como escribe, con la diferencia de que quizá le cuesta más conversar que derramar versos picantes y fáciles; y un poeta que nunca iba a verle, pero que altamente le comprendía y admiraba, Pedro Nolasco Préndez, cantor de vuelo de cóndor, de versos robustos y valientes, cuyo fogoso Pegaso si a veces toca la tierra con sus cascos, siempre tiende hacia las altas cumbres, y tiene líricas crines ondeantes, y bello lleno de espumas épicas.

Pedro era con todos amable y charlador, y a él todos le querían.

VIII

RECUERDOS

Las inclinaciones literarias de Pedro se dieron a conocer en él desde muy temprano. Al alba despertaron las alondras. Si no me equivoco en mis memorias, recibió su primera educación en un colegio de religiosos franceses, establecido en Santiago. Ahí, en medio de las tareas fastidiosas que hacen ver con malos ojos al señor profesor, y entre las farándolas y algarabías de las horas de recreo, concibió,—el pequeño que apenas si sabría declinar,—la idea de escribir «un gran drama de príncipes, reyes y traidores, cuya escena pasaba en

Dinamarca.» Fijaos en este detalle y en esta coincidencia, lisonjera en extremo para el niño que no había leído a Shakespeare.

La fama de su padre, el medio en que se desarrollaba, su temperamento en fin, todo contribuyó a que se vigorizasen en él sus tendencias, a lanzarle en pleno cielo azul.

Tenía, alma superior, la necesidad de la lectura y el don del gusto. Así se depuraba y pulía cada día más con el trato de los hombres de letras, con la atmósfera de cultura de los salones de su casa.

Y creció con rapidez, y si la muerte no nos le arrebatara, su gloria en tiempo no lejano habría regocijado a la humanidad.

En las tardes de primavera, cuando los árboles hojosos de la Alameda, con traje nuevo, se enfloraban, acostumbáramos ir al parque Cousiño, a proseguir nuestra incorregible tarea de soñar y divagar. Ibamos en uno de esos coches que allá nombran «americanos», cerrados, mas con vidrios que dejan campo a la vista por todos sus cuatro puntos. Se le ordenaba al cochero ir paso a paso. Cada vez en el viaje teníamos cuadros e impresiones nuevas, ya en los lados de la Alameda, donde se estacionan los carruajes, transeuntes, vendedores de frutas con sus cestos, los de helados con sus botes de hojalata en la cabeza, cada cual canturreando su melopea especial; un fraile, *rara avis*, los brazos cruzados y la cara limpia al rape; una desgraciada, envuelta en su manto, dejando ver la faz llena de afeites; un florero que ofrece sus ramos frescos; o allá, o siguiendo por la calle del Ejército Libertador, la fachada de las casas ricas, los carruajes particulares a las puertas; las lindas damas apenas entrevistadas en las rejas, o en los peristilos y entradas de los palacetes. Y entre todos estos, la morada de la millonaria señora de Cousiño, opulenta y envidiable; con su entrada elegante, sus alrededores floridos, sus *panneaux* pintados por Clairin, sus retretes que nada tienen que envidiar a un interior parisiense, su comedor entallado y valiosísimo, y sus obras de arte, entre las que impera un Guido Reni, soberbio desnudo inestimable. Y así, yendo a lo largo de la extensa calle, y tras dar vuelta a una plaza, torcer y pasar por la Artillería, llegábamos a las puertas del parque.

A lo lejos, veíamos la cordillera de los Andes, y más cerca, los cerros que coronados de nieve, semejaban, según una ocurrencia de Pedro, «una gran mermelada espolvoreada con azúcar». El parque, cuyo nombre viene de haber sido este sitio cedido a la municipalidad por el millonario don Luis Cousiño, es uno de los mejores paseos de la populosa capital. Largas avenidas, calles amplias para la circulación de los carruajes, una extensa «pampa» donde se dan las grandes revistas militares; arboledas variadas, jardines poblados de flores, en que resaltan manchas de primulas, grupos de rhododendros y de ciclamores carmesíes primaverales, flordelisados cándidos sobre fondos verdosos, explosiones rojas de peonías apiñadas, y entre sus cercos de esmeralda, largas filas de violetas, en sus palacios trémulos que mueve el aire y recortan las tijeras de los jardineros. Aquí están las glorietas cubiertas de madreselvas y de campánulas; allá, frente al café donde se detienen los paseantes para invadir las mesas y los kioscos, la laguna con sus barcazas, los puentes curvos y rústicos, los sauces de largas barbas verdes como los árboles de aquella floresta de la *Evangelina*, y los móviles peces rojos que forman remolinos sangrientos en las aguas glaucas.

Caminábamos, reíamos, pensábamos. En esos paseos fueron concebidos muchos cuentos, muchos versos. En esos paseos delineó Pedro en su mente, como con el clarión un pintor esboza en la tela, aquella página diáfana del *Camino del Sol*, y aquel cuento blando y otoñal en que las palomas vuelan en el templo sobre el ataúd de la virgen difunta.

Ah, sí! su espíritu mariposeaba, flotaba; iba poseído de un anhelo casi místico, a besar estremecido los labios de púrpura de las centifolias, a sorprender las cúpulas misteriosas en los cálices perfumados; visitaba las penumbras y frescores eglógicos; y así os explicaría cómo en sus páginas se perciben aromas penetrantes, estallidos de capullos, tibiezas de nidos. A véces, un simple cuadro común era la oruga de un cuento irisado.

I X

ESCUELA LITERARIA

Un día le encontré desilusionado por su estilo. «¡No! no es eso lo que yo deseo. Basta de novelitas de Mendés, de

frases coloreadas, de hojarasca de color de rosa! El fondo, la base, Rubén, eso es lo que hay que ver ahora. Leeremos a Taine ante todo. Nada de naturalismo. Aquí tengo a Buckle. A Macaulay es preciso visitarle con más frecuencia. Caró el francés y Valera el español servirán de mucho. Déjate de pájaros azules. Yo, por mi parte, estoy escribiendo un estudio serio en que abandono *mi estilo primitivo*, sobre el tema que ha propuesto la Universidad, *La Novela Social Contemporánea*. Y pienso sacarme el premio.»

Su «estilo primitivo» era aquella gentil frescura de sus primeros cuentos.

Yo quise persuadirlo de que no arrojase su clámide para vestir el levitón del preceptor. Sé artista, no quieras ser sabio. Pinta, cincela. Al poco tiempo la memoria para el certamen universitario estaba concluída. En ella daba a entender algo de su credo literario, al par que estudiaba el difícil asunto de la novela contemporánea. A pesar de que quiso escribir con la manera correcta y seria de ciertos críticos preceptistas, de tanto en tanto deja ver a través del traje con que se presenta, su manto de príncipe oriental y las empuñaduras de pedrería de sus armas de oro.

¿Podrá la novela social contemporánea servir en lo futuro de información histórica?

Este es el tema que desarrolla y cuya solución manifiesta magistralmente, después de recorrer en revista un tanto detenida las diversas escuelas que hoy existen en el terreno de la novela.

Mirad cómo escribía mi buen hermano: (89)

Decid si el que eso ha escrito no sabía y pensaba altamente.

Este trabajo fué presentado al certamen universitario con el pseudónimo *Mario*.

X

LA ENFERMEDAD

Pero ya debo decirlos que en toda aquella vida, hoy acabada, que en toda aquella aurora, hoy extinguida, había un fondo oscuro, una nota de pena, un verdugo: la enfermedad.

Cuánto Pedro sufrió! El corazón—¡y que inmenso era el suyo!—le martirizaba. Experimentaba palpitaciones espantosas, ataques mortales que le mantenían siempre en la antecámara de la tumba. Por otra parte, los nervios, estos terribles atormentadores, le iban destruyendo poco a poco. El trabajo intelectual, al cual le era casi imposible sustraerse, contribuía también a consumirlo. Era una frágil y debilitada organización que apenas resistió la oleada de la pubertad. El bozo blondo que había en su labio era mensajero del sepulcro. «No vivirá mucho tiempo», pronosticó una vez un doctor amigo mío. Y esto lo decían todos. De los anagkes que Dios dejó caer en negra lluvia sobre los hombres, a él había tocado uno tremendo. Vivía mártir; iba al campo, a cabalgar y beber leche al pie de la vaca; a Lota, lugar regio que encantó a Sara Bernhardt; a Viña del Mar, ciudad balnearia y de verano; y no obstante, la vida se le iba, y se tornaba anémico y sus flacos músculos no se henchían, y se iba a morir presto, ay! harto presto. La neurosis le hacía padecer con duros padecimientos. El, en las crisis de su enfermedad, sufría insomnios, esos crueles insomnios que nos hacen desfallecer, miedos nocturnos como los que tienen los niños, ahogamientos que no le dejaban en paz. Para poder entregarse al sueño, tenían que abanicarle y al aspirar el aire cerraba los ojos tristes. Los que no lo sepáis, sabed que la neurosis, el mal del siglo, tiene muy extendidos sus dominios. Cuántos artistas, cuántos escritores no sienten esa garra entre sus carnes! Alfonso Daudet tiene un libro inédito titulado *Ma Doleur*. El es una víctima del mal inexorable. Cuando escribía *La razón social Fromont Risler*, una noche, sintió no poder ya resistir, y creyéndose moribundo, dió la pluma a su mujer para que ella acabara el libro. Los neuróticos se sienten morir. Los neuróticos resisten la conjunción del dolor moral y del dolor físico. De la neurosis, como congoja del alma, están libres los estúpidos con su cretinismo. Esos comerciantes cacoquinios, esos rentistas con barriga de cucurbitáceos, no la padecen, no la pueden padecer.

Hallándose Pedro en Lota, hará como un año, sufrió unos de los más formidables ataques de su dolencia. Estaba en una fiesta. «Sentía,—me dice en una carta—sentía morir lejos de mi casa, de mi familia; y lo que más me martirizaba era morir de frac y corbata blanca». Cayó y le llevaron a

un lecho. Le abanicaron, le descifieron la ropa, le dejaron al fin solo «con las flacas voluptuosidades de mis huesos», dice.

Yo no lo volví a ver desde a mediados de 1888. Además, acontecimientos penosos nos separaron. Nuestra amistad fraternal tuvo una ligera sombra. A ella contribuyeron situaciones que me hicieron aparecer ante él como «sirviendo intereses políticos contrarios a los de su padre», rápidos relámpagos de carácter, y sobre todo, razones que bien podrían llamarse la explotación de la necesidad. (90) No estreché su mano al partir.

Peró qué importa, si tenemos que vernos en lo infinito?

I X

LA MUERTE Y LA GLORIA

El ha muerto (91) y su cadáver ha sido llevado al cementerio acompañado de una muchedumbre pesarosa; sus funerales no han sido los del hijo del Presidente de la República, sino los de un príncipe del ingenio. (92) Si la envidia tiene cien pies para arrastrarse, como la escolopendra, la gloria tendrá cien manos como Briareo el gigante, para tejerle coronas. Al caer este trabajador de la luz, adolescente como un efebo y ya glorioso, se ha oído en la región de las cumbres ideales, un redoblar de tímpanos, un resonar de cobres, un agitar de palmas.

La obra que deja es corta pero valiosa. Es un diminuto templo paraníptico dedicado a la belleza, donde se siente el eterno femenino. El mármol de vetas azules, ahí está en las columnas y cariátides. Los muros están cubiertos de arabescos, de exfoliaciones, de finísimo almoçárabe, atauriques y azulejos. Ahí offician sólo sacerdotisas, que llevan cornucopias y cestas de flores. Se siente el *odor di femina*, risas musicales, ambiente de feminilidad. Cerca del pórtico, las arcadas de los rosales ondulan y sobre ellas vuelan mariposas. Y ved; el amor pasa como en la rima becqueriana; el templo, gallardo en su eurnitnía, está envuelto en sol; el triunfo de la juventud alegre la nave cubierta de sus pompas ornamentales; diríase una apoteosis de Psiquis o de Venus; hay manzanas y granadas entreabiertas, como la de Aubanel; la adolescencia reina; pero en medio del apogeo de la fiesta triunfal, del fondo

del templo bello se oye brotar este gemido conmovedor y doliente: ¡ay! Sí, cuando leáis esos cuentos de Pedro, notad el ay!, la bruma gris de otoño, la melancolía en la alborada.

Su estilo es hijo de la lectura de autores franceses; pero sus creaciones, y sobre todo su espontaneidad y su femineidad, son nacidos en el fondo de su cerebro al propio tiempo que en el fondo de su corazón. Su manera es artística por excelencia, y hace borrar por el colorido y la plasticidad, los límites que trazó Lessing en su *Laoconte*. Engarza la idea, a diversas circunvoluciones de palabras que encierran luces como crisoberilos y forman períodos que ondean como banderolas. Aquí tenéis el pequeño árbol en flor; no véis aparecer tras él la cola del pavo real. Todo lo cubre con su polvo de oro; tras las jarras de alabastro cuelga mantos de púrpura. Tiene decires kaleidoscópicas y crepitaciones del hogar de París. Leed sus cuentos, leed todo lo suyo. (93)

*

Y en tanto que podemos encontrarnos, oh amada alma fraternal! tú para quien todo es ahora traslúcido y visible, mira en estas páginas, húmedas de llanto, palabras de mi corazón que se ha llenado de duelo con tu partida. Creo en la eterna vida del espíritu, donde bajo la luminosa majestad divina, la visión y el ensueño son reales, y donde los brillantes naufragos de la tierra, en la inmortal alegría, ven florecer la inmensa claridad sagrada, sobre el amor de las estrellas, más allá de la jornada del gran sol!

Hacienda *La Fortuna*, cercana a Sonsonate.

Agosto de 1889.

Chile

Quien escribe estas líneas ha habitado por algún tiempo en país chileno, hace ya bastantes años, y conserva el recuerdo de una tierra bella y de una gente altiva y cordial. Chile ha sido, desde antaño, tenido como una república seria, laboriosa y culta, y después de la guerra con el Perú y Bolivia, como el pueblo más militarizado de América. Tuvo, antes que otras de nuestras potencias, el tino de buscar o facilitar el acercamiento y relaciones con las otras repúblicas del Pacífico, hasta la América Central, ya estableciendo representaciones diplomáticas y consulares, ofreciendo becas, o enviando oficiales de su ejército como instructores, de suerte que la influencia y la simpatía chilenas han sido preponderantes en muchas de esas naciones, por lo menos hasta hace pocos años. Intelectualmente tuvo también cierto predominio en los estudios de ciencias político-sociales, con un Bello y un José Victorino Lastarria. El código civil chileno ha sido muy tenido en cuenta en aquellas legislaciones hispanoamericanas.

En Europa, Chile ha sido estimado con gran consideración en toda época, por el propósito que mantuvieron sus gobiernos, cualquiera que fuese el partido imperante, de sostener el crédito chileno en todos los mercados, principalmente en Inglaterra, centro de sus grandes operaciones financieras; por la dignidad tradicional de sus hombres públicos, por la superioridad de su experiencia marítima, por la cordura y sentido práctico de sus clases superiores, y por la virilidad de su raza. El carácter chileno en el continente, está claramente definido.

La larga espada de tierra que se extiende desde el Sama hasta el Cabo de Hornos, entre el Pacífico y los Andes, es, según los últimos datos publicados en nutrido libro del ministro de Guatemala don Eduardo Poirier, (94) de unos cuatro mil doscientos treinta kilómetros de longitud, y una anchura que varía entre ciento setenta y cuatrocientos. Territorio cubierto en gran parte de valles y alturas, de orografía variada, contiene desde el desierto hasta la tierra feraz. Se basa en una copiosa y rica entraña minera. Allí se encontrara el siglo pasado el famoso antro de Chañarcillo, en Copiapó. Antes que ningún país americano, produjo Chile vinos excelentes. «Especialmente en los valles de Copiapó, Huasco y Coquimbo, el cultivo de la vid y de sus variedades, análogos a las de Europa meridional, ha alcanzado una perfección comparable tan sólo a la excelencia del producto. De él obtienen exquisitos vinos de Oporto y de Jerez y las afamadas pasas de Huasco.» Tal dice el citado señor Poirier en su obra sobre *Chile en 1910*. En la parte central triunfa la agricultura. Aconcagua y Santiago, provincias ricas en viñas, dan burdeos y borgoñas parecidos a los franceses. Hay en el sur maderas, pesquerías y ganados. El Norte posee los tesoros, únicos en el mundo, del salitre y los de su subsuelo. La fauna y flora han sido objeto, con sobrada razón, de los estudios de esclarecidos naturalistas del país y del extranjero. Sus termas son célebres y numerosas. El clima es vario en tierra tan extensa. El comodoro Byron, tío del poeta, dice en sus memorias: «El clima de Chile es, según creo, el más hermoso del mundo. Lo que sus habitantes llaman invierno no dura más de tres meses, y aún esta estación es sumamente benigna». El ingeniero belga M. Louis Cousin, ha hecho este resumen halagador y optimista, dirigiéndose a los chilenos: «La Providencia os ha favorecido con lujosa holgura. Por un lado, cuatro mil kilómetros de costa os abren la ruta hacia los demás continentes. Por otro lado, la maravillosa cordillera de los Andes, fiel y seguro centinela de la frontera oriental, constituye a la vez un inmenso condensador de las nubes, que os tributa la frescura, tan agradable en las noches de verano, un acumulador gigantesco de la energía solar sin medida, capaz de suministrar gratuitamente una fuerza incómensurable; su depósito inagotable de agua, fertilizando vuestros campos con un funcionamiento automático tan admirable, que cuando

más arde el sol mayor caudal llevan los canales de riego. Y como si lo que está a la vista no fuera bastante para estimular a los habitantes al trabajo, la cordillera encierra en su seno riquezas inagotables: doquiera que penetre el minero saca minerales valiosos, desde el hierro hasta el oro. Más todavía: el carbón, considerado como el pan de la industria, abunda en Chile, sus yacimientos reconocidos corren desde Punta Arenas hasta cerca de Santiago. Sin embargo, su extracción alcanza apenas al cincuenta por ciento de lo que consume el país». Ciertamente, excelente país para el trabajo, para la industria y la vida comercial. Con la apertura del Trasandino, una nueva puerta da entrada mayormente a nuevos elementos de prosperidad.

La «indómita cruz de potros españoles en vientres de Arauco», según la frase gráfica de Vicuña Mackenna, gracias a los buenos gobiernos, y sin lo que podría llamarse necesidad de la tiranía en otras partes, ha ido a la civilización por medio de la paz.

Chile se ha sustentado en la preponderancia ordenada de su «élite», en el advenimiento de una aristocracia directiva y un pueblo hondamente poseído del orgullo de su nacionalidad. La mestización amacizó la fibra del pueblo, que ha conservado la indomabilidad del araucano; arriba perdura lo que llegó con la sangre vasca principalmente, lo cual es decir que no es difícil encontrar maestros de tenacidad y profesores de energía.

Su historia está llena de páginas heroicas, y la gratitud nacional ha levantado monumentos a los héroes y creadores de la patria. El general José de San Martín se perpetúa en bronce en Santiago, como en Buenos Aires y en Lima.

Chile ha tenido un foro y un parlamento ilustres. Su evolución progresiva ha producido los mejores resultados, a pesar del sangriento intermedio de una revolución, cuyo último acto trágico, principalmente, causara en todas partes una impresión profunda.

En la psicología del chileno prima el ánimo de empresa, y, como lo observa el citado señor Poirier, el afecto en el hogar, la hospitalidad en la vida social, el desprendimiento. Hay en él cierta sequedad, cierta rudeza, que son muy poco latinas. Una vez que se penetra en su amistad, se está seguro de ella. Es sabido que se ha llamado a los chilenos «los ingleses de la

América del Sur». Y hay en verdad puntos de comparación que dan propiedad a tal decir. Sobre todo, ambas son; Inglaterra y Chile, discípulas del mar. Su soldado tiene fama de bravo y también de cruel. El obrero es resistente, como pocos, mas se quema en el alcohol, a punto de que gobernantes y legisladores se han preocupado de ello. La falta del espíritu de economía que se ha lamentado en él, háse corregido mucho, según los recientes balances de la Caja de Ahorros. En las familias pudientes y de estirpe, se ha corregido la abundancia del «doctor» con la frecuencia del ingeniero y del «gentleman-farmer». Y en cuanto a la beldad femenina, hay dos testimonios de marca. La frase del rey francés Luis Felipe al ministro de Chile: ---«Decidme, Cazotte, ¿acaso en vuestro país es todo tan bello como vuestra mujer? Si es así, ¡os felicito!»; y el admirable busto de dama, de Rodin, en el museo de Luxembourg.

En un libro que publicó hará unos dos años el príncipe de Orleans Braganza, se leen estas líneas: «El presente es la crisis, y los nuestros lo deploran. Cuántos habrían querido mostrarnos un Chile diferente: el Chile próspero anterior al terremoto y la revolución anti-balmacedista, el Chile de la política desinteresada y del cambio a 18 peniques, festivo bajo su sol primaveral; o bien a este mismo Chile, tal como será dentro de diez años, cuando las reformas hayan hecho su labor. Se equivocan. Es en estos momentos de evolución violenta como la actual, que un país acredita las reservas de energía que dormitan en él durante los períodos de próspera mediocridad. Atraviesa Chile ahora la edad ingrata, ha crecido demasiado de prisa, pero esta crisis de desarrollo es, en sí misma, una prueba de vitalidad. Chile es un país eminentemente dominador, ha nacido para eso; le es indispensable la acción que impulsa a la conquista; tiene el orgullo de la fuerza. Sólo le falta conocer el arte de saber utilizar esta fuerza, aunque es de esperar, o de temer, que este arte lo adquirirá totalmente por la experiencia. En este momento, la antigua armadura, demasiado estrecha para abroquelarle, cruje por todas las juntas, siéntese ya a las nuevas ideas tomar cuerpo, precipitarse la evolución. Dentro de algunos años se habrá Chile asimilado los ritmos de la existencia moderna de las naciones, y fácilmente reconquistará el tiempo que su largo aislamiento y letargo criollo le han hecho perder». Por los

decir príncipe, estos «enxiemplos buenos» no están mal, en el desarrollo de un propósito imperialista y combativo. Mas el porvenir de Chile, como el de todas las naciones de nuestra América, está en la paz. Seguramente una paz armada que asiente el equilibrio. Una alta personalidad de la Armada chilena, interrogada últimamente sobre la construcción de acorazados, ha manifestado que tarde o temprano ha de producirse una «entente» entre la Argentina, Brasil y Chile. «Debemos, dijo, acordar de quedar en igualdad de derechos y fuerzas semejantes a estas dos repúblicas». (95)

(Prosa Política: Las Repúblicas Americanas)

Recuerdos de Chile

FRAGMENTOS DE UN PROLOGO ESCRITO PARA EL
LIBRO «ASONANTES» DE NARCISO TONDREAU

I

A mi llegada a Chile en 1886, uno de mis mayores deseos era conocer a sus famosos hombres de letras. Todos en la América Latina sabemos que aquel país posee una producción intelectual poderosa, y escritores y poetas renombrados. (96)

Al pasar por Valparaíso había tenido oportunidad de ser presentado a Eduardo de la Barra; le había visto, blanca la cabeza, los ojos brillantes y dominadores, el cuerpo un tanto pequeño y regordete como el de Bonaparte de Meissonier, la palabra alada y franca, incisiva como una flecha a veces, y a veces sedosa y aterciopelada; le había visto dos ocasiones una en su casa, frente al parque Municipal, casa modesta para poeta tan aristocrático en gustos, y amigo del refinamiento y las hermosas opulencias; otra en su oficina de rector del Liceo porteño. Había comprendido la fuerza espiritual de aquel hombre. En su salón, donde se veía en primer lugar dos grandes retratos antiguos, de los fundadores de la familia, hablaban silenciosos, con sus labios de bronce, dos bustos soberbios y triunfales sobre sus columnas de ébano, los de Shakespeare y Schiller. Allí de la Barra me habló largo rato de literatura americana y me dió noticia de los poetas chilenos que yo deseaba conocer. Matta estaba de Ministro en Montevideo; Irisarri, enfermo, vecino a la muerte en Santiago;

Lillo y Valderrama, dados a la política; Rodríguez Velasco, a los negocios, poeta rico. ¿Y Blest Gana?, pregunté. «Si quiere usted ver a Guillermo, vaya al Palacio de la Justicia, suba las escaleras de la izquierda, llegue a la oficina de Registro Civil y ahí está un hombre de bigotes canos: ese es». Fuí y le ví. El cantor de las rosas, el de los versos llenos de perfumes primaverales y delicados, el de

¡Pasad, pasad,
recuerdos de aquella edad!,

era jefe de oficina; trataba allí de nacimientos y defunciones. También tenía un desquite poético: casaba al joven novio y a la niña sonrosada, como quien rima dos octosílabos sonoros.

Recién ocupado en Santiago, en la redacción de *La Época*, tuve el gusto de recibir la visita de Carlos Toribio Robinet, quien, tiempo después, me presentó a Lastarria, el viejo maestro glorioso. El nombre de Robinet debe ser conocido y aplaudido. ¡Persona rara Robinet! Es el amigo de todos los escritores, de todos los artistas extranjeros que llegan a Chile. Y si éstos llégan necesitando apoyo, lo es más. Hermoso espíritu, caballero de las brillantes almas náufragas! Escritor él mismo, es un excelente *croniqueur*, y hace buenos versos si le viene en deseo. Dígalo si no Manuel del Palacio. Un día ambos se cambiaron dos sonetos como quien lo hace con dos tarjetas.

Cuando Augusto Ferrán, el de los *Cantares*, el amigo de Bécquer, llegó a Santiago a dedicarse al comercio de libros, Robinet fué su más cordial queredor. Así del trágico Rossi, de Jorge Isaac, de Valdés, de Ricardo Palma, de Arnaldo Márquez, de Hostos, de Cañas, el salvadoreño, y de otros tantos. Carácter admirable y vivo, Robinet comprende a los artistas, los pensadores y los soñadores. Al propio tiempo es hombre de negocios y representante de una fuerte casa de seguros en Santiago, donde todos le quieren. Le llaman «El chino» como a Gordon, porque nació en efecto en el país de los tibores ventrudós, de los inmóviles dragones formidables y del *mightly, subtil opium*, propicio a los sueños.

Conocí, pues, por Robinet a Lastarria, en su estudio, rodeado de libros, anciano que parecía joven, quejoso del aprecio de su patria y convencido de la gloria de su nombre en

toda América; amigo de la juventud, aficionado a hacer versos sin ser poeta, sabio amable, cabeza llena de laureles. ¿Quién no ha leído sus libros en América y aun en España?

Amunátegui era otra gran columna. Una mañana pasando por la Alameda, soberbio lugar de palacios de piedra, estatuas de bronce y arboledas vastas, ví pasar un viejo meditando que iba con capa—allá donde nadie la usa,—un extremo de ella rozaba el suelo, y el hombre pensativo era saludado, y saludaba a su vez a todo el mundo. Era don Miguel Luis Amunátegui, el amigo de Bello.

Después ví a Valderrama en la redacción de un diario en que yo escribía; alto y grave, siempre de corbata blanca, conversador ameno, con todo, y su seriedad casi fría al parecer. A don Zorobabel Rodríguez, primer diarista chileno, y a Carlos Walker Martínez, talento admirable, orador fogoso, y a Lillo, les ví en el Congreso. Este último era Ministro. Tenía la cabellera toda plateada por los años.

Y así, llegué a conocer a casi todos los de la generación que dió lustre al nombre chileno en la por desgracia concluída Academia de Bellas Letras.

Faltábame lo que los franceses llaman *les jeunes*, los jóvenes que escriben, aunque entre ellos hay en ese grupo gentes que peinan canas. Ya se sabe que Coppée es el Benjamín de la Academia Francesa.

La juventud en todas partes es atrayente, animosa, vencedora. La juventud santiaguina es así.

Como en todos los grandes centros, sobre todo en la clase alta y rica, entre las aficiones intelectuales y el *sport*, éste se lleva el mayor número. Y es natural: al empezar esta hermosa vida, el deseo de goce crece a cada instante, los sentidos triunfan, el dinero se ambiciona para satisfacer aquellos, la sangre bulle fragante y sana, el lujo atrae, y entre unos hexámetros de Homero y unos guantes crema o un sombrero de copa, se prefiere lo último. Así, no es de extrañar que el club de los *mirlitons* tenga más miembros que la sociedad científica o literaria, y que se vaya al hipódromo con más gusto que al Ateneo. Luego, las exigencias del medio social; la moda; las distintas amalgamas conformes con las tendencias y modos de ser; los empleados de banco y los struggleforlíferos de la prensa; *flirtation*, y temperamentos; falta de estímulo; y, por último, el ejemplo de hombres ilustres en la miseria.

II

Por aquel tiempo, a decir verdad, la vida literaria en Santiago estaba en una especie de estagnación poco consoladora. (97) Santiago en la América Latina es la ciudad soberbia. Si Lima es la gracia, Santiago es la fuerza. El pueblo chileno es orgulloso y Santiago es aristocrática. Quiere aparecer vestida de democracia, pero en su guardaropas conserva su traje heráldico y pomposo. Baila la cueca, pero también la pavana y el minué. Tiene condes y marqueses desde el tiempo de la colonia, que aparentan ver con poco aprecio sus pergaminos. Posee un barrio de San Germán diseminado en la calle del Ejército Libertador, en la Alameda, etc. El palacio de la Moneda es sencillo, pero fuerte y viejo. Santiago es rica, su lujo es cegador. Toda dama santiaguina tiene algo de princesa. Santiago juega a la Bolsa, come y bebe bien, monta a la alta escuela, y a veces hace versos en sus horas perdidas. Tiene un teatro de fama en el mundo, el Municipal, y una catedral fea; no obstante, Santiago es religiosa. La alta sociedad es difícil conocerla a fondo; es seria y absolutamente aristocrática. Ha habido viajeros más o menos yankees o franceses, que para salir del paso en sus Memorias han inventado respecto a la sociedad chilena que no han conocido, unas cuantas paparruchas y mentiras. Santiago disgustó a Sarah Bernhardt y encantó a la Ristori. Es cierto que sobre esta última nada tiene que decir María Colombier. Santiago gusta de lo exótico, y en la novedad siente de cerca a París. Su mejor sastre es Pinaud y su Bon Marché la casa Pra. La dama santiaguina es garbosa, blanca y de mirada real. Cuando habla parece que concede una merced. A pie anda poco. Va a misa vestida de negro, envuelta en un manto que hace, por el contraste, más bello y atrayente el alabastro de los rostros, en que resalta, sangre viva, la rosa roja de los labios. Santiago es fría, y esto hace que en el invierno los hombres delicados se cubran de finas pieles. En el verano es un tanto ardiente, lo que produce las alegres y derrochadoras emigraciones a las ciudades balnearias. Santiago sabe de todo y anda al galope. Por esto el santiaguino de los santiaguinos fué Vicuña Mackenna, mago que hizo florecer las rocas del cerro de Santa Lucía. Este es una emi-

nencia deliciosa llena de verdores, estatuas, mármoles, renovaciones, pórticos, imitaciones de distintos estilos, jarras, grutas, kioscos, teatro, fuentes y rosas. Edimburgo es la única ciudad del mundo que en su centro tenga algo semejante, y por cierto muy inferior. Santiago posee una obra hecha por la naturaleza y por el arte. *Ars et natura*. (98) Santiago hace libros y frases, *nouvelles á la main*. Su prensa es numerosa y sus periodistas son pujantes, firmes en la polémica, peligrosos en las luchas. Hay un diario de modelo yankee, *El Ferrocarril*; los demás son más dados al «mecanismo» francés. *El croniqueur* por excelencia es Rafael Egaña. Las empresas periodísticas son ricas, pero algunas demasiado económicas. Raro es el diario que tenga permanentemente información directa del extranjero. En las redacciones se está, tijera en mano, esperando la correspondencia por correo trasandino, para recortar lo mejor de los diarios del Plata; o si no, se hacen traducir los artículos de la prensa europea que llega por el Estrecho. Santiago paga poco a sus escritores y mucho a sus palafreneros. Toma el té como Londres, y la cerveza como Berlín. Es artística, ama las gallardas estatuas y los cuadros valiosos. Cincela con Plaza, con Blanco, y pinta con Lira, con Valenzuela, con Jarpa. Para sus hombres grandes tiene bronce y mármol. Santiago ha sido heroica y vibrante en tiempo de conmociones. Es ciudad que nunca será tomada. El roto santiaguino es vivaz, malicioso, ocurrente, aguerrido y cruel. El *gamin* es hermano del suplementero. De noche, Santiago es triste y opaca exteriormente. En sus salones ríe el gas en la seda y chispea la charla. El 18 de Septiembre la ciudad se engalana, llénase el Campo de Marte de soldados, va el Presidente a la revista en coche tirado por cuatro caballos, precedido de batidores, y en las calles se escucha el ruido de cascos y de ruedas, de gente que pasa, y estruendo de fanfarrias y clarines. En un día semejante fué cuando conocí al autor de este libro (99) en la redacción de *La Epoca*.

III

En la redacción de *La Epoca* se reunían muchos de los *jeunes* de la prensa santiaguina. Ahí departíamos de asuntos

de letras o artes, de un último libro, de un triunfo o de un fracaso, y ahí se escribía, se hablaba en voz alta hasta muy entrada la noche, hasta la hora del té, a riesgo de alterar la paciencia de mi estimado director don Eduardo Mac Clure. Allá llegaba Pedro Balmaceda, santiaguino que sufría la nostalgia de París, parisiense que no conocía la gran ciudad, siempre con alguna frase chispeante, sonriente y soñador, neurótico que mantenía cuidadosos a sus médicos, colorista que bordaba revistas y cuentos de todas las flores del estilo: ¡ah, buen amigo! Alberto Blest, hijo del novelista ex-Ministro de Chile en París, comparecía también, ya tísico, a contarnos entre accesos de tos martirizadores, sus recuerdos de vida parisiense, cuando los salones de su padre eran punto de reunión de todos aquellos hombres brillantes, Blowitz, Houssaye, Hohenlohe. . . ¡pobre Alberto! Ya duerme. Luis Orrego era el charlador incansable, mordiente, con los labios siempre entreabiertos por una sonrisa temible. Muchas veces quería hacer un elogio y le resultaba una sátira; buen escritor y *conteur* amante de la frase artística; y exagerado, hasta asegurar que una botina número 37 le calzaría bien al pie de Goliath. También concurría Gregorio Ossa, que nos leía sus comedias, y Roberto Alonso, exquisito prosador que tenía a su cargo las traducciones del diario. Algunas veces solía aparecer Julio Bañados Espinosa que entonces era redactor político del diario, y que hoy es Ministro de Instrucción Pública. Siempre de pie, oía, daba su opinión, verbosamente, ostentando su franca risa, y se marchaba.

El novelista Vicente Grez era Diputado y nos iba a acompañar de cuando en cuando, en sus ratos libres. Los hermanos Huneeus nunca faltaban, con Carlos Hübner. Rodríguez Mendoza llegaba raras ocasiones. El había sido redactor del diario y le tenía cariño a la redacción: así cuando se solicitaba de él algún artículo, aparecía estirado y friolento, subido el cuello de su *ulster*, y entonces se estaba con nosotros, el querido Manuel, en la charla loca y crepitante de nuestras horas alegres. ¡Horas inolvidables fueron aquellas! La sala de redacción era un tanto estrecha; las paredes estaban llenas de retratos, de cartulinas en que se veían las ilustraciones del diario del Domingo; en la mesa del centro, diarios y revistas, todo confundido y revuelto; frente a la puerta de entrada, una panoplia, una panoplia célebre para nosotros, y de la

cual ya ha hablado en *La Libertad Electoral* Luis Orrego Luco... (100)

(«*Revista de Arte y Letras*». Tomo XVI. Santiago. 1889).

AUTOBIOGRAFIA

XIV

Por fin, el vapor llega a Valparaíso, Compro un periódico. Veo que ha muerto Vicuña Mackenna. En veinte minutos, antes de desembarcar, escribo un artículo. (101) Desembarco. La misma cosa que en el Salvador: ¿qué hotel? El mejor. (102)

No fué el mejor, sino un hotel de segunda clase en donde se hospedaba un pianista francés llamado el capitán Yoyer. Hice buscar a Eduardo Poirier, y al poco rato este hombre generoso, correcto y eficaz estaba conmigo, dándome la ilusión de un Chile espléndido y realizable para mis aspiraciones. *El Mercurio*, de Valparaíso, publicó mi artículo sobre Vicuña Mackenna y me lo pagó largamente. Poirier fué entonces, después y siempre, como un hermano mío. Pero había que ir inmediatamente a Santiago, a la capital. Poirier me pidió la carta que yo traía para aquel personaje eminente en la ciudad directiva y la envió al destinatario.

Mi artículo en *El Mercurio*, mi renombre anterior... Contestó aquel personaje que tenía en el Hotel de France ya listas las habitaciones para el señor Darío y que me esperaba en la estación. Tomé el tren para Santiago.

Por el camino no fueron sino rápidas visiones para ojos de poeta y he aquí la capital chilena.

Ruido de tren que llega, agitación de familias, abrazos y saluciones, mozos, empleados de hotel, todo el trajín de una estación metropolitana: Pero a todo esto las gentes se van, los coches de los hoteles se llenan y desfilan y la estación va quedando desierta. Mi valijita y yo quedamos a un lado, y ya no había nadie casi en aquel largo recinto, cuando divisó

dos cosas: un carruaje espléndido con dos soberbios caballos, cochero estirado y *valet*, y un señor todo envuelto en pieles, tipo de financiero o de diplomático, que andaba por la estación buscando algo. Yo, a mi vez, buscaba. De pronto, como ya no había nada que buscar, nos dirigimos el personaje a mí y yo al personaje. Con un tono entre dudoso, asombrado y despectivo me preguntó: «¿Sería usted acaso el señor Rubén Darío?» Con un tono entre asombrado, miedo y esperanzado pregunté: «¿Sería usted acaso el señor C. A.?» Entonces ví desplomarse toda una Jericó de ilusiones. Me envolvió en una mirada. En aquella mirada abarcaba mi pobre cuerpo de muchacho flaco, mi cabellera larga, mis ojeras, mi jacquecito de Nicaragua, unos pantaloncitos estrechos que yo creía elegantísimos, mis problemáticos zapatos, y sobre todo mi valija. Una valija indescriptible actualmente, en donde, por no sé que prodigio de comprensión, cabían dos o tres camisas, otro pantalón, otras cuantas cosas de indumentaria, muy pocas, y una cantidad inimaginable de rollos de papel, periódicos, que luchaban, que luchaban apretados por caber en aquel reducidísimo espacio. El personaje miró hacia su coche. Había allí un secretario. Lo llamó. Se dirigió a mí. «Tengo —me dijo— mucho placer en conocerle. Le había hecho preparar habitación en un hotel de que le hablé a su amigo Poirier. No le conviene».

Y en un instante aquella equivocación tomó ante mí el aspecto de la fatalidad y ya no existía, por los justos y tristes detalles de la vida práctica, la ilusión que aquel político opulento tenía respecto al poeta que llegaba de Centro América. Y no había, en resumidas cuentas, más que el inexperto adolescente que se encontraba allí a caza de sueños y sintiendo los rumores de las abejas de esperanza que se prendían a su larga cabellera.

X V

Por recomendación de aquel distinguido caballero entré inmediatamente en la redacción de *La Epoca*, que dirigía el señor Eduardo Mac-Clure, y desde ese momento me incorporé a la joven intelectualidad de Santiago. Se puede decir que la «élite» juvenil santiaguina se reunía en aquella redacción, por donde pasaban graves y directivos personajes. Allí

conocí a don Pedro Montt; a don Agustín Edwards, cuñado del Director del diario; a don Augusto Orrego Luco; al doctor Federico Puga Borne, actual ministro de Chile en Francia; y a tantos otros que pertenecían a la alta política de entonces.

La falange nueva la componía un grupo de muchachos brillantes que han tenido figuración, y algunos la tienen, no solamente en las letras, sino también en puestos de gobierno. Eran habituales a nuestras reuniones Luis Orrego Luco; el hijo del Presidente de la República Pedro Balmaceda; Manuel Rodríguez Mendoza; Jorge Huneeus Gana; su hermano Roberto; Alfredo y Galo Irrarrázabal; Narciso Tondreau; el pobre Alberto Blest, ido tan pronto; Carlos Luis Hübner y otros que animaban nuestros entusiasmos con la autoridad que ya tenían; por ejemplo: el sutil ingenio de Vicente Grez o la romántica y caballeresca figura de Pedro Nolasco Préndez.

Luis Orrego Luco hacía presentir ya al escritor de emoción e imaginación que había de triunfar con el tiempo en la novela. Rodríguez Mendoza era entendedor de artísticas disciplinas y escritor político que fué muy apreciado. A él dediqué mi colección de poesías *Abrojos*. Jorge Huneeus Gana se apasionaba por lo clásico. Hoy mismo, que la diplomacia le ha atraído por completo, no olvida sus ganados lauros de prosista y publica libros serios, correctos e interesantes. Su hermano Roberto era un poeta sutil y delicado; hoy ocupa una alta posición en Santiago. Galo Irrarrázabal murió, no hace mucho tiempo, de diplomático, y su hermano Alfredo, que en aquella época tenía el cetro sonoro de la poesía alegre y satírica, es ahora ministro plenipotenciario en el Japón. Tondreau hacía versos gallardos y traducía a Horacio. Ha sido intendente de una provincia. Todos los demás han desaparecido; muy recientemente el cordial y perspicaz Hübner.

Mac-Clure solía aparecer a avivar nuestras discusiones con su rostro sonriente y su inseparable habano. Era lo que en España se llama un hidalgo y en Inglaterra un gentleman.

La impresión que guardo de Santiago, en aquel tiempo, se reduciría a lo siguiente: vivir de arenques y cerveza en una casa alemana para poder vestirme elegantemente, como correspondía a mis amistades aristocráticas. Terror del cólera que se presentó en la capital. Tardes maravillosas en el cerro de Sauta Lusía. Crepúsculos inolvidables en el lago del parque Cousiño. Horas nocturnas con Alfredo Irrarrázabal, con Luis

Orrego Luco o en el silencio del Palacio de la Moneda, en compañía de Pedro Balmaceda y del joven conde Fabio Sanminatelli, hijo del ministro de Italia.

Debo contar que una tarde, en un «lunch», que allí llaman hacer «once», conocí al Presidente Balmaceda. Después debía tratarle más detenidamente en Viña del Mar. Fuí invitado a almorzar por él. Me colocó a su derecha, lo cual, para aquel hombre lleno de justo orgullo, era la suprema distinción. Era un almuerzo familiar. Asistía el canónigo Dr. Florencio Fontecilla, que fué más tarde Obispo de La Serena, y el general Orozimbo Barboza, a la sazón ministro de la Guerra.

Era Balmaceda, a mi entender, el tipo del romántico-político y selló con su fin su historia. Era alto, garboso, de ojos vivaces, cabellera espesa, gesto señorial, palabra insinuante—al mismo tiempo autoritaria y meliflua. Había nacido para príncipe y para actor. Fué el rey de un instante de su patria; y concluyó conio un héroe de Shakespeare. ¿Qué más recuerdos de Santiago que me sean intelectualmente simpáticos?: La capa de don Diego Barros Arana; la tradicional figura de los Amunátegui; don Luis Montt en su biblioteca.

Voy a referir algo que se relaciona con mi actuación en la redacción de *La Época*. Una noche apareció nuestro director en la tertulia y nos dijo lo siguiente:

«Vamos a dedicar un número a Campoamor, que nos acaba de enviar una colaboración. Doscientos pesos al que escriba la mejor cosa sobre Campoamor.» Todos nos pusimos a la obra. Hubo notas muy lindas; pero por suerte, o por concentración de pensamiento, ninguna de las poesías resumía la personalidad del gran poeta como esta décima mía:

«Este del cabello cano
como la piel del armiño,
juntó su candor de niño
con su experiencia de anciano.
Cuando se tiene en la mano
un libro de tal varón,
abeja es cada expresión,
que volando del papel
deja en los labios la miel
y pica en el corazón.»

Debo confesar, sin vanidad ninguna, que todos los compañeros aprobaron la disposición del director que me adjudicaba el ofrecido premio.

Y ahora quiero evocar al triste, malogrado y prodigioso Pedro Balmaceda. No ha tenido Chile poeta más poeta que él. A nadie se le podría aplicar mejor el adjetivo de Hamlet: «Dulce príncipe». Tenía una cabeza apolínea, sobre un cuerpo deforme. Su palabra era insinuante, conquistadora, áurea. Se veía también en él la nobleza que le venía por linaje. Se diría que su juventud estaba llena de experiencia. Para sus pocos años tenía una sapiente erudición. Poseía idiomas. Sin haber ido a Europa sabía detalles de bibliotecas y museos. ¿Quién escribía en ese tiempo sobre arte, sino él? ¿Y, quien daba en ese instante una vibración de novedad de estilo como él? Estoy seguro de que todos mis compañeros de aquel entonces acuerdan conmigo la palma de la prosa a nuestro Pedro, lamentado y querido.

Y, ¿cómo no evocar ahora que él fué quien publicara mi libro *Abrojos*, respecto al cual escribiera una página artística y cordial?

XVI

Por Pedro pasé a Valparaíso, en donde—¡anomalía!—iba a ocupar un puesto en la Aduana. Valparaíso, para mí, fué ciudad de alegría y de tristeza, de comedia y de drama y hasta de aventuras extraordinarias. Estas quedarán para después.

Pero no dejaré de narrar mi permanencia y mi salida de la redacción de *El Heraldo*. Lo dirigía a la sazón Enrique Valdés Vergara. Era un diario completamente comercial y político. Había sido yo nombrado redactor por influencia de don Eduardo de la Barra, noble poeta y excelente amigo mío. Debo agregar para esto la amistad de un hombre muy querido y muy desgraciado en Chile: Carlos Toribio Robinet.

Se me encargó una crónica semanal. Escribí la primera sobre *sports*. A la cuarta me llamó el director y me dijo: «Usted escribe muy bien. Nuestro periódico necesita otra cosa... Así es que le ruego no pertenecer más a nuestra redacción...» Y, por escribir muy bien, me quedé sin puesto.

¡Que no olvide yo estos tres nombres protectores: Poirier, Galleguillos Lorca y Sotomayor!

Mi vida en Valparaíso se concentra en ya improbables o ya hondos amoríos; en vagares a la orilla del mar, sobre todo por Playa Ancha; invitaciones a bordo de los barcos, por marinos amigos y literarios; horas nocturnas, ensueños matinales, y lo que era entonces mi vibrante y ansiosa juventud.

Por circunstancias especiales e inquerida bohemia, llegaron para mí momentos de tristeza y escasez. No había sino partir. Partir gracias a don Eduardo de la Barra, Carlos Toribio Robinet, Eduardo Poirier y otros amigos.

Antes de embarcar a Nicaragua aconteció que yo tuviese la honra de conocer al gran chileno don José Victorino Lastarria. Y fué de esta manera: Yo tenía, desde hacía mucho tiempo, como una viva aspiración el ser corresponsal de *La Nación* de Buenos Aires. He de manifestar que es en ese periódico donde comprendí a mi manera el manejo del estilo y que en ese momento fueron mis maestros de prosa dos hombres muy diferentes: Paul Groussac y Santiago Estrada, además de José Martí. Seguramente en uno y otro existía espíritu de Francia. Pero de un modo decidido, Groussac fué para mí el verdadero conductor intelectual. (103)

Me dijo don Eduardo de la Barra: Vamos a ver a mi suegro, que es íntimo amigo del general Mitre, y estoy seguro de que él tendrá un gran placer en darle una carta de recomendación para que logremos nuestro objeto, y también estoy de que el general Mitre aceptará inmediatamente la recomendación. En efecto, a vuelta de correo, venía la carta del general, con palabras generosas para mí, y diciéndome que se me autorizaba para pertenecer desde ese momento a *La Nación*.

Quiso, pues, mi buena suerte que fuesen un Lastarria y un Mitre quienes iniciasen mi colaboración en ese gran diario.

Estaba Lastarria sentado en una silla Voltaire. No podía moverse por su enfermedad. Era venerable su ancianidad ilustre. Fluía de él autoridad y majestad.

Había mucha gloria chilena en aquel prócer. Gran bondad emanaba de su virtud y nunca he sentido en América como entonces la majestad de una presencia sino cuando conocí al general Mitre en la Argentina y al Dr. Rafael Núñez en Colombia.

Con mi cargo de corresponsal de *La Nación* me fuí para mi tierra, no sin haber escrito mi primera correspondencia fechada el 3 de Febrero de 1889, sobre la llegada del crucero brasileño *Almirante Barroso* a Valparaíso, a cuyo bordo iba un príncipe, nieto de don Pedro.

En todo este viaje no recuerdo ningún incidente, sino la visión de la «débacle» de Panamá: Carros cargados de negros africanos que ahullaban porque, según creo, no se les habían pagado sus emolumentos. Y aquellos hombres desnudos y con los brazos al cielo, pedían justicia.

XVII

En lo referente a mi permanencia en Chile, olvidé un episodio que juzgo bastante interesante. Cuando habitaba en Valparaíso, tuve la protección de un hombre excelente y de origen humilde: el doctor Galleguillos Lorca, muy popular y muy mezclado entonces en política, siendo una especie de «leader» entre los obreros. Era médico homeópata. Había comenzado de minero, trabajando como un peón; pero dotado de singulares energías, resistente y de buen humor, logró instruirse relativamente y llegó a ser lo que era cuando yo le conocí. Llegaban a su consultorio tipos raros, a quienes daba muchas veces no sólo las medicinas, sino también dinero. La hampa de Valparaíso tenía en él a su galeno. Le gustaba tocar la guitarra, cantar romances, e invitaba a sus visitantes, casi siempre gente obrera, a tomar unos «ponches» compuestos de agua, azúcar y aguardiente, el aguardiente que llamaban en Chile «guachacay». Era ateo y excelente sujeto.

Una mañana me dijo el doctor Galleguillos: «¿Quiere usted acompañarme esta noche a una visita que tengo que hacer por los cerros?». Los cerros de Valparaíso tenían fama de peligrosos en horas nocturnas, más yendo con el doctor Galleguillos me creía salvo de cualquier ataque y acepté su invitación. Tomó él su pequeño botiquín y partimos. La noche era oscura, y cuando estuvimos a la entrada de la estribación de la serranía, el comienzo era bastante difícil, lleno de barrancos y hondonadas. Llegaba a nuestros oídos, de cuando en cuando, algún tiro más o menos lejano. Al entrar a cierto

punto, un farolito surgió detrás de unas piedras. El doctor silbó de un modo especial, y el hombre que llevaba el farolito se adelantó a nosotros.—«¿Están los muchachos?»—preguntó Galleguillos: «Sí, señor», contestó el rotito. Y sirviéndonos de guía, comenzó a caminar y nosotros tras él. Anduvimos largo rato, hasta llegar a una especie de choza o casa, en donde entramos. Al llegar hubo una especie de murmullo entre un grupo de hombres que causaron en mí vivas inquietudes. Todos ellos tenían traza de facinerosos, y en efecto lo eran. Más o menos asesinos, más o menos ladrones, pues pertenecían a la mala vida. Al verme me miraron con hostiles ojos, pero el doctor les dijo algunas palabras y ello calmó la agitación de aquella gente desconfiada. Había una especie de cantina, o de boliche, en que se amontonaban unas cuantas botellas de diferentes licores. Estaban bebiendo, según la costumbre popular, un «ponche» matador, en un vaso enorme que se denomina «potrillo» y que pasa de mano en mano y de boca en boca. Uno de los mal entrazados me invitó a beber; yo rehusé con asco instintivo; y se produjo un movimiento de protesta furiosa entre los asistentes. «Beba pronto, me dijo por lo bajo el doctor Galleguillos, y déjese de historias». Yo comprendí lo peligroso de la situación y me apresuré a probar aquel ponche infernal. Con esto satisfice a los rotos. Luego llamaron al doctor y pasamos a un cuarto interior. En una cama, y rodeado de algunas mujeres, se encontraba un hombre herido. El doctor habló con él, lo examinó y le dejó unas cuantas medicinas de su botiquín. Luego salimos, acompañados entonces de otros rotos que insistieron en custodiarlos, porque, según decían, había sus peligros esa noche. Así, entre las tinieblas, apenas alumbrados por un farolito, entramos de nuevo a la ciudad. Era ya un poco tarde y el doctor me invitó a cenar. «Iremos—dijo,—a un lugar curioso, para que lo conozca». En efecto, por calles extraviadas, llegamos a no recuerdo ya qué casa, tocó mi amigo una puerta que se entreabrió y penetramos. En el interior había una especie de «restaurant», en donde cenaban personas de diversas cataduras. Ninguna de ellas con aspecto de gente pacífica y honesta. El doctor llamó al dueño del establecimiento y me presentó. «Pasen adentro», nos dijo éste. Seguimos más al fondo de la casa, no sin cruzar por un patio húmedo y lleno de hierba. «Aquí hay enterrados muchos», me dijo en voz baja

el médico. En otro comedor se nos sirvió de cenar y yo oía las voces que en un cuarto cerrado daban de cuando en cuando algunos individuos. Aquello era una timba del peor carácter. Casi de madrugada salimos de allí y la aventura me impresionó de modo que no la he olvidado. Así no podía menos de contarla esta vez.

(Autobiografía)

A n e x o s

A

CARTAS DE RUBEN DARIO AL PRESIDENTE BALMACEDA Y A DON LUIS ORREGO LUCO

I

PRIMERA CARTA AL PRESIDENTE BALMACEDA

Sr. Dn. J. Manuel Balmaceda.

Presente.

Muy respetado señor mío,

he querido darme la honra de dedicar a U. mi *Canto Epico a las glorias de Chile*, publicado en «La Epoca» del domingo.

Si tal dedicatoria fuese de su agrado, no habrá mayor satisfacción para mí, y quedaré comprometido a seguir produciendo mis pobres frutos; y procurando, con mis pocas fuerzas, servir a Chile, mi segunda patria.

Saluda respetuosamente a U. su afmo. S. S.

RUBÉN DARÍO

Stgo., Oct. 9|87 (104)

I I

SEGUNDA CARTA AL PRESIDENTE BALMACEDA

SEÑOR:

Acaba de llegar a mis manos el libro de su malogrado hijo, que debo a la bondad de usted.

Cosa inapreciable es para mí, por ser obra de aquella alma brillante que tanto amé, y por venir del padre de uno de mis mejores, fraternales amigos.

Usted sabe cómo se unieron nuestros espíritus por el afecto y por el arte, cómo íbamos juntos en la labor del diario, cómo aspirábamos a lograr juntos la gloria.

Al saber la terrible noticia de la muerte de Pedro, he sufrido mucho. Me hallaba en el campo, y lleno de duelo en mi retiro, escribí a su memoria un libro, que se está acabando de imprimir en la Imprenta Nacional, de San Salvador.

¡Con Pedro ha perdido el mundo literario un gran artista y la humanidad un corazón dulce y bueno, hoy, que son tan raros!

Comprendo el profundo dolor de su herida alma paternal. Mas debe tener usted el consuelo de que Pedro vivió la vida de la luz y se apagó como una estrella.

Su lírico espíritu soñador que flotó siempre en la aurora, se sentirá feliz en tanto que cerca de la tumba que guarda el cuerpo que animara, haya flores y cantos de pájaros, y su recuerdo viva en el corazón de los suyos.

Para mí, el querido compañero no ha muerto... Yo no quiero imaginarme aquella amable cabeza expresiva, pálida sobre la almohada del lecho mortuario. Yo alimentaré mi engaño hasta que—si Dios vuelve a guiar mis pasos a ese gran país de Chile—pueda ver en la casa el gabinete vacío, el asiento en la mesa, solitario, y yo sin aquel que me diera aliento, aplauso, apoyo, consuelo, amor.

Pronto recibirá usted el libro que le anuncio, y que es una obra del corazón.

Entre tanto, soy como siempre su agradecido y afectísimo amigo (105)

RUBÉN DARÍO

III

CARTA A DON LUIS ORREGO LUCO

Montevideo, 30-VII-912.

Señor Don Luis Orrego Luco.

Santiago. Chile.

Mi querido Lucho:

A través de tanto tiempo y de tanta distancia hemos guardado un largo silencio. Mi afecto por Chile se ha conservado el mismo después de tan largos días, y han revivido siempre en mí aquellas pasadas horas. Han desaparecido viejos amigos, entre los cuales hay aquellos que la gloria chilena debe coronar, bastaría con recordar a nuestro querido Pedro Balmaceda Toro, a Vicente Grez, a Carlos Luis Hübner y los que están aún en la actividad de su talento, de los compañeros de entonces, entre los cuales los Huneeus, Alfredo Irarrázaval y usted, mi querido Lucho, que ha producido una de las novelas más intensas de estos últimos tiempos, y que si se hubiese traducido a un idioma internacional, como el francés, le habría dado mucho renombre y provecho.

Después de 25 años vuelvo a Chile. Bien sabido es que allí publiqué mi libro *Azul* . . . es decir, el libro de ilusiones y ensueños que había, por favor de Dios, de conmover a la juventud intelectual de dos Continentes.

Nunca podré olvidar que allí pasé algunas de las más dulces horas de mi vida, y también de las arduas, pues en Chile aprendí a macizar mi carácter y a vivir de mi inteligencia.

Va esta carta, mi querido Lucho, como un saludo íntimo pues el saludo nacional está escrito hace tiempo en mi *Canto a las glorias de Chile*.

Y mi abrazo. (106)

RUBÉN DARÍO.

B

CARTAS DE RUBEN DARÍO A DON NARCISO
TONDREAU

I

PRIMERA CARTA

Mi querido señor Tondreau: (107)

No diga U. que soy un mal educado, porque hasta hoy le contesto. Muchos inconvenientes, entre ellos mi salud un tanto quebrantada, han sido causa de mi tardanza en escribir a U. Hoy lo hago con muchísimo gusto, enviándole además mis *Abrojos*: cuyo volumen hasta hace pocos días recibí, de Santiago.

Ahí tiene U. esos versos, ásperos y tristes, mis más queridos versos! De la benevolencia de los críticos deduzco yo que no miran mis *Abrojos* por su lado verdadero. Yo que esos críticos, buena lección hubiese dado al poeta que echa su mal-humor a la cara de la gente a título de poesía. Porque *spleen* y no otra cosa son los tales versos!

Guárdelos U., mi querido poeta, si no como regalado, y bello libro, por razón de que el olmo no da peras, sí como un recuerdo de éste su amigo que sin conocerle, le cuenta entre los mejores que ha encontrado, con ser poquísimos.

Lo saluda su Affmo.

R. DARÍO.

Valparaíso, y Abril 3 de 1887.

II

SEGUNDA CARTA

Señor Narciso Tondreau.

Santiago:

Mi querido amigo, mil y mil gracias por sus preciosos versos. Ha hecho U. muy bien en dedicármelos. Si los hubiese visto sin mi nombre me habría disgustado, sépalo U. Así, así, esos son los versos que debemos escribir; ese es, a mi modo de pensar, el gran secreto, el «modo».

La suya, esa, es hermana de mi *Invernal*; y yo cambiaría, seguro de salir con ventajas. Es un arte exquisito el que U. ha empleado en esas estrofas. Ese arte, ese procedimiento que yo adoro, es visto con ojos turbios por los poetas de cierta especie, devotos de San Hermosilla, amigos de los ovillejos de circunstancias, y hacedores de alejandrinos a lo Mármol, de aquellos del invariable *tamboreo*. Mejor. Quien mire a Lillo como a un dios lírico, a Rodríguez V. como el *summum* de cuanto a poesía se refiere, a Valderrama como a Poeta, y a Matta como un simple versero, no podrá gustar de esos lindos versos de U. y hallará mil defectos al vigoroso don Guillermo. Este, para mí, es el único de los «viejos», que presintió un renacimiento, un arte nuevo.

No hay sino seguir adelante. Yo lo espero todo de los jóvenes, de todos nosotros.

Le saluda su Affmo. amigo,

RUBÉN DARÍO.

III

TERCERA CARTA

Señor:

D. Alfredo Irarrázaval, o

D. Gregorio Ossa, o

D. Narciso Tondreau.

A cualquiera de Uds. necesito en mi pieza de alojamiento, calle de Nataniel 51, donde estoy gravemente enfermo. Ojalá que fuera esta misma noche!

Su amigo,

Por Rubén Darío que está imposibilitado en este momento. (108)

P. L. MEDINA.

Santiago, Octubre 26|87.

IV

CUARTA CARTA

Valparaíso, Marzo 7 de 1888.

Mi querido poeta,

recibí un número de la *Epoca* en que venían tres traducciones del hermoso Richepin. U. sabe que Richepin es hermoso y lo ha traducido hermosamente. De lo cual yo me alegro, y gozo por ello una voluptuosidad literaria muy especial. Claro! Richepin! Eh, Richepin, como quien dice: unos poetillas que gustan de leer a Richepin, que me den *La Glu* y *La Mer* y que me sirvan *Le Pavé* y las *Chansons des Gueux!*

A propósito, un perro que se oculta bajo la firma *Felipe Igualdad*, nos insulta en un periodiquillo de Santiago, cuyo nombre no recuerdo. Nos ladra sin más motivo que haber intentado el *Romancero!* Y nos llama — y lo peor es que lo llame a U. y Coraro—*aventureros*, y *ganapanes de la prensa*. Quisiera saber quien es ese discípulo de Figueroa, para decirle: Bruto, bestia, animal, caballo, burro!—Y no más.

Le agradecería que todo diario centro-americano, hasta los oficiales, que son inservibles ahí, me los empaquetase dulcemente y me los remitiese a la Redacción de el *Heraldo*, donde estoy de croniquero y semanero para servir y estimar a U., mi querido poeta don Narciso Tondreau.

Hace tiempo que no hago versos. En cambio hago prosa prosaica todos los días.—Y, señor mío, ganamos algo! Uh!

alguien!—Dígamele U. al señor Sastre de Santiago que tenga a bien esperarse un poquito para darle dinero. Pero que le dare, eso sí. Es cierto que no me ha cobrado aun una hermosa levita que luzco los domingos seriamente en mi paseo matinal por las calles.

Mire U. Cuando se canse de Richepin me lo envuelve y lo despacha acá, junto con el libraco egipcio. Digo, si no es molestia, y si no le quito a U. algún deseo de tener alguna de las dos cosas.

Entre tanto ande U. con bastón, para que cuando sepa quien es el que nos ha insultado, torpemente, estúpida, asnalmente, le dé dos palos: uno por U. y otro por mí.

Su amigo,

DARÍO.

V

QUINTA CARTA

1888

Mi querido Tondreau:

El señor D. Jesús Leiva, es mi compatriota, y deseo que U. lo atienda y estime como a mí.

El es comerciante; nosotros somos poetas; pero Apolo y Mercurio, son dioses en la hermandad del Olimpo. Sobre todo, él es un caballero cumplido y miembro de una distinguidísima familia salvadoreña, y un buen caballero.

Y más que sobre todo, su amigo Darío se lo recomienda, para que en los días que esté ahí, que serán muy pocos, procure ser el Tondreau más dulce al mismo tiempo que el Tondreau más gentil.

Suyo

DARÍO.

P. S.

Gracias por la reproducción en La Tribuna del prólogo de D. Eduardo. (109)

Vale.

VI

SEXTA CARTA

Valparaíso, Junio 18 de 1888.

Mi estimado poeta y amigo:

Si no le escrito (110) desde hace algún tiempo, no es porque haya dejado de estimarle y quererle, sino porque soy así, un tanto mal educado, a ese respecto, como se lo puede decir mejor que yo nuestro excelente Jorge Huneeus. Hoy, antes de partir, voy a pedirle un servicio. El joven Ruperto Cepeda, hermano del amigo Poirier y quien ha ayudado a éste en la correspondencia telegráfica de *La Época*, desde hace tiempo, desea servir la misma de *La Tribuna*.—Como sabe que U. será segundo redactor de ese diario, me pide que me dirija a U. recomendándole. Creo que hará el servicio a pedir de boca. Es muy a propósito para el trabajo ese, y creo que que les agrada.

Mucho le agradecería pusiese toda su influencia a este respecto.

Como va de *Asonantes*? ¿Alcanzaré a llevarme un ejemplar? (111)

Con recuerdos para Tomás, Jorge y Roberto, (112) le saluda con cariño su amigo

DARÍO.

VII

SEPTIMA CARTA

Mi querido poeta y amigo, su carta última me ha venido a calmar mis humores de Alceste. Es usted bueno, lo que me extraña, (113) puesto que siempre me ha demostrado cariño.

Vamos a otro asunto.

No habría querido enviar a ningún diario las cartas de don Juan Valera, si U. no me hubiese escrito. He estado

agriamente impresionado con toda la prensa, sobre todo con la en que hay algunos que se dicen mis amigos. Sé que diarios como «La Epoca», donde hay varios poetas, están suscritos al *Imparcial* de Madrid. Hay más. Se han reproducido todas las cartas de don Juan Valera, y se ha saltado sobre las dirigidas a mí. Es cierto que don Juan hace elogios que no me ha hecho nadie, y que con la publicación de su juicio, vendríamos a quedar en que yo soy un ternero de cinco patas. Cosa que desagradaría a todos los que creen que sólo soy un hombre de cuatro. Porque creo que hay quienes piensen así.

Por lo demás, le envió la única carta que conservo, pues la 2.ª se me perdió.

Y le doy mil gracias por su atención, que creo—cosa rara—que es sincera. (114)

En cuanto a mí, no quiera U. saber nada, ni me vuelva a pedir noticias. No hay brazos de leche ni nada.

Me alegró mucho, mucho, que se haya decidido a escribir *El Bosque*, poema que sólo U. puede escribir en Chile, pero que no agrada a los ateneicos colegas suyos, sino a un reducido número. Yo le aplaudo de todo corazón.

Yo también tengo una guagua de gran poema, o de disparate monumental. No se lo que saldrá, pero lo sabremos pronto.

Mi viaje se acerca. De repente, cuando menos piense U., adiooooos! ya voy por Panamá. Y entonces muchos estarán contentos.

Y yo también.

Su amigo

DARÍO.

P. S.

U. tiene relaciones con algunos españoles como el conde de Vista Florida, y pudiera ser que él tuviese la carta N.º 2 de don Juan. Si no él, el Club Español, o las librerías, o en cualquier parte.

Y yo le pongo fecha porque a Darío se le olvidó y está bravo.

Valparaíso, Diciembre 26|88.

EDUARDO (ininteligible el apellido) (115)

VIII

TELEGRAMA

Valparaíso.—Recibido a las 7 P.M.—Abril 1 de 1888.—Destinatario señor Tondreau.—Dirección: *Epoca*.

Aunque sé no es de Ud. primer suelto *Epoca* de hoy, lo he lamentado profundamente, pues no me mezcló en nada político ni tengo responsabilidad en gacetillas o semanas que no sean noticias comunes o literatura. (116)

RUBÉN DARÍO

C

CARTAS DE PEDRO BALMACEDA A RUBEN DARÍO

I

PRIMERA CARTA

Santiago, Septiembre 1.º de 1887.

Mi querido Darío: (117)

Ayer había escrito una carta para tí; pero después de escrita se extravió.

¡Qué lindamente escéptica es tu última composición, *Invernal!* Muy superior a la anterior que me enviaste. Te doy por ella mis felicitaciones sinceras. Tú, en verdad, te inspiras con el invierno. Yo, sufro reumatismos, dolores al corazón—¡y no amo a mujer alguna!...

Un consejo, que espero seguirás con entusiasmo. Es un deseo de amigo. Puede traerte provechos de consideración. El señor Varela ha abierto un nuevo certamen para el mes de Septiembre.

1.º Doce composiciones subjetivas, por el estilo de las de Becquer.

2.º Un canto épico a las glorias de Chile.

Ya ves. Trabaja y obtendrás el premio—un premio en dinero—que es la gran poesía de los pobres.

Yo trabajo constantemente para el certamen de la Universidad.

Tema: Si la novela contemporánea podrá ser consultada por la historia. Puedo hacer un buen trabajo.

Te abraza tu amigo

PEDRO.

II

SEGUNDA CARTA

Santiago, Septiembre 17 de 1887

Mi querido Darío:

Junto con esta van las *Otoñales*. En una carta de invierno; la poesía de las hojas secas.

Sabrás que el plazo fijado para la admisión de composiciones en el Certamen Varela, espira el 1.º de Agosto. Ojalá corrigieses las que te envió y en época oportuna me las remitas todas; que los dos, Manuel y yo, nos encargaremos de llevarlas a la Universidad.

Parece que hay mucho entusiasmo para concurrir a los certámenes. Yo sigo adelante en mis trabajos aunque un poco lentamente, pues *La Epoca* me consume las mejores horas del día. Llega la noche y me siento sin ánimo para estudiar a Balzac, o hacer disertaciones sobre Dickens.

No es lo mismo soñar, que escribir lo que uno sueña.

Esa ventaja tienen los poetas.

La musa es un jardín.

¿Estás triste? ¡Pues señor, vamos a recoger flores! Y salen los versos, artísticas joyas y raros engastes, perfumes de Arabia y mantos de Persia, monstruos de la India y vasos del Japon.

En fin, tú creas... Yo traduzco lo que siento en mi alma.

¡Si supieses cómo tengo la cabeza!

Papá Gautier y tío Goncourt no me dejan un instante. Es un pensar en la escuela realista, que según la tesis que sostendré, bajo el punto de la verdad, es la más exacta. ¡Pero el arte! ¡El arte, hijo mío, que nunca pisa el barro, ni pasea en las carretas de los verduleros, ni alienta en los cafés,

ese lo busco en los libros, en mis cuadros, en el humo de mi cigarro; en las gotas de oporto o de rubio jerez!

No comprendo de otro modo la borrachera. Después de una página de *Mademoiselle de Maupin*, el ajenjo; el ajenjo con Alfredo de Musset, con *Rolla y Mamouna*. Sabes que con esta filosofía llego a una conclusión: de que hay ciertos libros que no se pueden leer sin vino embriagador. Para Poe, el aguardiente. Para Musset, el ajenjo. Para Becquer, el Jerez de la Frontera. Para Heine . . . no encuentro un vino apropiado . . . (será el néctar de los dioses). . . Y para tí, yo desearía uno de esos vinos tristes, melancólicos, que ruedan lentamente por los bordes del cristal de Bohemia . . . poemas rojos, saturados de sangre hirviente y del perfume de las viñas.

Yo no bebo vino, y, sin embargo, mis artículos tienen un cierto olorcillo . . .

Te abraza

PEDRO.

III

TERCERA CARTA

Lota.

¡En pleno parque de Lota! Por aquí se entra al cielo. Contemplo a un lado la nota verde, siento la melodía amplia y sonora de los grandes pinos y de los copudos alerces, el aire suave de los eucaliptus, el cabeceo majestuoso de las araucarias y el remolino pardo-oscuro de los robles. ¡Vamos! Si quisiera describirte la vegetación y la belleza que encierra esta suave colina, que de pronto cambia y se interna en el mar, agria y cortada a pico por un lado, como los cimientos de un viejo castillo; y, en otros, toma la figura de un *square* inglés, declinando lentamente hasta las cercanías de las riberas; más allá impenetrable y oscura por las ramas de los árboles; los helechos y las madre selvas que se abrazan a los troncos; aquí un kiosko edificado en la copa de un maitén, que se balancea en el aire y produce vértigos; cerca de mí una Venus griega, una palizada formada de rústicos y caprichosos ganchos de árboles, que encierra una mesa de madera y unos

bancos de greda; un puente colgante, que comunica dos colinas, deja ver en el vacío una elegante procesión de estatuas de bronce; una cascada que se despeña entre lianas y arbustos del cerro; una hamaca, colgada de dos encinas, columpia a los soñadores, desde una altura increíble, y cuando se inclina de un lado, se divisa el mar, y el hada de los precipicios viene a besar nuestras frentes; el corazón se oprime. Allá hay un sendero que lleva a un pabellón turco; enormes avestruces africanos, vicuñas y pájaros de la India, se pasean en sus jaulas de alambre, mientras la atmósfera libre de un inverdadero, hecho de cristales, lleva perfumes de mándragoras, jazmines, camelias y heliotropos. La laguna tiene cisnes y piraguas indígenas del Cabo de Hornos. Una fuente de porcelana de colores azulados, como los relieves de la Alhambra, anuncia la proximidad de un criadero de helechos; allí crecen, se estrechan, se ahogan, se confunden y se enamoran las hojas caprichosas que viven en las quebradas, los finos encajes verdes de las islas del Cabo de Buena Esperanza, la ramazón fuerte y vigorosa de los canales de Smith, la pelusilla tenue de las laderas de Escocia, los ramos esponjados de las riberas del Rhin y las enredaderas perezosas de nuestras cascadas... Si quisiera describirte todo esto, necesitaría ser pintor, haber palpado la Naturaleza, conocer los secretos y los horizontes azules del arte, haber luchado en la escultura con las formas abruptas de la roca, y los griegos modelados de los jarrones satíricos...

Yo tengo aquí entre las cejas todas las impresiones que he recibido, revueltas; me han tomado de sorpresa y estoy medio ciego.

Dejaremos que el arroyo se aclare, y entonces te vaciaré mis apuntes.

Vivo en un costado del parque, en la casa de la Administración. Da al mar, por el lado de los establecimientos de fundición, la fábrica de ladrillos, la bahía, los muelles y los vapores de chimeneas rojas. A un lado, los caprichos de una mujer; al otro, la pujanza y el trabajo emprendedor de un hombre. Aquí, el oro que brota; allá, el oro que se derrama y se gasta. Aquí, la vida; allá, la fortuna que se pierde.

Se está construyendo una nueva casa. Es un palacio-castillo, por el estilo del castillo de Chantilly. Costará 300.000 pesos. ¿Qué tal?

Los diarios me dicen que has lanzado la circular para el *Romancero*. Me alegro. Es una obra que tiene buen viento. Te abraza

PEDRO.

IV

CUARTA CARTA

Viña del Mar, Enero 22 de 1888.

Mi querido Rubén:

Aquí me tienes con nueva perspectiva azul, muy cerca del mar, pero muy lejos de Europa, nuestra Europa.

Esta vida de los viajantes es encantadora. Hacía mucho tiempo que no sorprendía un número mayor de asuntos de artículos, dibujos a la pluma; sobre todo ese ambiente espacioso de la campiña que satura los pulmones y hace revivir el espíritu amortiguado. Me siento feliz. Me siento tranquilo.

A las cinco y media en la estación.

Observé una novela.

Esos saludos de última hora, esos halagos, esos encargos repetidos en alta voz, entre carcajadas de bocas jóvenes, y la tos seca de un barbudo caballero.

Por aquí llega un carro cargado de bultos:—¡Cuidado! ¡Den lugar!—dicen los de los gorros lacres, y pasan, mientras el chirrido de las ruedas se confunde con los silbos agudos de una locomotora.

En los bancos, algunas señoritas vestidas de brin, altas, bien entalladas. Pasean de vez en cuando a lo largo de la ancha plataforma.

Aquí pasan sombreros raros; allá velos que flotan, maletas, canastos, y al pasar rápidamente, se divisan esos tipos trashumantes, perfilados con tinta china, como una caricatura de Gavarni, parientes todos del padre Goriot o del abuelo de Eugenia Grandet.

Te recuerdo que cuando desees rectificar y confrontar los retratos a la sepia del maestro Balzac, observes una estación de ferrocarriles

Por fin, el conductor palmoteó, dió un silbido, se oyó gran algazara entre los pasajeros que cerraban estrepitosamente las puertas, y después de soltar la locomotora de su gran capucha de bronce un piteo estridente, dejamos la estación.

Muy luego perdimos de vista las calles, que cruzaban rápidamente como las vistas de un kaleidoscopio, y penetramos en el campo abierto bañado por el sol, y extendido, sembrado de manchas verdes; los cerros encorvados, en posturas lascivas, ostentaban todas las sinuosidades de fuertes músculos de gigantes.

¡Atrás! ¡atrás! Todo pasa, todo queda en el camino, y sigue, y sigue el tren, como un poema de Campoamor, filosofando *a la minuta*, haciendo pensamientos rápidos y decepciones de un segundo.

Leía *Guerra y Paz*, de Tolstoy. Cerré el libro; pues la tarde se dormía y ya no había luz.

El campo tenía luces cenicientas: una verdadera acuarela hecha con pintura de crepúsculo.

Pronto, negro: negro como el de los grabados de Gustavo Doré en el *Infierno*; negro, bien negro, todo hecho de sombras.

Las montañas tienen siluetas de castillos almenados, de palacios que aguardan la magia del desencanto.

Más allá... mucho aire: aire impregnado de menta y de genciana; aire que hace reír de las enfermedades.

.....

Mi abuela, en la puerta de la casa, nos recibe con los brazos abiertos. ¡Sin orgullo te digo que me quiere mucho!... Tú conoces nuestro nido: es aquel *chalet* con muchos árboles, muchos jazmines, muchos heliotropos de esos que enferman la cabeza. A la hora de acostarme, ráfagas de las flores llegaban a mi cuarto. ¡Pícaras! Eran las *flores difuntas* de los pasados amores... Yo sentía un mundo viejo; tenía entre mis manos un libro borrado por el tiempo y que mis ojos se entretenían en descifrar aspirando su soplo de pasión. ¡Uf! ¡Qué impresión tan triste, tan ridícula, dejan las mujeres cuando pierden el traje de la ilusión!

Las ninfas, sorprendidas por los sátiros, deben pasar al templo de las bacantes.

En este momento sólo siento el recuerdo de mi amiga R... y de mis compañeros: de tu amistad.

Tengo conmigo a Heine, Saint Víctor, Tolstoy, Goncourt
y otros más. ¡Mira que corte! Ni Luis XV.
Tal vez te mande una correspondencia.
Salud.

PEDRO.

D

EL PROYECTO DE RETORNAR A CHILE

BORRADOR DE UN TELEGRAMA DE DARÍO A ORREGO LUCO

Luis Orrego Luco,

Santiago.

Chile.

Agradecidísimo atención. Imposible viaje hasta semana entrante. Ruego te interpretes mis sentimientos de gratitud a todos los viejos y nuevos amigos. Título conferencia no puedo anunciar, posiblemente será «Mi primer viaje a Chile». (118)

RUBÉN DARÍO

NOTAS

(1) *Emelina*, por Eduardo Poirier y Rubén Darío; Valparaíso, 1887. Según se lee en el prólogo, fué escrita en diez días, «sin preparación alguna». El propio Darío pensó siempre que esta novela era como un pecado de juventud y explicando su debilidad, a la sombra de Goncourt, dice que los autores no tuvieron la visión directa de lo humano, «sino recuerdos y reminiscencias de cosas vistas en los libros».

Parece difícil, si no imposible, separar el aporte de los autores.

Existe otra edición posterior publicada en París, con estudio preliminar de Francisco Contreras, en 1927 o 1928.

(2) El apoyo de todo orden brindado por Balmaceda a Darío para la realización de su obra literaria en Chile, no se limitó a *Abrojos* ciertamente, obra que fué editada de su cuenta o, al menos, con recursos buscados a petición suya.

Fué Balmaceda quien le aconsejó se presentara al Certamen Varela y a ese consejo se debe la elaboración del Canto Epico, que abrió en la obra lírica del maestro rumbos en los que habría de cosechar algunos de sus triunfos mayores (*La marcha triunfal* y *Canto a la Argentina*, vg.).

El propio Darío publicó en *A. de Gilbert* párrafos de cartas, reveladores.

(3) El premio del concurso de Rimas, abierto por el millonario don Federico Varela en su Certamen de 1887, lo ganó el ilustre poeta chileno don Eduardo de la Barra. Disgustado del fallo, según cuenta el propio de la Barra, un poeta de los jóvenes, más recalitrante que otros, dijo a propósito: «Convengo en que la obra premiada es de más mérito que las otras; pero apuesto que el premiado es incapaz de hacer algo tan artístico, tan lleno de frescura y savia juvenil, tan exuberante de vida, tan lleno de colores y reflejos tropicales como las Rimas de Darío».

De la Barra recogió el guante y compuso sus famosas *Contra-rimas*.

(Véase *Poesías de Eduardo de la Barra*, Tomo II, edición chilena de 1889; citada por el señor Silva-Castro en su *Bibliografía de Darío: Obras desconocidas de Rubén Darío escritas en Chile y no recopiladas en ninguno de sus libros*.

La primera edición de las *Contra-rimas*—que es, también, la segunda de las *Rimas* de Darío—tiene la siguiente portada: *Las Rosas Andinas. Rimas y contra-rimas por Rubén Darío y Rubén Rubí*. Valparaíso. Imprenta y Litografía Americana de Federico T. Lathrop. 1888

El tono de las contra-rimas es serio y zumbón a la vez; hay composiciones elegantes y bien concebidas, hechas con aire juvenil y otras de chabacana caricatura.

En una introducción en verso, se lee:

«Yo, como tú, fuí mecido
En hamaca tropical;
Nadie conoce mi nido,
Soy cantor desconocido,
Soy un oscuro turpial.»

(4) En la *Reseña crítica sobre Azul...*, de los profesores Saavedra y Mapes (edición universitaria de las *Obras escogidas de Rubén Darío publicadas en Chile*, Tomo 1), se lee: «Todos los cuentos, «cuadros», y poemas que forman el libro *Azul...* impreso en Valparaíso en 1888 se publicaron primera mente en periódicos de Santiago de Chile, entre el 7-XII-1886 y el 23-VI-1888, a-saber: *La Época*, *Revista de Artes y Letras*, *La Libertad Electoral*; y también los dos cuentos y uno de los sonetos. (*Caupolicán*) que Darío añadió en la segunda edición de *Azul...*, que aparecieron en *La Libertad Electoral*, *La República* y *La Época*. El *Prólogo* de De la Barra, que forma el resto del libro primitivo, se reprodujo, en cambio, con posterioridad, en el diario *La Tribuna*, números del 20 a 23 de Agosto del 88».

(4a) En diversos pasajes de Darío se transparenta esa intimidad especial que constituía lo que pudiera llamarse un grupo dentro del grupo. Léase, vg., en un artículo suyo, escrito a raíz de la caída del Presidente Balmaceda (*Bañados. Espinosa*) y refiriéndose a este personaje: «Cuando se aparecía en nuestra casa de la calle del Estado sus visitas eran más a la imperial oficina de nuestro director Mac Clure, que a las más llenas de papeles en que trabajábamos Rodríguez Mendoza, Lucho Orrego, Alberto Blest, Pedro Balmaceda y yo». (V. *Crónica Política*; en *Obras Completas*, Vol. XI).

(5) Vamos a añadir algunas observaciones importantes sobre *Azul...* y lo que de él pensaba Darío en su etapa de Buenos Aires (año de 1896) cuando ya estaba en prensa *Prosas Profanas*.

Pero antes, conviene aludir a una peregrina afirmación del poeta, contenida en su manifiesto *Los colores del estandarte* («La Nación» de Buenos Aires, Noviembre 27 de 1896): «Cuando leía a Groussac no sabía que fuera un francés que escribiese en castellano, pero él me enseñó a pensar en francés». ¿Y *Azul...*? Entiéndase, no en el sentido de que pensara en francés, pues esto no pasa de una frase literaria efectista, sino en el de la influencia francesa que halló en su espíritu y en su pluma el maravilloso equilibrio de lo que podría llamarse el verso dariano, el estilo dariano. Esa influencia—nadie podría negarlo—le viene de Pedro Balmaceda y de los miembros de su tertulia, especialmente de Alberto Blest Bascañán, según creemos haberlo demostrado. ¿Por qué, entonces, el poeta formula una declaración tan absurda, tan alejada de la verdad? La explicación estaría en la influencia literaria que tenía en Buenos Aires Paul Groussac, en el hecho de que el joven escritor necesitaba, para vivir, de «La Nación», el gran diario de Mitre, y, sobre todo, en la necesidad de enfrentarse con las duras realidades de la existencia, a cuyos embates se hallaba ya un poco habituado. No podría, pues, formularse un cargo duro. Es posible, también, que el poeta no se diese en esa época cuenta cabal, al menos en la medida verdadera, de la decisiva influencia que tuvo en él su formación chilena; pero no dejaría de extrañar que hubiese olvidado a su amigo Balmaceda, a cuya memoria, hacia sólo unos pocos años, dedicaría un volumen íntegro. Queda en pie la explicación humana. Pasemos...

(6) Fecha de aparición de los cuentos y prosas principales:

El fardo (Abril de 1887).

El velo de la Reina Mab (Octubre 2 de 1887).

El Rey Burgués (Noviembre 4 de 1887).

La canción del oro (Febrero de 1888).

La muerte de la Emperatriz de la China (Marzo a Mayo de 1890).

Sólo un cuento importante—*El pájaro azul*—apareció con alguna anterioridad a los ya anotados (Diciembre de 1886), pero es posterior en seis meses a su llegada a Chile.

Las principales composiciones en verso de *Azul...* tienen las fechas siguientes:

Anagké (Febrero de 1887).

Primavera (Septiembre de 1887).

Estival (Marzo de 1887).

Autumnal (Abril de 1887).

Invernal (Junio de 1887).

(7) Publicado en *El Eco Literario*, órgano del «Círculo Literario Benjamín Vicuña Mackenna» (1888, pág. 41), en una información que lleva por título: *Dos inscripciones al lápiz*.

(8) *A. de Gilbert*, (San Salvador, Imprenta Nacional, 1889).

(9) En todo orden, aun en el religioso. Quien haya leído con detenimiento a Darío, puede juzgar a través del siguiente fragmento del estudio con que don Manuel Rodríguez Mendoza encabezó los *Estudios y ensayos literarios* de Pedro Balmaceda (Santiago, Imprenta Cervantes, 1889). Habla Balmaceda, un día de 1887, acaso en alguna reunión de su tertulia de la Moneda: «Desprecio tanto a los fanáticos como a los excépticos; pero me explico mejor la sinceridad de los que dedican largas horas a la satisfacción de sus deberes religiosos, que la audacia de los que afirman que se puede vivir sin pensar en un Ser Supremo. Yo no pretendo dar me cuenta exacta de la Divinidad; me limito simplemente a no erigir altares a la materia; a no confundir el destino con la fatalidad, a pensar y creer en *Algo*—ley, principio o poder que, en su mismo misterio, en su misma impenetrable oscuridad, me explica, sin que pueda definirlo, la razón de ser de cuanto existe en el Universo.»

«La materia, repetía en esa ocasión, es mezquina; impura; y, sin embargo, hay quienes creen en la *inmortalidad de la materia*. Yo, que rindo culto a las más grandes obras del ingenio humano, debo sentirme inclinado a creer en la *inmortalidad del espíritu*.»

(10) *A. de Gilbert*. A esta obra corresponden las citas de Darío, que no se especifican.

(11) En la dedicatoria, al Presidente Balmaceda, dice Darío: «Señor: Si algo puede valer este canto a las glorias heroicas de Chile, mi segunda patria. . . », etc.

(12) Para que se pueda apreciar mejor el sentido de crítica constructiva que tenía el gran poeta; al que se ha hecho alusión en alguna página de este ensayo, voy a reproducir el párrafo que se refiere a Vicuña Subercaseaux; siendo de advertir que es el único chileno citado entre los escritores jóvenes del 900, representativos de un género, en América.

«Surge ahora en Chile un talento joven que es firme esperanza; ha demostrado la contextura de un novelista de base nacional sostenido por la precisa cultura, la necesaria cultura, sin la cual nada será posible; me refiero al hijo de Vicuña Mackenna, Benjamín Vicuña Subercaseaux. . . »

(*España Contemporánea*: cap. «La novela americana en España»; edición de París, Garnier, 1901).

(12a) En carta a don Emilio Rodríguez Mendoza, publicada en *Como si fuera ayer* cuenta Darío: «Un día me dijo Menéndez Pelayo «que Chile no había tenido nunca un *Poeta*» en el sentido justo. «¿Y Vicuña Mackenna?»—le dije. . . «aunque en prosa. . . » Me lo concedió sonriéndose».

(Carta de Buenos Aires, Febrero 10 de 1895).

(13) La carta de Darío, cuyo original obra en poder de don Luis Orrego Luco, fué reproducida por éste en un ensayo sobre el poeta, publicado en «Pacífico Magazine», en Enero de 1921. Puede consultarse su texto íntegro en el Anexo A. de la presente Antología.

(14) Hemos utilizado, en la parte principal, la magnífica edición crítica de los profesores Julio Saavedra Molina y Erwin K. Mapes (*Obras escogidas de Rubén Darío publicadas en Chile*). Tomo I: *Abrojos, Canto Epico, Rimas, Azul*. . . ; edición de la Universidad de Chile, impresa en 1939, con motivo del cincuentenario de la publicación de *Azul*. . . , celebrado el año de 1938

A modo de noticia complementaria, para los lectores no familiarizados con el estudio de Darío, podemos añadir que—aparte de los numerosos ensayos críticos y biográficos escritos sobre él por chilenos o extranjeros—pueden anotarse las siguientes fuentes fundamentales para el mejor conocimiento de su vida y obra chilenas:

RECUERDOS PERSONALES

LUIS ORREGO LUCO: *Rubén Darío* («La Libertad Electoral», Santiago, Febrero 20 y 21 de 1889); *Recuerdos íntimos* («Sucesos», Valparaíso, Febrero 17 y 24 y Marzo 2 de 1916.) En sus *Memorias*, inéditas aún, se hallan largas páginas sobre el poeta y una evocación en conjunto y detalle de la época.

SAMUEL OSSA BORNE: *Un té de amigos*. («Revista Chilena», Santiago, Abril de 1917.)

EMILIO RODRÍGUEZ MENDOZA: *Rubén Darío* («El Mercurio», Santiago, Marzo 17 de 1916); *Como si fuera ayer* (Santiago, 1920). En este hermoso libro de recuerdos hay varios capítulos relacionados con Darío.

CRÍTICA

EDUARDO DE LA BARRA: *Azul... Cuentos en prosa. El año lírico, por Rubén Darío* («La Tribuna», Santiago, Agosto 20, 21, 22 y 24 de 1888). Es el Prólogo de la edición príncipe.

PEDRO BALMACEDA TORO: *Estudios y ensayos literarios* (Santiago, 1889). En las páginas 211 a 220 se encuentran el ensayo sobre *Abrojos* (*Pinceladas. Abrojos, por Rubén Darío*).

MANUEL RODRÍGUEZ MENDOZA: *Las Abrojos de Rubén Darío* («El Mes Ilustrado», Santiago, Agosto de 1896).

BENJAMÍN VICUÑA SUBERCASEAUX: *Gobernantes y Literatos* (Santiago, 1907). Contiene un estudio crítico que fué modificado sustancialmente en los originales que el autor preparó para una segunda edición, tres años más tarde, la que aun no ha visto la luz.

ARMANDO DONOSO: *Rubén Darío en Chile* («Revista Chilena», Santiago, Mayo de 1919).

LUIS ORREGO LUCO: *Rubén Darío en Chile* («Pacífico Magazine», Santiago, Enero de 1921).

FRANCISCO CONTRERAS: *Rubén Darío. Su vida y su obra* (Barcelona, 1930).

A. TORRES - RIOSECO: *Rubén Darío. Casticismo y Americanismo*, Estados Unidos, 1931.

JULIO SAAVEDRA MOLINA y ERWIN K. MAPES: *Obras escogidas de Rubén Darío publicadas en Chile. Tomo I. Abrojos, Canto Epico, Rimas, Azul...* (Edición de la Universidad de Chile, Santiago, 1939). Contiene varios estudios minuciosos sobre las obras indicadas y numerosas notas.

ROBERTO MEZA FUENTES: *De Díaz Mirón a Rubén Darío* (Santiago, 1940). Estudio notable, extenso y muy completo.

BIBLIOGRAFÍA

RAÚL SILVA CASTRO: *Obras desconocidas de Rubén Darío escritas en Chile y no recopiladas en ninguno de sus libros* (Edición de la Universidad de Chile, Santiago, 1934). Ensayo bibliográfico bastante completo, precedido de un estudio crítico.

EDICIONES ANOTADAS

JULIO SAAVEDRA y E. K. MAPES: *Obras escogidas de Rubén Darío publicadas en Chile. Tomo I* (citada en esta nota).

JULIO SAAVEDRA: *Poetas y prosas raras compiladas y anotadas*. («Anales de la Universidad de Chile», Primero y Segundo trimestres de 1938).

RAÚL SILVA CASTRO: *Obras desconocidas*, etc. (Citada en esta nota).

(15) Como se sabe, el inspirador del *Canto Epico a las glorias de Chile*, digno gemelo del *Canto a la Argentina*, fué Pedro Balmaceda. Este le decía en carta de Santiago: «Un consejo, que espero seguirás con entusiasmo. Es un deseo de amigo. Puede traerte provechos de consideración. El señor Varela ha abierto un nuevo certamen para el mes de Septiembre.

1.º Doce composiciones subjetivas, por el estilo de las de Bécquer.

2.º Un canto épico a las glorias de Chile.

«Ya ves. Trabaja y obendrás el premio—un premio en dinero,—que es la gran poesía de los pobres.»

El Certamen Varela era un concurso abierto por el conocido millonario chileno don Federico Varela, quien, sea dicho en honor a su memoria, ha sido de los pocos honibrés de fortuna que se han ocupado algo de las letras y de los escritores en Chile.

Darío, apremiado por Balmaceda, envió a éste los originales de su *Canto*, compuesto en los meses de Junio y Julio de 1887, según resulta de las investigaciones del profesor.

Saavedra. El joven chileno, en compañía de don Manuel Rodríguez Mendoza, los entregó en la Universidad de Chile, sede del comité de jueces.

El jurado, compuesto por don José Victorino Lastarria, don Diego Barros Arana y don Manuel Blanco Cuartín, expidió su fallo el 25 de Agosto. En él se daba el primer premio a Darío, en compañía del poeta don Pedro N. Préndez, autor de otra composición sobre el tema. Se lee en el informe respectivo: «El canto *A las Glorias de Chile por Urus*, si no es propiamente un canto épico libre de defectos, tiene el mérito de ofrecer pensamientos hermosísimos, una versificación generalmente buena y muy sonora. Hay en este poeta inspiración y buen gusto; sobre todo fantasía delicada y viva y numen generoso y potente.»

Darío escribió una carta al Presidente Bamaceda, cuyo texto hemos incluido en un anexo de esta *Antología*, dándola a luz por vez primera, en la cual solicitaba autorización del primer mandatario para dedicarle su obra. Obtenida ésta, figuró a la cabeza del poema el nombre de aquel esclarecido hombre público, en su texto original, aparecido en *La Epoca* el 9 de Octubre de 1887.

El *Canto Épico* y las *Rimas* fueron incluidos en el tomo primero de *Certamen Varela* (Santiago, Imprenta Cervantes), aparecido el mismo año; en dicha colección figuran todas las obras premiadas.

A propósito de la fidelidad histórica de los hechos narrados en el *Canto de Darío* —el Combate de Iquique en primer plano y la Guerra del Pacífico como fondo,— escribe don Julio Saavedra Molina en interesante reseña crítica: «Cuenta don Eduardo de la Barra que Darío «se había limitado a estudiar el episodio de Iquique», al rededor del cual discurre, en efecto, el poema; y que, faltar de tiempo, habría renunciado a ensanchar el marco de éste episodio si no hubiese sido porque encontró en De la Barra la persona que le escribió unos «apuntes en prosa que el otro convirtió en los lindos versos» de la visión del porvenir que tiene el héroe antes de abordar la nave enemiga, en la parte II del poema (V. el artículo de De la Barra publicado en *El Herald* de Valparaíso el 22-IX-88)».

Existen del *Canto Épico* varias ediciones, entre las cuales una de don Samuel Ossa Borne que reproduce el texto de «*La Epoca*» (Santiago, 1918), otra correspondiente al tomo XIV de las *Obras Completas* (Madrid), una tercera de Armando Donoso (*Obras de Juventud de Rubén Darío*; Santiago, 1927), una cuarta de Alberto Ghirardo, en su magnífica colección de *Obras Completas de Rubén Darío*, y la edición crítica de la Universidad de Chile (Santiago, 1939).

(16) En el estudio preliminar hablamos con alguna detención de los sentimientos chilenos de Darío, quien, en su época de Chile, llegó a concepcionar el país de su formación intelectual como su propia patria. En el *Canto Épico* no son pocos los ejemplos.

Una cita más:

«¡Patria, canta mi acento
la mayor de tus glorias inmortales!»

(17) Vicuña Mackenna cantó en prosa y en tono mayor la hazaña de Arturo Prat en forma no superada en el género, como escrita con pasión de alma, en el clima de la guerra, en horas de suprema tensión patriótica. Pero nadie, en verso, ha superado el canto de Darío. Su acento, hablando del héroe, alcanza el tono mayor que Vicuña lograra en prosa. Es soberbio el relato de la visión del capitán de *La Esmeralda* antes del combate.

(18) Vimos ya que las *Rimas* habían sido presentadas al *Certamen Varela*, conjuntamente con el *Canto Épico*, pero sólo fueron premiadas con *accèsit*. Se lee en el informe del jurado; «Estas catorce composiciones son originales por su concepto y por su disposición, que es enteramente artística y está expresada en versos fluidos y sonoros. Todas ellas corresponden al tema segundo, y no hay una que por la profundidad de su estilo no llame la atención, haciendo pensar. Son enteramente del genio de Bécquer». (Cit. en *Obras Desconocidas de Rubén Darío*, por el señor Silva Castro).

Fueron las *Rimas* muy celebradas en aquellos días, y más tarde en España. Desde su aparición en el volumen I de *Certamen Varela*, que puede ser tenido como edición príncipe, han sido reproducidas en folioteo, y, parcialmente, en órganos periodísticos de toda América;

Ocurrió, recién fueron conocidas, que como alguien dijera a don Eduardo de la Barra que se le miraba como incapaz de hacer composiciones parecidas a las de Darío, en el mismo tono, escribió unas *Contra-Rimas*, de fondo burlesco e intención sarcástica, en las que logra una versificación fácil y bien adaptada. Recogidas en volumen, junto con las *Rimas*, en un folleto titulado *Las Rosas Andinas. Rimas y Contra-Rimas por Rubén Darío y Rubén Rubí*, mostraron, junto con el mal humor del poeta chileno, una faceta, hartamente conocida, de su magnífico talento. (Véase nota 3)

Están incluidas las *Rimas* en el tomo X de la edición española de *Obras Completas*, y en la recopilación poética de Ghirardo.

(19) A Darío le pareció pobre su prólogo-dedicatoria. Pedro Balmaceda, en cambio, apreció en la justa medida este magnífico trozo.

Anota en el estudio consagrado a *Abrojos* (V. *Estudios y ensayos literarios*): «Recuerdo que Darío no quería publicar el prólogo que hoy encabeza su libro. Decía que era malo».

Fué sin duda Balmaceda quien convenció al autor para que no lo suprimiese.

• Y decir—añade el crítico chileno, luego de citar algunas estrofas—que era feo un prólogo que comienza tan hermoso.

• Darío no conoce el valor de su prólogo.

• Paul de Saint Victor escribía los prólogos de las obras de Hugo quien agregaba: «Yo publicaría todos los años un libro siempre que vos me hiciésteis la introducción».

• Imagino que si Darío escribiera tan lindos libros como *Abrojos*, sus prólogos valdrían toda la obra.»

(20) Es interesante el origen de este *Abrojo*, recordado por don Samuel Ossa Borne en un artículo sobre el poeta: «Mac-Clure refirió que una vez que había llamado su atención la hermosura y la gracia de un muchacha en el alegre grupo de obreras que coteaban en el dintel de una puerta, volvió y golpeando en ésta interrógó a la madre de la creatura acerca de si daría entrada a un tuerto. Y, a fin de parecerlo, hizo servir de monéculo una moneda de oro. La interpelada replicó que en su casa no admitía tuertos, pero que tal vez pudiera entrar algún ciego. Una segunda moneda convirtió al joven en el ciego del caso y la mujer fué el lazarillo que retrocediendo lo condujo de ambas manos al interior.»

(Véase *Obras Escogidas de Rubén Darío publicadas en Chile*, tomo I, edición crítica de Saavedra y Mapes).

(21) El *Abrojo XVII*, publicado primitivamente en «La Epoca» el 13 de Octubre de 1886, es el más popular de la colección y en breve tiempo alcanzó justa fama en toda Sudamérica.

Su historia es ciertamente curiosa y ha sido narrada con variantes por don Luis Orrego Luco, don Manuel Rodríguez Mendoza y don Samuel Ossa Borne. Según las diversas versiones, que se fundamentan en una anécdota social narrada al poeta o presenciada por éste, cierto compromiso de matrimonio que había hecho ruido en el gran mundo santiaguino, se vió roto a consecuencia de la vida disipada del novio; y éste hubo de resignarse, no sin profundo dolor, pues amaba a la niña, que era muy hermosa. Mas cierto día de fiesta, cuando después de misa el muchacho se hallaba con otros amigos tomando un aperitivo en lo de Torres, pastelería ubicada en la calle de Ahumada, vió entrar a su amada, que con otras damas iba en busca de pasteles. Púsose pálido como el mármol del mesón, levantóse rápido el cuello de su gabán, apretó los labios y cerró los ojos; luego que las niñas se retiraron, tomó la copa y apurándola de un sorbo, salió sin decir una palabra.

Esa misma tarde el poeta habría compuesto el *abrojo* célebre:

Cuando la vió pasar el pobre mozo...

Nuestro amigo Raúl Marín Balmaceda, según noticias de familia, que provienen de Pedro, acaso, nos ha dado otra versión. Según ella, el protagonista sería el propio poeta, quien, enamorado de cierta dama de encumbrada prosapia, la señora T. F. de B., cuyo amor constituía para él, por imposible, una espina clavada en el alma, escribió los versos en el mesón de Torres, después de verla pasar alguna tarde. Si nos atenemos a la sensibilidad herida que se transparenta en el *abrojo XVII*, esta versión parece más real que las otras, por lo menos más humana. Es posible que Darío se atuviese a la ver-

sión primera de sus amigos, que contribuía a no atraer la atención sobre episodio y sentimiento tan íntimos.

Nosotros contamos el caso en *El Alba de Oro*, poniéndolo en boca del poeta. Nuestra versión no difiere de la conocida, pues a tiempo de escribir la escena respectiva, aun no conocíamos la de Raúl Marín. De haberla conocido antes, probablemente nos hubiéramos atenido a ella, pues a menudo la verdad posee mayor contenido dramático que la fantasía.

(22) Los *abrojos XXV, XXVIII, XXX* y otros varios recuerdan la manera de Campanor en sus *Humoradas*. No en balde Darío admiró en su juventud al poeta que no conoció la vejez ni aun en los extremos de su ancianidad.

(23) Según don Manuel Rodríguez Menoza, fué éste el primer *abrojo* escrito por Darío. Si no cronológicamente, al menos en calidad es de los primeros.

(24) Recuerda el *abrojo XLII* a Becquer y a García Lorca. Más al moderno y malaventurado poeta de *Doña Rosita la soltera*. Donde se ve como pueden irse encadenando influencias que irrumpen insóspetadamente.

(25) El *abrojo LX* hace pensar en los buenos trozos satíricos de los clásicos españoles del siglo de oro, mezclado con ese fondo dulceamargo de la poesía popular hispano-americana.

(26) Las mismas reflexiones a que se presta el *abrojo LV*, acuden cuando se lee el *LXI*:

*Un día estaba de broma
en su palacio el buen Dios...*

(27) Véase la nota (18).

(28) Darío, Pedro Balmaceda, Alberto Blest y Luis Orrégo recitan las estrofas de este poema en la tertulia de la Moneda, Jornada Primera de *El Alba de Oro*.

(29) *Azul...*, cuyos cuentos y poemas fueron escritos en Chile y publicados en periódicos chilenos, marca el bautizo del genio de Darío y una de las etapas capitales de su reforma poética. Es, pues, como queda largamente dicho en el estudio preliminar de esta Antología, una de las obras fundamentales del gran escritor, uno de los libros de mayor valía en la literatura poética de América.

La edición príncipe fué impresa en Valparaíso, en la Imprenta y Litografía Excelsior, ubicada en el N.º 14 de la calle Serrano, terminándose el trabajo, según reza el colofón, el día 30 de Julio de MDCCCLXXVIII. Contiene 134 páginas de texto más XXXIV preliminares, en las que se incluye el prólogo de don Eduardo de la Barra.

Azul... fué dedicado a don Federico Varela en la siguiente hermosísima página, digna de ser dirigida a un emperador-mecenas:

Al Sr. D. Federico Varela.

Hierón, rey de Siracusa, inmortalizado en sonoros versos griegos, tenía un huerto privilegiado por favor de los dioses, huerto de tierra ubérrima que fecundaba el gran Sol. En él permitía a muchos cultivadores que llegasen a sembrar sus granos y sus plantas.

Había laureles verdes y gloriosos, cedros fragantes, rosas encendidas, trigo de oro, sin faltar yerbas pobres que arrostraban la paciencia de Hierón.

No sé qué sembraría Teócrito, pero creo que fué un cítrilo y un rosal.

Señor, permítid que junto a una de las encinas de vuestro huerto, extienda mi enredadera de campánulas.

R. D.

En las ediciones posteriores fué retirada esta dedicatoria, pues Varela no se dió cuenta del honor insigne que se le hacía, y, según parece, ni siquiera dió las gracias.

La edición de Guatemala, año 1890, es la que sigue en importancia a la primera, porque en ella fueron agregadas XXXIV notas aclaratorias originales, algunas de bastante extensión y varios trabajos en prosa y en verso.

Los agregados, aparte de las notas, son:

CUENTOS: *El sátiro sordo* y *La muerte de la emperatriz de la China*.

PROSA POÉTICA: *A una estrella*.

POEMAS: *Caupolicán*, *Venus*, *De invierno* (sonetos); *Leconte de Lisle*, *Catulle Mendés*, *Walt Whitman*, *J. J. Palma*, *Salvador Díaz Mirón*, *Parodi* (medallones).

POEMAS EN FRANCÉS: *A Mademoiselle*, *Pensée*, *Chanson crepusculaire*.

Los poemas en francés y la composición a Parodi no figuran en las ediciones posteriores de *Azul*... , con excepción de la edición crítica de Saavedra y Mapes, impresa en la Universidad de Chile, año de 1939.

Esta edición crítica de la Universidad de Chile, la primera en su género, es una de las tres básicas del glorioso libro.

La edición de Guatemala contiene, además, a guisa de prólogo y en reemplazo no justificado del magnífico que le escribirá De la Barra, las dos *Cartas americanas* de don Juan Valera. Ambos estudios críticos fueron recogidos en la edición univesitaria chilena.

No vamos a añadir nuevos comentarios críticos sobre *Azul*... ni a glosar los que hicieran con hondura, desde sus respectivos puntos de vista, el ilustre escritor español y el insigne poeta chileno. El lector interesado en Darío debe leer ambos trabajos detenidamente.

Más tarde se han dado a la estampa, en libros y hojas de periódicos, innumerables estudios críticos de *Azul*... Entre los de mayor valía debernos señalar el libro del poeta chileno Roberto Meza Fuentes: *De Díaz Mirón a Rubén Darío*.

Innecesario nos parece decir que la edición crítica de Saavedra y Mapes es básica para el estudio de *Azul*...

(30) En su segunda carta sobre *Azul*... , es decir, sobre Darío, don Juan Valera, que apreció la belleza literaria de *Anagké*, pone una limitación condenatoria de los últimos versos, que, en su sentir, contendrían una blasfemia. Como el poeta solo pretendió hacer poesía, resulta excesiva la calificación de Valera. Vale reconocer, con todo, que los versos tachados no añaden belleza al poema.

(31) El orden en que fueron escritos los poemas que integran *El Año Lírico* es distinto del que corresponde a su ubicación en *Azul*... El poeta los concibió en Santiago, en las estaciones respectivas, durante el curso de 1887. Más tarde hubo de colocarlos en disposición acorde con el paso de la vida...

Al pie de cada poema figura la fecha de su publicación en «La Época», que sin duda corresponde al mes en que su autor lo escribiera.

Cronológicamente, el orden es el siguiente:

Estival: Marzo 15 de 1887.

Autumnal: Abril 14 de 1887.

Invernal: Junio 3 de 1887.

Primaveral: Septiembre 25 de 1887.

(32) Don Juan Valera prefiere *Estival* a los otros poemas de *El Año Lírico*: «Entre las cuatro composiciones de las estaciones del año, todas bellas y raras, sobresale la del verano. Es un cuadro simbólico de los dos polos sobre los que rueda el eje de la vida: el amor y la lucha; el prurito de destrucción y el de reproducción. La tigre virgen en celo está magistralmente pintada, y mejor aún acaso el tigre galán y robusto que llega y la enamora.» (Carta de 29 de Octubre de 1889).

(33) Acerca de *El Año Lírico* dice Valera en la segunda de sus cartas a Darío: «El sentimiento de la naturaleza raya en Ud. en adoración panteística. Hay en las cuatro composiciones (o a más bien en las cuatro estaciones del año) la más gentilica exuberancia de amor sensual, y en este amor, algo de religioso. Cada composición parece un himno sagrado a Eros, himno que, a veces, en la mayor explosión de entusiasmo, el pesimismo viene a turbar con la disonancia, ya de un ay de dolor, ya de una carcajada sarcástica. Aquel sabor amargo, que brota del centro mismo de todo deleite, y que tan bien experimentó y expresó el ateo Lucrecio...» «Pero, como en Ud. hay de todo, noto en los versos además del ansia de deleite y además de la amargura de que habla Lucrecio, la sed de lo eterno, esa aspiración profunda e insaciable de las edades cristianas, que el poeta pagano quizá no hubiera comprendido.»

(34) El profesor Saavedra ha estudiado el origen de este breve poema, en que se retrata ricamente el arte de la famosa actriz.

(35) Ha sido discutido el origen de la famosa décima. Darío habla de un concurso en que él habría obtenido el premio ofrecido a la mejor improvisación sobre el tema. Cualquiera que sea la verdad, lo cierto es que sería difícil escribir nada que retrate mejor al creador de las *Humoradas*.

(36) Seguía, en el original publicado en Chile, una composición más extensa, pero sin relación con el escultor Plaza. Puede leerse la en *Epístolas y poemas*.

(36a) *La lira de siete cuerdas* fué escrita en el álbum de doña Elisa Balmaceda Toro, más tarde esposa de don Emilio Bello Codecido, político que ejerció la primera magistratura de Chile en 1925, como Presidente de la Junta de Gobierno. Doña Elisa, muy niña a la sazón, era hermana de Pedro, y Darío la vió pasar muchas veces a través de las ventanas del gabinete de su amigo, en el Palacio de la Moneda. Sin duda éste le pidió una composición para el álbum de su hermana, y la composición, allí escrita, permaneció inédita durante cerca de medio siglo. Don Julio Saavedra la incluyó en *Poesías y presas raras*, ya citado. Anota el señor Saavedra, a propósito: «Según parece, este poema sigue inédito».

Hemos examinado el álbum recientemente, en casa de don Emilio Bello, encontrando el poema después de la página escrita por el Presidente Balmaceda y de aquella otra en que aparece la firma de don Carlos de Borbón, pretendiente entonces a la corona de España. Las hojas en que figura el autógrafo de Darío están adornadas con flores en acuarela, obra de algún aficionado chileno, acaso un amigo.

En *A. de Gilbert*, apunta Darío: «Una ocasión, hallándose don Carlos en Santiago, me mostró Pedro el álbum de Elisa: ¡Y bien! ¡Tú que tienes humos monárquicos, date el lujo de escribir tu firma después de la de un rey!»

(36b) *El Himno de los Bomberos*, en que puede advertirse la entonación épica de Darío, fué publicado en «La Epoca» el 26 de Julio de 1888. La música, según nota de dicho diario, era del maestro Cesari. Es de sentir que la benemérita institución chilena no lo haya adoptado como himno oficial.

(36c) *La Balada sobre la sencillez de las rosas perfectas*, publicada por primera vez en «Elegancias», número de Enero de 1912, está dedicada a doña Carmen Concha, hija del diplomático chileno don Carlos Concha Subercaseaux, y fué escrita en París, probablemente. En «Elegancias» figura con el retrato de dicha dama, muy joven a la sazón.

(36d) Augusto D'Halmar, en su trabajo *Rubén Darío y los americanos*, ha contado la historia del soneto.

Dice D'Halmar: «Acudí cierta noche a despedirme de la tertulia formada por Darío, Nervo y otros amigos, porque al día siguiente debía irme de París, no sé dónde. Sólo hallé a Amado Nervo y a Darío y les conté mi viaje.

«—¿Qué harás, me interrumpió Rubén, de aquel vino que tu llamabas «terciopelo de los dioses»?

«—Quedan pocas botellas. Se las dejaré a mi portera.

«—No en mis días!, protestó mi interlocutor. Nos la beberemos juntos y te haremos compañía hasta que mañana salga tu tren.

«Así se hizo. En aquel quinto piso del Muelle de los Celestinos, con vista al Sena y a la Isla San Luis, que después heredó Jean Cassou y donde tantas veces acudió, entre otros, don Miguel de Unamuno, hicimos sendas fogatas con toda la leña que quedaba; pusimos en baño de María una media docena de Medoc, abrimos conservas y, mientras yo departía con Nervo ante la chimenea de mi escritorio, ante la de mi pieza se quedó Rubén ensimismado; de pronto le vimos irrumpir y nos leyó un soneto que me dedicaba y que, al visitar los campamentos, durante la guerra de Africa, me hallé pegado en recorte en una tienda de campaña, donde los aburridos soldaditos se lo habían aprendido de memoria, unos tras otros, con apuestas de quien se la ganaba a quien».

«A Nervo—agrega D'Halmar, después de reproducir el texto del soneto—no consiguieron entusiasmarle estas ricas rimas, donde se habían agotado, por ejemplo, los consonantes en opla; adujo que el me veía menos superficialmente. Y entonces, bajo

nuestros ojos, compuso a su vez aquellos otros famosos versos que aparecen en la edición española de *El Arquero Divino*:

«Sobre tu frente gravita
la infinita»
pesadumbre secular.
«Buscas tu ensueño ultra humano,
en tierra lueña, en mar lejano:
Lo encontrarás?
«Hermano extraño, errabundo,
¿de qué estrella has caído al mundo?
¿sabes siquiera dónde estás?
«Hacen cruz nuestros caminos;
bebamos juntos los vinos
del Adiós,
«Yo te emplazo en una cita,
sobre la arena infinita
sideral...

«Así, con un impensado e inesperado calderón, concluye esta composición de composiciones que, al contrario, logró entusiasmar a Darío.»

(37) Refiere Rubén Darío en su *Autobiografía*, y así se lee en el *Diario Nicaragüense* de Granada, de Febrero 16 de 1886, reproducido por *El Mercurio* de Valparaíso el 7 de Abril del mismo año, que cuando se supo en Managua que había muerto Vicuña Mackenna, varias personalidades, amigos todos del general y poeta salvadoreño don Juan J. Cañas, que había sido ministro en Chile y devoto del prócer, pasaron en comisión a darle pésame. En nombre de todos habló Darío, «en breves pero sentidas y elocuentes frases». El General Cañas respondió en hermosa oración

(38) El artículo de Rubén Darío sobre Vicuña Mackenna, uno de los mejores que se hayan escrito hasta hoy sobre el gran chileno, aun cuando no se refiera sino a aspectos de su vida y no al conjunto, pues le enfocó más bien desde un punto de vista eminentemente literario, es el primer aporte del gran poeta a Chile y lo primero que con su firma apareciera en la prensa chilena.

Había sido escrito en Managua en Febrero de 1886 e insertado en *Imparcial* de dicha ciudad. Probablemente su reproducción en *El Mercurio* de Valparaíso, con fecha de 7 de Abril, sea textual y sin variante.

Posteriormente ha sido reproducido en numerosas ocasiones, en forma completa o fragmentaria, sobre todo durante la conmemoración nacional del primer Centenario de Vicuña Mackenna, en Agosto de 1931, época en que gran parte de la prensa chilena lo insertó.

(39) Según estiman algunos biógrafos de Darío, en este cuento, con clave, el músico sería el propio poeta y el rey el director de «La Epoca», señor Mac Clure. Sin embargo, como en la *Autobiografía* se habla de dicho señor más bien con benevolencia, cabe pensar que el rey fuera otro. A mi entender lo sería el millonario don Federico Varela y así había recibido su falta de cortesía para la dedicatoria de *Azul*... un doble castigo: el haber sido suprimida en las ediciones posteriores a la príncipe, y el quedar inmortalizado con poco favor en uno de sus cuentos mejores.

A mayor abundamiento: el Rey Burgués es llamado Mecenas por Darío y al señor Varela solían llamarlo sus amigos y los gacetilleros de la prensa...

(40) Esmaragdina o esmeragdita, «míneral de hermoso color verde claro» (Saavedra, edic. crit. cit.).

(41) Comenta Darío en nota, en la segunda edición de *Azul*... «Circunscribiéndonos a la América latina: Nunca se había visto una plaga de versificadores anodinos y tontos, como la que ha aparecido en estos últimos tiempos. Imitadores desmañados de obras inimitables, poetastros a la antigua, fabricantes de octavas reales, confiteros en verso, etc.

(46) Se ha buscado intención autobiográfica en este cuento. En realidad, si se examina a fondo, no la hay; más bien se trata de una simbología de las miserias y angustias que crucifican a los artistas, de la incomprensión que los acompaña a lo largo del camino.

El viejo símbolo eterno ha encontrado en *El pájaro azul*, a través de la sensibilidad de Darío, en plena y fresca germinación primaveral, una gracia emocionada que da encanto a su lectura. Cuando la terminamos, todos nos sentimos un poco Garcín.

(47) En el tipo de Garcín no sólo puede encajarse al poeta sino también alguno de sus amigos. Las palabras «¡Una noticia! ¡una noticia!» recuerdan el estribillo de Blest Bascañán «¡Una noticia! ¡gran noticia!». La situación en que el personaje se encuentra, ofrece cierto paralelismo con la del joven Blest, según podrán observar quienes hayan leído la Introducción de esta *Antología*.

¡En cuantos artistas, a través de los regímenes sociales y políticos y de los tiempos más diversos, no podría encuadrarse la figura de Garcín!

(48) *La muerte de la emperatriz de la China*, dedicada en el original «Al Duque Job, México», esto es, al poeta Manuel Gutiérrez Nájera (así figura en «La República» periódico de Chile, y en la segunda edición de *Azul*...), está inspirada en un tema de Pedro Balmaceda. Pensemos el joven escritor chileno hacer, sobre tema chino, un cuento que tal vez no redactó nunca, y sobre el cual debió conversar más de una vez con Darío. La psicología del héroe—Recaredo—corresponde, en el terreno de la sensibilidad amorosa, a Pedro, o a lo que éste imaginaba y deseaba. El escenario, en que hay reminiscencia del salón de Balmaceda en la Moneda y del taller de Plaza, muestra la predilección que por el arte del lejano Oriente sentía el autor de *Estudios y ensayos literarios*.

Hace pensar esta breve obra maestra en lo que hubiera sido, de llegar a realizarse en el tiempo, la colaboración de Darío y Balmaceda. Y muestra, también, cómo la afición de Darío a los objetos y temas orientales—por más que estos últimos no abundan mucho en su labor—arranca de sus tiempos de Santiago y de la influencia chilena.

(49) «*La Ninfa* es quizá el que más me gusta», expresa don Juan Valera en su segunda carta.

Dice Darío en la nota X de la edición de Guatemala: «En mantel Frémiet, el famoso escultor francés contemporáneo, cuya especialidad son los animales. Fué discípulo del célebre Rude.

«Se recuerda una buena obra de su juventud, la *Gacela*; y es bien conocida su preciosa obra maestra, *Un perro herido*. Entre sus otros trabajos notabilísimos, el *Caballo Tereo*, el *Caballo de Montfaucon*, etc.» Obsérvese, en ambos artistas, la comunalidad de ciertos gustos: predilección por la naturaleza, amor a lo helénico...

(50) Dice Saavedra que este autor es el P. Juan Eusebio Nieremberg, de curiosa filosofía, tomó el poeta los detalles eruditos puestos en boca del sabio.

(51) Escribe Darío, nota XV de la edición citada: «Puck es un duende o demonio elemental, como dicen los teósofos, que aparece con mucha frecuencia en cuentos leyendas de Suecia y Dinamarca. En sajón su nombre es Hodeken, y en sueco el godreng, que quiere decir *Nisse, el buen muchacho*. Es un duende pícaro, pero servicial. Shakespeare lo hace figurar en su *Sueño de una noche de verano*.»

(52) *El palacio del sol* fué dedicado en «La Epoca», donde primera mente se publicó, «A Carlos A. Eguiluz», secretario particular del Presidente Balmaceda.

(53) Apunta Darío en la nota XVI, edic. cit.: «Nicanor Plaza, chileno, el primero de los escultores americanos, cuyas obras se han expuesto con gran éxito en el Salón de París. Entre sus obras, las más conocidas y de mayor mérito están una *Susana Caupolicán*, esta última magnífica de fuerza y de audacia. La industria europea aprovechó de esta creación de Plaza—sin consultar con él para nada, por supuesto sin darle un centavo—y la multiplicó en el bronce y en la terracota. ¡El *Caupolicán* de Plaza se vende en los almacenes de bric-à-brac de Europa y América con el nombre de *The Last of the Mohicans!*

«Un grabado que representa esa obra maestra de Plaza, fué publicado en la *Ilustración Española y Americana*.

«La gloria no ha sido esquivada con el amigo Plaza; pero no así la fortuna...»

(54) bárbitos, tímpano: instrumentos griegos.

(55) *murio de muerte*: dicho que solía emplear Darío antes de su viaje a Chile y que se encuentra, alguna vez, en su producción chilena. Pudiera corregirse el texto así: *murio de muerte romántica*.

(56) *La Carta del País Azul*—escrita, tal vez, a Pedro Balmaceda, pertenece a la época de *Azul*. . . y fué publicada por primera vez en «La Epoca», el 3 de Febrero de 1888, año estelar en la vida del poeta. No está incluida en las ediciones españolas de las *Obras Completas* y sólo ha sido reproducida, según creemos, en las *Poesías y prosas raras* compiladas y anotadas por Saavedra, de donde la tomamos.

Cree el señor Saavedra que la «niña rubia» es la Elisa cantada en *La lira de siete cuerdas*, es decir, doña Elisa Balmaceda Toro, hermana de Pedro.

Indudablemente el «gran artista» a que alude Darío, es Nicanor Plaza, cuyo taller frecuentaba en compañía de Balmaceda.

(57) Más de algún crítico imaginará que tiene fondo autobiográfico esta fantasía. Siempre hay indicaciones o huellas en la obra de un poeta que puedan llevar a esa idea; pero aquí aparecen «menores», siendo las alusiones simplemente genéricas.

Es posible que se trate de alguna anécdota de Nicanor Plaza, adornada por la imaginación del autor, quien se sustituiría a la estampa física del protagonista, siguiendo otra tendencia general en los poetas («Todo el mundo podía verle alto, flaco, ángulo»).

Pudiera creerse que al pintar a Villanieve, la ciudad de las mujeres hermosas, aficionadas a las pompas, que desfilaban por las calles dando la idea de «una procesión de emperatrices», el autor pensó en Santiago. Sin duda se encuentran rasgos comunes a toda gran ciudad, y más de uno que a la capital de Chile pudiera aplicarse especialmente; pero Darío, en realidad, sólo pensaba en una ciudad grande, populosa, dada al comercio, en que hubiese poco espacio para el artista, y bien se sabe que todo el mundo presenta modelos comunes en este sentido. El hecho mismo de que no aparezca, con excepción, del artista, ninguna figura de hombre que valga para nada, comprueba el aserto.

Villanieve es una ciudad universal, que encontramos en todos los países y bajo todas las latitudes. Cada artista ha tenido su Villanieve antes de triunfar, y para muchos grandes, que hicieron su camino desconocidos, el mundo entero habrá sido Villanieve.

(58) Tomamos esta fantasía del volumen de *Obras desconocidas de Rubén Darío* recopiladas por el señor Silva Castro e impreso por la Universidad. De ahí provienen, también, *Bouquet y Arte y Hielo*.

(59) Dice Darío, nota XVII (edic. cit.): «El *Album Porteño* y el *Album Santiagués* debían formar parte de un libro que con el título de *Dos años en Chile* se anunció en Valparaíso cuando apareció *Azul*. . . y que no vió la luz pública, por circunstancias especiales».

Es lástima que no escribiese nunca ese libro en que debieron volcarse sus impresiones sobre Chile, su tierra, sus hombres, sus paisajes y su historia, junto a recuerdos personales y revelaciones íntimas que más tarde evocó fragmentariamente en artículos y en libros (*A. de Gilbert, Autobiografía*).

Sin embargo, no poco del material que pudo cristalizarse en esos *Dos años de Chile* (que fueron cerca de tres), se halla reunido en esta *Antología Chilena*.

(59a) Ricardo, el poeta lírico, es el propio Darío naturalmente.

(60) Apunta Darío: «Referencia hecha al gigante Amico, rey de los bebrices, que fué vencido por Pólux en lucha singular».

(61) Como casi todos los grandes poetas, posee Darío el don pictórico. «Este cuádrilo»—escribe, nota XX—tan modesto en este libro, tengo la convicción de que daría motivo, tratado por un pintor de talento, a una obra artística original y de alto valor estético.»

(62) Sin duda ninguna este magnífico ensayo crítico puede considerarse como un manifiesto literario, según coinciden en estimarlo el profesor Saavedra y don Antonio Marrasso, citado por Saavedra, junto con otros escritores de Hispano-América.

Es, en orden cronológico, el primero de los manifiestos de Darío.

(63) A. de Gilbert, es decir, Pedro Balmaceda Toro. Esta alusión muestra el conocimiento calitativo que tuvo Darío del grande y malogrado artista chileno.

(63a) En Octubre y Noviembre de 1886 se publicaron en «La Epoca» de Santiago, bajo el rubro de *Teatros*, diez artículos de crítica teatral sobre Sarah Bernhardt, cuya compañía actuaba por esos días en los teatros Municipal y Santiago de la capital. Aunque los artículos son anónimos, don Julio Saavedra ha podido establecer, de modo fehaciente, que pueden atribuirse a Darío. El estilo muestra, incipientemente, las calidades peculiares del gran escritor, en germen todavía, y los giros que indudablemente sólo a éste podían pertenecer. Con todo, como sólo tres de dichos artículos han sido recogidos en las *Obras Completas*, edición Ghiraldó, nosotros hemos creído conveniente limitarnos a ellos, impresos en el volumen IV: *Páginas de Arte*. Seleccionamos dos, acaso los mejores, aun cuando deba reconocerse, por comparación con otros trabajos de índole crítica que se reproducen en la *Antología*, que su mérito literario es muy relativo.

Esos tres artículos tienen en «La Epoca» la fecha que se indica más adelante, pero fueron enviados por su autor a diarios de Nicaragua, probablemente con fecha distinta y posterior, que se registra en dos de ellos, en el volumen citado. Luego de cotejarlos detenidamente en la Biblioteca Nacional de Santiago, pudimos comprobar que su texto último—el publicado en las *Obras Completas*—presenta algunas variantes con el primero: sustitución o supresión de líneas, texto corrido en éste, y separado en párrafos numerados a la romana, en el estilo de Vicuña Mackenna, en la edición de Madrid.

Titúlense, por el orden en que aparecieron:

Hernán: Octubre 29 de 1886 (En *Obras Completas* lleva fecha de Febrero de 1888).

La Dama de las Camelias: Octubre 30 de 1886 (En *Obras Completas*, Enero de 1888).

La Esfinge: Noviembre 3 de 1886 (En *Obras Completas* no tiene fecha).

Hemos acogido los dos últimos.

Parece ser que, para escribirlos, Darío, que se encontraba todavía poco informado, hubo de examinar lo que la prensa argentina dijo, y probablemente lo que los escritores y críticos chilenos comentaban cada noche. Hay algunas referencias a opiniones de Paul Groussac, que no implican admiración o predilección a este distinguido escritor, como dijera algo ligeramente años más tarde, sino simple información con cita de testimonio respetable. Ello ha llevado a engaño al profesor Saavedra, quien pretende anteponer en alguna forma la influencia de Groussac sobre la de Balmaceda. El punto no puede siquiera ser discutido, porque no hay huella mayor de Groussac en la obra chilena del poeta, y sí debe reconocerse a cada paso la de Balmaceda. El distinguido investigador en referencia ha sobreestimado, por otra parte, el mérito de los artículos de crítica teatral de Darío, llegando a decir, con verdadera exageración, que ellos «muestran al autor en mocedades literarias tan robustas como las mocedades guerreras del Cid». Estaba tan en proceso formativo el estilo literario del gran artista—pese a algunos hermosos poemas y artículos de Centro América compuestos en años de adolescencia—y en maduración su juicio crítico, que los artículos sobre teatro, de Balmaceda, por ejemplo, que era un año menor, son incomparablemente superiores.

El punto de vista de don Julio Saavedra parece, pues, completamente errado acerca de esta materia, y el juicio general de la crítica acerca de la influencia chilena de Darío, sólo puede encontrar—como ocurre en mi propio caso—material para reafirmarse, acentuando la calidad y transcendencia de esa influencia mucho más de lo que se ha hecho hasta ahora.

Pero cuando el profesor citado habla de la coexistencia del sentido modernista en Darío y Balmaceda está mucho más cerca de la verdad. A mi entender, incluso podría derivarse el nacimiento de la escuela modernista del propio Balmaceda. Dice muy bien en su estudio sobre *Rubén Darío y Sarah Bernhardt* («Anales de la Universidad de Chile», Primer Trimestre de 1941): «Fue clara y positivamente un influjo *directo, activo y de ejemplo*. Si no antes, por lo menos al mismo tiempo que, el Nicaragüense, produjo Pedro Balmaceda cuentos y cuadros con temas modernistas y en un estilo «que nada tenía de común con el de los demás escritores», como dijo Darío».

(63b) Ya nos hemos referido en la primera nota a *Emelina*, obra escrita en colaboración con don Eduardo Poirier y publicada en Valparaíso en 1887. Es una novela de asunto folletinesco, escrita en diez días, para procurar ganarse el premio de un certamen, como confiesa Darío; y por su calidad está al margen de la obra de arte del gran escritor, sin que carezca de valor como documento dariano. Tuvo *Emelina* la extraordinaria fortuna de llevar el nombre del poeta y por ello se tiene ganada cierta inmortalidad.

A la cabeza de la novela hay un prólogo escrito por Poirier en que se inserta la carta o explicación de Darío, que hemos incluido en un anexo de esta *Antología Chilena*, ya que no era posible seleccionar ningún capítulo por la imposibilidad de separar su propio aporte.

(64) Don Emilio Rodríguez Mendoza quiso ser apadrinado por Rubén Darío, quien, en plena mocedad, era ya dispensador de gloria. Hubo cambio de cartas con él, que se encontraba en Buenos Aires en su segunda etapa americana. Una hay de Darío, publicada por Rodríguez en su libro *Como si fuera ayer*, que muestra el amargo estado de resentimiento—pasajero por fortuna—en que se encontraba con algunos escritores y plumarios de Chile que lo discutían, por envidia o rivalidad alguno, por deporte otros; ataques que no debían tener más valor que el de un episodio intrascendente, y así terminó por comprenderlo Rubén, reservando para esa «segunda patria», que siempre consideró a Chile en el fondo de su alma, la simpatía y el afecto que esta merecían. A pesar de tratarse de un importante documento literario, prescindimos de reproducir la carta de niarras por comprensibles razones.

El hermoso prólogo escrito para *Gotas de Absintio* fué publicado en la elegante edición que de su obra hiciera Rodríguez en Santiago (Imprenta Cervantes, 1895, págs. V a XI).

(65) Advertencia profética. Rodríguez Mendoza tuvo en la diplomacia chilena, posteriormente, una carrera tan brillante como la literaria, pues ocupó sucesivamente y con éxito los cargos de Ministro en Ecuador y Embajador en España. Actualmente representa a su país ante el gobierno de Venezuela.

(66) Don Alberto del Solar, distinguido escritor chileno, futuro autor del drama histórico *Chacabuco* y de varias producciones que fueron reunidas más tarde en lujosa edición de *Obras Completas*, se trasladó joven a Buenos Aires y allí casó. Vivió la mayor parte de su vida en Argentina, según entendemos, y durante las estadas del poeta en dicho país, mantuvo amistad con él.

El prólogo de Darío, escrito para el libro *El mar en la leyenda y en el arte*, fué publicado al frente de esta obra del señor del Solar (Buenos Aires, Imprenta de Pablo E. Coni e Hijos, 1897, págs. V a XVII).

(67) El mar! El mar! (Jenofonte, *Anábasis*, IV, 8). En letras griegas en el original.

(68) «Temblando, ella imprime en la arena suelta los contornos de sus miembros puros». (Saavedra, *Poetas y prosas raras*).

De *Poetas y prosas raras*, hemos tomado los prólogos escritos para las obras de Rodríguez Mendoza y del Solar («Anales de la Universidad de Chile», Primero y segundo trimestres de 1938).

(69) La silueta de don Crescente Errázuriz fué primeramente publicada en «Mundial», en París, hacia 1912, y reproducida, con otras, en el volumen *Cabezas de las Obras Completas*. Es un estudio sintético y acertado, en que se sitúa a Errázuriz como futuro clásico, posición que actualmente, con retardo de un cuarto de siglo, toda la crítica le reconoce. En la época en que el estudio de Darío fué hecho, don Crescente era fraile de la Recoleta Domínica, convento que abandonó por disidencias internas dos o tres años después, para asumir, en calidad de simple clérigo, la dirección de la parroquia de la Vera Cruz, en Santiago. En 1918 el Vaticano, a propuesta del gobierno chileno, lo designó Arzobispo de Santiago, ocupando hasta 1931, año de su muerte, con gran dignidad y acierto, la silla creada para Monseñor Manuel Vicuña, primer Arzobispo de la ciudad del Nuevo Extremo.

En 1912, el señor Errázuriz se encontraba en la última etapa de su admirable carrera literaria. El breve ensayo de Darío impresionó al historiador, quien recordó al poeta hasta el término de su propia vida.

(70) El Padre López, a quien Darío coloca en primer término entre las personalidades intelectuales de la Iglesia Chilena, fué el célebre improvisador del siglo XVIII de una de cuyas hermanas provienen varias ilustres familias de escritores en Chile.

Al Padre López se debió la famosa versaina improvisada cierta tarde en que, pasando delante de la Iglesia de la Compañía, en Santiago, vió o sintió la hora...

*«Tres cuartos para las tres
ha dado el reloj vecino,
y lo que me admira es
que, siendo reloj teatino,
de cuartos sin interés»...*

(71) Darío escribió para «El Heraldo», diario de Valparaíso, ocho crónicas que vieron la luz en las fechas que se indican:

- I: Febero 11 de 1888.
- II: Febrero 18 de 1888.
- III: Marzo 3 de 1888.
- IV: Marzo 10 de 1888.
- V: Marzo 17 de 1888.
- VI: Marzo 24 de 1888.
- VII: Abril 7 de 1888.
- VIII: Abril 14 de 1888.

En ellas se tocan temas de actualidad, abordados con el estilo elegante y claro que se formó en Chile. Hemos escogido dos, que se destacan, la una por su mérito artístico y la otra por su valor periodístico: son ellas la VI (I, en esta *Antología*), que trata de dos ceremonias ígneas, y la VIII (II), dedicada al Sport.

(72) Vicuña Mackenna perteneció a la Tercera Compañía de Bomberos de Santiago.

(73) Walt Whitman se halla presente a menudo—citas y recuerdos—en la obra del poeta, quien sentía por él una admiración justificada.

En la nota XXXI, de la segunda edición de *Azul*..., se lee de Whitman: «En mi opinión el más grande de los poetas de la América del Norte».

(74) «que han establecido», dice el texto inserto en *Obras Desconocidas de Rubén Darío*.

(75) Las correspondencias enviadas desde Chile a Nicaragua, su patria, no parecen haber sido muchas. Es posible que no se las pagaran oportunamente y con ello se desanimase para seguir escribiéndolas. Con todo, pueden encontrarse algunas más, acaso, hurgando en las colecciones de periodicos que deben existir en la Biblioteca Nacional Nicaragüense.

En el volumen XI de las *Obras Completas*, impreso en Madrid bajo el rubro común de *Biblioteca Rubén Darío* y con el título de *Crónica Política*, se hallan agrupadas cuatro correspondencias chilenas, con una portadilla que dice: *Ecos de Chile*.

Titúlense:

Información, fechada en Valparaíso el 15 de Julio de 1886.

Balmaceda, el presidente suicida, sin fecha, escrita probablemente desde El Salvador.

Bañados Espinosa, también sin fecha y seguramente muy poco posterior a la que antecede.

La obra del populacho, también sin fecha; trata de un conflicto social ocurrido en Valparaíso, que fué el primero de carácter obrero que se recuerde en la historia de Chile.

De las cuatro correspondencias que nosotros hemos bautizado de chilenas, sólo la primera está fechada en el país.

En la presente *Antología* han sido incluidas las tres más importantes.

Respecto de la primera, vale observar su factura en acápites cortos, numerados a la romana, en el clásico estilo de Vicuña Mackenna. No es extraño que Darío lo imitara en esa primera época de su estada, porque la mayoría de los escritores chilenos y aun de otros países sudamericanos hacían lo propio. El ensayo necrológico sobre el prócer, publicado en Managua en Febrero del 86, es de la misma factura y acusa de modo gráfico la influencia que tuvo el estilo del gran historiador en todos los pueblos americanos de habla española.

(76) *A. de Gilbert*, cap. VI.

(77) El juicio de Santiago Arcos, caudillo y revolucionario de talento notable, no parece del todo justo. Su apreciación sobre el estado social de Chile en la mediana del siglo XIX, puesta en su famosa carta a Bilbao escrita desde la cárcel de Santiago, vale por un examen de fondo, pero contiene explicables errores y exageraciones cuando se refiere a la aristocracia chilena. Fué ésta un poco dura, quizá demasiado orgullosa, pero no careció de patriotismo ni de abnegación. Con todos sus defectos, debe ser considerada grande en el conjunto y no la alcanzó en virtudes políticas y sociales ninguna otra en los países de origen ibérico. Punto es éste que hemos tratado—y no siempre con simpatía para la oligarquía histórica que edificó en Chile la República—en más de algún ensayo. En horas de mayor experiencia creemos haberle hecho la debida justicia.

Cierto es que Arcos escribía hacia 1851, época en que la aristocracia chilena no había alcanzado aun la madurez política.

(78) Se trata de Lord Cochrane. Es un lapsus comprensible en la improvisación periodística.

(79) Véase, en esta *Antología*, el tercero.

(80) Nota sobre A. de Gilbert.

(81) Se llamaba Bernardino Guajardo. El artículo de Balmaceda, que corresponde en mérito al elogio de Darío, fué incluido en *Estudios y ensayos literarios*.

La fecha de su publicación en «Los Debates», donde apareció sin firma, es la del 5 de Diciembre de 1886.

(82) El profesor Saavedra ha fijado de modo irredargüible la fecha del encuentro de Darío y Balmaceda en los salones de redacción de «La Época».

Esé instante, señero en la vida del poeta y en la historia literaria americana, corresponde al 10 de Diciembre de 1886.

Escribe, a propósito, el señor Saavedra: «La noche de la presentación de Pedro a Rubén fué cinco días después, la del 10 de Diciembre, puesto que el incendio a que se alude en el relato es el que describe «La Época» del 11-XII-86 en un suelto: *El incendio de anoche*, con pretéritos arcaicos, signo claro de la pluma de Darío» (*Rubén Darío y Sarah Bernhard*, cit.)

(83) Nos ha dicho don Emilio Bello Codecido, yerno del Presidente Balmaceda, que el timbre de voz de Pedro era igual al de su padre, claro y vibrante, con la diferencia, naturalmente, de tener en el muchacho las inflexiones frescas de la juventud. Obsérvese que el recuerdo de Darío era distinto.

(84) Debería leerse: hasta hace poco no he sabido...

(85) Junto con otras piezas y obras de arte, esa reliquia se salvó del saqueo de las habitaciones presidenciales, en el palacio de la Moneda, que tuvo lugar después del triunfo de la revolución de 1891. Actualmente la conserva don Emilio Bello, en cuyo escritorio hemos podido examinarla.

En ese saqueo se perdieron todos los papeles que había dejado Pedro Balmaceda, entre ellos originales inéditos suyos y las cartas que le escribiera Darío. Fué pérdida irreparable.

(86) No compartimos la opinión de Darío en este punto. Los tres artículos de Balmaceda sobre obras de Shakespeare—*Hamlet*, *Otello*, *Julietta y Romeo*,—que encabezan la edición de *Estudios y ensayos literarios*, donde recibieron preferente colocación de manos de ese crítico de visión artística que era don Manuel Rodríguez Mendoza, prueban el gusto admirable y refinado del autor. Más aún. No creo que nadie haya estudiado a Shakespeare entre nosotros, siquiera sea en artículos a modo de ensayos breves, con más hondura y claridad.

Es posible que Darío, al hacer su afirmación, sólo tuviese presente algunas revistas teatrales sin importancia, destinadas a la corta vida del día en que aparecieron, y que no fueron coleccionadas más tarde.

(87) Más de un amor correspondido tuvo Pedro. Hemos oído a señoras de nuestra familia, que fueron sus amigas en años de juventud, de alegría y de bailes, hacer grato recuerdo del joven escritor. Era de temperamento azás romántico, amaba las confidencias, las charlas de la tarde, en que las palabras veladas de ternura trasuntan las emociones del corazón. A pesar de su defecto físico, el ingenio y simpatía que sabía derrochar, junto con la belleza viril y casi-apolínea de su rostro, le daban gran partido entre las mujeres. No era largo de genio, lo que ocurre a casi todos los artistas, pero sabía coger en su jardín las rosas del amor, que dijera Rubén.

No debió sentir pasiones dominadoras, como afirma su amigo, pero hubo amores románticos en su vida, y por ella pasaron algunas hermosas figuras de mujer. A raíz de su muerte corrió en Santiago una curiosa noticia: decíase que cierta niña bella, cuyo deceso casi coincidió con el suyo, se había quitado la vida al saber el fin de Pedro.

¿Y esa Rosa, que Darío no conocía y a la que dedicará algunos versos en *Vina del Mar*?

*«Oh amor! Tu eres la aurora
que bañará de luz esta flor viva».*

Nos ha referido don Emilio Beilo que la familia Balmaceda, a poco de morir el muchacho, recibió una carta escrita en letras blancas sobre fondo negro, en que una dama desconocida manifestaba el profundo pesar que aquélla le produjera.

Hay, pues, elementos reales para tejer la leyenda de Pedro.

(88) En casa de don Emilio Bello hemos examinado el Album de doña Elisa Balmaceda, según queda dicho. Los versos de Rubén están escritos con letra clara y juvenil, marginados de flores en color.

(89) Sigue, a continuación, el texto completo del ensayo crítico de Pedro Balmaceda, impreso en tipo menor. El original mismo de dicho trabajo, o alguna copia sacada por el autor, fué obsequiada a Darío y sirvió para el homenaje póstumo.

La novela social contemporánea, ha tenido así dos ediciones simultáneas: una en Santiago, en el volumen de *Estudios y ensayos literarios* (Págs. 157 a 207), y otra en El Salvador, en *A. de Gilbert*.

El trabajo está fechado en Santiago, el 29 de Agosto de 1887.

(90) Alude Darío a la penosa necesidad en que se halló de tener que colaborar —aun cuando sólo en el terreno puramente literario— en «La Libertad Electoral», diario de oposición, en que se atacaba duramente la política del Presidente Balmaceda. Pedro, que se interesaba en los asuntos de política nacional por amor a su padre, creyó ver en la actitud de su amigo, que sólo buscaba la conquista del pan de cada día, un gesto inamistoso, una actitud que venía a echar sombras sobre la pura y estrecha afición que los unía; y como era grande la amistad que tenía a Rubén, se sintió tan lastimado, que ya no tornaron a verse.

En carta de Pedro a don Narciso Tondreau, que ha tenido la amabilidad de poner a nuestra disposición con otras piezas epistolares de considerable interés, se lee: «y escribe en contra de mi padre, es decir, en contra mía...» (*Vina del Mar*, 7 de Marzo de 1888).

«No estreché su mano al partir» —exclama el poeta con velada amargura— pero «que importa, si tenemos que vernos en lo infinito?»

(91) Pedro Balmaceda falleció el lunes 1.º de Julio de 1889. La enfermedad que lo llevó al sepulcro, cuyos accidentes relata con exactitud Darío, iba multiplicando sus crisis en la época postrera, pero le dejaba periodos de respiro en que parecía tornar a la salud y las esperanzas renacían. La última, que no dejó duda de su desenlace desde que se produjo, duró pocas horas. Recogimos estos datos de don Domingo Peña y Toro, primo hermano de Pedro, quien lo acompañó en los últimos días.

(92) El cuerpo fué velado en el Salón de Honor del Palacio de la Moneda. Los funerales, que se llevaron a cabo el 2 de Julio, constituyeron un homenaje imponente a la memoria del artista. En el Cementerio General, entre otros muchos oradores, hablaron sus amigos Luis Orrego Luco, Narciso Tondreau y Carlos Luis Hübner. Don Santiago Escuti Orrego y don Alfredo Irarrázabal Zañartu leyeron composiciones en

verso. Habló, también, en su calidad de Encargado de Negocios de Nicaragua, don Eduardo Poirier, el amigo y colaborador ocasional de Darío.

Por relacionarse con el gran poeta, vamos a reproducir párrafos del discurso de Poirier: «¿Sabéis cómo le conocí, cuál fué el lazo de unión de una amistad tan leal, abierta y noble como la que nos ligó?»

«Hallábame a la sazón en Valparaíso. La tuición que por mi cargo oficial debo ejercer sobre los súbditos del país que represento, me impone ciertos deberes; y teníame preocupado la idea de facilitar a un distinguido poeta extranjero medios apropiados de dar vuelo a sus facultades en este emporio de actividad literaria.

«Me dirigí aquí a colegas y amigos en busca de esos medios. No conocía entonces personalmente a Pedro Balmaceda, pero éranme notorias su bondad ingénita, su talento precoz y su gran corazón. Llámé a sus puertas. Me abrió los brazos. Habíase adelantado a mis deseos y colmádomos con usura. Rubén Darío, mi recomendado, era ya su compañero, su amigo, y le debía muchos estímulos, muchos alientos en la lucha, muchas resoluciones triunfantes. Pedro Balmaceda le abrió caminos, le introdujo en los buenos y nobles círculos y a las veces dió pan al cuerpo y calor al alma de aquel querido poeta peregrino.

Dijo don Luis Orrego Luco: «El arte fué el amor de sus amores».

(93) El hermoso retrato de Pedro Balmaceda que se publica en esta edición fué trabajado por el notable pintor franco-americano, Fernando Laroche, que vivió largos años en Chile y no pocos en Uruguay, en cuya capital le conocimos y tratamos hace algunos años. Laroche era amigo de Pedro y comenzó el lienzo en vida de éste, en la Moneda, concluyéndolo a comienzo de 1890.

Según nos ha dicho don Emilio Bello, su actual poseedor, se salvó del saqueo de las habitaciones presidenciales, en 1891, gracias a que se le retiró días antes, con otras obras de arte, a una casa de la calle Catedral que el Presidente Balmaceda tenía en construcción.

Se trata de óleo de grandes proporciones y admirable factura, en que se muestra al artista sentado ante su escritorio, con la mano alzada en actitud de charla. Se ve un rincón del gabinete de Pedro, un biombo chinésco, un grabado en la pared, algunos ejemplares de «La Época» sobre la mesa, cubierta con larga carpeta verde.

La figura de Pedro, llena de animación, de color y de luz, ha prendido sus rasgos en el lienzo, que lo muestra en el esplendor de su juventud malograda.

Además de ser una hermosa obra de arte, el cuadro pintado por Laroche vale como un vivo documento psicológico.

(94) Darío alude a la obra *Chile en 1910* de su antiguo colaborador y amigo don Eduardo Poirier, que fué publicada con ocasión del centenario de la Independencia. Sobre ella, el poeta escribió un interesante artículo crítico, que se incluyó en uno de sus libros.

(95) *Chile* figura en el libro: *Prosa Política. Las Repúblicas Americanas*, volumen XIII de sus *Obras Completas*.

(96) Estos fragmentos han sido tomados, según reza el título que les hemos puesto, del prólogo para el libro *Asonantes*, de Narciso Tondreau. Darío le dió forma de ensayo y como tal fué dado a la estampa en la «Revista de Artes y Letras» de Santiago, tomo XVI, correspondiente al año 1889.

El poeta chileno no había solicitado de su ilustre amigo el prólogo de marras, y sólo se impuso de su texto, cuando viajando en diligencia por Bolivia, un compañero, conocido casualmente, le dió un ejemplar de la revista centroamericana en que Darío lo dió a la estampa. Con todo, el libro que debía contenerlo en su pórtico, ha permanecido inédito. ¿Por qué? Los acontecimientos políticos que pronto debían alterar el ambiente hasta convertirse en sangrienta revolución, y más tarde la consagración al magisterio, le hicieron desistirse, al menos provisoriamente. No puede pensarse que el autor desconfiara del mérito de su obra, pues las composiciones suyas, impresas antes y después de esa época, revelan una vena poética y un talento nada comunes. Nosotros hemos tenido oportunidad, hace poco, de examinar los manuscritos de *Asonantes* y estimamos que Darío hizo justicia al artista.

(97) No lleva razón Darío. El medio intelectual chileno de la época era tan rico como sólo hubiera podido encontrarlo en países europeos de cultura avanzada. Ciertamente que la protección que el arte-recibía era escasa; pero ello no impidió que Chile hubiese producido y continuara produciendo escritores de gran talla, lo que desde luego constituye el medio. La verdad es que nuestra literatura atravesaba un período de calma, pues la mayoría de los artistas, de los historiadores y de los hombres de pensamiento de más relieve del siglo XIX había muerto o estaba por morir, pero ya pugnaban por ganar los puestos de avanzada otros escritores que conquistarían con el tiempo merecida nominación. Era sólo un alto en el camino, pero un alto profuso de promesas, de obra en gestación.

(98) Darío era gran admirador de Vicuña Mackenna y del Cerro Santa Lucía. De lo primero queda huella no sólo en su obra de Chile, y hemos oído a quienes lo trataron en Europa, hasta el último tiempo, cómo asociaba sus recuerdos chilenos a la memoria del prócer. Durante su estada en Santiago, iba a pasear frecuentemente al Santa Lucía, y fué en alguno de esos paseos cuando compuso, como queda dicho, la cuarteta al Arzobispo Vicuña que se reproduce en el estudio preliminar de esta *Antología*.

(99) Ayude Darío al poeta chileno Narciso Tondreau, para cuyo libro *Asonantes*, según hemos apuntado, fué escrito este ensayo.

(100) En las demás páginas del estudio de Darío se trata con detención la personalidad artística de Tondreau, para quien tiene el poeta palabras de merecida justicia y de noble cornialidad.

Vamos a entresacar, de la parte crítica del ensayo, algunos párrafos en que se contiene la esencia de lo que el poeta de Nicaragua pensaba de su compañero de Chile:

«He dicho que tiene el don de la armonía, y he aquí que en este nuevo libro resalta más este precioso don. Ha abandonado la rima consonante, no porque no pueda manejarla con brío sino porque en sus versos asonantes tiene más holgura su pensamiento y porque puede dotarlos de mayor elegancia de forma. La silva «El viento», del poema *El Bosque*, verbigracia, no podría ser más musical ni más espléndida, si fuese escrita en versos consonantes; está llena de osadas galardías, de trepidaciones cristalinas y de orgullosa pompa. El asonante forma un modo de oleaje que acaricia musicalmente el oído, y lo escogido del vocablo hace más armónica la versificación; las figuras son todas claras y se advierten perfiles, redondeces, plasticidades y explosiones de flores, todo lleno de sol.

«Estos nuevos versos de Tondreau tienen savia y sangre». «Tiene el ruido del viento, los perfumes campestres, las inclinaciones casi sacerdotales y misteriosas de los grandes árboles, la yema que se hincha, el ave en la rama en flor, y las cadencias de las farándulas al son de la cornamusa. Las palmas se yerguen líricamente, el viento sopla en sus ór ganos, la tierra, preñada y virgen, sustenta al bosque solemne. Pan rubicundo, anima la naturaleza cantando en la montaña; *sanguineis ebullit bacccis minioque rubentem*. Parece que el poeta hubiese estado en este ardiente trópico poblado de florestas inmensas e inextricables, donde el suelo es como ubre y Flora impera; en la selva salvaje del rey roble, llena de pájaros, de fragancias y de estremecimientos.

«Tondreau tiene con la selva el mismo secreto que Richépin con el mar». «Lo raro en Tondreau es que no ha tenido la contemplación de la selva y la adivina. Sus padres eran canadienses, de allá, cerca de donde Longfellow colocó a la enamorada Evangelina, tierra de florestas llenas de gigantescos árboles salvajes. Pero él nació en Chile donde se vé más la blancura de la nieve andina que el verdor tupido de los bosques.

«La originalidad de Tondreau consiste en la novedad de la imagen, en el dominio del adjetivo, en la pasión plástica y eufónica, en la aplicación del colorido y en la libre y franca manifestación de la idea, aristocratizando todos los vocablos.

«Luego aplica al verso castellano ciertos refinamientos del verso francés. Hay en este idioma exquisiteces y secretos artísticos que introducidos por él al español, lengua armónica y rítmica por excelencia, forman una novedad bella, un conjunto de incrustaciones, de giros, de arabescos preciosos». «En cuanto a sus metros, son los hermosos metros castellanos, mil veces superiores a los franceses».

«Así, pues, los escritores en lengua española, que como Tondreau tengan culto por el idioma propio, no cometen pecado alguno en seguir ese bello arte francés, para hacer más rica, más vibrante, más colorida la expresión del pensamiento. Yo, por mi parte, me huelgo del «galicismo mental» que encontró don Juan Valera en uno de mis pobres

libros. «No hay en castellano, dice el ilustre académico, escritor más francés que Ud. Esto lo digo para afirmar un hecho. Y, en todo caso, lo digo como un elogio». Busquemos, pues, ese procedimiento exquisito de los artistas de la palabra escrita, y que cada escritor muestre el pequeño mundo interior que lleva en su alma; con manera artística.

«Esto ha hecho el poeta de los *Asonantes*, y por eso sus *Asonantes* tienen un algo especial que no encuentro en los otros hispanoamericanos».

«Yo estoy seguro que una poesía de Tondreau leída una sola vez basta para dar a conocer en otras la originalidad de la expresión y la novedad de la intención».

«Este libro es una obra de arte, escrito con amor a la eterna belleza, con verdadera emoción estética y en el ardor de una vigorosa juventud. Tondreau ¿seguirá adelante? Es indudable, pues tiene el rayo de la inspiración y siente al «dios». El conoce la senda que ha escogido y camina con paso de vencedor. Nada importan los obstáculos, los breñales, la lucha por la vida, los tábanos de la envidia, la indiferencia de burgueses obtusos y chatos, el cretinismo, el hielo de muchos y aun el desprecio y el odio de algunos. ¡Excelsior! Siempre con la bandera adelante, hasta llegar a la cumbre del áspero monte. Que después de la larga jornada vendrá la hora de la victoria. Durá es la gleba, pero también el arado es firme, y place al trabajador tras los quebrantos ver al sol y bajo el hondo cielo la alegría rubia de las espigas».

«Voy a concluir estas páginas, en las cuales he dicho francamente lo que pienso respecto al libro a que servirán de prólogo, y del autor de él. Quien lea una sola de las estrofas que en esta obra se contienen, verá que mi entusiasmo es legítimo y que la amistad no ha cegado a la justicia».

«Réstame sólo enviarte, oh poeta, mi recuerdo a través de la distancia, desde este ardiente trópico que acelera el ritmo de nuestra sangre y enciende corazones y cerebros; y por tu medio, a Chile, segunda patria mía, mis deseos de que cada vez engrandezca más y más, gloriosa y triunfante para orgullo de nuestra América, y así pueda brillar la estrella de su bandera, siempre anunciando el nacimiento de una eterna aurora, la creciente apoteosis de un sagrado e incomparable porvenir.»

(101) Error de Darío. Ya se ha aludido, en nota anterior, al hecho de que el artículo sobre Vicuña Mackenna—uno de los mejores que se publicaran acerca del prócer el año de su muerte—fué escrito y dado a la estampa en Managua, siendo reproducido por «El Mercurio» de Valparaíso en Abril de 1886.

(102) La *Autobiografía*, o sea el libro de los recuerdos del poeta, fué escrita en Buenos Aires durante su última estadía en la República Argentina, en forma azás rápida, al correr desatado de las emociones, de las imágenes y de las voces de otro tiempo, que acudían un poco veladas de lejanía y saltaban al papel a vuelo pluma. Es una obra ligera, agradable, escrita con la habitual elegancia y soltura de estilo características de Darío, siendo de notar que su autor reconoce la posibilidad de errores de fecha y datos, muy comprensibles en quien no contaba con otra ayuda que la de su memoria. Fué elaborada, según suponemos, a petición de «Caras y Caretas», en cuyas páginas iba saliendo a luz en forma de crónicas o artículos separados, con la división de capítulos que se conoce; pues el texto no sufrió variación al ser recogido en volumen.

Hemos seleccionado los capítulos que tratan de su estadía en Chile: XIV, XV y XVI, íntegros, y gran parte del capítulo XVII.

(103) Insistimos sobre el particular. Sin duda Paul Groussac ejerció, con su vida y noble cultura, cierta influencia sobre Darío, pero ésta no pudo en modo alguno ser decisiva, pues que las influencias chilenas del grupo de Pedro Balmaceda prepararon virtualmente el destino del poeta y fué de la Moneda de donde Darío salió armado caballero con todas sus armas, para esa batalla de los molinos de viento en la cual somos tantos en lanzarnos y tan pocos los que obtienen la única victoria: la de permanecer algo más en la memoria de los hombres.

Cuando Darío llegó a Buenos Aires ni necesitaba tener maestros de buena prosa ni aprender estilo alguno. Era él mismo un maestro por excelencia, con escuela y discípulos, *malgré lui*.

¿Podía necesitar maestros quien era ya el primer poeta americano, en camino de transformarse en un alto poeta universal?

(104) La primera carta de Darío al Presidente Balmaceda, se encuentra en su archivo privado, actualmente en poder de don Emilio Bello Codecido, yerno del ilustre mandatario, quien tuvo la amabilidad de obsequiarnos una copia, tomada por el mismo. Se trata de un documento entera mente inédito y desconocido, que se da a la publicidad por primera vez.

Seguramente fué escrito a insinuación de Pedro Balmaceda y entregado por su intermedio al Presidente, siendo probable que la respuesta llegase al poeta por el mismo alto conducto. Dicha respuesta debió extraviarse en el correr del tiempo, pues nuestro amigo Alberto Ghirardo, depositario del Archivo de Darío, nos ha manifestado que nunca la encontró.

Dada su importancia documental, como un testimonio más del amor a Chile de que Darío hiciera manifestación pública muchas veces, hemos juzgado conveniente acompañar una reproducción fotográfica.

(105) El Presidente Balmaceda hizo llegar a Darío un ejemplar de los *Estudios y ensayos literarios* de su hijo Pedro, y el poeta, que tenía en prensa ya su hermosísimo *A. de Gilbert*—ho menaje de un príncipe a la memoria de otro príncipe,—escribió una carta al mandataro chileno, manifestándole su hondo duelo por la desaparición del amigo amado y anunciándole el envío del libro que le consagra.

En el apéndice de dicho libro se reproduce la carta de Darío.

(106) En 1912, durante su último viaje a Argentina, el poeta sintió hondo deseo de regresar a tierra chilena y recorrer, con algunos de sus amigos de otro tiempo, los paisajes de la juventud, y de recordar entre brazos amigos los años de Santiago, la tertulia de Pedro Balmaceda, la gloria de *Azul*. . . Imaginó también dar algunas conferencias. Y pensando en don Luis Orrego Luco, que seguía a Pedro en su amistad, quiso hacerlo el embajador de su espíritu ante sus amigos de Chile.

Estando en Montevideo, le escribió una carta de cuatro páginas, en papel con membrete de «Mundial Magazine», el 30 de Julio de 1912.

Pero más tarde algún médico argentino debió alarmarlo sobre el peligro de que su salud, ya muy resentida, no le permitiera atravesar en condiciones satisfactorias las alturas de los Andes; y el poeta, con háto dolor de su corazón, hubo de desistir.

Por esos días envió un telegrama a su amigo Orrego Luco, cuyo texto puede consultarse en el anexo D. de esta *Antología*. Véase nota (118).

El original de la carta de Montevideo, que por su interés documental reproducimos en facsímil completo, tiene una leve variante con el texto dado a conocer por Orrego Luco. Dice el original: «que había, por favor de Dios que conmovier»; y el texto publicado: «que había, por favor de Dios, de conmovier». Hemos conservado esta expresión por ser la correcta.

Hay en el original una palabra tachada, debiendo haber sido la expresión primera, referente a la publicación de *Azul*. . . «que tendría que conmovier» . . .

En otra página están tachadas las palabras «a Préndez», pues Darío, después de haberlas escrito, debió recordar que dicho poeta no era ya del número de los vivos.

Esta carta ha sido publicada más de una vez. Don Luis Orrego Luco la dió a conocer en su estudio sobre *Darío en Chile* («Pacífico Magazine» Enero de 1921).

(107) Don Narciso Tondreau ha tenido la gentileza de proporcionarnos los originales de las cartas que recibiera de Darío, siete en total (una dirigida en común a tres amigos) y de un telegrama. Después de la partida de Rubén no volvió a recibir comunicación ninguna y él mismo se mantuvo, en su consagración a la enseñanza, en profundo aislamiento, que lo apartó por largo espacio de años del trato de sus amigos de juventud.

Las cartas de Darío, inéditas hasta hoy, son dadas a conocer por primera vez en esta *Antología*.

En una de nuestras conversaciones con el señor Tondreau—hombre cultísimo, de fino y agradable trato, que habita actualmente en el barrio de la Avenida Costanera en Santiago, en compañía de algunos de sus hijos y nietos—recogimos impresiones suyas muy interesantes sobre el autor de *Azul*. . .

Era éste en lo físico, según sus recuerdos e impresiones de mocedad, alto, de feo color, con grandes labios sensuales; desgarrado; sin elegancia en su presentación, aun cuando vistiera buenos trajes. Bastante abúlico, don Manuel Rodríguez Mendoza, don Eduardo Poirier y don Samuel Ossa Borne lo controlaban en su bohemia. Era

sensual, pero en su sensualismo, sobre el deseo erótico, dominaba el culto puro de la belleza y de la forma.

Dos anécdotas de la época subrayan el cuadro frescamente conservado; ambas brotan hoy por primera vez a la superficie del conocimiento público.

Es el caso que Darío y sus amigos solían ir a cenar a los reservados de «Papá Gage» acompañados de artistas. Y a veces, en coches de la presidencia, iban alegremente recorriendo el mundo de la bohemia nocturna. Cierta noche de mucho frío, como el cristal de una de las ventanillas del carruaje se empañase, alguien escribió con el dedo: «Abajo Balmaceda!», borrando luego lo escrito con la mano. Pedro, que era de la partida, comentó sonriendo: «Cómo andamos de conspiradores...»

Es exquisita la otra anécdota. Un día, en la redacción de «La Epoca», como hicieran tres días que Darío no apareciera, Tondreau le dijo a Pedro:—«Rubén debe andar en alguna casa de trato ligero; busquémoslo». Y después de recorrer varias, lo encontraron en una, sentado en una silla baja, envuelto el cuello en una chalina y en compañía de seis o siete «hetairas» que lo escuchaban embobadas, haciendo círculo a su alrededor y sentadas en el suelo. Darío estaba improvisando. Había pasado en esa casa dos días con sus noches, derrochando versos que sólo se imprimían en el corazón de aquellas pobres mujeres.

Y díz que a las damas del trato las trataba con mucha consideración, como si cada una fuese Margarita Gautier...

(108) No habiéndose encontrado a los primeros destinatarios, la carta fué entregada a don Narciso Tondreau.

(109) Se refiere al estudio crítico sobre *Azul*, de don Eduardo de la Barra, que sirvió de prólogo a la edición príncipe.

(110) Debería decir: «Si no le he escrito»...

(111) Se refiere al libro de versos de Tondreau.

(112) Don Tomás Ríos González, médico, abogado, teósofo y literato, que fuera amigo de Darío en los tiempos de Chile. Los otros dos nombres corresponden a don Jorge y a don Roberto Huneeus Gana.

(113) «lo que no me extraña...» Estos lapsus suelen encontrarse en la correspondencia epistolar de Darío.

(114) Ya hemos hablado de la extremada sensibilidad de Darío, a quien cualquier ataque, por insignificante que fuese, lo sacaba de quicio. Era, como otros grandes artistas, un hombre que caminaba por el mundo con el corazón en carne viva.

No hay, pues, que tomar al pie de la letra sus desahogos ni sus pesimismoes.

Esta séptima carta está escrita en hora de negro humor; iba a decir de negro y comprensible mal humor, pues el destino de los artistas, como el de todos los grandes, está marcado siempre—y a pesar de todo—con un signo de honda tristeza, de justa rebeldía contra la plebeyez moral que domina a la inmensa masa de los hombres en cualquier país, en todo país, por culto y civilizado que se le estime.

(115) Debe ser Eduardo Poirier.

(116) Esté telegrama prueba de que sólo la dura conquista del pan llevó al poeta a los diarios de oposición. La política no le interesaba sino desde un mero punto de vista periodístico, y sus crónicas, libros y recuerdos, muestran que sentía simpatía por el Presidente Balmaceda, padre de su íntimo amigo. No lo comprendió así éste, y acaso hubo adulones de palacio que insidiosamente sembraron veneno, enturbiando la pura amistad de los dos artistas. Esta separación fué tanto más dolorosa cuando pudo ser parte a apresurar el viaje de retorno a Centro América. Si las circunstancias políticas de Chile hubiesen sido más tranquilas, habrían quedado otras huellas notables del paso del poeta.

El telegrama a Tondreau, amigo común, muestra hasta qué punto Darío apreciaba la estimación de Pedro.

(117) Hemos recogido las únicas cuatro cartas que se conservan de Pedro Balmaceda a Darío, publicadas sólo fragmentariamente en *A. de Gilbert*, y hoy, gracias a la gentileza de Alberto Ghirardo, las damos a luz por primera vez en su texto íntegro, tomándolas del segundo tomo—actualmente en prensa en Buenos Aires—del *Archivo de Rubén Darío*.

Aprovechamos la oportunidad de recalcar la importancia considerable que tiene esta obra, en que Ghirardo, con piedad de amigo, con hondo afecto fraternal, ha recogido la correspondencia del maestro de la poética castellana, glosándola en oportunos y eruditos comentarios que muestran la pluma elegante de quien los concibió.

Ghirardo ha prestado un servicio de mucha importancia a las letras americanas, y en particular a los dariistas.

Hemos tenido ocasión de examinar, también, las cartas de Pedro Balmaceda a don Narciso Tondreau, algunas de las cuales se refieren al poeta; pero como esas referencias corresponden a una hora de pasión y no arrojan mayor luz sobre la amistad de ambos, ya minuciosamente examinada en esta *Antología*, hemos juzgado conveniente no darlas a la estampa. Tal es, por otra parte, la opinión del señor Tondreau.

(118) Debemos al insigne poeta Alberto Ghirardo, quien tuvo la bondad de obsequiarnos el original, el borrador del telegrama de Darío a Orrego Luco. Está escrito de su pluma y letra, en una hoja de bloc con el membrete del hotel en que se hospedaba: «Royal Hotel-Buenos Aires». Y no lleva fecha.

FE DE ERRATAS

| PÁGINA | LÍNEA | DICE | DEBE DECIR |
|--------|-------|---|---|
| 8 | 32 | el genio o con el ingenio. | el genio con el ingenio. |
| 47 | 11 | Madrid, 1896. | Madrid, 1894. |
| 52 | 19 | (Alto, | (De mediana estatura, |
| 54 | 22 | Habí un té | Había un té |
| 81 | 29 | Por mi parte créalo | Por mi parte créale |
| 92 | 9 | Don Ramón de Campo- amos, | Don Ramón de Campo- amor. |
| 94 | 19 | de tu novia, | de tu novio, |
| 103 | 21 | bastaría decía | bastaría decir |
| 107 | 10 | Pues vamos, sabelita... | Pues vamos, Isabelita... |
| 121 | 19 | Perdida mi alma | «Perdida mi alma |
| 125 | 15 | Cantemos el oro, | «Cantemos el oro, |
| 127 | 6 | oh poetas! | oh poetas!» |
| 129 | 11 | <i>de su hondo pesar.</i> | <i>de su hondo pensar.</i> |
| 132 | 4 | me hacen recordar | me hace recordar |
| 135 | 22 | Para encontráme | Para encontrarse |
| 170 | 21 | monta su guardia noctur- | monta su guardia satá- |
| | y 22 | na... | nica... |
| 193 | 8 | aban locamente | laban locamente, |
| 193 | 9 | ideas, | ideas; |
| 196 | 22 | piseña | diseña |
| 196 | 28 | esesta | es esta |
| 200 | 21 | señera, | señera; |
| 204 | 13 | colaboró con Poirier | trabajó con Poirier |
| 204 | 40 | es fecha y piedra funda- | es piedra fundamental |
| | y 41 | mental | |
| 204 | 41 | publicada | publicado |
| 209 | 36 | en aguás propicias pues el | en aguas propicias, acordes |
| | y 37 | tono de aquella mucha- chada magnífica era si- milar. | con el tono de aquella muchachada magnífica. |

| PÁGINA | LÍNEA | DICE | DEBE DECIR |
|--------|-------|--|--|
| 210 | 12 | pero no por ello | mas no por ello |
| 212 | 19 | de su alforja | de la alforja |
| 212 | 22 | Arte política, | Arte, política, |
| 214 | 2 | indudablemnte, | indudablemente, |
| 216 | 6 | Un hermoso prólogo suyo | Un hermoso artículo suyo |
| 216 | 8 | En ese prólogo, | En ese artículo, |
| 220 | 9 | le hacían | le hacía |
| 228 | 7 | seleccionado casi íntegramente de <i>A. de Gilbert</i> ; | seleccionado: <i>A. de Gilbert</i> , casi íntegramente; |
| 228 | 14 | Al final, en Apéndice, se añaden dos cartas | Se añaden cartas. |
| 228 | 23 | ogía, | logía, |
| 240 | 40 | corueta | corveta |
| 262 | 27 | celaes risueños, | celajes risueños, |
| 284 | 21 | Volvió la fe | volvió la fe |
| 287 | 6 | a su experiencia | con su experiencia |
| 294 | 18 | tiempos pintorescos | tiempos pintorescos |
| 294 | 28 | Ritmo latino, flor de Italia escanda, | Ritmo latino flor de Italia escanda, |
| 334 | 37 | gúa, | agua, |
| 343 | 29 | os arrullos. | los arrullos. |
| 344 | 37 | Passerat | Passerat, |
| 350 | 21 | su cun | su cuna |
| 350 | 26 | Caina. | China. |
| 356 | 22 | mapa — !, | mapa! — |
| 407 | 31 | Porqué | Porque |
| 413 | 7 | ¡Oh!, los caballos | ¡Oh, los caballos |
| 421 | 2 | <i>A. de Gilbert</i> , | <i>A. de Gilbert</i> , |
| 421 | 6 | Obispo Fontecella | Obispo Fontecilla |
| 423 | 2 | por necesidad fatal. | por necesidad fatal, |
| 445 | 39 | unos de los | uno de los |
| 465 | 30 | ¿Quiere usted | ¿Quiere usted |